





HISTORIA VERDADERA

DE LA CONQUISTA

DE LA NUEVA ESPAÑA.

IMPRENTA DE A. EVERAT y Ce,
Calle del Cuadrante, 16.

HISTORIA VERDADERA

DE LA CONQUISTA

DE LA NUEVA ESPAÑA,

ESCRITA

Por el Capitan Bernal Diaz del Castillo,

uno de sus conquistadores.

NUEVA EDICION CORREGIDA.

TOMO II.

PARIS,

LIBRERIA DE ROSA.

1837.

EL EDITOR.

En este tomo segundo es donde propiamente comienza la Conquista de la Nueva España. Este suceso es uno de aquellos que se distinguen en la série de los acontecimientos humanos con tal elevacion, que pocos se le pueden igualar. Como es privativa de los Españoles toda la gloria de él, á ellos mas que á otra nacion deben interesar las relaciones de los mismos Conquistadores. Aunque ya habia yo leido en otras Historias los hechos de los Españoles en esta Conquista, recibí tanto placer en la de Bernal Diaz del Castillo, que una casualidad puso en mis ma

nos, que me pareció leer una cosa diversa de todo lo que habia leido hasta entonces en la materia. El gusto y satisfaccion singular que tuve en la relacion de un testigo de vista se desahogó resolviendo su publicacion, para hacer participante al público de tan sabrosa leyenda, y de los sentimientos agradables que escita en todo buen Español. El público ha visto ya el primer tomo, y habrá esperimentado lo que digo: por otra parte de nadie pueden adquirirse ideas mas ciertas y originales, que de quien escribe lo que vió, sufrió, y pasó por él. Este ha sido el motivo de añadir algunas notas sacadas de las relaciones de Cortés. Los peligros, las batallas, las catástrofes, las situaciones estremadas en que se halló un corto número de aventureros, y la varia fortuna que los agitó, hacen una impresion particular, oyendo á los mismos actores de estas estraordinarias escenas. El estado y poder del Imperio Mejicano, y el de otras naciones al

tiempo de la Conquista, y cuando los Españoles las vieron la vez primera, y sus progresos en las artes, no pueden tener mejor testimonio que el de los que lo reconocieron en esta época. La haz de aquel Imperio se mudó en tres años, dejando un monumento eterno del valor y desesperacion con que se defendió, y de la gloria de sus Conquistadores. El que se detenga en hacer un cotejo de la Historia de Castillo, escrita cuando ya ero viejo, con las relaciones de Cortés hechas por él en el discurso de sus empresas, verá cuan pocas Historias, así antiguas como modernas, pueden competir con esta en las pruebas de su verdad. Tambien habrá visto el Lector en el primer tomo cuan pocos Historiadores pueden ser preferidos á Castillo en dar interes á la narracion, y en tenerle entretenido y suspenso. Su lenguage castellano, en medio de su estilo vulgar, ofrece muchos primores olvidados ya, y que deberiamos restituirle: hay pe-

riodos que no se pueden decir mejor, ni con mas elegancia.

Por último prevengo á los Lectores, que si el primer tomo ha salido á luz sin las Notas de Hernan Cortés, es porque los hechos de él pertenecen en la mayor parte á la carta primera de este Conquistador, que no ha llegado á manos del Editor, ni de otros indagadores mas solícitos.

HISTORIA VERDADERA

DE LOS SUCESOS DE LA CONQUISTA

DE LA NUEVA ESPAÑA.

CAPITULO LXXIX.

Como acordó nuestro Capitan Hernando Cortés con todos nuestros Capitanes y soldados, que fuésemos á México, y lo que sobre ello pasó.

Viendo nuestro Capitan que habia diez y siete dias que estábamos holgando en Tlascala, y oiamos decir de las grandes riquezas de Montezuma, y su próspera ciudad, acordó tomar consejo con todos nuestros capitanes y soldados, de quien sentia que le tenian buena voluntad para ir adelante, y fué acordado que con brevedad fuese nuestra partida: y sobre este camino hubo en el Real muchas pláticas de desconformidad, porque decian unos soldados que era cosa muy temerosa irnos á meter en tan fuerte ciudad, siendo nosotros tan pocos, y decian de los grandes poderes del Montezuma. Cortés respondió, que ya no podiamos hacer otra cosa, porque siempre nuestra demanda y apellido fué

ver al Montezuma, é que por demas eran ya otros consejos: y viendo que tan resueltamente lo decia, y sintiéron los del contrario parecer que tan determinadamente se acordaba, y que muchos de los soldados ayudábamos á Cortés de buena voluntad con decir; *Adelante en buen hora*, no hubo mas contradiccion. Y los que andaban en estas pláticas contrarias, eran de los que tenian en Cuba haciendas, que yo y otros pobres soldados ofrecido tenemos siempre nuestras ánimas á Dios que las crió, y los cuerpos á heridas y trabajos, hasta morir en servicio de nuestro Señor, y de su Magestad. Pues viendo Xicotenga y Maseescaci, señores de Tlascala, que de hecho queriamos ir á México, pesábales en el alma, y siempre estaban con Cortés avisándole, que no curase de ir aquel camino, y que no se fiase poco ni mucho de Montezuma, ni de ningun Mexicano, y que no se creyese de sus grandes reverencias, ni de sus palabras tan humildes y llenas de cortesías, ni aun de quantos presentes le ha enviado, ni de otros ningunos ofrecimientos, que todos eran de atraidorados, que en una hora se lo tornarian á tomar quanto le habian dado, y que de noche y de dia se guardase muy bien dellos, porque tienen bien entendido, que quando mas descuidados estuviésemos nos darian guerra, y que quando peleáremos con ellos, que los que pudiésemos matar que no quedasen con las vidas; al mancebo,

porque no tome armas; al viejo porque no dé consejo, y le diéron otros muchos avisos: y nuestro Capitan les dixo, que se lo agradecia el buen consejo, y les mostró mucho amor con ofrecimientos y dádivas que luego les dió al viejo Xicotenga y al Maseescaci, y todos los mas Caciques, y les dió mucha parte de la ropa fina de mantas que habia presentado Montezuma, y les dixo que seria bueno tratar pazes entre ellos y los Mexicanos para que tuviesen amistad, y truxesen sal y algodon, y otras mercadurías: y el Xicotenga respondió, que eran por demas las pazes, y que su enemistad tienen siempre en los corazones arraigada, y que son tales los Mexicanos, que socolor de las pazes les harán mayores traiciones, porque jamas mantienen verdad en cosa ninguna que prometen, é que no curase de hablar en ellas, sino que le tornaban á rogar que se guardase muy bien de no caer en manos de tan malas gentes. Y estando platicando sobre el camino que habiamos de llevar para México, porque los Embaxadores de Montezuma que estaban con nosotros que iban por guias, decian que el mejor camino y mas llano era por la ciudad de Cholula, por ser vasallos del gran Montezuma, donde recibiriamos servicios, y á todos nosotros nos pareció bien que fuésemos á aquella ciudad: y los Caciques de Tlascala como entendiéron que queriamos ir por donde nos encaminaban los Mexicanos, se

entristeciéron, y tornáron á decir, que en todo caso fuésemos por Guaxocingo, que eran sus parientes y nuestros amigos, y no por Cholula, porque en Cholula siempre tiene Montezuma sus tratos dobles encubiertos: y por mas que nos dixéron y aconsejáron que no entrásemos en aquella ciudad, siempre nuestro Capitan con nuestro consejo muy bien platicado, acordó de ir por Cholula: lo uno, porque decian todos que era grande poblacion y muy bien torreada, y de altos y grandes Cués, y en buen llano asentada, verdaderamente de léjos parecia en aquella sazon á nuestra gran Valladolid de Castilla la vieja: y lo otro, porque estaba en parte cercana de grandes poblaciones, y tener muchos bastimentos, y tan á la mano á nuestros amigos los de Tlascala, y con intencion de estarnos allí, hasta ver de que manera podriamos ir á México sin tener guerra, porque era de temer el gran poder de Mexicanos: si Dios nuestro Señor primeramente no ponia su divina mano y misericordia, con que siempre nos ayudaba, y nos daba esfuerzo, no podiamos entrar de otra manera. Y despues de muchas pláticas y acuerdos, nuestro camino fué por Cholula, y luego Cortés mandó que fuesen mensageros á les decir, que como estando tan cerca de nosotros no nos enviaban á visitar y hacer aquel acato que son obligados á mensageros como somos de tan gran Rey y Señor, como es el que nos envió á notificar su

salvacion, y que los ruega que luego viniesen todos los Caciques y Papas de aquella ciudad á nos ver y dar la obediencia á nuestro Rey y Señor, sino que los ternia por de malas intenciones. Y estando diciendo esto, y otras cosas que convenia envialles á decir sobre este caso, viniéron á hacer saber á Cortés, como el gran Montezuma enviaba quatro Embaxadores con presentes de oro, porque jamas á lo que habiamos visto, envió mensage sin presentes de oro, y lo tenia por afrenta enviar mensageros, si no enviaba con ellos dádivas: y lo que dixéron aquellos mensageros, diré adelante.

CAPITULO LXXX.

Como el gran Montezuma envió quatro principales hombres de mucha cuenta con un presente de oro y mantas, y lo que dixéron á nuestro Capitan.

Estando platicando Cortés con todos nosotros, y con los Caciques de Tlascala, sobre nuestra partida, y en las cosas de la guerra, viniéronle á decir que llegáron á aquel pueblo quatro Embaxadores de Montezuma todos principales, y traian presentes: y Cortés les mandó llamar, y quando llegáron donde estaba, hiciéronle grande acato, y á todos los soldado que allí nos ha-

llamos: y presentando su presente de ricas joyas de oro, y de muchos géneros de hechuras, que valian bien diez mil pesos, y diez cargas de mantas de buenas labores de pluma, Cortés los recibió con buen semblante: y luego dixéron aquellos Embaxadores por parte de su Señor Montezuma, que se maravillaba mucho estar tantos dias entre aquellas gentes pobres, y sin policía, que aun para esclavos no son buenos, por ser tan malos, y traidores, y robadores, que quando mas descuidados estuviésemos, de dia y de noche nos matarian por nos robar, y que nos rogaba que fuésemos luego á su ciudad, y que nos daria de lo que tuviese, y aunque no tan cumplido como nosotros mereciamos, y él deseaba: y que puesto que todas las vituallas le entran en su ciudad de acarreo, que mandaria proveernos lo mejor que él pudiese. Aquesto hacia Montezuma por sacarnos de Tlascala, porque supo que habiamos hecho las amistades que dicho tengo en el capítulo que dello habla, y para ser perfectas, habian dado sus hijas á Malinche: porque bien tuviéron entendido, que no les podia venir bien ninguno de nuestras confederaciones, y á esta causa nos cebaba con oro y presentes, para que fuésemos á sus tierras, á lo ménos porque saliésemos de Tlascala. Volvamos á decir de los Embaxadores, que los conociéron bien los de Tlascala, y dixéron á nuestro Capitan, que todos eran señores de pueblos y

vasallos, con quien Montezuma enviaba á tratar cosas de mucha importancia. Cortés les dió muchas gracias á los Embaxadores con grandes caricias y señales de amor que les mostró: y les dió por respuesta, que él iria muy presto á ver al Señor Montezuma, y les rogó que estuviesen algunos dias allí con nosotros, que en aquella sazon acordó Cortés, que fuesen dos de nuestros Capitanes personas señaladas, á ver y hablar al gran Montezuma, é ver la gran ciudad de México, y sus grandes fuerzas y fortalezas, é iban ya camino Pedro de Alvarado, y Bernardino Vazquez de Tapia, y quedáron en rehenes quatro de aquellos Embaxadores que habian traido el presente; y otros Embaxadores del gran Montezuma, de los que solian estar con nosotros fuéron en su compañía: y porque en aquel tiempo yo estaba mal herido, y con calenturas, y harto tenia que curarme, no me acuerdo bien hasta donde allegáron, mas de que supimos, que Cortés habia enviado así á la ventura á aquellos Caballeros, y se lo tuvimos á mal consejo, y le retruximos; y le diximos, que como enviaba á México no mas de para ver la ciudad y sus fuerzas; que no era buen acuerdo, y que luego los fuesen á llamar, que no pasasen mas adelante, y les escribió que se volviesen luego. Demas desto, el Bernardino Vazquez de Tapia ya habia adolecido en el camino de calenturas, y como viéron las cartas, se volviéron: y los Embaxa-

dores con quien iban, diéron relacion dello á su Montezuma; y les preguntó, qué manera de rostros y proporcion de cuerpos llevaban los dos Teules que iban á México, y si eran Capitanes: y parece ser que les dixéron, que el Pedro de Alvarado era de muy linda gracia, así en el rostro, como en su persona, y que parecia como al Sol, y que era Capitan: y demas desto se lo lleváron figurado muy al natural su dibuxo y cara: y desde entónces le pusiéron nombre, el Tonacio, que quiere decir el Sol hijo del Sol, y así le llamáron de allí adelante: y el Bernardino Vazquez de Tapia dixéron, que era hombre robusto y de muy buena disposicion, que tambien era Capitan: y al Montezuma le pesó, porque se habian vuelto del camino. Y aquellos Embaxadores tuviéron razon de comparallos, así en los rostros, como en el aspecto de las personas y cuerpos, como lo significáron á su señor Montezuma: porque el Pedro de Alvarado era de muy buen cuerpo, y ligero, y facciones, y presencia, y así en el rostro, como en el hablar, en todo era agraciado, que parecia que estaba riendo: y el Bernardino Vazquez de Tapia era algo robusto, puesto que tenia buena presencia: y desque volvieron á nuestro Real, nos holgamos con ellos, y les deciamos, que no era cosa acertada lo que Cortés les mandaba. Y dexemos esta materia, pues no hace mucho á nuestra relacion, y diré de los mensageros que

Cortés envió á Cholula, y la respuesta que enviáron.

CAPITULO LXXXI.

Como enviáron los de Cholula quatro Indios de poca valia á desculparse por no haber venido á Tlascala, y lo que sobre ello pasó.

Ya he dicho en el capítulo pasado, como envió nuestro Capitan mensageros á Cholula, para que nos viniesen á ver á Tlascala: é los Caciques de aquella ciudad, como entendiéron lo que Cortés les mandaba, parecióles que seria bien enviar quatro Indios de poca valia á disculpar é á decir, que por estar malos no venian y no truxéron bastimento, ni otra cosa, sino así secamente diéron aquella respuesta: y quando viniéron aquellos mensageros, estaban presentes los Caciques de Tlascala, é dixéron á nuestro Capitan, que para hacer burla dél, y de todos nosotros, enviaban los de Cholula aquellos Indios, que eran macegales, é de poca calidad. Por manera que Cortés les tornó á enviar luego con otros quatro Indios de Cempoal á decir, que viniesen dentro de tres dias hombres principales, pues estaban cinco leguas de allí, é que si no venian, que los ternia por rebeldes: y que quando vengan, que les quiere decir cosas que

les convienen para la salvacion de sus ánimas, y buena policía para su buen vivir, y tenellos por amigos y hermanos, como son los de Tlascala sus vecinos: y que si otra cosa acordaren, y no quieren nuestra amistad, que nosotros no por eso les procurariamos de descomplacer, ni enojarles. Y como oyéron aquella amorosa embaxada, respondiéron, que no habian de venir á Tlascala, porque son sus enemigos, porque saben que han dicho dellos, y de su señor Montezuma muchos males, y que vamos á su ciudad, y salgamos de los términos de Tlascala, y si no hicieren lo que deben, que los tengamos por tales, como les enviamos á decir. Y viendo nuestro Capitan, que la escusa que decian era muy justa, acordamos de ir allá: y como los Caciques de Tlascala viéron, que determinadamente era nuestra ida por Cholula, dixéron á Cortés: Pues que así quieres creer á los Mexicanos, y no á nosotros, que somos tus amigos? ya te hemos dicho muchas veces, que te guardes de los de Cholula, y del poder de México, y para que mejor te puedas ayudar de nosotros, tenemos aparejados diez mil hombres de guerra que vayan en vuestra compañía: y Cortés les dió muchas gracias por ello, é consultó con todos nosotros, que no seria bueno que llevásemos tantos guerreros á tierra que habiamos de procurar amistades: é que seria bien que llevásemos dos mil, y estos les demandó, y que los demas que

se quedasen en sus casas. E dexemos esta plática, y diré de nuestro camino.

CAPITULO LXXXII.

Como fuimos á la ciudad de Cholula, y del gran recibimiento que nos hiciéron.

Una mañana comenzamos á marchar por nuestro camino para la ciudad de Cholula, é íbamos con el mayor concierto que podiamos; porque como otras veces he dicho, adonde esperábamos haber revueltas ó guerras, nos apercebiamos muy mejor, é aquel dia fuimos á dormir á un rio que pasa obra de una legua chica de Cholula, adonde está hecha ahora una puente de piedra: é allí nos hiciéron unas chozas é ranchos, y esa noche enviáron los Caciques de Cholula mensageros, hombres principales, á darnos el parabien venidos á sus tierras, y truxéron bastimentos de gallinas, y pan de su maiz, é dixéron que en la mañana vendrian todos los Caciques y Papas á nos recibir, é á que les perdonasen, porque no habian salido luego: y Cortés les dixo con nuestras lenguas Doña Marina, y Aguilar, que se lo agradecia, así por el bastimento que traian, como por la buena voluntad que mostraban: é allí dormimos aquella noche con buenas velas y escuchas, y corredores del

campo. Y como amaneció, comenzamos á caminar ácia la ciudad: é yendo por nuestro camino, ya cerca de la poblacion nos saliéron á recibir los Caciques y Papas, y otros muchos Indios, é todos los mas traian vestidas unas ropas de algodon de hechura de marlotas, como las traian los Indios Capotecas: y esto digo á quien las ha visto, y ha estado en aquella Provincia; porque en aquella ciudad así se usan, é venian muy de paz, y de buena voluntad: y los Papas traian braseros con incienso, con que zahumáron á nuestro Capitan, é á los soldados que cerca dél nos hallamos. E parece ser aquellos Papas y principales, como viéron los Indios Tlascaltecas, que con nosotros venian, dixerónselo á Doña Marina, que se lo dixese á Cortés, que no era bien que de aquella manera entrasen sus enemigos con armas en su ciudad: y como nuestro Capitan lo entendió, mandó á los Capitanes y soldados, y el fardaxe, que reparásemos, y como nos vió juntos, é que no caminaba ninguno, dixo: Paréceme, señores, que ántes que entremos en Cholula, que demos un tiento con buenas palabras á estos Caciques, é Papas, é veamos qué es su voluntad, porque vienen murmurando destos nuestros amigos de Tlascala, y tienen mucha razon en lo que dicen, é con buenas palabras les quiero dar á entender la causa porque venimos á su ciudad. Y por que ya, señores, habeis entendido lo que nos han dicho los Tlascaltecas, que son bu-

lliciosos, será bien que por bien den la obediencia á su Magestad, y esto me parece que conviene: y luego mandó á Doña Marina, que llamase á los Caciques y Papas allí donde estaba á caballo, é todos nosotros juntos con Cortés: y luego viniéron tres principales, y dos Papas, y dixéron: Malinche, perdonadnos, porque no fuimos á Tlascala á te ver, y llevar comida, y no por falta de voluntad, sino porque son nuestros enemigos Maseescaci, y Xicotenga, é toda Tlascala, é porque han dicho muchos males de nosotros, é del gran Montezuma nuestro Señor, que no basta lo que han dicho, sino que ahora tengan atrevimiento con vuestro favor, de venir con armas á nuestra ciudad: y que le piden por merced, que les mande volver á sus tierras, ó á lo menos, que se queden en el campo, é que no entren de aquella manera en su ciudad: é que nosotros que vamos mucho en buena hora. E como el Capitan vió la razon que tenia, mandó luego á Pedro de Alvarado, é al Maestre de campo, que era Christoval de Oli, que rogasen á los Tlascaltecas, que allí en el campo hiciesen sus ranchos é chozas, é que no entrasen con nosotros, sino los que llevaban la artillería, y nuestros amigos los de Cempoal, y les dixesen la causa porque se mandaba, porque todos aquellos Caciques y Papas se temen dellos: é que quando hubiéremos de pasar de Cholula para México, que los enviaria á llamar, é que no lo ha-

yan por enojo: y como los de Cholula viéron lo que Cortés mandó, parecia que estaban mas sosegados, y les comenzó Cortés á hacer un parlamento, diciendo: que nuestro Rey y Señor, cuyos vasallos somos, tiene grandes poderes, y tiene debaxo de su mando á muchos grandes Príncipes y Caciques: y que nos envió á estas tierras á les notificar y mandar, que no adoren ídolos, ni sacrifiquen hombres, ni coman de sus carnes, ni hagan sodomías, ni otras torpedades: é que por ser el camino por allí para México, adonde vamos á hablar al gran Montezuma, y por no haber otro mas cercano, venimos por su ciudad, y tambien para tenellos por hermanos: é que pues otros grandes Caciques han dado la obediencia á su Magestad, que será bien que ellos la den, como los demás. E respondiéron, que aun no habemos entrado en su tierra, é ya les mandamos dexar sus Teules, que así llaman á sus ídolos, que no lo pueden hacer; y dar la obediencia á ese vuestro Rey que decis, les place, y así la diéron de palabra, y no ante Escribano. Y esto hecho, luego comenzamos á marchar para la ciudad: y era tanta la gente que nos salia á ver, que las calles é azuteas estaban llenas: é no me maravillo dello, porque no habian visto hombres como nosotros, ni caballos; y nos lleváron á aposentar á unas grandes salas en que estuvimos todos, é nuestros amigos los de Cempoal, y los Tlascaltecas que lleváron el

fardaxe, y nos dieron de comer aquel dia é otro muy bien é abastadamente. E quedarse ha aquí y diré lo que mas pasamos.

CAPITULO LXXXIII.

Como tenian concertado en esta ciudad de Cholula de nos matar por mandado de Montezuma, y lo que sobre ello pasó.

Habiéndonos recibido tan solemnemente, como habemos dicho, é ciertamente de buena voluntad; sino que, segun despues pareció, envió á mandar Montezuma á sus Embaxadores, que con nosotros estaban, que tratasen con los de Cholula, que con un esquadron de veinte mil hombres, que envió Montezuma, que estuviesen apercibidos, para en entrando en aquella ciudad, que todos nos diesen guerra, y de noche y de dia nos acapillasen, é los que pudiesen llevar atados de nosotros á México, que se los llevasen: é con grandes prometimientos que les mandó, y muchas joyas y ropa que entónces les envió, é un atambor de oro: é á los Papas de aquella ciudad, que habian de tomar veinte de nosotros para hacer sacrificios á sus ídolos; pues ya todo concertado, y los guerreros que luego Montezuma envió, estaban en unos ranchos é arcabuezos, obra de media legua de Cholula, y otros estaban ya dentro en las casas,

y todos puestos á punto con sus armas, hechos mamparos en las azuteas, y en las calles hoyos é albarradas para que no pudiesen correr los caballos: y aun tenian unas casas llenas de varas largas, y colleras de cueros é cordeles con que nos habian de atar, é llevarnos á México. Mejor lo hizo nuestro Señor Dios, que todo se les volvió al revés; é dexémoslo ahora, é volvamos á decir, que así como nos aposentáron, como dicho hemos, é nos diéron muy bien de comer los dias primeros: é puesto que los viamos que estaban muy de paz, no dexábamos siempre de estar muy apercebidos, por la buena costumbre que en ello teniamos: é al tercero dia, ni nos daban de comer, ni parecia Cacique, ni Papa: é si algunos Indios nos venian á ver, estaban apartados que no se llegaban á nosotros, é riéndose como cosa de burla: é como aquello vió nuestro Capitan, dixo á Doña Marina, é Aguilar nuestras lenguas, que dixese á los Embaxadores del gran Montezuma que allí estaban, que mandasen á los Caciques traer de comer: é lo que traian era agua y leña; y unos viejos que los traian decian, que no tenian maiz, é que en aquel dia viniéron otros Embaxadores del Montezuma, é se juntáron con los que estaban con nosotros, é dixéron muy desvergonzadamente é sin hacer acato, que su Señor les enviaba á decir, que no fuésemos á su ciudad, porque no tenia que darnos de comer, é

que luego se querian volver á México con la respuesta. E como aquello vió Cortés, le pareció mal su plática, é con palabras blandas dixo á los Embaxadores, que se maravillaba de tan gran Señor, como es Montezuma, tener tantos acuerdos; é que les rogaba, que no se fuesen, porque otro dia se querian partir para velle, é hacer lo que mandase, y aun me parece que les dió unos sartalejos de cuentas, é los Embaxadores dixéron, que sí aguardarian: y hecho esto, nuestro Capitan nos mandó juntar, y nos dixo: Muy desconcertada veo esta gente, estemos muy alerta, que alguna maldad hay entre ellos: é luego envió á llamar al Cacique é principal que ya no se me acuerda como se llamaba, ó que enviase algunos principales: é respondió, que estaba malo, é que no podia venir él, ni ellos; y como aquello vió nuestro Capitan, mandó, que de un gran Cu, que estaba junto de nuestros aposentos, le truxésemos dos Papas con buenas razones, porque habia muchos en él: truximos dos dellos sin les hacer deshonor, y Cortés les mandó dar á cada uno un chalchihui, que son muy estimados entre ellos, como esmeraldas, é les dixo con palabras amorosas, que por qué causa el Cacique, y principales, é todos los mas Papas están amedrentados, que los ha enviado á llamar, y no habian querido venir: y parece ser, que el uno de aquellos Papas era hombre muy principal entre ellos, y tenia cargo ó mando en

todos los mas Cues de aquella ciudad, que debia de ser á manera de Obispo entre ellos, y le tenian gran acato, é dixo, que los que son Papas, que no tenian temor de nosotros, que si el Cacique, y principales no han querido venir, que él iria á les llamar, y que como él les hable, que tiene creido que no harán otra cosa, y que vernán: é luego Cortés dixo, que fuese en buen hora, y quedase su compañero allí aguardando hasta que viniesen, é fué aquel Papa, é llamó al Cacique, é principales: é luego viniéron juntamente con él al aposento de Cortés, y les preguntó con nuestras lenguas Doña Marina, é Aguilar, que por que habian miedo, é por qué causa no nos daban de comer, y que si reciben pena de nuestra estada en la ciudad, que otro dia por la mañana nos queriamos partir para México, á ver é hablar al Señor Montezuma, é que le tengan aparejados tamemes para llevar el fardaxe é tepuzques, que son las bombardas: é tambien, que luego traigan comida: y el Cacique estaba tan cortado, que no acertaba á hablar, y dixo, que la comida que la buscarian, mas que su Señor Montezuma les ha enviado á mandar, que no la diesen, ni queria que pasásemos de allí adelante: y estando en estas pláticas, viniéron tres Indios de los de Cempoal nuestros amigos, y secretamente dixéron á Cortés, que habian hallado junto adonde estábamos aposentados, hechos hoyos en las calles, é cubier-

tos con madera, é tierra, que no mirando mucho en ello, no se podria ver, é que quitáron la tierra de encima de un hoyo que estaba lleno de estacas muy agudas para matar los caballos que corriesen, é que las azuteas que las tienen llenas de piedras é mamparos de adobes: y que ciertamente estaban de buen arte, porque tambien halláron albarradas de maderos gruesos en otra calle: y en aquel instante viniéron ocho Indios Tlascaltecas de los que dexamos en el campo, que no entráron en Cholula, y dixéron á Cortés: mira, Malinche, que esta ciudad está de mala manera, porque sabemos que esta noche han sacrificado á su ídolo, que es el de la guerra, siete personas, y los cinco de ellos son niños, porque les dé vitoria contra vosotros. E tambien habemos visto que sacan todo el fardaxe, é mugeres é niños. Y como aquello oyó Cortés, luego los despachó para que fuesen á sus Capitanes los Tlascaltecas, que estuviesen muy aparejados, si los enviásemos á llamar, y tornó á hablar al Cacique, y Papas, y principales de Cholula, que no tuviesen miedo, ni anduviesen alterados, y que mirasen la obediencia que diéron, que no la quebrantasen, que les castigaria por ello, que ya les ha dicho que nos queremos ir por la mañana, que ha menester dos mil hombres de guerra de aquella ciudad, que vayan con nosotros, como nos han dado los de Tlascala, porque en los caminos los habrá menester, é

dixéronle, que sí darian, así los hombres de guerra, como los del fardaxe: é demandáron licencia para irse luego á los apercebir, y muy contentos se fuéron, porque creyéron, que con los guerreros que nos habian de dar, é con las Capitanías de Montezuma, que estaban en los arcabuezos y barrancas, que allí de muertos ó presos no podriamos escapar, por causa que no podrian correr los caballos: y por ciertos mamparos, y albarradas, que diéron luego por aviso á los que estaban en guarnicion, que hiciesen á manera de callejon, que no pudiésemos pasar: y les avisaron, que otro dia habiamos de partir, é que estuviesen muy á punto todos, porque ellos darian dos mil hombres de guerra, é como fuésemos descuidados, que allí harian su presa los unos y los otros, é nos podian atar: é que esto que lo tuviesen por cierto, porque ya habian hecho sacrificios á sus ídolos de guerra, y les han prometido la victoria. Y dexemos de hablar en ello, que pensaban que seria cierto, é volvamos á nuestro Capitan, que quiso saber muy por extenso todo el concierto, y lo que pasaba: y dixo á Doña Marina, que llevase mas chalchihuis á los dos Papas que habia hablado primero, pues no tenia miedo, é con palabras amorosas les dixese, que les queria tornar á hablar Malinche, é que los truxese consigo: y la Doña Marina fué, y les habló de tal manera, que lo sabia muy bien hacer, y con dádivas viniéron lue-

go con ella : y Cortés les dixo, que dixesen la verdad de lo que supiesen, pues eran Sacerdotes de ídolos, é principales, que no habian de mentir : é que lo que dixesen, que no seria descubierto por via ninguna, pues que otro dia nos habiamos de partir, é que les daria mucha ropa : é dixéron, que la verdad es, que su Señor Montezuma supo que íbamos á aquella ciudad, é que cada dia estaba en muchos acuerdos, é que no determinaba bien la cosa : é que unas veces les enviaba á mandar, que si allí fuésemos, que nos hiciesen mucha honra, é nos encaminasen á su ciudad : é otras veces les enviaba á decir, que ya no era su voluntad que fuésemos á México : é que ahora nuevamente le han aconsejado su Tezcatepuca, y su Huichilobos, en quien ellos tienen gran devocion, que allí en Cholula los matasen, ó llevasen atados á México. E que habia enviado el dia ántes veinte mil hombres de guerra, y la mitad están ya aquí dentro de esta ciudad, é la otra mitad están cerca de aquí entre unas quebradas : é que ya tienen aviso que os habeis de ir mañana, y de las albarradas que se mandáron hacer, y de los dos mil guerreros que os habemos de dar, é como tenian ya hechos conciertos que habian de quedar veinte de nosotros para sacrificar á los ídolos de Cholula. Y sabido todo esto Cortés les mandó dar mantas muy labradas, y les rogó que no lo dixesen, porque si lo descubrian, que á la

vuelta que volviésemos de México los matarian, é que se querian ir muy de mañana, é que hiciesen venir todos los Caciques para hablalles, como dicho les tiene: y luego aquella noche tomó consejo Cortés de lo que habiamos de hacer, porque tenia muy extremados varones, y de buenos consejos: y como en tales casos suele acaecer, unos decian, que seria bien torcer el camino, é irnos para Guaxocingo: otros decian, que procurásemos haber paz por qualquiera via que pudiésemos, y que nos volviésemos á Tlascala: otros dimos parecer, que si aquellas traiciones dexábamos pasar sin castigo, que en qualquiera parte nos tratarian otras peores: y pues que estábamos allí en aquel gran pueblo, é habia hartos bastimentos, les diésemos guerra, porque mas la sentirian en sus casas, que no en el campo, y que luego apercibiésemos á los Tlascaltecas que se hallasen en ello. Y á todos pareció bien este postrer acuerdo, y fué desta manera, que ya que les habia dicho Cortés, que nos habiamos de partir para otro dia, que hiciésemos que liábamos nuestro hato, que era harto poco, y que unos grandes patios que habia, donde posábamos, estaban con altas cercas, que diésemos en los Indios de guerra, pues aquello era su merecido, y que con los embaxadores de Montezuma disimulásemos, y les dixésemos, que los malos de los Cholultecas han querido hacer una traicion, y echar la culpa della á su Señor Mon-

tezuma, é á ellos mismos como sus embaxadores : lo qual no creiamos que tal mandase hacer, y que les rogábamos que se estuviesen en el aposento de nuestro Capitan, é no tuviesen mas plática con los de aquella ciudad, porque no nos den que pensar que andan juntamente con ellos en las traiciones, y para que se vayan con nosotros á México por guias : y respondiéron, que ellos, ni su Señor Montezuma no saben cosa ninguna de lo que les dicen, y aunque no quisiéron, les pusimos guardas, porque no se fuesen sin licencia, y porque no supiese Montezuma que nosotros sabiamos que él era quien los habia mandado hacer : é aquella noche estuvimos muy apercebidos y armados, y los caballos ensillados y enfrenados, con grandes velas y rondas, que esto siempre lo teniamos de costumbre, porque tuvimos por cierto que todas las Capitanías, así de Mexicanos, como de Cholultecas, aquella noche habian de dar sobre nosotros : y una India vieja, muger de un Cacique, como sabia el concierto y trama que tenian ordenado, vino secretamente á Doña Marina nuestra lengua, y como la vió moza, y de buen parecer, y rica, le dixo y aconsejó que se fuese con ella á su casa, si queria escapar la vida, porque ciertamente aquella noche, ó otro dia nos habian de matar á todos, porque ya estaba así mandado y concertado por el gran Montezuma, para que entre los de aquella ciudad, y los Mexicanos se juntasen,

y no quedase ninguno de nosotros á vida, ó nos llevasen atados á México : y porque sabe esto, y por mancilla que tenia de la Doña Marina, se lo venia á decir, y que tomase todo su hato, y se fuese con ella á su casa, y que allí la casaria con un su hijo, hermano de otro mozo que traia la vieja que la acompañaba. E como lo entendió la Doña Marina, y en todo era muy avisada, le dixo : ¡ó madre, que mucho tengo que agradeceros eso que me decis! yo me fuera ahora, sino que no tengo de quien fiarme para llevar mis mantas y joyas de oro, que es mucho. Por vuestra vida, madre, que aguardeis un poco vos, y vuestro hijo, y esta noche nos iremos, que ahora ya veis que estos Teules están velando y sentirnos han : y la vieja creyó lo que la decia, y quedóse con ella platicando, y le preguntó, que de qué manera nos habian de matar, é como é cuando se hizo el concierto : y la vieja se lo dixo ni mas ni ménos que lo habian dicho los dos Papas : é respondió la Doña Marina : pues como siendo tan secreto ese negocio, lo alcanzastes vos á saber? dixo, que su marido se lo habia dicho, que es Capitan de una parcialidad de aquella ciudad, y como tal Capitan está ahora con la gente de guerra que tiene á cargo, dando órden para que se junten en las barrancas con los esquadrones del gran Montezuma, y que cree estarán juntos esperando para cuando fuésemos, y que allí nos matarian, y que esto del concierto,

que lo sabia tres dias habia, porque de México enviáron á su marido un atambor dorado, é á otras tres Capitanías tambien les envió ricas mantas, y joyas de oro, porque nos llevasen á todos á su señor Montezuma: y la Doña Marina como lo oyó, disimuló con la vieja, y dixo: ó quanto me huelgo en saber que vuestro hijo, con quien me quereis casar, es persona principal. Mucho hemos estado hablando, no querria que nos sintiesen, por eso madre, aguardad aquí, comenzaré á traer mi hacienda, porque no lo podré sacar todo junto, é vos é vuestro hijo mi hermano lo guardaréis, y luego nos podremos ir: y la vieja todo se lo creia, y sentóse de reposo la vieja, ella y su hijo, y la Doña Marina entra depresto donde estaba el Capitan Cortés, y le dice todo lo que pasó con la India: la qual luego la mandó traer ante él, y la tornó á preguntar sobre las traiciones y conciertos, y le dixo ni mas ni ménos que los Papas, y le pusiéron guardas, porque no se fuese, y cuando amaneció era cosa de ver la priesa que traian los Caciques y Papas con los Indios de guerra con muchas risadas, y muy contentos, como si ya nos tuvieran metidos en el garlito é redes, é truxéron mas Indios de guerra que les pedimos, que no cupiéron en los patios, por muy grandes que son, que aun todavía se están sin deshacer por memoria de lo pasado: é por bien de mañana que viniéron los Cholultecas con la gente de

guerra, ya todos nosotros estábamos muy apunto para lo que se habia de hacer, y los soldados de espada y rodela puestos á la puerta del gran patio para no dexar salir á ningun Indio de los que estaban con armas, y nuestro Capitan tambien estaba á caballo acompañado de muchos soldados para su guarda : y cuando vió que tan de mañana habian venido los Caciques, y Papas, y gente de guerra, dixo : qué voluntad tienen estos traidores de vernos entre las barrancas para se hartar de nuestras carnes : mejor lo hará nuestro Señor : y preguntó por los dos Papas que habian descubierto el secreto, y le dixéron que estaban á la puerta del patio con otros Caciques que querian entrar, y mandó Cortés á Aguilar nuestra lengua, que les dixesen que se fuesen á sus casas, é que ahora no tenian necesidad dellos, y esto fué por causa, que pues nos hiciéron buena obra, no recibiesen mal por ella, porque no los matasen : é como Cortés estaba á caballo, é Doña Marina junto é él, comenzó á decir á los Caciques y Papas, que sin hacelles enojo ninguno, ¿á qué causa nos querian matar la noche pasada? é que si les hemos hecho, ó dicho cosa para que nos tratasen aquellas traiciones, mas de amonestalles las cosas que á todos los mas pueblos por donde hemos venido, les decimos que no sean malos, ni sacrifiquen hombres, ni adoren sus ídolos, ni coman las carnes de sus próximos; que no sean sométicos, é que

tengan buena manera en su vivir, y decirles las cosas tocantes á nuestra santa Fe, y esto sin apremialles en cosa ninguna: é á qué fin tienen ahora nuevamente aparejadas muchas varas largas y recias como colleras, y muchos cordeles en una casa junto al gran Cu: é porque han hecho de tres dias acá albarradas en las calles, é hoyos, é pertrechos en las azuteas: é porque han sacado de su ciudad sus hijos é mugeres, y hacienda: é que bien se ha parecido su mala voluntad, y las traiciones que nos la pudiéron encubrir, que aun de comer no nos daban, que por burla traian agua y leña, y decian que no habia maiz: y que bien sabe que tienen cerca de allí en unas barrancas muchas Capitanías de guerreros esperándonos, creyendo que habiamos de ir por aquel camino á México para hacer la traicion que tienen acordada, con otra mucha gente de guerra que esta noche se ha juntado con ellos: que pues en pago de que los venian á tener por hermanos, é decilles lo que Dios nuestro Señor, y el Rey manda, nos querian matar, é comer nuestras carnes, que ya tenian aparejadas las ollas con sal, é agi, é tomates: que si esto querian hacer, que fuera mejor que nos dieran guerra, como esforzados y buenos guerreros en los campos, como hiciéron sus vecinos los Tlascaltecas: é que sabe por muy cierto lo que tenian concertado en aquella ciudad, y aun prometido á su ídolo abogado de la guerra, y que

le habian de sacrificar veinte de nosotros delante del ídolo, y tres noches ántes ya pasadas que le sacrificáron siete Indios, porque les diese victoria: la qual les prometió, é como es malo y falso, no tiene ni tuvo poder contra nosotros, y que todas estas maldades y traiciones que han tratado y puesto por la obra, han de caer sobre ellos, y esta razon se lo decia Doña Marina, y se lo daban muy bien á entender: y como lo oyéron los Papas, y Caciques, y Capitanes, dixéron, que así es verdad lo que les dice, y que dello no tienen culpa, porque los Embaxadores de Montezuma lo ordenáron por mandado de su Señor. Entónces les dixo Cortés, que tales traiciones como aquellas, que mandan las leyes Reales que no queden sin castigo, é que por su delito que han de morir: é luego mandó soltar una escopeta, que era la señal que teniamos apercibida para aquel efecto, y se les dió una mano, que se les acordará para siempre, porque matamos muchos dellos, y otros se quemáron vivos, que no les aprovechó las promesas de sus falsos ídolos: y no tardáron dos horas que no llegáron allí nuestros amigos los Tlascaltecas que dexamos en el campo, como ya he dicho otra vez, y peleaban muy fuertemente en las calles donde los Cholultecas tenian otras Capitanías defendiéndolas, porque no les entrásemos: y depresto fuéron desbaratadas, y iban por la ciudad robando y cautivando, que no los podiamos dete-

ner: y otro dia viniéron otras Capitanías de las poblaciones de Tlascala, y les hacian grandes daños porque estaban muy mal con los de Cholula: y como aquello vimos, así Cortés, como los demas Capitanes y soldados, por mancilla que hubímos dellos, detuvimos á los Tlascaltecas que no hiciesen mas mal: y Cortés mandó á Pedro de Alvarado, y á Christóbal de Oli, que le truxesen todas las Capitanías de Tlascala para les hablar, y no tardáron de venir, y les mandó que recogiesen toda su gente, y que se estuviesen en el campo, y así lo hiciéron, que no quedó con nosotros, sino los de Cempoal: y en aqueste instante viniéron ciertos Caciques y Papas Cholultecas, que eran de otros barrios, que no se halláron en las traiciones, segun ellos decian (que como es gran ciudad, era bando y parcialidad por sí) y rogáron á Cortés, y á todos nosotros que perdonásemos el enojo de las traiciones que nos tenian ordenadas, pues los traidores habian pagado con las vidas: y luego viniéron los dos Papas amigos nuestros que nos descubriéron el secreto, y la vieja muger del Capitan que queria ser suegra de Doña Marina (como ya he dicho otra vez) y todos rogáron á Cortés fuesen perdonados. Y Cortés quando se lo decian mostró tener grande enojo, y mandó llamar á los Embaxadores de Montezuma, que estaban detenidos en nuestra compañía, y dixo, que puesto que toda aquella ciudad merecia ser aso-

lada, y que pagaran con las vidas, que teniendo respeto á su señor Montezuma, cuyos vasallos son, los perdona, é que de ahí adelante que sean buenos, é no les acontezca otra como la pasada, que morirán por ello. Y luego mandó llamar los Caciques de Tlascala que estaban en el campo, é les dixo que volviesen los hombres y mugeres que habian cautivado, que bastaban los males que habian hecho. Y puesto que se les hacia de mal de volvello, é decian, que de muchos mas daños eran merecedores, por las traiciones que siempre de aquella ciudad han recibido; por mandallo Cortés volviéron muchas personas: mas ellos quedáron desta vez ricos así de oro, é mantas, é algodon, y sal, é esclavos. Y demas desto Cortés los hizo amigos con los de Cholula, que á lo que despues ví é entendí, jamas quebráron las amistades: é mas les mandó á todos los Papas é Caciques Cholultecas que poblasen su ciudad, é que hiciesen tiangues, é mercados, é que no hubiesen temor, que no se les haria enojo ninguno: y respondiéron, que dentro en cinco dias harian poblar toda la ciudad, porque en aquella sazon todos los mas vecinos estaban amontados, é dixéron que temian que Cortés los nombrase Cacique porque el que solia mandar, fué uno de los que muriéron en el patio. E luego preguntó, que á quien le venia el Cacicazgo, é dixéron, que á un su hermano: al qual luego le señaló por Gobernador, hasta que

otra cosa fuese mandada. Y demas desto, desque vió la ciudad poblada, y estaban seguros en sus mercados, mandó que se juntasen los Papas y Capitanes con los demas principales de aquella ciudad, y se les dió á entender muy claramente todas las cosas tocantes á nuestra santa Fe, é que dexasen de adorar ídolos, y no sacrificasen, ni comiesen carne humana, ni se robasen unos á otros, ni usasen las torpedades que solian usar, y que mirasen que sus ídolos los traen engañados, y que son malos, y no dicen verdad: é que tuviesen memoria, que cinco dias habia las mentiras que les prometiéron, que les darian vitoria, quando sacrificáron las siete personas: é como todo quanto dicen á los Papas, é á ellos, es todo malo; é que los rogaba que luego los derrocasen, é hiciesen pedazos, é si ellos no querian, que nosotros los quitariamos, é que hiciesen encalar uno como humilladero, donde pusimos una Cruz. Lo de la Cruz luego lo hiciéron, y respondiéron, que quitarian los ídolos; y puesto que se lo mandó muchas veces que los quitasen, lo dilataban. Y entónces dixo el padre de la Merced á Cortés, que era por demas á los principios quitalles sus ídolos, hasta que vayan entendiendo mas las cosas, y ver en que paraba nuestra entrada en México, y el tiempo nos diria lo que habiamos de hacer, que al presente bastaba las amonestaciones que se les habia hecho, y ponelles la Cruz. Dexaré de

hablar desto, y diré como aquella ciudad está asentada en un llano, y en parte, é sitio, donde están muchas poblaciones cercanas, que es Tepeaca, Tlascala, Chalco, Tecamachalco, Guaxocingo, é otros muchos pueblos, que por ser tantos, aquí no los nombro: y es tierra de maiz, é otras legumbres, é de mucho azi, y toda llena de maijales, que es de lo que hacen el vino, é hacen en ella muy buena loza de barro colorado, é prieto, é blanco de diversas pinturas, é se bastece della México, y todas las provincias comarcanas: digamos ahora como en Castilla lo de Talavera, ó Palencia. Tenia aquella ciudad en aquel tiempo sobre cien torres muy altas, que eran Cues, é adoratorios, donde estaban sus ídolos, especial el Cu mayor era de mas altor que el de México, puesto que era muy suntuoso y alto el Cu Mexicano, y tenia otros cien patios para el servicio de los Cues: y segun entendimos, habia allí un ídolo muy grande, el nombre dél no me acuerdo, mas entre ellos tenian gran devocion, y venian de muchas partes á le sacrificar, é á tener como á manera de novenas, y le presentaban de las haciendas que tenian. Acuérdome, que quando en aquella ciudad entramos, que quando vimos tan altas torres, y blanquear, nos pareció al propio Valladolid *. Dexemos de hablar de esta ciudad, y

(*) Esta ciudad de Cholula, *dice Cortés*, está asentada en un

todo lo acaecido en ella, y digamos como los esquadrones que habia enviado el gran Monte-

« llano, y tiene hasta veinte mil vecinos dentro del cuerpo de la « ciudad, y tiene de arrabales otras tantas. ,, *De su terreno, dice* « es la ciudad mas á propósito para vivir Españoles, que yo he « visto de los puertos acá; porque tiene algunos valdíos, y aguas « para criar ganados, lo que no tienen ningunas de quantas hemos « visto; porque es tanta la multitud de la gente, que en estas par- « tes mora, que ni un palmo de tierra hay, que no esté labrado, « y aun con todo en muchas partes padecen necesidad por falta « de pan.,. *Del trage cuenta,* ,, La gente de esta ciudad es mas « vestida que los de Tascaltecal, porque los honrados ciudadanos « de ella todos traen albornoces encima de la otra ropa, aunque « son diferenciados de los de Africa, porque tienen maneras; « pero en la hechura, y tela, y los rapacejos son muy semejables. « *Cortés Carta* II. » Por la descripcion de las tierras, y pueblos que los Españoles encontraban en su tránsito, y expediciones, puede formarse juicio de la riqueza, poder, poblacion, agricultura, y artes de los Americanos. En la misma Carta deja dicho Cortés que Zempoala, que llamó *Sevilla,* su sierra y provincia serian hasta cincuenta mil hombres de guerra. Antes de concluir la paz con Tlascala, cuenta que en una salida que hizo para correr los alrededores entró en varios pueblos, uno de ellos tan grande, que por matricula, ó visitacion que mandó hacer, halló veinte mil casas. Del territorio de la República de Tlascala refiere, que por visitacion que mandó hacer halló quinientos mil vecinos con otra provincia mas pequeña que está junto á ella que se decia Guasincango, Es notable la descripcion que hace de la Capital de Tlascala. « La qual ciudad *dice*, es tan grande, y de tanta ad- « miracion, que aunque mucho de lo que ella podria decir dexe, « lo poco que diré creo es casi increible, porque es muy mayor « que Granada, y muy mas fuerte, y de tan buenos edificios, « y de muy mucha mas gente que Granada tenia al tiempo que « se ganó; y muy mejor abastecida de las cosas de la tierra, que « es de pan, y de aves, y caza, y pescado de los rios, y de otras « legumbres, y cosas que ellos comen muy buenas. Hay en es-

zuma, que estaban ya puestos entre los arcabuezos que están cabe Cholula, y tenian hechos

« ta ciudad un mercado en que quotidianamente todos los dias
« hay en él de treinta mil ánimas arriba vendiendo y comprando,
« sin otros muchos mercadillos que hay por la ciudad en partes.
« En este mercado hay todas quantas cosas, así de mantenimien-
« to, como de vestido, y calzado, que ellos tratan, y puede haber.
« Hay joyerías de oro y plata, y piedras, y de otras joyas de plu-
« mage, tambien concertado como puede ser en todas las plazas,
« y mercados del mundo: hay mucha loza de todas maneras, y
« muy buena, y tal como la mejor de España. Venden mucha leña
« y carbon, y yerbas de comer, y medicinales. Hay casas donde
« lavan las cabezas como barberos, y las rapan, hay baños. Final-
« mente que entre ellos hay toda manera de buena órden, y po-
« licía; y es gente de toda razon, y concierto, y tal que lo mejor
« de Africa no se le iguala. Es esta provincia de muchos valles
« llanos, y hermosos, y todos labrados, y sembrados, sin haber en
« ellos cosa vacua. Tiene en torno la provincia noventa leguas, y
« mas. *Cortés Carta* II. » No debe parecer inverisimil una poblacion tan crecida en estos paises. Aunque carecian de animales domésticos, como del buey, asno, mula, y caballo, esta misma privacion era el fundamento de tanta multitud por una razon muy natural: sin animales domésticos ni para la labor de las tierras, ni para el tragino, hacian los hombres lo que en Europa hacen las bestias: mantenian hombres con las producciones, que habian de sustentar á los irracionales: la mitad, ó gran parte de las tierras cultivadas en Europa se ocupan en granos, y frutos con que sostener el ganado de la labor, las bestias de arriería, las de regalo, y lujo, y las que sirven en los ejércitos. Todos los terrenos cultivados servian entre los Americanos para alimento de los hombres; por otra parte, segun se llega á entender de Cortés, poseian el arte del riego. Veremos en Cortés, y Castillo que la industria, esto es, aquellas ocupaciones que distrayendo al hombre de la agricultura le emplean en otras fatigas, estaban ejercitadas en el Imperio de Méjico por innumerables brazos. Grande industria, y en una nacion grande, no puede existir sin grande agricultura; grandes

mamparos, y callejones, para que no pudiesen correr los caballos, como lo tenian concertado, como ya otra vez he dicho: é como supiéron lo acaecido, se vuelven mas que de paso para México, y dan relacion á su Montezuma, segun, y de la manera que todo pasó: y por presto que fuéron, ya teniamos la nueva de dos principales, que con nosotros estaban, que fuéron en posta, y supimos muy de cierto, que quando lo supo Montezuma, que sintió gran dolor y enojo: é que luego sacrificó ciertos Indios á su ídolo Huichilobos, que le tenia por Dios de la guerra; porque les dixese en que habia de parar nuestra ida á México, ó si nos dexaria entrar en su ciudad; y aun supimos que estuvo encerrado en sus devociones y sacrificios dos dias juntamente con diez Papas los mas principales, y hubo respuesta de aquellos ídolos, que tenian por Dioses: y fué que le aconsejáron, que nos enviase mensageros á disculpar de lo de Cholula, y que con muestras de paz nos dexe entrar en México, y que estando dentro, con quitarnos la comida, é agua, ó alzar qualquiera de las puentes, nos mataria, y que en un dia, si nos

ciudades, corte populosa, no se suelen hallar sino sobre la base de un gran cultivo de la tierra. En las naciones salvages, y en los pueblos pastores no son regulares estas reuniones fijas de multitudes de hombres. Creo que este discurso disuelve cualquier dificultad que se haga sobre la poblacion numerosa que los Españoles encontraron en varios paises de América.

daba guerra, no quedaria ninguno de nosotros á vida; y que allí podria hacer sus sacrificios, así al Huichilobos, que les dió esta respuesta, como á Tezcatepuca, que tenian por Dios del infierno, é se hartarian de nuestros muslos, y piernas, y brazos; y de las tripas y el cuerpo, y todo lo demas, hartarian las culebras y serpientes, é tigres, que tenia en unas casas de madera, como adelante diré en su tiempo y lugar. Dexemos de hablar de lo que Montezuma sintió de lo sobredicho, y digamos como esta cosa, ó castigo de Cholula, fué sabido en todas las provincias de la Nueva-España. Y si de ántes teniamos fama de esforzados, y habian sabido de las guerras de Potonchan, y Tabasco, y de Cingapacinga, y lo de Tlascala, y nos llamaban Teules, que es nombre como sus Dioses, ó cosas malas, desde ahí adelante nos tenian por adivinos, y decian que no se nos podria encubrir cosa ninguna mala, que contra nosotros tratasen, que no lo supiésemos: y á esta causa nos mostraban buena voluntad. Y creo que estarán hartos los curiosos lectores de oir esta relacion de Cholula, é ya quisiera habella acabado de escribir. Y no puedo dexar de traer aquí á la memoria las redes de maderos gruesos, que en ella hallamos; las quales tenian llenas de Indios, y muchachos á cebo, para sacrificar y comer sus carnes; las quales redes quebramos, y los Indios que en ellas estaban presos, les mandó

Cortés que se fuesen adonde eran naturales, y con amenazas mandó á los Capitanes, y Papas de aquella ciudad, que no tuviesen mas Indios de aquella manera, ni comiesen carne humana, y así lo prometiéron. ¿Mas qué aprovechaban aquellos prometimientos, que no lo cumplian? Pasemos ya adelante, y digamos que aquestas fuéron las grandes crueldades que escribe, y nunca acaba de decir el señor Obispo de Chiapa, Don Fr. Bartolome de las Casas; porque afirma, y dice, que sin causa ninguna, sino por nuestro pasatiempo, y porque se nos antojó, se hizo aquel castigo *. Y tambien quiero decir, que unos buenos Religiosos Franciscos, que fuéron los primeros Frayles que su Magestad envió á esta Nueva-España, despues de ganado México, segun adelante diré, fuéron á Cholula, para saber, y pesquisar, é inquirir, cómo, y de qué manera pasó aquel castigo, é por qué causa: é la pesquisa que hiciéron, fué con los mismos Papas, é viejos de aquella ciudad, y despues de bien sabido dellos mismos, halláron ser ni mas ni ménos que en esta mi relacion escribo: y si no se hiciera aquel castigo, nuestras vidas estaban en harto peligro, segun los esquadrones y capitanías tenian de guerreros Mexicanos,

(*) El derecho de la guerra, y el de la propia defensa, tanto mas riguroso cuanto es mayor el riesgo, justifica la conducta de Cortés contra los de Cholula, que habrian acabado con los Españoles, sin esta prevencion.

y de los naturales de Cholula, é albarradas, é pertrechos; que si allí por nuestra desdicha nos mataran, esta Nueva-España no se ganara tan presto, ni se atreviera á venir otra armada, é ya que viniera, fuera con gran trabajo, porque les defendieran los puertos, y se estuvieran siempre en sus idolatrías. Yo he oido decir á un Frayle Francisco de buena vida, que se decia Fray Torribio Motelmea, que si se pudiera escusar aquel castigo, y ellos no dieran causa á que se hiciese, que mejor fuera. Mas ya que se hizo, que fué bueno, para que los Indios de todas las provincias de la Nueva-España viesen, y conociesen, que aquellos ídolos, y todos los demas son malos y mentirosos: y que viendo que lo que les habia prometido salió al reves, que perdiesen la devocion que ántes tenian con ellos, y que desde allí en adelante no le sacrificaban, ni venian en romería de otras partes como solian; y desde entónces no curáron mal dél, y le quitáron del alto Cu donde estaba, y lo escondiéron, ó quebráron, que no pareció mas, y en su lugar habian puesto otro ídolo. Dexémoslo ya, y diré lo que mas adelante hicimos.

CAPITULO LXXXIV.

De ciertas pláticas, é mensageros, que enviamos al gran Montezuma.

Como habian ya pasado catorce dias que estábamos en Cholula, y no teniamos en que entender, y vimos que quedaba aquella ciudad muy poblada, é hacian mercados, é habiamos hecho amistades entre ellos, y los de Tlascala, é les teniamos puesto una Cruz, é amonestádoles las cosas tocantes á nuestra santa Fe; y viamos que el gran Montezuma enviaba á nuestro Real espias encubiertamente á saber, é inquirir, que era nuestra voluntad, é si habiamos de pasar adelante para ir á su ciudad; porque todo lo alcanzaba á saber muy enteramente por dos Embaxadores, que estaban en nuestra compañía: acordó nuestro Capitan de entrar en consejo con ciertos Capitanes, é algunos soldados, que sabia que le tenian buena voluntad; y porque demas de ser muy esforzados, eran de buen consejo, porque ninguna cosa hacia sin primero tomar sobre ello nuestro parecer. Y fué acordado, que blanda y amorosamente enviásemos á decir al gran Montezuma, que para cumplir con lo que nuestro Rey y Señor nos envió á estas partes, hemos pasado muchos

mares, é remotas tierras, solamente para le ver, é decille cosas que le serian muy provechosas quando las haya entendido: que viniendo que veniamos camino de su ciudad, porque sus Embaxadores nos encamináron por Cholula, que dixéron que eran sus vasallos; é que dos dias los primeros que en ella entramos, nos recibiéron muy bien, é para otro dia tenian ordenada una traicion, con pensamiento de matarnos: y porque somos hombres que tenemos tal calidad, que no se nos puede encubrir cosa de trato ni traicion, ni maldad, que contra nosotros quieran hacer, que luego no lo sepamos: é que por esta causa castigamos á algunos de los que querian ponerlo por obra. E que porque supo que eran sus sugetos, teniendo respeto á su persona, y á nuestra gran amistad, dexó de matar y asolar todos los que fuéron en pensar en la traicion; y lo peor de todo es, que dixéron los Papas, é Caciques, que por consejo é mandado dél, y de sus Embaxadores lo querian hacer; lo cual nunca creimos, que tan gran Señor, como él es, tal mandase, especialmente habiéndose dado por nuestro amigo: y tenemos colegido de su persona, que ya que tan mal pensamiento sus ídolos le pusiesen de darnos guerra, que seria en el campo, mas en tanto teniamos que pelease en campo como en poblado, que de dia, que de noche, porque los matariamos á quien tal pensase hacer. Mas

como lo tiene por grande amigo, y le desea ver, y hablar, luego nos partimos para su ciudad á dalle cuenta muy por entero de lo que el Rey nuestro señor nos mandó. Y como el Montezuma oyó esta embaxada, y entendió que por lo de Cholula no le poniamos culpa, oimos decir, que tornó á entrar con sus Papas en ayunos, é sacrificios que hiciéron á sus ídolos, para que se tornase á retificar, que si nos dexaria entrar en su ciudad, ó no; y si se lo tornaba á mandar como lo habia dicho otra vez. Y la respuesta que les tornó á dar, fué como la primera, y que de hecho nos dexe entrar, y que dentro nos mataria á su voluntad. Y mas le aconsejáron sus Capitanes y Papas, que si ponia estorbo en la entrada, que le hariamos guerra en los pueblos sus sujetos, teniendo como teniamos por amigos á los Tlascaltecas, y todos los Totonaques de la sierra, é otros pueblos que habian tomado nuestra amistad; y por excusar estos males, que mejor y mas sano consejo es el que les ha dado su Huichilobos. Dexemos de mas decir de lo que Montezuma tenia acordado, é diré lo que sobre ello hizo, y como acordamos de ir camino de México: y estando de partida, llegáron mensageros de Montezuma con un presente, y lo que envió á decir.

CAPITULO LXXXV.

Como el gran Montezuma envió un gran presente de oro, y lo que envió á decir, y como acordamos ir camino de México, y lo que mas acaeció.

Como el gran Montezuma hubo tomado otra vez consejo con sus Huichilobos, é Papas, é Capitanes, y todos le aconsejáron que nos dexase entrar en su ciudad, é que allí nos matarian á su salvo: y despues que oyó las palabras que le enviamos á decir acerca de nuestra amistad, é tambien otras razones bravosas, como somos hombres que no se nos encubre traicion, que contra nosotros se trate, que no lo sepamos: y que en lo de la guerra que eso se nos da que sea en el campo, ó en poblado, que de noche ó de dia, ó de otra qualquier manera: é como habia entendido las guerras de Tlascala, é habia sabido lo de Potonchan, é Tabasco, é Cingapacinga, é agora lo de Cholula; estaba asombrado, y aun temeroso: y despues de muchos acuerdos que tuvo, envió seis Principales con un presente de oro, y joyas de mucha diversidad de hechuras, que valdria, á lo que juzgaban, sobre dos mil pesos; y tambien envió ciertas cargas de mantas muy ricas de primas labores: é quando aquellos Principales llegáron ante Cortés con el pre-

sente, besaron la tierra con la mano, y con gran acato como entre ellos se usa, dixéron: Malinche, nuestro señor el gran Montezuma te envia este presente, y dice que lo recibas con el amor grande que te tiene, é á todos vuestros hermanos, é que le pesa del enojo que les diéron los de Cholula, é quisiera que los castigara mas en sus personas, que son malos y mentirosos, é que las maldades que ellos querian hacer, le echaban á él la culpa, é á sus Embaxadores: é que tuviésemos por muy cierto, que era nuestro amigo, é que vamos á su ciudad quando quisiéremos; que puesto que él nos quiere hacer mucha honra, como á personas tan esforzadas, y mensageros de tan alto Rey, como decis que es, é porque no tiene que nos dar de comer, que á la ciudad se lleva todo el bastimento de acarreo, por estar en la laguna poblados, no lo podia hacer tan cumplidamente, mas que él procurará de hacernos toda la mas honra que pudiere, y que por los pueblos por donde habiamos de pasar, que él ha mandado que nos den lo que hubiéremos menester: é dixo otros muchos cumplimientos de palabra. Y como Cortés lo entendió por nuestras lenguas, recibió aquel presente con muestras de amor, é abrazó á los mensageros, y les mandó dar ciertos diamantes torcidos, é todos nuestros Capitanes é soldados nos alegramos con tan buenas nuevas, é mandarnos que vamos á su ciudad, porque de dia en

dia lo estábamos deseando todos los mas soldados, especial los que no dexábamos en la Isla de Cuba bienes ningunos, é habiamos venido dos veces á descubrir primero que Cortés. Dexemos esto, y digamos como el Capitan les dió buena respuesta, y muy amorosa, y mandó que se quedasen tres mensageros de los que viniéron con el presente, para que fuesen con nosotros por guias, y los otros tres volviéron con la respuesta á su Señor, y les avisáron que ya íbamos camino. Y despues que aquella nuestra partida entendiéron los Caciques mayores de Tlascala, que se decian Xicotenga el viejo, é ciego, y Maseescaci, los quales he nombrado otras veces, les pesó en el alma, é enviáron á decir á Cortés, que ya le habian dicho muchas veces, que mirase lo que hacia, é se guardase de entrar en tan grande ciudad, donde habia tantas fuerzas, y tanta multitud de guerreros: porque un dia ó otro nos darian guerra, é temian que no podriamos salir con las vidas, é que por la buena voluntad que nos tienen, que ellos quieren enviar diez mil hombres, con Capitanes esforzados, que vayan con nosotros con bastimento para el camino. Cortés les agradeció mucho su buena voluntad, y les dixo, que no era justo entrar en México con tanta copia de guerreros, especialmente siendo tan contrarios los unos de los otros, que solamente habia menester mil hombres para llevar los tepuzques, é fardaxe, é para

adobar algunos caminos. Ya he dicho otra vez, que tepuzques en estas partes dicen por los tiros, que son de hierro que llevábamos: y luego despacháron los mil Indios muy apercebidos: é ya que estábamos muy á punto para caminar, viniéron á Cortés los Caciques, é todos los mas principales guerreros de Cempoal, que andaban en nuestra compañía, y nos sirviéron muy bien y lealmente; é dixéron que se querian volver á Cempoal, y que no pasarian de Cholula adelante para ir á México, porque cierto tenian, que si allá iban, que habian de morir ellos, y nosotros, é que el gran Montezuma los mandaria matar, porque eran personas muy principales de los de Cempoal, que fuéron en quitalle la obediencia, é en que no se le diese tributo, y en aprisionar sus recaudadores, quando hubo la rebelion ya por mí otra vez escrita en esta relacion. Y como Cortés les vió que con tanta voluntad le demandaban aquella licencia, les respondió con Doña Marina é Aguilar, que no hubiesen temor ninguno de que recibirian mal ni daño: é que pues iban en nuestra compañía, que quién habia de ser osado á los enojar á ellos, ni á nosotros? é que les rogaba, que mudasen su voluntad, é que se quedasen con nosotros, y les prometió que les haria ricos; é por mas que se lo rogó Cortés, é Doña Marina se lo decia muy afectuosamente, nunca quisiéron quedar, sino que se querian volver: é como aquello vió Cor-

tés, dixo : Nunca Dios quiera que nosotros llevemos por fuerza á esos Indios que tan bien nos han servido; y mandó traer muchas cargas de mantas ricas, é se las repartió entre todos, é tambien envió al Cacique Gordo nuestro amigo, señor de Cempoal, dos cargas de mantas para él, y para su sobrino Cuesco, que así se llamaba otro gran Cacique; y escribió al Tiniente Juan de Escalante, que dexábamos por Capitan, y era en aquella sazon Alguacil mayor, todo lo que nos habia acaecido, y como ya íbamos camino de México, é que mirase muy bien por todos los vecinos, é se velase, que siempre estuviese de dia é de noche con gran cuidado, que acabase de hacer la fortaleza, é que á los naturales de aquellos pueblos que los favoreciese contra Mexicanos, y no les hiciese agravio, ni ningun soldado de los que con él estaban; y escritas estas cartas, y partidos los de Cempoal, comenzamos de ir de nuestro camino muy apercebidos.

CAPITULO LXXXVI,

Como comenzamos á caminar para la ciudad de México, y de lo que en el camino nos avino, y lo que Montezuma envió á decir.

Así como salimos de Cholula con gran concierto, como lo teniamos de costumbre, los cor-

redores del campo á caballo, descubriendo la tierra, y peones muy sueltos juntamente con ellos, para si algun paso malo ó embarazo hubiese se ayudasen los unos á los otros, é nuestros tiros muy á punto, é escopetas, é ballesteros, é los de á caballo de tres en tres, para que se ayudasen: é todos los mas soldados en gran concierto. No sé yo para qué lo traigo tanto á la memoria, sino que en las cosas de la guerra, por fuerza hemos de hacer relacion dello, para que se vea quál andábamos la barba sobre el hombro. E así caminando, llegamos aquel dia á unos ranchos, que estan en una como serrezuela, que es poblacion de Guaxocingo, que me parece que se dicen los ranchos de Iscalpan, quatro leguas de Cholula; é allí viniéron luego los Caciques y Papas de los pueblos de Guaxocingo, que estaban cerca, é eran amigos, é confederados de los de Tlascala; y tambien viniéron otros pueblezuelos que estan poblados á las haldas del bolcan, que confinan con ellos; y truxéron todos mucho bastimento, y un presente de joyas de oro de poca valia, y dixéron á Cortés, que recibiese aquello, y no mirase á lo poco que era, sino á la voluntad con que se lo daban: y le aconsejáron que no fuese á México, que era una ciudad muy fuerte, y de muchos guerreros, y que correriamos mucho peligro, é que ya que íbamos, que subido aquel puerto, que habia dos caminos muy anchos, y que el uno iba á un pue-

blo que se dice Chalco, y el otro Talmalanco, que era otro pueblo, y entrambos sujetos á México; y que el un camino estaba muy barrido y limpio, para que vamos por él, y que el otro camino lo tienen ciego, y cortados muchos árboles muy gruesos, y grandes pinos, porque no puedan ir caballos, ni pudiésemos pasar adelante: y que abaxado un poco de la sierra, por el camino que tenian limpio, creyendo que habiamos de ir por él, que tenian cortado un pedazo de la sierra, y habia allí mamparos, é albarradas: é que han estado en el paso ciertos esquadrones Mexicanos para nos matar, é que nos aconsejaban que no fuésemos por el que estaba limpio, sino por donde estaban los árboles atravesados, é que ellos nos darán mucha gente que lo desembaracen: é pues que iban con nosotros los Tlascaltecas, que todos quitarian los árboles, é que aquel camino salia á Talmalanco: é Cortés recibió el presente con mucho amor, y les dixo, que les agradecia el aviso que le daban, y con el ayuda de Dios, que no dexará de seguir su camino, é que irá por donde le aconsejaban. E luego otro dia bien de mañana comenzamos á caminar, é ya era cerca de mediodia quando llegamos en lo alto de la sierra, donde hallamos los caminos ni mas ni ménos que los de Guaxocingo dixéron: y allí reparamos un poco, y aun nos dió que pensar en lo de los esquadrones Mexicanos, y en la sierra cortada

donde estaban las albarradas de que nos avisáron. Y Cortés mandó llamar á los Embaxadores del gran Montezuma, que iban en nuestra compañía, y les preguntó, que como estaban aquellos dos caminos de aquella manera, el uno muy limpio y barrido, y el otro lleno de árboles cortados nuevamente? y respondiéron, que porque vamos por el limpio que sale á una ciudad, que se dice Chalco, donde nos harán buen recebimiento, que es de su señor Montezuma, y que el otro camino que le pusieron aquellos árboles, y le cegáron, porque no fuésemos por él, que hay malos pasos, é se rodea algo para ir á México, que sale á otro pueblo que no es tan grande como Chalco*; entónces dixo Cortés, que queria ir por el que estaba embarazado, é comenzamos á subir la sierra puestos en gran concierto, y nuestros amigos apartando los árboles muy grandes y gruesos, por donde pasamos con gran trabajo, y hasta hoy estan algunos dellos fuera del camino: y subiendo á lo mas alto, comenzó á nevar, y se cuajó de nieve la tierra, é caminamos la sierra abaxo, y fuimos á dormir á unas caserías, que eran como á manera de aposentos, ó mesones donde posaban Indios mercaderes, é tuvimos bien de cenar, é con

* El pueblo principal de la provincia de Chalco con las aldeas que habia á dos leguas de él, tenia mas de veinte mil vecinos. *Cortés Carta* II.

gran frio, pusimos nuestras velas, y rondas, é escuchas, y aun corredores del campo *; é otro dia comenzamos á caminar, é á hora de misas mayores llegamos á un pueblo, que ya he dicho que se dice Talmalanco, y nos recibiéron bien, é de comer no faltó: é como supiéron de otros pueblos de nuestra llegada, luego viniéron los de Chalco, é se juntáron con los de Talmalanco, é á Mecameca, é Acingo, donde estan las canoas, que es puerto dellos, é otros pueblezuelos, que ya no se me acuerda el nombre dellos: y todos juntos truxéron un presente de oro, y dos cargas de mantas, é ocho Indias, que valdria el oro sobre ciento y cincuenta pesos, y dixéron: Malinche, recibe estos presentes que te damos, y tennos de aquí adelante por tus amigos: y Cortés los recibió con grande amor, y se les ofreció, que en todo lo que hubiesen menester los ayudaria: y quando los vió juntos, dixo al Padre de la Merced, que les amonestase las cosas tocantes á nuestra santa Fe, é dexasen sus ídolos, y se les dixo todo lo que soliamos decir en los mas pueblos por donde habiamos veni-

* Desde estas sierras, *dice Cortés*, que se descubrian los llanos de Culua, y la gran ciudad de Temixtitan, y las lagunas que hay en dicha provincia. Los llanos, refiere en otra parte, que tenian en torno hasta setenta leguas, rodeados de sierras, y en ellos dos grandes lagunas, donde estan la capital, y otras muchas ciudades. *Cortés Carta* II. Esto debia ofrecer á los Españoles una maravillosa perspectiva.

do : é á todo respondiéron, que bien dicho estaba, é que lo verian adelante. Tambien se les dió á entender el gran poder del Emperador nuestro señor, y que veniamos á deshacer agravios é robos : é que para ello nos envió á estas partes : é como aquello oyéron todos aquellos pueblos, que dicho tengo, secretamente, que no lo sintiéron los embaxadores Mexicanos, diéron tantas quejas de Montezuma, y de sus recaudadores, que les robaban cuanto tenian, é las mugeres, é hijas si eran hermosas, las forzaban delante dellos, y de sus maridos, y se las tomaban, é que les hacian trabajar, como si fueran esclavos, que les hacian llevar en canoas, é por tierra madera de pinos, é piedra, é leña, é maiz, é otros muchos servicios de sembrar maizales, é les tomaban sus tierras para servicio de ídolos, é otras muchas quejas, que como ya muchos años que pasó, no me acuerdo : é Cortés les consoló con palabras amorosas, que se les sabia muy bien decir con Doña Marina, é que ahora al presente no puede entender en hacelles justicia, é que se sufriesen, que él les quitaria aquel dominio : é secretamente les mandó, que fuesen dos principales con otros cuatro amigos de Tlascala, á ver el camino barrido, que nos hubiéron dicho los de Guaxocingo, que no fuésemos por él, para que viesen qué albarradas é mamparos tenian, ú si estaban allí algunos esquadrones de guerra : y los Caciques respondiéron : Malinche, no hay ne-

cesidad de irlo á ver, porque todo está ahora muy llano é aderezado. E has de saber, que habrá seis dias que estaban á un mal paso, que tenian cortada la sierra, porque no pudiesedes pasar, con mucha gente de guerra del gran Montezuma; y hemos sabido, que su Huichilobos, que es el Dios que tienen de la guerra, les aconsejó, que os dexen pasar, é cuando hayais entrado en México, que allí os matarán: por tanto, lo que nos parece es, que os esteis aquí con nosotros, y os daremos de lo que tuvieremos, é no vais á México, que sabemos cierto, que segun es fuerte, y de muchos guerreros, no os dexarán con las vidas: y Cortés les dixo con buen semblante, que no tenian los Mexicanos, ni otras ningunas naciones poder para nos matar, salvo nuestro Señor Dios, en quien creemos. E que porque vean que al mismo Montezuma, y á todos los Caciques, y Papas, les vamos á dar á entender lo que nuestro Dios manda, que luego nos queriamos partir: é que le diesen veinte hombres principales, que vayan en nuestra compañía, é que haria mucho por ellos, é les haria justicia cuando haya entrado en México, para que Montezuma ni sus recaudadores no les hagan las demasías y fuerzas, que han dicho que les hacen: y con alegre rostro todos los de aquellos pueblos por mí ya nombrados diéron buenas respuestas, y nos truxéron los veinte Indios: é ya que estábamos para partir, viniéron

mensageros del gran Montezuma, y lo que dixéron diré adelante.

CAPITULO LXXXVII.

Como el gran Montezuma nos envió otros Embaxadoros con un presente de oro, y mantas, y lo que dixéron á Cortés, y lo que les respondió.

Ya que estábamos de partida para ir nuestro camino á México, viniéron ante Cortés quatro principales Mexicanos, que envió Montezuma, y truxéron un presente de oro, y mantas: y despues de hecho su acato, como lo tenian de costumbre, dixéron: Malinche, este presente te envia nuestro señor el gran Montezuma, y dice, que le pesa mucho por el trabajo que habeis pasado en venir de tan léjas tierras á le ver: y que ya te ha enviado á decir otra vez, que te dará mucho oro, y plata, y chalchihuis en tributo para vuestro Emperador, y para vos, y los demas Teules que traeis, y que no vengas á México: ahora nuevamente te pide por merced, que no pases de aquí adelante, sino que te vuelvas por donde veniste, que él te promete de te enviar al puerto mucha cantidad de oro, y plata, y ricas piedras para ese vuestro Rey, y para tí te dará quatro cargas de oro, y para cada uno de tus hermanos una carga; por-

que ir á México, es excusada tu entrada dentro, que todos sus vasallos están puestos en armas para no os dexar entrar. Y demas desto, que no tenia camino, sino muy angosto, ni bastimentos que comiésemos: y dixo otras muchas razones y inconvenientes, para que no pasásemos de allí: é Cortés con mucho amor abrazó á los mensageros, puesto que le pesó de la embaxada, y recibió el presente, que ya no se me acuerda qué tanto valia: é á lo que yo ví, y entendí, jamás dexó de enviar Montezuma oro, poco ó mucho, quando nos enviaba mensageros, como otra vez he dicho. Y volviendo á nuestra relacion, Cortés les respondió, que se maravillaba del señor Montezuma, habiéndose dado por nuestro amigo, y siendo tan gran señor, tener tantas mudanzas, que unas veces dice uno, y otras envia á mandar al contrario. Y que en quanto á lo que dice, que dará el oro para nuestro señor el Emperador, y para nosotros, que se lo tiene en merced, y por aquello que ahora le envia, que en buenas obras se lo pagará el tiempo andando; y que si le parecerá bien; que estando tan cerca de su ciudad, será bueno volvernos del camino sin hacer aquello que nuestro señor nos manda? que si el señor Montezuma hubiese enviado mensageros y Embaxadores á algun gran señor, como él es, é ya que llegasen cerca de su casa aquellos mensageros que enviaba, se volviesen sin le hablar,

y decille á lo que iban, quando volviesen ante su presencia con aquel recaudo, qué merced les haria, sino tenellos por cobardes, y de poca calidad? que así haria el Emperador nuestro señor con nosotros: y que de una manera ó otra, que habiamos de entrar en su ciudad; y desde allí adelante, que no le enviase mas excusas sobre aquel caso, porque le ha de ver, y hablar y dar razon de todo el recaudo á que hemos venido, y ha de ser á su sola persona: y quando lo haya entendido, si no le pareciere bien nuestra estada en su ciudad, que nos volveremos por donde venimos. E quanto á lo que dice, que no tiene comida, sino muy poco, é que no nos podremos sustentar; que somos hombres que con poca cosa que comemos, nos pasamos, é que ya vamos á su ciudad, que haya por bien nuestra ida *. Y luego en despachando los men-

* Una de las determinaciones de Cortés, que mas se admiran en esta conquista, es la de empeñarse en llegar hasta la capital del Imperio de Méjico, á pesar de la repugnancia de su poderoso y terrible Monarca. No se admira menos, que en tal combate de pretensiones, un tan gran Príncipe recibiese la ley del gefe de unos Aventureros, sin echar mano de los grandes recursos de su poder, ni del rigor de su fiereza. Crecerá la admiracion cuando se vea, que este gefe tiene formado el proyecto de señorear en su Imperio, y sujetarle, El suceso de este proyecto se palpa, y el modo con que se hizo apenas se concibe. No se puede imaginar en un tan corto número de Españoles un contrapeso, que balancee la multitud, y las fuerzas de las naciones que dominó. Todos los cálculos del poder humano fallan en una desproporcion tal. He creido siempre, que solo Cortés podria dar la razon de las deter-

sageros, comenzamos á caminar para México, y como nos habian dicho y avisado los de Gua-

minaciones osadas que tomó, y del medio con que combinaba la pequeñez de sus fuerzas, armas, y recursos con la magnitud de sus empresas. La artillería, cuando la tuvo, estaba reducida á un corto número de tiros, á veces sin uso, por falta de pólvora: veremos que sin aquella vencieron los Españoles en los mayores peligros; y que con ella fueron vencidos, y estuvieron á pique de perderse. La fuerza efectiva de los Españoles estaba mas en su esfuerzo y constancia, que en la calidad de sus armas; pero siendo tan pocos, nada se encuentra que disminuya su enorme desproporcion con las inmensas ventajas de la multitud armada. El discurso, despues de venerar la Divina Providencia, se ve obligado á combinar estos estremos al parecer inconciliables, poniendo la consideracion en el genio del Capitan. Este, saliendo de las reglas comunes de las resoluciones humanas, se empeñó en la carrera de lo estraordinario, y supo empeñar en ella á sus compañeros: pensó que la conquista de aquel Imperio se habia de deber mas á las fuerzas morales, que á las físicas. De aqui una disciplina admirable en aquel pequeño ejército, que le daba la representacion, y vigor de uno grande; y de aquí aquella política, que dió á Cortés tanto ascendiente en el espíritu de los Americanos, y de que se valió para enervar las fuerzas de sus enemigos, y aumentar las propias. El nombre de *Malinche* era, digámoslo así, un *Númen* para los Americanos; ilusion ú opinion que supo mantener, y aumentar en medio de las mayores calamidades. En resolucion, la Historia de esta conquista en nada se parece á la de los célebres Imperios, Capitanes, y Conquistadores. En todos los siglos se encuentran victorias, derrotas de ejércitos, defensas, y asaltos heróicos de plazas, gloriosos desafios á los mayores peligros. Vió el mundo grandes Capitanes y Conquistadores; pero tambien es verdad que si hicieron grandes cosas, fué con grandes medios. Por esto, despues de haber pasado las historias de hestos héroes, se entrará en la de esta conquista, y todo parecerá nuevo, sin ejemplo y fuera del orden acostumbrado de las cosas humanas.

xocingo, y los de Chalco, que Montezuma habia tenido pláticas con sus ídolos y Papas, que si nos dexaria entrar en México, ó si nos daria guerra: y todos sus Papas le respondiéron, que decia su Huichilobos, que nos dexase entrar, que allí nos podrá matar, segun dicho tengo otras veces en el capítulo que dello habla, y como somos hombres, y temiamos la muerte, no dexábamos de pensar en ello, y como aquella tierra es muy poblada, íbamos siempre caminando muy chicas jornadas, y encomendándonos á Dios, y á su bendita Madre nuestra Señora, y platicando cómo, y de qué manera podiamos entrar: y pusimos en nuestros corazones con buena esperanza, que pues nuestro Señor Jesu-Christo fué servido guardarnos de los peligros pasados, que tambien nos guardaria del poder de México: y fuimos á dormir á un pueblo, que se dice Istapalatengo, que es la mitad de las casas en el agua, y la mitad en tierra firme, donde está una serrezuela, y agora está una venta cabe él, y allí tuvimos bien de cenar. Dexemos esto, y volvamos al gran Montezuma, que como llegáron sus mensageros, é oyó la respuesta que Cortés le envió, luego acordó de enviar á su sobrino, que se decia Cacamatzin, Señor de Tezcuco, con muy gran fausto, á dar el bien venido á Cortés, y á todos nosotros: y como siempre teniamos de costumbre tener velas y corredores del campo, vino uno de nuestros

corredores á avisar, que venia por el camino muy gran copia de Mexicanos de paz, y que al parecer venian de ricas mantas vestidos: y entónces quando esto pasó era muy de mañana, y queriamos caminar, y Cortés nos dixo, que reparásemos en nuestras posadas, hasta ver qué cosa era: y en aquel instante viniéron quatro principales, y hacen á Cortés gran reverencia, y le dicen que allí cerca viene Cacamatzin, grande Señor de Tezcuco, sobrino del gran Montezuma, y que nos pide por merced, que aguardemos hasta que venga, y no tardó mucho; porque luego llegó con el mayor fausto y grandeza que ningun señor de los Mexicanos habiamos visto traer; porque venia en andas muy ricas, labradas de plumas verdes, y mucha argentería, y otras ricas piedras engastadas en ciertas arboledas de oro, que en ellas traia hechas de oro, y traian las andas acuestas ocho Principales, y todos decian que eran Señores de pueblos: é ya que llegáron cerca del aposento donde estaba Cortés, le ayudáron á salir de las andas, y le barriéron el suelo, y le quitaban las pajas por donde habia de pasar: y desque llegáron ante nuestro Capitan, le hiciéron grande acato, y el Cacamatzin le dixo: Malinche, aquí venimos yo y estos Señores á te servir, é hacerte dar todo lo que hubieres menester para tí, y tus compañeros, y meteros en vuestras casas, que es nuestra ciudad; por-

que así nos es mandado por nuestro Señor el gran Montezuma, y dice, que por esto lo dexa, y no por falta de muy buena voluntad que os tiene. Y quando nuestro Capitan, y todos nosotros vimos tanto aparato y magestad como traian aquellos Caciques, especialmente el sobrino de Montezuma, lo tuvimos por muy gran cosa: y platicamos entre nosotros, que quando aquel Cacique traia tanto triunfo, ¿qué haria el gran Montezuma? Y como el Cacamatzin hubo dicho su razonamiento, Cortés le abrazó, y le hizo muchas caricias á él y á todos los mas principales, y le dió tres piedras, que se llaman margaritas, que tienen dentro de sí muchas pinturas de diversas colores, é á los demas Principales se les dió diamantes azules, y les dixo que se lo tenia en merced, ¿é quando pagaria al Señor Montezuma las mercedes que cada dia nos hace? Y acabada la plática, luego nos partimos, é como habian venido aquellos Caciques que dicho tengo, traian mucha gente consigo, y de otros muchos pueblos, que estan en aquella comarca, que salian á vernos, todos los caminos estaban llenos dellos: y otro dia por la mañana llegamos á la Calzada ancha, íbamos camino de Iztapalapa: y desde que vimos tantas ciudades, y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha por nivel como iba á México, nos quedamos admirados,

y deciamos que parecia á las casas de encantamento, que cuentan en el libro de Amadis, por las grandes torres, y cues, y edificios que tenian dentro en el agua, y todas de cal y canto: y aun algunos de nuestros soldados decian, que si aquello que veian, si era entre sueños. Y no es de maravillar que yo aquí lo escriba desta manera, porque hay que ponderar mucho en ello, que no sé cómo lo cuente, ver cosas nunca oidas, ni vistas, y aun soñadas como vimos. Pues desque llegamos cerca de Iztapalapa, ver la grandeza de otros Caciques, que nos saliéron á recibir, que fué el Señor del pueblo, que se decia Coadlavaca, y el Señor de Cuyoacan, que entrambos eran deudos muy cercanos del Montezuma, y de quando entramos en aquella villa de Iztapalapa de la manera de los palacios en que nos aposentáron, de quán grandes y bien labrados eran de cantería muy prima, y la madera de cedros, y de otros buenos árboles olorosos con grandes patios, é quartos, cosas muy de ver, y entoldados con paramentos de algodon. Despues de bien visto todo aquello, fuimos á la huerta y jardin, que fué cosa muy admirable vello, y pasallo, que no me hartaba de mirallo, y ver la diversidad de árboles, y los olores que cada uno tenia, y andenes llenos de rosas y flores, y muchos frutales, y rosales de la tierra, y un estanque de agua dulce: y otra cosa de ver, que

podrian entrar en el vergel grandes canoas desde la laguna, por una abertura que tenia hecha sin saltar en tierra, y todo muy encalado, y lucido de muchas maneras de piedras y pinturas en ellas, que habia harto que ponderar, y de las aves de muchas raleas, y diversidades que entraban en el estanque. Digo otra vez, que lo estuve mirando, y no creí que en el mundo hubiese otras tierras descubiertas como estas; porque en aquel tiempo no habia Perú, ni memoria dél. Agora toda esta villa está por el suelo perdida, que no hay cosa en pie. Pasemos adelante, y diré como truxéron un presente de oro los Caciques de aquella ciudad, y los de Cuyoacan, que valia sobre dos mil pesos, y Cortés les dió muchas gracias por ello, y les mostró grande amor: y se les dixo con nuestras lenguas las cosas tocantes á nuestra santa Fe, y se les declaró el gran poder de nuestro Señor el Emperador: é porque hubo otras muchas pláticas, lo dexaré de decir, y diré, que en aquella sazon era muy gran pueblo, y que estaba poblada la mitad de las casas en tierra, y la otra mitad en el agua: agora en esta sazon está todo seco, y siembran donde solia ser laguna, y está de otra manera mudado, que si no lo hubiera de ántes visto, no lo dixera, que no era posible que aquello que estaba lleno de agua, esté agora sembrado de maizales, y muy perdido. Dexémoslo aquí, y diré del solenísimo rece-

bimiento que nos hizo Montezuma á Cortés, y á todos nosotros en la entrada de la gran ciudad de México *.

* Es digna de leerse la relacion que hace Cortés de la marcha, y ciudades por donde pasaba. « E yo partí luego tras ellos (*el se-« ñor de Tezcuco, y su comitiva*) muy acompañado de muchas « personas, que parecian de mucha cuenta, como despues pare-« ció serlo : é todavía seguia el camino por la costa de aquella « gran laguna : é á una legua del aposento donde partí, ví dentro « en ella, casi dos tiros de ballesta, una ciudad pequeña, que po-« dria ser hasta de mil, ó dos mil vecinos, toda armada sobre el « agua, sin haber para ella ninguna entrada, y muy torreada, se-« gun lo que de fuera parecia. E otra legua adelante entramos « por una calzada, tan ancha como una lanza gineta, por la « laguna adentro, de dos tercios de legua ; y por ella fuimos á « dar á una ciudad la mas hermosa, aunque pequeña, que hasta « entónces habiamos visto, asi de muy bien obradas casas, y tor-« res, como de la buena órden, que en el fundamento de ella ha-« bia, por ser armada toda sobre agua. Y en esta ciudad, que se-« rá fasta de dos mil vecinos, nos recibiéron muy bien, y nos dié-« ron muy bien de comer ; é allí me viniéron á hablar el Señor, y « las personas principales de ella, y me rogáron, que me quedase « allí á dormir. E aquellas personas, que conmigo iban de Mutec-« zuma, me dixéron, que no parase, sino que me fuese á otra « ciudad, que está tres leguas de alli, que s e dice Iztapalapa, que « es de un hermano del dicho Muteczuma, y así lo hice. E la sali-« da de esta ciudad, donde comimos, cuyo nombre al presente « no me ocurre á la memòria, es por otra calzada, que tira una le-« gua grande, hasta llegar á la tierra firme. E llegado á esta ciudad « de Iztapalapa, me salió á recibir algo fuera de ella el Señor, y « otro de una gran cindad, que está cerca de ella, que será obra « de tres leguas, que se llama Calnaalcan (*parece ser Cuyoacan*), « y otros muchos Señores, que allí me estaban esperando ; é me « diéron hasta tres, ó quatro mil Castellanos, y algunas esclavas, « y ropa, é me hiciéron muy buen acogimiento. Terná esta ciudad « de Iztapalapa doce, ó quince mil vecinos, la qual está en la cos-

« ta de una laguna salada grande, la mitad dentro del agua, y la
« otra mitad en la tierra firme. Tiene el Señor de ella unas casas
« nuevas, que aun no estan acabadas, que son tan buenas
« como las mejores de España, digo de grandes, y bien labradas,
« así de obra de cantería, como de carpintería, y suelos, y com-
« plimientos para todo género de servicio de casa, excepto mazo-
« nerías, y otras cosas ricas, que en España usan cn las casas; a-
« cá no las tienen. Tiene en muchos quartos altos, y baxos jardi-
« nes muy frescos de muchos árboles, y flores olorosas: asimis-
« mo albercas de agua dulce, muy bien labradas, con sus escale-
« ras hasta lo fondo. Tiene una muy grande huerta junto la ca-
« sa, y sobre ella un mirador de muy hermosos corredores, y sa-
« las, y dentro de la huerta una muy grande alberca de agua dul-
« ce, muy quadrada, y las paredes de ella de gentil cantería: é al
« rededor de ella un anden de muy buen suelo ladrillado, tan an-
« cho, que pueden ir por él quatro paseándose, y tiene de qua-
« dra quatrocientos pasos, que son en torno mil y seiscientos. De
« la otra parte del anden, ácia la pared de la huerta, va todo la-
« brado de cañas, con unas vergas, y detras de ellas todo de arbo-
« ledas, y yerbas olorosas. Y dentro de la alberca hay mucho
« pescado, y muchas aves, así como lavancos, y cercetas, y otros
« géneros de aves de agua, y tantas, que muchas veces casi cu-
« bren el agua. Otro dia, despues que á esta ciudad llegué, me
« partí, y á media legua andada, entré por una calzada, que va
« por medio de esta dicha laguna dos leguas, fasta llegar á la gran
« ciudad de Temixtitan, que está fundada en medio de la dicha la-
« guna; la qual calzada es tan ancha como dos lanzas, y muy bien
« obrada, que pueden ir por toda ella ocho de caballo á la par; y
« en estas dos leguas de la una parte, y de la otra de la dicha cal-
« zada están tres ciudades, y la una de ellas, que se dice Mesical-
« singo, está fundada la mayor parte de ella dentro de la dicha
« laguna; y las otras dos, que se llaman la una Niciaca, y la otra
« Huchilohuchico, están en la costa de ella, y muchas casas de
« ellas dentro en el agua. La primera ciudad de estas terná tres
« mil vecinos, y la segunda mas de seis mil, y la tercera otros
« quatro ó cinco mil vecinos; y en todas muy buenos edificios de
« casas y torres, en especial las casas de los Señores, y per-

« sonas principales, y de las de sus Mezquitas ú Oratorios donde
« ellos tienen sus ídolos. » *Cortés Carta* II.

CAPITULO LXXXVIII.

Del gran é solemne recebimiento que nos hizo el gran Montezuma á Cortés, y á todos nosotros en la entrada de la gran ciudad de México.

Luego otro dia de mañana partimos de Iztapalapa, muy acompañados de aquellos grandes Caciques, que atrás he dicho. Ibamos por nuestra calzada adelante, la cual es ancha de ocho pasos, y va tan derecha á la ciudad de México, que me parece que no se tuerce poco ni mucho: é puesto que es bien ancha, toda iba llena de aquellas gentes, que no cabian unos que entraban en México, y otros que salian, que nos venian á ver, que no nos podiamos rodear de tantos como viniéron, porque estaban llenas las torres é cues, y en las canoas, y de todas partes de la laguna: y no era cosa de maravillar, porque jamas habian visto caballos, ni hombres como nosotros. Y de que vimos cosas tan admirables, no sabiamos qué nos decir, ó si era verdad lo que por delante parecia, que por una parte en tierra habia grandes ciudades, y en la laguna otras muchas, é víamoslo todo lleno de canoas, y en la calzada muchas puentes de trecho á tre-

cho, y por delante estaba la gran ciudad de México, y nosotros aun no llegábamos á quatrocientos y cincuenta soldados, y teniamos muy bien en la memoria las pláticas, é avisos que nos diéron los de Guaxocingo, é Tlascala y Talmanalco, y con otros muchos consejos que nos habian dado, para que nos guardásemos de entrar en México, que nos habian de matar quando dentro nos tuviesen. Miren los curiosos lectores, esto que escribo, si habia bien que ponderar en ello, qué hombres ha habido en el universo, que tal atrevimiento tuviesen? Pasemos adelante, y vamos por nuestra calzada. Ya que llegábamos donde se aparta otra calzadilla, que iba á Cuyoacan, que es otra ciudad, adonde estaban unas como torres, que eran sus adoratorios, viniéron muchos Principales, y Caciques con muy ricas mantas sobre sí, con galanía y libreas diferenciadas las de los unos Caciques á los otros, y las calzadas llenas dellos, y aquellos grandes Caciques enviaba el gran Montezuma delante á recibirnos: y así como llegaban delante de Cortés, decian en sus lenguas, que fuésemos bien venidos, y en señal de paz tocaban con la mano en el suelo, y besaban la tierra con la mesma mano. Así que estuvimos detenidos un buen rato, y desde allí se adelantáron el Cacamacan, Señor de Tezcuco, y el Señor de Iztapalapa, y el Señor de Tacuba, y el Señor de Cuyoacan á encontrarse con el gran

Montezuma, que venia cerca en ricas andas, acompañado de otros grandes Señores y Caciques, que tenian vasallos: é ya que llegábamos cerca de México, adonde estaban otras torrecillas, se apeó el gran Montezuma de las andas, y traíanle del brazo aquellos grandes Caciques debaxo de un palio muy riquísimo á maravilla, y la color de plumas verdes con grandes labores de oro, con mucha argenteria y perlas, y piedras chalchihuis, que colgaban de unas como bordaduras que hubo mucho que mirar en ello: y el gran Montezuma venia muy ricamente ataviado segun su usanza, y traia calzados unos como cotaras, que así se dice lo que se calzan, las suelas de oro, y muy preciada pedrería encima en ellas: é los quatro Señores que le traian del brazo, venian con rica manera de vestidos á su usanza, que parece ser se los tenian aparejados en el camino, para entrar con su Señor, que no traian los vestidos con que nos fuéron á recibir: y venian sin aquellos grandes Señores, otros grandes Caciques, que traian el palio sobre sus cabezas, y otros muchos Señores que venian delante del gran Montezuma barriendo el suelo por donde habia de pisar, y le ponian mantas, porque no pisase la tierra. Todos estos Señores ni por pensamiento le miraban á la cara, sino los ojos baxos, é con mucho acato, excepto aquellos quatro deudos, y sobrinos suyos, que le llevaban del brazo. E como Cortés vió, y en-

tendió, é le dixéron que venia el gran Montezuma, se apeó del caballo, y desque llegó cerca de Montezuma, á una se hiciéron grandes acatos; el Montezuma le dió el bien venido, é nuestro Cortés le respondió con Doña Marina, que él fuese el muy bien estado. E paréceme que el Cortés con la lengua Doña Marina, que iba junto á Cortés, le daba la mano derecha, y el Montezuma no la quiso, é se la dió á Cortés: y entónces sacó Cortés un collar, que traia muy á mano de unas piedras de vidrio, que ya he dicho que se dicen margaritas, que tienen dentro muchas colores, é diversidad de labores, y venia ensartado en unos cordones de oro con almizque, porque diesen buen olor, y se le echó al cuello al gran Montezuma, y cuando se lo puso, le iba á abrazar, y aquellos grandes Señores que iban con el Montezuma, detuviéron el brazo á Cortés, que no le abrazase: porque lo tenian por menosprecio: y luego Cortés con la lengua Doña Marina le dixo, que holgaba agora su corazon en haber visto un tan gran Príncipe, y que le tenia en gran merced la venida de su persona á le recibir, y las mercedes que le hace á la contina. E entónces el Montezuma le dixo otras palabras de buen comedimiento, é mandó á dos de sus sobrinos de los que le traian del brazo, que era el Señor de Tezcuco, y el Señor de Cuyoacan, que se fuesen con nosotros, hasta aposentarnos: y el Mon-

tezuma con los otros dos de sus parientes Cuedlavaca, y el Señor de Tacuba, que le acompañaban, se volvió á la ciudad, y tambien se volviéron con él todas aquellas grandes compañías de Caciques y Principales que le habian venido á acompañar: é quando se volvian con su Señor, estábamoslos mirando cómo iban todos los ojos puestos en tierra, sin miralle, y muy arrimados á la pared, y con gran acato le acompañaban: y así tuvimos lugar nosotros de entrar por las calles de México, sin tener tanto embarazo. ¿Quién podrá decir la multitud de hombres, y mugeres, y muchachos, que estaban en las calles, é azoteas, y en canoas en aquellas acequias que nos salian á mirar? Era cosa de notar, que agora que lo estoy escribiendo, se me representa todo delante de mis ojos, como si ayer fuera quando esto pasó, y considerada la cosa, y gran merced que nuestro Señor Jesu-Christo nos hizo, y fué servido de darnos gracia, y esfuerzo para osar entrar en tal ciudad, é me haber guardado de muchos peligros de muerte, como adelante verán. Dóyle muchas gracias por ello, que á tal tiempo me ha traido para podello escribir, é aunque no tan cumplidamente como convenia, y se requiere: y dexemos palabras, pues las obras son buen testigo de lo que digo.

E volvamos á nuestra entrada en México, que nos lleváron á aposentar á unas grandes casas, donde habia aposentos para todos nosotros,

que habian sido de su padre del gran Montezuma, que se decia Axayaca, adonde en aquella sazon tenia el gran Montezuma sus grandes adoratorios de ídolos, é tenia una recámara muy secreta de piezas y joyas de oro, que era como tesoro de lo que habia heredado de su padre Axayaca, que no tocaba en ello, y asimismo nos lleváron á aposentar á aquella casa, por causa que como nos llamaban Teules, é por tales nos tenian, que estuviésemos entre sus ídolos, como Teules que allí tenia. Sea de una manera, ú de otra, allí nos lleváron, donde tenia hechos grandes estrados, y salas muy entoldadas de paramentos de la tierra, para nuestro Capitan, y para cada uno de nosotros otras camas de esteras, y unos toldillos encima, que no se da mas cama, por muy gran Señor que sea, porque no las usan: y todos aquellos palacios muy lucidos y encalados, y barridos y enramados. Y como llegamos y entramos en un gran patio, luego tomó por la mano el gran Montezuma á nuestro Capitan, que allí lo estuvo esperando, y le metió en el aposento y sala, donde habia de posar, que la tenia muy ricamente aderezada, para segun su usanza: y tenia aparejado un muy rico collar de oro, de hechura de camarones, obra muy maravillosa, y el mismo Montezuma se le echó al cuello á nuestro Capitan Cortés, que tuviéron bien que mirar sus Capitanes del gran favor que le dió: y quando se lo hubo puesto,

Cortés le dió las gracias con nuestras lenguas: é dixo Montezuma: Malinche, en vuestra casa estais vos, y vuestros hermanos, descansad, y luego se fué á sus palacios, que no estaban lejos: y nosotros repartimos nuestros aposentos por capitanías, é nuestra artillería asestada en parte conveniente, y muy bien platicado la órden que en todo habiamos de tener, y estar muy apercebidos, así los de á caballo, como todos nuestros soldados: y nos tenian aparejada una muy suntuosa comida á su uso é costumbre, que luego comimos. Y fué esta nuestra venturosa é atrevida entrada en la gran ciudad de Tenustitlan México, á ocho dias del mes de noviembre, año de nuestro Salvador Jesu-Christo de mil y quinientos y diez y nueve años. Gracias á nuestro Señor Jesu-Christo por todo. E puesto que no vaya expresado otras cosas que habia que decir, perdónenme, que no lo sé decir mejor por agora, hasta su tiempo. E dexemos de mas pláticas, é volvamos á nuestra relacion de lo que mas nos avino, lo qual diré adelante.

CAPITULO LXXXIX.

Como el gran Montezuma vino á nuestros aposentos con muchos Caciques que le acompañaban, é la plática que tuvo con nuestro Capitan.

Como el gran Montezuma hubo comido, y supo que nuestro Capitan y todos nosotros asimismo habia buen rato que habiamos hecho lo mismo, vino á nuestro aposento con gran copia de Principales, é todos deudos suyos, é con gran pompa: é como á Cortés le dixéron que venia, le salió á la mitad de la sala á le recibir, y el Montezuma le tomó por la mano, é traxéron unos como asentaderos, hechos á su usanza, é muy ricos, y labrados de muchas maneras con oro: y el Montezuma dixo á nuestro Capitan que se sentase, é se asentaron entrambos, cada uno en el suyo; y luego comenzó el Montezuma un muy buen parlamento, é dixo, que en gran manera se holgaba de tener en su casa y reyno unos Caballeros tan esforzados, como era el Capitan Cortés, y todos nosotros, é que habia dos años que tuvo noticia de otro Capitan, que vino á lo de Champoton, é tambien el año pasado le truxéron nuevas de otro Capitan, que vino con quatro navíos, é que siempre lo deseó ver, é que ahora que nos tiene ya consigo para servir-

nos, y darnos de todo lo que tuviese. Y que verdaderamente debe de ser cierto que somos los que sus antepasados muchos tiempos ántes habian dicho, que vendrian hombres de hácia donde sale el sol á señorear aquestas tierras: y que debemos de ser nosotros, pues tan valientemente peleamos en lo de Pontonchan y Tabasco, y con los Tlascaltecas, porque todas las batallas se las truxéron pintadas al natural*. Cor-

* El Autor es aquí muy breve: « Y dende á poco rato, *dice* « *Cortés*, ya que toda la gente de mi compañía estaba aposenta- « da, volvió (Montezuma) con muchas, y diversas joyas de oro, y « plata, y plumages, y con fasta cinco, ó seis mil piezas de ropa « de algodon muy ricas, y de diversas maneras texida, y labrada: « é despues de me la haber dado, se sentó en otro estrado, que « luego le ficiéron allí junto con el otro donde yo estaba; y sen- « tado, propuso en esta manera »: Muchos dias ha, que por nuestras escrituras, tenemos de nuestros antepasados noticia, que yo, ni todos los que en esta tierra habitamos, no somos naturales de ella, sino extrangeros, y venidos á ella de partes muy extrañas: é tenemos asimismo, que á estas partes traxo nuestra generacion un Señor, cuyos vasallos todos eran, el qual se volvió á su naturaleza, y despues tornó á venir, dende en mucho tiempo, y tanto, que ya estaban casados los que habian quedado con las mugeres naturales de la tierra, y tenian mucha generacion, y fechos pueblos donde vivian: e queriéndolos llevar consigo, no quisieron ir, ni ménos recibirle por señor, y asi se volvió. E siempre hemos tenido, que los que de él descendiesen habian de venir á sojuzgar esta tierra, y á nosotros como á sus vasallos. E segun de la parte que vos decis que venis, que es á do sale el sol, y las cosas, que decis de este gran señor, ó Rey que acá os envió creemos, y tenemos por cierto el ser nuestro señor natural; en especial que nos decis que él ha muchos dias que tiene noticia de nosotros. E

tés le respondió con nuestras lenguas que consigo siempre estaban, especial la Doña Marina,

por tanto vos sed cierto, que os obedeceremos, y ternemos por señor en lugar de ese gran señor, que decis, y que en ello no habia falta, ni engaño alguno; é bien podeis en toda la tierra, digo, que en la que yo en mi señorío poseo, mandar á vuestra voluntad, porque será obedecido, y fecho: y todo lo que nosotros tenemos es para lo que vos de ello quisieredes disponer. E pues estais en vuestra naturaleza, y en vuestra casa, holgad, y descansad del trabajo del camino, y guerras que habeis tenido; que muy bien sé todos los que se vos han ofrecido de Puntunchan acá; é bien sé, que los de Cempoal, y de Tlascaltecal os han dicho muchos males de mí; no creais mas de lo que por vuestros ojos veredes; en especial de aquellos, que son mis enemigos, y algunos de ellos eran mis vasallos, y han se me rebelado con vuestra venida, y por se favorecer con vos, lo dicen: los quales sé que tambien os han dicho, que yo tenia las casas con las paredes de oro, y que las esteras de mis estrados, y otras cosas de mi servicio eran asimismo de oro, y que yo que era, y me facia Dios, y otras muchas cosas: las casas ya las veis que son de piedra, y cal, y tierra. *Y entonces alzó las vestiduras, y me mostró el cuerpo diciendo á mí:* veisme aquí, que soy de carne, y hueso como vos, y como cada uno, y que soy mortal, y palpable, *asiéndose él con sus manos de los brazos* y *del cuerpo*; ved como os han mentido; verdad es que yo tengo algunas cosas de oro, que me han quedado de mis abuelos: todo lo que yo tuviere teneis cada vez, que vos lo quisieredes: yo me voy á otras casas, donde vivo: aqui sereis proveidos de todas las cosas necesarias para vos, y vuestra gente; é no recibais pena alguna, pues estais en vuestra casa, y naturaleza. « Yo le respondí á todo lo que me dixo, satisfaciendo á aque-
« llo, que me pareció que convenia, en especial en hacer creer,
« que vuestra Magestad era á quien ellos esperaban, é con eso se
« despidió; y ido, fuimos muy bien proveidos de muchas galli-
« nas, y pan, y frutas y otras cosas necesarias especialmente
« para el servicio del aposento. » *Cortés Carta* II.

y le dixo que no sabe con que pagar, él ni todos nosotros, las grandes mercedes recibidas de cada dia: é que ciertamente veniamos de donde sale el sol, y somos vasallos, y criados de un gran señor, que se dice el Emperador Don Cárlos, que tiene sujetos á sí muchos y grandes Príncipes: é que teniendo noticia dél, y de quan gran señor es, nos envió á estas partes, á le ver é á rogar, que sean Christianos, como es nuestro Emperador, é todos nosotros, é que salvarán sus animas, él y todos sus vasallos, é que adelante le declarará mas, cómo, y de qué manera ha de ser: y como adoramos á un solo Dios verdadero, y quién es, y otras muchas cosas buenas que oirá, como les habia dicho á sus Embaxadores Tendile, é Pitalpitoque, é Quintalvor quando estábamos en los arenales. E acabado este parlamento, tenia apercebido el gran Montezuma muy ricas joyas de oro, y de muchas hechuras, que dió á nuestro Capitan, é asimismo á cada uno de nuestros Capitanes dió cositas de oro, y tres cargas de mantas de labores ricas de pluma, y entre todos los soldados tambien nos dió á cada uno á dos cargas de mantas, con alegría, y en todo parecia gran señor. Y quando lo hubo repartido, preguntó á Cortés; que si eramos todos hermanos, y vasallos de nuestro gran Emperador, é dixo, que sí, que eramos hermanos en el amor y amistad, é personas muy principales, é criados de nuestro gran Rey y señor. Y

porque pasáron otras pláticas de buenos comedimientos entre Montezuma, y Cortés, y por ser esta la primera vez que nos venia á visitar, y por no le ser pesado, cesáron los razonamientos; y habia mandado el Montezuma á sus mayordomos, que á nuestro modo y usanza estuviésemos proveidos: que es maiz, é piedras, é Indias para hacer pan, é gallinas, y fruta, y mucha yerba para los caballos: y el gran Montezuma se despidió con gran cortesía de nuestro Capitan, y de todos nosotros, y salimos con él hasta la calle, y Cortés nos mandó, que al presente, que no fuésemos muy léxos de los aposentos, hasta entender mas lo que conviniese. E quedarse ha aquí, é diré lo que adelante pasó.

CAPITULO XC.

Como luego otro dia fué nuestro Capitan á ver al gran Montezuma, y de ciertas pláticas que tuviéron.

Otro dia acordó Cortés de ir á los palacios de Montezuma, é primero envió á saber qué hacia, y supiese como íbamos, y llevó consigo quatro Capitanes, que fué Pedro de Alvarado, y Juan Velazquez de Leon, y Diego de Ordas, é á Gonzalo de Sandoval, y tambien fuimos cinco soldados: y como el Montezuma lo supo, salió á nos recebir á la mitad de la sala muy acompa-

ñado de sus sobrinos, porque otros señores no entraban, ni comunicaban donde el Montezuma estaba, si no era á negocios importantes: y con gran acato que hizo á Cortés, y Cortés á él, se tomáron por las manos, é adonde estaba su estrado le hizo sentar á la mano derecha; y asimismo nos mandó sentar á todos nosotros en asientos que allí mandó traer: é Cortés le comenzó á hacer un razonamiento con nuestras lenguas Doña Marina, é Aguilar: é dixo, que ahora que habia venido á ver y hablar á un tan gran señor, como era, estaba descansado, y todos nosotros, pues ha cumplido el viaje é mando que nuestro gran Rey y señor le mandó: é lo que mas le viene á decir de parte de nuestro Señor Dios es, que ya su merced habrá entendido de sus Embaxadores Tendile, é Pitalpitoque, é Quintalvor, quando nos hizo las mercedes de enviarnos la luna, y el sol de oro, en el arenal, como les diximos que eramos Christianos, é adoramos á un solo Dios verdadero, que se dice Jesu-Christo, el qual padeció muerte y pasion por nos salvar: y le diximos quando nos preguntáron, que por qué adorábamos aquella Cruz, que la adorábamos por otra, que era señal donde nuestro Señor fué crucificado por nuestra salvacion, é aquesta muerte y pasion, que permitió que así fuese, por salvar por ella todo el linage humano que estaba perdido, y que aqueste nuestro Dios resucitó al tercero

dia, y está en los cielos, y es él que hizo el cielo, y tierra, y la mar, y crió todas las cosas que hay en el mundo, y las aguas y rocíos, y ninguna cosa se hace sin su santa voluntad, y que en él creemos, y adoramos; y que aquellos que ellos tienen por Dioses, que no lo son, sino diablos, que son cosas muy malas, y quales tienen las figuras, que peores tienen los hechos: é que mirasen quán malos son, y de poca valia, que adonde tenemos puestas Cruces, como las que viéron sus Embaxadores, con temor dellas, no osan parecer delante, y que el tiempo andando lo verian. E lo que agora le pide por merced es, que esté atento á las palabras que agora le quiere decir. Y luego le dixo, muy bien dado á entender, de la creacion del mundo, é como todos somos hermanos, hijos de un padre, y de una madre, que se decian Adan y Eva, é como tal hermano, nuestro gran Emperador, doliéndose de la perdicion de las ánimas, que son muchas las que aquellos sus ídolos llevan al infierno donde arden en vivas llamas, nos envió para que esto que ha oido lo remedie, y no adoren aquellos ídolos, ni les sacrifiquen mas Indios: y pues todos somos hermanos, no consientan sodomías, ni robos: y mas les dixo, que el tiempo andando enviaria nuestro Rey y Señor unos hombres, que entre nosotros viven muy santamente mejores que nosotros, para que se lo den á entender: porque al presente no ve-

niamos á mas de se lo notificar: é así se lo pide por merced, que lo haga y cumpla. E porque pareció que el Montezuma queria responder, cesó Cortés la plática. E díxonos Cortés á todos nosotros que con él fuimos; con esto cumplimos, por ser el primer toque: y el Montezuma respondió: Señor Malinche, muy bien entendido tengo vuestras pláticas y razonamientos ántes de agora, que á mis criados sobre vuestro Dios les dixisteis en el arenal; y eso de la Cruz, y todas las cosas que en los pueblos, por donde habeis venido, habeis predicado, no os hemos respondido á cosa ninguna dellas; porque desde ab inicio acá adoramos nuestros Dioses, y los tenemos por buenos, é así deben ser los vuestros, é no cureis mas al presente de nos hablar dellos: y en eso de la creacion del mundo, asi lo tenemos nosotros creido muchos tiempos pasados: é á esta causa tenemos por cierto, que sois los que nuestros antecesores nos dixéron que vernian de adonde sale el sol; é á ese vuestro gran Rey yo le soy en cargo, y le daré de lo que tuviere, porque como dicho tengo otra vez, bien ha dos años tengo noticia de Capitanes que viniéron con navíos por donde vosotros vinisteis, y decian, que eran criados de ese vuestro gran Rey. Querria saber, si sois todos unos; é Cortés le dixo que sí, que todos eramos criados de nuestro Emperador, é que aquellos viniéron á ver el camino, é mares, é

puertos para lo saber muy bien, y venir nosotros como venimos: y decíalo el Montezuma por lo de Francisco Fernandez de Córdova, é Grijalva, quando venimos á descubrir la primera vez: y dixo, que desde entónces tuvo pensamiento de ver algunos de aquellos hombres que venian, para tener en sus reynos é ciudades, para les honrar: é que pues sus Dioses le habian cumplido sus buenos deseos, é ya estábamos en sus casas, las quales se pueden llamar nuestras, que holgásemos, y tuviésemos descanso, que allí seriamos servidos; é que si algunas veces nos enviaba á decir, que no entrásemos en su ciudad, que no era de su voluntad, sino porque sus vasallos tenian temor, que les decian que echábamos rayos, é relámpagos, é con los caballos matábamos muchos Indios, é que eramos Teules bravos, é otras cosas de niñerías. E que agora que ha visto nuestras personas, é que somos de hueso, y de carne, y de mucha razon, é sabe que somos muy esforzados, por estas causas nos tiene en mas estima que le habian dicho, é que nos daria de lo que tuviese. E Cortés, é todos nosotros respondimos, que se lo teniamos en grande merced tan sobrada voluntad; y luego el Montezuma dixo riendo, porque en todo era muy regocijado, en su hablar de gran Señor: Malinche, bien sé que te han dicho esos de Tlascala, con quien tanta amistad habeis tomado, que yo que soy como Dios, ó Teule, que

quanto hay en mis casas es todo oro, é plata, y piedras ricas: bien tengo conocido, que como sois entendidos, que no lo creiades, y lo teniades por burla lo que ahora, Señor Malinche, veis mi cuerpo de hueso, y de carne, como los vuestros: mis casas y palacios de piedra, y madera, y cal: de ser yo gran Rey, sí soy; y tener riquezas de mis antecesores, sí tengo; mas no las locuras, y mentiras que de mí os han dicho: así que tambien lo terneis por burla, como yo tengo lo de vuestros truenos y relámpagos. E Cortés le respondió tambien riendo, y dixo, que los contrarios enemigos siempre dicen cosas malas é sin verdad de los que quieren mal: é que bien ha conocido, que en estas partes otro señor mas magnífico no le espera ver: é que no sin causa es tan nombrado delante de nuestro Emperador. E estando en estas pláticas, mandó secretamente Montezuma á un gran Cacique sobrino suyo de los que estaban en su compañía, que mandase á sus mayordomos, que truxesen ciertas piezas de oro, que parece ser debieran estar apartadas para dar á Cortés, é diez cargas de ropa fina: lo qual repartió el oro y mantas entre Cortés, y los quatro Capitanes: é á nosotros los soldados nos dió á cada uno dos collares de oro, que valdria cada collar diez pesos, é dos cargas de mantas. Valia todo el oro que entónces dió sobre mil pesos, y esto daba con una alegría y semblante de grande é vale-

roso señor: y porque pasaba la hora mas de medio dia, y por no le ser mas importuno, le dixo Cortés: el Señor Montezuma siempre tiene por costumbre de echarnos un cargo sobre otro, en hacernos cada dia mercedes; ya es hora que V. M. coma: y el Montezuma dixo, que ántes por haberle ido á visitar le hicimos merced; é así nos despedimos con grandes cortesías dél, y nos fuimos á nuestros aposentos, é íbamos platicando de la buena manera é crianza, que en todo tenia, é que nosotros en todo le tuviésemos mucho acato, é con las gorras de armas colchadas quitadas, quando delante dél pasásemos, é así lo haciamos. E dexémoslo aqui, é pasemos adelante.

CAPITULO XCI.

De la manera é persona del gran Montezuma, y de quan gran Señor era.

Seria el gran Montezuma de edad de hasta quarenta años, y de buena estatura, y bien proporcionado, é cenceño, é pocas carnes, y la color no muy moreno, sino propia color y matiz de Indio, y traia los cabellos no muy largos, sino quanto le cubrian las orejas, é pocas barbas, prietas y bien puestas, é raras, y el rostro algo largo é alegre, é los ojos de buena manera, é

mostraba en su persona en el mirar por un cabo amor, é quando era menester gravedad. Era muy pulido y limpio, bañábase cada dia una vez á la tarde: tenia muchas mugeres por amigas, é hijas de señores, puesto que tenia dos grandes Cacicas por sus legítimas mugeres, que quando usaba con ellas era tan secretamente, que no lo alcanzaba á saber sino alguno de los que le servian: era muy limpio de sodomías: las mantas y ropas que se ponia un dia, no se las ponia sino desde á quatro dias. Tenia sobre docientos Principales de su guarda en otras salas junto á la suya, y estos no para que hablasen todos con él, sino qual ó qual, y quando le iban á hablar, se habian de quitar las mantas ricas, y ponerse otras de poca valía, mas habian de ser limpias, y habian de entrar descalzos, y los ojos baxos puestos en tierra, y no miralle á la cara, y con tres reverencias que le hacian primero que á él llegasen, é le decian en ellas, señor, mi señor, gran señor: y quando le daban relacion á lo que iban, con pocas palabras los despachaba, sin levantar el rostro al despedirse dél, sino la cara é ojos baxos en tierra, hácia donde estaba, é no vueltas las espaldas, hasta que salian de la sala. E otra cosa ví, que quando otros grandes señores venian de lexas tierras á pleytos ó negocios, quando llegaban á los aposentos del gran Montezuma, habíanse de descalzar, é venir con pobres mantas, y no habian de entrar derecho en

los palacios, sino rodear un poco por el lado de la puerta de palacio, que entrar de rota batida, teniánlo por descato. En el comer le tenian sus cocineros sobre treinta maneras de guisados, hechos á su modo, y usanza, y teníanlos puestos en braseros de barro chicos debaxo, porque no se enfriasen. E de aquello que el gran Montezuma habia de comer, guisaban mas de trescientos platos, sin mas de mil para la gente de guarda: y quando habia de comer, salíase el Montezuma algunas veces con sus Principales, y mayordomos, y le señalaban qual guisado era mejor, é de qué aves é cosas estaba guisado, y de lo que le decian, de aquello habia de comer, é quando salia á lo ver, eran pocas veces: é como por pasatiempo oí decir, que le solian guisar carnes de muchachos de poca edad; y como tenia tantas diversidades de guisados, y de tantas cosas, no lo echábamos de ver si era de carne humana, ú de otras cosas, porque cotidianamente le guisaban gallinas, gallos de papada, faysanes, perdices de la tierra, codornices, patos mansos y bravos, venado, puerco de la tierra, paxaritos de caña, y palomas, y liebres, y conejos, y muchas maneras de aves, é cosas de las que se crian en estas tierras, que son tantas, que no las acabaré de nombrar tan presto, y así no miramos en ello. Lo que yo sé es, que desque nuestro Capitan le reprehendió el sacrificio, y comer de carne humana, que desde entónces

mandó, que no le guisasen tal manjar. Dexemos de hablar en esto, y volvamos á la manera que tenia en su servicio al tiempo de comer, y es desta manera; que si hacia frio, teniánle hecha mucha lumbre de ascuas de una leña de cortezas de árboles, que no hacian humo, el olor de las cortezas de que hacian aquellas ascuas muy oloroso : y porque no le diesen mas calor de lo que él queria, ponian delante una como tabla labrada con oro, y otras figuras de ídolos, y él sentado en un asentadero baxo, rico, é blando, é la mesa tambien baxa, hecha de la misma manera de los asentaderos, é allí le ponian sus manteles de mantas blancas, y unos pañizuelos algo largos de lo mismo, y quatro mugeres muy hermosas, y limpias le daban aguamanos en unos como á manera de aguamaniles hondos, que llaman xicales, y le ponian debaxo para recoger el agua otros á manera de platos, y le daban sus toallas, é otras dos mugeres le traian el pan de tortillas; é ya que comenzaba á comer, echábanle delante una como puerta de madera muy pintada de oro, porque no le viesen comer: y estaban apartadas las quatro mugeres á parte, y allí se le ponian á sus lados quatro grandes señores viejos, y de edad en pie, con quien el Montezuma de quando en quando platicaba, é preguntaba cosas, y por mucho favor daba á cada uno destos viejos un plato de lo que él comia : é decian que aquellos viejos eran sus deu-

dos muy cercanos, é Consejeros, y Jueces de pleytos: y el plato y manjar que les daba el Montezuma, comian en pie, y con mucho acato, y todo sin miralle á la cara. Serviase con barro de Cholula, uno colorado, y otro prieto. Miéntras que comia, ni por pensamiento habian de hacer alboroto, ni hablar alto los de su guarda, que estaban en las salas cerca de la del Montezuma. Traíanle frutas de todas quantas habia en la tierra, mas no comia sino muy poca, y de quando en quando traian unas como copas de oro fino, con cierta bebida hecha del mismo cacao, que decian era para tener acceso con mugeres: y entónces no mirábamos en ello; mas lo que yo ví, que traian sobre cincuenta jarros grandes hechos de buen cacao con su espuma, y de lo que bebia, y las mugeres le servian al beber con gran acato, y algunas veces al tiempo del comer estaban unos Indios corcobados muy feos, porque eran chicos de cuerpo, y quebrados por medio los cuerpos, que entre ellos eran chocarreros: é otros Indios que debian de ser truhanes, que le decian gracias, é otros que le cantaban, y baylaban, porque el Montezuma era aficionado á placeres y cantares, é á aquellos mandaba dar los relieves, y jarros del cacao, y las mismas quatro mugeres alzaban los manteles, y le tornaban á dar agua á manos, y con mucho acato que le hacian: é hablaba Montezuma á aquellos quatro principales viejos en cosas que le convenian,

y se despedian dél con gran acato que le tenian, y él se quedába reposando: y quando el gran Montezuma habia comido, luego comian todos los de su guarda, é otros muchos de sus serviciales de casa, y me parece que sacaban sobre mil platos de aquellos manjares que dicho tengo: pues jarros de cacao con su espuma, como entre Mexicanos se hace, mas de dos mil, y fruta infinita. Pues para sus mugeres y criadas, é panaderas, é cacaguoteras, era gran costa la que tenia. Dexemos de hablar de la costa, y comida de su casa, y digamos de los mayordomos y tesoreros, é despensas y botillería, y de los que tenian cargo de las casas á donde tenian el maiz; digo que habia tanto que escribir, cada cosa por sí, que yo no sé por donde comenzar, sino que estábamos admirados del gran concierto, é abasto que en todo habia. Y mas digo, que se me habia olvidado, que es bien de tornallo á recitar, y es, que le servian al Montezuma, estando á la mesa quando comia, como dicho tengo, otras dos mugeres muy agraciadas tortillas amasadas con huevos, y otras cosas substanciosas, y eran las tortillas muy blancas, y traíanselas en unos platos cobijados con sus paños limpios, y tambien le traian otra manera de pan, que son como bollos largos, hechos, y amasados con otra manera de cosas substanciales, y pan pachol, que en esta tierra así se dice, que es á manera de unas obleas. Tambien le ponian en la

mesa tres cañutos muy pintados, y dorados, y dentro traian liquidambar, revuelto con unas yerbas que se dice tabaco, y quando acababa de comer, despues que le habian cantado, y baylado, y alzada la mesa, tomaba el humo de uno de aquellos cañutos, y muy poco, y con ello se dormia. Dexemos ya de decir del servicio de su mesa, y volvamos á nuestra relacion. Acuérdome que era en aquel tiempo su mayordomo mayor un gran Cacique, que le pusimos por nombre Tapia, y tenia cuenta de todas las rentas que le traian al Montezuma con sus libros hechos de su papel, que se dice Amatl, y tenia destos libros una gran casa dellos.

Dexemos de hablar de los libros y cuentas, pues va fuera de nuestra relacion: y digamos como tenia Montezuma dos casas llenas de todo género de armas, y muchas dellas ricas con oro, y pedrería, como eran rodelas grandes y chicas, y unas como macanas, y otras á manera de espadas de á dos manos, engastadas en ellas unas navajas de pedernal, que cortaban muy mejor que nuestras espadas, é otras lanzas mas largas que no las nuestras, con una braza de cuchilla, y engastadas en ellas muchas navajas, que aunque den con ellas en un broquel, ó rodela, no faltan, é cortan en fin como navajas, que se rapan con ellas las cabezas; y tenian muy buenos arcos y flechas, y varas de á dos gajos, y otras de á uno con sus tiraderas, y mu-

chas ondas y piedras rollizas, hechas á mano, y unos como paveses, que son de arte, que los pueden arrollar arriba quando no pelean, porque no les estorbe, y al tiempo de pelear, quando son menester los dexan caer, é quedan cubiertos sus cuerpos de arriba abaxo *. Tambien tenia muchas armas de algodon colchadas, y ricamente labradas por defuera, de plumas de muchas colores á manera de divisas, é invenciones, y tenian otros como capacetes, y cascos de madera, y de hueso tambien muy labrados de pluma por defuera: y tenian otras armas de otras hechuras, que por excusar prolixidad las dexo de decir; y sus oficiales, que siempre labraban, y entendian en ello, y mayordomos que tenian cargo de las casas de armas. Dexemos esto, y vamos á la casa de aves, y por fuerza me he de detener en contar cada género, de qué calidad eran. Digo, que desde águilas reales, y otras águilas mas chicas, é otras muchas maneras de aves de grandes cuerpos, hasta paxaritos muy chicos, pintados de diversas colores. Tambien donde hacen aquellos ricos plumages, que labran de plumas verdes; y las aves destas plumas, es el cuerpo dellas á manera de las picazas, que hay en nuestra España: llá-

* Es notable este pasage para llegar á entender que los Mexicanos y demas Naciones eran temibles por la calidad de sus armas.

manse en esta tierra quezales, y otros páxaros que tienen la pluma de cinco colores, que es verde, colorado, blanco, amarillo, y azul, estos no sé como se llaman. Pues papagayos de otras diferenciadas colores, tenia tantos, que no se me acuerda los nombres dellos. Dexemos patos de buena pluma, y otros mayores, que les querian parecer, y de todas estas aves pelábanles las plumas en tiempos, que para ello era convenible, y tornaban á pelechar : y todas las mas aves que dicho tengo, criaban en aquella casa, y al tiempo del encoclar, tenian cargo de les echar sus huevos ciertos Indios é Indias, que miraban por todas las aves, é de limpiarles sus nidos, y darles de comer, y esto á cada género é ralea de aves, lo que era su mantenimiento. Y en aquella casa habia un estanque grande de agua dulce, y tenia en él otra manera de aves muy altas de zancas, y colorado todo el cuerpo, y alas, y cola : no sé el nombre dellas, mas en la isla de Cuba las llamaban Ipiris á otras como ellas. Y tambien en aquel estanque habia otras raleas de aves, que siempre estaban en el agua. Dexemos esto, y vamos á otra gran casa, donde tenian muchos ídolos, y decian, que eran sus Dioses bravos, y con ellos muchos géneros de animales, de tigres, y leones de dos maneras: unos, que son de hechura de lobos, que en esta tierra se llaman adives, y zorros, y otras alimañas chicas: y todas estas carníceras se las

mantenian con carne, y las mas dellas criaban en aquella casa, y les daban de comer venados, gallinas, perrillos, y otras cosas que cazaban, y aun oí decir, que cuerpos de Indios de los que sacrificaban. Y es de esta manera, que ya me habrán oido decir, que quando sacrificaban á algun triste Indio, que le aserraban con unos navajones de pedernal por los pechos, y bullendo le sacaban el corazon y sangre, y lo presentaban á sus ídolos, en cuyo nombre hacian aquel sacrificio, y luego les cortaban los muslos, y brazos, y la cabeza, y aquello comian en fiestas y banquetes, y la cabeza colgaban de unas vigas, y el cuerpo del Indio sacrificado no llegaban á él para le comer, sino dábanlo á aquellos bravos animales: pues mas tenian en aquella maldita casa, muchas víboras, y culebras emponzoñadas, que traen en las colas unos que suenan como cascabeles: estas son las peores víboras de todas, y teníanlas en cunas, tinajas, y en cántaros grandes, y en ellos mucha pluma, y allí tenian sus huevos, y criaban sus viboreznos, y les daban á comer de los cuerpos de los Indios, que sacrificaban, y otras carnes de perros de los que ellos solian criar. Y aun tuvimos por cierto, que quando nos echáron de Mexico, y nos matáron sobre ochocientos y cincuenta de nuestros soldados, é de los de Narvaez, que de los muertos mantuviéron muchos dias á aquellas fuertes alimañas, y cule-

bras, segun diré en su tiempo y sazon: y aquestas culebras y bestias tenian ofrecidas á aquellos sus ídolos bravos, para que estuviesen en su compañía. Digamos ahora las cosas infernales que hacian, quando bramaban los tigres y leones, y ahullaban los adives y zorros, y silvaban las sierpes, era grima oirlo, y parecia infierno. Pasemos adelante, y digamos de los grandes oficiales que tenia de cada género de oficio, que entre ellos se usaba: y comencemos por los lapidarios, y plateros de oro y plata, y todo vaciadizo, que en nuestra España los grandes plateros tienen que mirar en ello: y destos tenia tantos, y tan primos en un pueblo, que se dice Escapuzalco, una legua de México. Pues labrar piedras finas, y calchihuis, que son como esmeraldas, otros muchos grandes maestros. Vamos adelante á los grandes oficiales de asentar de pluma, y pintores, y entalladores muy sublimados, que por lo que ahora hemos visto la obra que hacen, ternemos consideracion en lo que entónces labraban: que tres Indios hay en la ciudad de México, tan primos en su oficio de entalladores, y pintores, que se dicen Marcos de Aquino, y Juan de la Cruz, y el Crespillo, que si fuéran en tiempo de aquel antiguo é afamado Apeles, ú de Micael Angel, ó Berruguete, que son de nuestros tiempos, les pusieran en el número dellos. Pasemos adelante, y vamos á las Indias de texederas, y labrande-

ras, que le hacian tanta multitud de ropa fina con muy grandes labores de plumas: y de donde mas quotidianamente la traian, era de unos pueblos y provincia, que está en la costa del Norte de cabe la Vera Cruz, que la decían Costatan, muy cerca de San Juan de Ulua, donde desembarcamos quando veniamos con Cortés; y en su casa del mismo Montezuma todas las hijas de Señores, que tenia por amigas, siempre texian cosas muy primas, é otras muchas hijas de Mexicanos vecinos, que estaban como á manera de recogimiento, que querian parecer monjas, tambien texian, y todo de pluma. Estas monjas tenian sus casas cerca del gran Cu del Huichilobos: y por devocion suya, y de otro ídolo de muger, que decian, que era su abogada para casamientos, las metian sus padres en aquella religion, hasta que se casaban, y de allí las sacaban para las casar. Pasemos adelante, y digamos de la gran cantidad de bayladores, que tenia el gran Montezuma, y danzadores, é otros que traen un palo con los pies: y de otros que vuelan cuando baylan por alto; y de otros que parecen como matachines, y estos eran para dalle placer. Digo, que tenia un barrio destos, que no entendian en otra cosa. Pasemos adelante, y digamos de los oficiales que tenia, de canteros, é albañiles, carpinteros, que todos entendian en las obras de sus casas. Tambien digo, que tenia tantos quantos

queria. No olvidemos las huertas de flores, y árboles olorosos, y de muchos géneros que dellos tenia, y el concierto y pasaderos dellas, y de sus albercas, estanques de agua dulce, como viene una agua por un cabo, y va por otro, é de los baños que dentro tenia, y de la diversidad de paxaritos chicos, que en los árboles criaban: y que de yerbas medicinales y de provecho, que en ellas tenia, era cosa de ver; y para todo esto muchos hortelanos, y todo labrado de cantería, así baños, como paseaderos, y otros retretes y apartamientos, como cenadores: y tambien adonde baylaban, é cantaban: é habia tanto que mirar en esto de las huertas, como en todo lo demas, que no nos hartábamos de ver su gran poder. E así por el consiguiente tenia maestros de todos quantos oficios entre ellos se usaban, y de todos gran cantidad. Y porque yo estoy harto de escribir sobre esta materia, y mas lo estarán los lectores, lo dexaré de decir, y diré como fué nuestro Capitan Cortés con muchos de nuestros Capitanes y soldados, á ver el Tatelulco, que es la gran plaza de México, y subimos en el alto Cu, donde estaban sus ídolos Tezcatepuca, y su Huichilobos; y está fué la primera vez, que nuestro Capitan salió á ver la ciudad de México, y lo que en ello pasó.

CAPITULO XCII.

Como nuestro Capitan salió á ver la ciudad de México, y el Tatelulco, que es la plaza mayor, y el gran Cu de su Huichilobos, y lo que mas pasó.

Como habia ya quatro dias que estábamos en México, y no salia el Capitan, ni ninguno de nosotros de los aposentos, excepto á las casas y huertas, nos dixo Cortés, que seria bien ir á la plaza mayor á ver el gran adoratorio de su Huichilobos, y que queria envialle á decir al gran Montezuma, que lo tuviese por bien, y para ello envió por mensagero á Gerónimo de Aguilar, y á Doña Marina, é con ellos á un pagecillo de nuestro Capitan, que entendia ya algo de la lengua, que se decia Orteguilla: y el Montezuma, como lo supo, envió á decir, que fuésemos mucho en buen hora: y por otra parte temió no le fuésemos á hacer algun deshonor á sus ídolos, y acordó de ir él en persona con muchos de sus Principales, y en sus ricas andas salió de sus palacios, hasta la mitad del camino, y cabe unos adoratorios se apeó de las andas, porque tenia por gran deshonor de sus ídolos, ir hasta su casa é adoratorio de aquella menera, y no ir á pie, y llevábanle de brazo grandes Principales, é iban delante del Montezuma señores de vasa-

llos, y llevaban dos bastones, como cetros, alzados en alto, que era señal que iba allí el gran Montezuma: y quando iba en las andas, llevaba una varita, la media de oro, y media de palo, levantada como vara de justicia: y así se fué y subió en su gran Cu, acompañado de muchos Papas, y comenzó á zahumar, y hacer otras ceremonias al Huichilobos. Dexemos al Montezuma, que ya habia ido adelante, como dicho tengo, y volvamos á Cortés, y á nuestros Capitanes y soldados, como siempre teniamos por costumbre de noche, y de dia estar armados, y así nos via estar el Montezuma, y quando lo íbamos á ver, no lo teniamos por cosa nueva. Digo esto, porque á caballo nuestro Capitan, con todos los mas que tenian caballos, y la mas parte de nuestros soldados, muy apercebidos fuimos al Tatelulco, é iban muchos Caciques, que el Montezuma envió para que nos acompañasen: y quando llegamos á la gran plaza, que se dice el Tatelulco, como no habiamos visto tal cosa, quedamos admirados de la multitud de gente, y mercaderías que en ella habia, y del gran concierto y regimiento, que en todo tenian: y lo Principales que iban con nosotros, nos los iban mostrando: cada género de mercaderías estaban por sí, y tenian situados y señalados sus asientos. Comencemos por los mercaderes de oro, y plata, y piedras ricas, y plumas, y mantas, y cosas labradas, y otras mercaderías,

esclavos, y esclavas; digo, que traian tantos á vender á aquella gran plaza, como traen los Portugueses los negros de Guinea, é traianlos atados en unas varas largas, como collares á los pescuezos, porque no se les huyesen, y otros dexaban sueltos. Luego estaban otros mercaderes, que vendian ropa mas basta, é algodon, é otras cosas de hilo torcido, y cacaguateros, que vendian cacao : y desta manera estaban quantos géneros de mercaderías hay en toda la Nueva España, puesto que por su concierto : de la manera que hay en mi tierra, que es Medina del Campo, donde se hacen las ferias, que en cada calle estan sus mercaderías por sí, así, estaban en esta gran plaza : y los que vendian mantas de nequen, y sogas, y cotaras, que son los zapatos que calzan y hacen de nequen, y de las raices del mismo arbol, muy dulces cocidas, y otras zarrabusterías, que sacan del mismo arbol, todo estaba á una parte de la plaza en su lugar señalado; y cueros de tigres, de leones, y de nutrías, y de adives, y de venados, y de otras alimañas, é tejones, é gatos monteses, dellos adobados, y otros sin adobar. Estaban en otra parte otros géneros de cosas é mercaderías. Pasemos adelante, y digamos de los que vendian frisoles, y chia, y otras legumbres é yerbas, á otra parte. Vamos á los que vendian gallinas, gallos de papada, conejos, liebres, venados, y anadones, perrillos, y otras cosas deste arte, á su parte de la plaza.

Digamos de las fruteras, de las que vendian cosas cocidas, mazamorreras, y malcocinado, tambien á su parte, puesto todo género de loza hecha de mil maneras, desde tinajas grandes, y jarrillos chicos que estaban por sí aparte: y tambien los que vendian miel, y melcochas, y otras golosinas que hacian, como nuegados. Pues los que vendian madera, tablas, cunas viejas, é tajos, é bancos, todo por sí. Vamos á los que vendian leña, acote, é otras cosas desta manera. ¿Qué quieren mas que diga? que hablando con acato, tambien vendian canoas llenas de hienda de hombres, que tenian en los esteros cerca de la plaza, y esto era para hacer ó para curtir cueros, que sin ella decian, que no se hacian buenos. Bien tengo entendido, que algunos se reirán desto; pues digo, que es así: y mas digo que tenian por costumbre, que en todos los caminos, que tenian hechos de cañas, ó paja, ó yerbas, porque no los viesen los que pasasen por ellos, y allí se metian, si tenian gana de purgar los vientres, porque no se les perdiese aquella suciedad. ¿Para qué gasto ya tantas palabras de lo que vendian en aquella gran plaza? porque es para no acabar tan presto de contar por menudo todas las cosas; sino que papel, que en esta tierra llaman amatl, y unos cañutos de olores con liquidambar, llenos de tabaco, y otros ungüentos amarillos, y cosas deste arte, vendian por sí: y vendian mucha grana debaxo

de los portales que estaban en aquella gran plaza; é habia muchos herbolarios, y mercaderías de otra manera, y tenian allí sus casas, donde juzgaban tres Jueces, y otros, como Alguaciles executores, que miraban las mercaderías. Olvidadoseme habia la sal, y los que hacian navajas de pedernal, y de como las sacaban de la misma piedra. Pues pescaderas, y otros que vendian unos panecillos, que hacen de una como lama, que cogen de aquella gran laguna, que se cuaja, y hacen panes dello; que tienen un sabor á manera de queso: y vendian hachas de laton, y cobre, y estaño, y xícaras, y unos jarros muy pintados, de madera hechos. Ya querria haber acabado de decir todas las cosas que allí se vendian, porque eran tantas, y de tan diversas calidades, que para que lo acabáramos de ver é inquirir, era necesario mas espacio; que como la gran plaza estaba llena de tanta gente, y toda cercada de portales, que en un dia no se podia ver todo: y fuimos al gran Cu, é ya que íbamos cerca de sus grandes patios, é ántes de salir de la misma plaza, estaban otros muchos mercaderes, que segun dixéron, era que tenian á vender oro en granos como lo sacan de las minas, metido el oro en unos cañutillos delgados de los de ansarones de la tierra, é así blancos, porque se pareciese el oro por defuera, y por el largor y gordor de los cañutillos, tenian entre ellos su cuenta, que tantas mantas, ó que xiquipiles de

cacao valia, ó que esclavos, ó otra qualquier cosa á que lo trocaban: é así dexamos la gran plaza sin mas la ver, y llegamos á los grandes patios y cercas donde estaba el gran Cu, y tenia ántes de llegar á él un gran circuito de patios, que me parece que eran mayores que la plaza que hay en Salamanca, y con dos cercas al rededor de cal y canto; y el mismo patio y sitio todo empedrado de piedras grandes de losas blancas, y muy lisas: y adonde no habia de aquellas piedras, estaba encalado y bruñido, y todo muy limpio, que no hallaran una paja, ni polvo en todo él. Y quando llegamos cerca del gran Cu, ántes que subiésemos ninguna grada dél, envió el gran Montezuma desde arriba, donde estaba haciendo sacrificio, seis Papas, y dos Principales, para que acompañasen á nuestro Capitan Cortés: y al subir de las gradas, que eran ciento y catorce, le iban á tomar de los brazos para le ayudar á subir, creyendo que se cansaria, como ayudaban á subir á su señor Montezuma, y Cortés no quiso que llegasen á él: y como subimos á lo alto del gran Cu, en una placeta que arriba se hacia, adonde tenian un espacio, como andamios, y en ellos puestas unas grandes piedras, adonde ponian los tristes Indios para sacrificar, allí habia un gran bulto, como de dragon, é otras malas figuras, y mucha sangre derramada de aquel dia. E así como llegamos, salió el gran Montezuma de un adora-

torio donde estaban sus malditos ídolos, que era en lo alto del gran Cu, y viniéron con él dos Papas, y con mucho acato que hiciéron á Cortés, é á todos nosotros, le dixo: Cansado estareis, Señor Malinche, de subir á este nuestro gran Templo: y Cortés le dixo con nuestras lenguas, que iban con nosotros, que él, ni nosotros no nos cansábamos en cosa ninguna: y luego le tomó por la mano, y le dixo, que mirase su gran ciudad, y todas las mas ciudades que habia dentro en el agua, é otros muchos pueblos en tierra al rededor de la misma laguna, y que si no habia visto bien su gran plaza, que desde allı la podria ver muy mejor: y así lo estuvimos mirando, porque aquel grande y maldito Templo estaba tan alto, que todo lo señoreaba, y de allí vimos las tres calzadas que entran en México, que es la de Iztapalapa, que fué por la que entramos quatro dias habia; y la de Tacuba, que fué por donde despues de ahí á ocho meses salimos huyendo la noche de nuestro gran desbarate, quando Cuedlavaca, nuevo Señor, nos echó de la ciudad, como adelante diremos; y la de Tepeaquilla: y víamos el agua dulce, que venia de Chapultepeque, de que se proveia la ciudad, y en aquellas tres calzadas, las puentes que tenian hechas de trecho á trecho, por donde entraba y salia el agua de la laguna de una parte á otra: é vimos en aquella gran laguna tanta multitud de canoas, unas que venian con basti-

mentos, y otras que venian con cargas é mercaderías: y víamos, que cada casa de aquella gran ciudad, y de todas las demas ciudades que estaban pobladas en el agua, de casa á casa no se pasaba sino por unas puentes levadizas, que tenian hechas de madera, ó en canoas: y víamos en aquellas ciudades cues é adoratorios á manera de torres é fortalezas, y todas blanqueando, que era cosa de admiracion; y las casas de azuteas, y en las calzadas otras torrecillas é adoratorios, que eran como fortalezas. Y despues de bien mirado, y considerado todo lo que habiamos visto, tornamos á ver la gran plaza, y la multitud de gente que en ella habia, unos comprando, y otros vendiendo, que solamente el rumor y zumbido de las voces y palabras que allí habia, sonaba mas que de una legua: y entre nosotros hubo soldados que habian estado en muchas partes del mundo, y en Constantinopla, y en toda Italia, y Roma, y dixéron, que plaza tan bien compasada, y con tanto concierto, y tamaña, y llena de tanta gente, no la habian visto. Dexemos esto, y volvamos á nuestro Capitan que dixo á Fray Bartolomé de Olmedo, ya otras veces por mí nombrado, que allí se halló: Paréceme señor padre, que será bien que demos un tiento á Montezuma, sobre que nos dexe hacer aquí nuestra Iglesia: y el Padre dixo, que seria bien, si aprovechase, mas que le parecia, que no era cosa convenible hablar en

tal tiempo, que no via al Montezuma de arte, que en tal cosa concediese; y luego nuestro Cortés dixo al Montezuma con Doña Marina la lengua: Muy gran Señor es v. md. y de mucho mas es merecedor: hemos holgado de ver vuestras ciudades. Lo que os pido por merced, es, que pues estamos aquí en este vuestro Templo, que nos mostreis vuestros Dioses y Teules: y el Montezuma dixo, que primero hablaria con sus grandes Papas: y luego que con ellos hubo hablado, dixo, que entrásemos en una torrecilla é apartamiento á manera de sala, donde estaban dos como altares con muy ricas tablazones encima del techo; é en cada altar estaban dos bultos, como de gigante, de muy altos cuerpos, y muy gordos: y el primero, que estaba á la mano derecha, decian que era el de Huichilobos su Dios de la guerra, y tenia la cara y rostro muy ancho, y los ojos disformes é espantables, y en todo el cuerpo tanta de la pedrería, é oro, y perlas, é aljofar pegado con engrudo, que hacen en esta tierra de unas como raices, que todo el cuerpo y cabeza estaba lleno dello, y ceñido al cuerpo unas á manera de grandes culebras hechas de oro, y pedrería, y en una mano tenia un arco, en otra unas flechas. E otro ídolo pequeño que allí cabe él estaba, que decian que era su page, le tenia una lanza, no larga, y una rodela muy rica de oro é pedrería: é tenia puestos al cuello el Huichilobos unas caras de Indios, y otros

como corazones de los mismos Indios, y estos de oro, y dellos de plata con mucha pedrería azules: y estaban allí unos braseros con incienso, que es su copal, y con tres corazones de Indios de aquel dia sacrificados, é se quemaban, y con el humo, y copal le habian hecho aquel sacrificio: y estaban todas las paredes de aquel adoratorio tan bañadas, y negras de costras de sangre, y asimismo el suelo, que todo hedia muy malamente. Luego vimos á la otra parte de la mano izquierda, estar el otro gran bulto del altor del Huichilobos, y tenia un rostro, como de oso, y unos ojos que le relumbraban, hechos de sus espejos, que se dice Tezcat, y el cuerpo con ricas piedras pegadas, segun y de la manera del otro su Huichilobos; porque segun decian, entrambos eran hermanos: y este Tescatepuca era el Dios de los infiernos, y tenia cargo de las ánimas de los Mexicanos, y tenia ceñidas al cuerpo unas figuras, como diablillos chicos, y las colas dellos como sierpes: y tenia en las paredes tantas costras de sangre, y el suelo todo bañado dello, que en los mataderos de Castilla no habia tanto hedor: y allí le tenian presentado cinco corazones de aquel dia sacrificados: y en lo mas alto de todo el Cu estaba otra concavidad muy ricamente labrada la madera della; y estaba otro bulto, como de medio hombre, y medio lagarto, todo lleno de piedras ricas, y la mitad del enmantado. Este decian, que la mitad dél

estaba lleno de todas las semillas que habia en toda la tierra, y decian, que era el Dios de las sementeras y frutas; no se me acuerda el nombre dél, y todo estaba lleno de sangre, así paredes, como altar: y era tanto el hedor, que no víamos la hora de salirnos á fuera: y allí tenian un tambor muy grande en demasía, que quando le tañian, el sonido dél era tan triste y de tal manera, como dicen, instrumento de los infiernos, y mas de dos leguas de allí se oia: y decian que los cueros de aquel atambor eran de sierpes muy grandes: é en aquella placeta tenian tantas cosas muy diabólicas de ver, de bocinas, y trompetillas, y navajones, y muchos corazones de Indios, que habian quemado, con que zahumaban aquellos sus ídolos, y todo cuajado de sangre, y tenian tanto, que los doy á la maldicion; y como todo hedia á carnicería, no víamos la hora de quitarnos de tan mal hedor, y peor vista; y nuestro Capitan dixo á Montezuma con nuestro lengua, como medio riendo: Señor Montezuma, no sé yo cómo un tan gran Señor, é sabio varon, como v. m. es, no haya coligido en su pensamiento, como no son estos vuestros ídolos Dioses, sino cosas málas, que se llaman diablos. Y para que v. m. lo conozca, y todos sus Papas lo vean claro, hacedme una merced, que hayais por bien, que en lo alto desta torre pongamos una cruz, y en una parte destos adoratorios, donde estan vuestros Huichilobos, y Tez-

catepuca, haremos un apartado, donde pongamos una Imágen de Nuestra Señora, la qual Imágen ya el Montezuma la habia visto, y vereis el temor que dello tienen esos ídolos que os tienen engañados : y el Montezuma respondió medio enojado, y dos Papas que con él estaban mostráron malas señales, y dixo : Señor Malinche, si tal deshonor, como has dicho, creyera que habias de decir, no te mostrara mis Dioses; aquestos tenemos por muy buenos, y ellos dan salud, y aguas, y buenas sementeras, é temporales, y vitorias, y quanto queremos; é tenémoslos de adorar, y sacrificar. Lo que os ruego es, que no se digan otras palabras en su deshonor : y como aquello le oyó nuestro capitan, y tan alterado, no le replicó mas en ello, y con cara alegre le dixo : Hora es, que v. m. y nosotros nos vamos; y el Montezuma respondió, que era bien : é que porque él tenia que rezar, é hacer ciertos sacrificios en recompensa del *gratlatlacol*, que quiere decir pecado, que habia hecho en dexarnos subir en su gran Cu, é ser causa de que nos dexase ver sus Dioses, é del deshonor que les hicimos en decir mal dellos, que ántes que se fuese, que los habia de rezar é adorar. Y Cortes le dixo : pues que así es, perdone, Señor; é luego nos baxamos las gradas abaxo, y como eran ciento y catorce, á algunos de nuestros soldados estaban malos de bubas ó humores, les doliéron los muslos de ba-

xar. Y dexaré de hablar de su adoratório, y diré lo que me parece del circuito y manera que tenia: y si no lo dixere tan al natural como era, no se maravillen, porque en aquel tiempo tenia otro pensamiento de entender en lo que traiamos entre manos, que era en lo militar, y lo que mi Capitan Cortés me mandaba, y no en hacer relaciones. Volvamos á nuestra materia. Paréceme, que el circuito del gran Cu seria de seis muy grandes solares de los que dan en esta tierra, y desde abaxo hasta arriba adonde estaba una torrecilla, é allí estaban sus ídolos, va estrechando, y en medio del alto Cu, hasta lo mas alto dél, van cinco concavidades á manera de barbacanas, y descubiertas sin mamparos: y porque hay muchos Cues pintados en reposteros de conquistadores, é en uno que yo tengo, que qualquiera dellos ha que los ha visto, podrá colegir la manera que tenian por defuera; mas lo que yo ví, y entendí, é dello hubo fama en aquellos tiempos que fundáron aquel gran Cu; en el cimiento dél habian ofrecido de todos los vecinos de aquella gran ciudad, oro, é plata, y aljofar, é piedras ricas, é que le habian bañado con mucha sangre de Indios que sacrificaron, que habian tomado en las guerras, y de toda manera de diversidad de semillas que habia en toda la tierra, porque les diesen sus ídolos victorias, é riquezas, y muchos frutos. Dirán ahora algunos lectores muy curiosos, que como pu-

dimos alcanzar á saber, que en el cimiento de aquel gran Cu echáron oro, y plata, é piedras de chalchihuis ricas, y semillas, y lo rociaban con sangre humana de Indios que sacrificaban, habiendo sobre mil años que se fabricó, y se hizo? A esto doy por respuesta, que desde que ganamos aquella fuerte y gran ciudad, y se repartiéron los solares, que luego propusimos, que en aquel gran Cu habiamos de hacer la Iglesia de nuestro Patron, é guiador Señor Santiago, é cupo mucha parte de solar del alto Cu para el solar de la santa Iglesia, y quando abrian los cimientos para hacerlos mas fixos, halláron mucho oro, y plata, y chalchihuis, y perlas, é aljofar, y otras piedras. Y asimismo á un vecino de México, que le cupo otra parte del mismo solar, halló lo mismo : y los Oficiales de la hacienda de su Magestad demandábanlo por de su Magestad, que le venia de derecho, y sobre ello hubo pleyto, é no se me acuerda lo que pasó : mas de que se informáron de los Caciques, y Principales de México, y de Guatemuz, que entónces era vivo, é dixéron, que es verdad, que todos los vecinos de México de aquel tiempo echáron en los cimientos aquellas joyas, é todo lo demas, é que así lo tenian por memoria en sus libros y pinturas de cosas antiguas, é por esta causa se quedó para la obra de la santa Iglesia de Señor Santiago. Dexemos esto, y digamos de los grandes y suntuosos patios que es-

taban delante del Huichilobos, adonde está ahora Señor Santiago, que se dice el Taltelulco, porque así se solia llamar. Ya he dicho que tenian dos cercas de cal y canto ántes de entrar dentro, éque era empedrado de piedras blancas como losas, y muy encalado, y bruñido, y limpio, y seria de tanto compas, y tan ancho como la plaza de Salamanca: y un poco apartado del gran Cu estaba una torrecilla, que tambien era casa de ídolos, ó puro infierno; porque tenia á la boca de la una puerta una muy espantable boca de las que pintan, que dicen que es como la que está en los infiernos con la boca abierta y grandes colmillos para tragar las ánimas. E asimismo estaban unos bultos de diablos, y cuerpos de sierpes junto á la puerta, y tenian un poco apartado un sacrificadero, y todo ello muy ensangrentado, y negro de humo, é costras de sangre: y tenian muchas ollas grandes, y cántaros, é tinajas dentro en la casa llenas de agua, que era allí donde cocinaban la carne de los tristes Indios que sacrificaban, que comian los Papas, porque tambien tenian cabe el sacrificadero muchos navajones, y unos tajos de madera, como en los que cortan carne en las carnicerías. Y asimismo detras de aquella maldita casa, bien apartado della, estaban unos grandes rimeros de leña, y no muy léjos una gran alberca de agua, que se henchia y vaciaba, que le venia por su caño encubierto de la que entraba en la

ciudad desde Chapultepeque. Yo siempre la llamaba á aquella casa el infierno. Pasemos adelante del patio, y vamos á otro Cu, donde era enterramiento de grandes Señores Mexicanos, que tambien tenian otros ídolos, y todo lleno de sangre, é humo, y tenia otras puertas, y figuras de infierno: y luego junto aquel Cu estaba otro lleno de calaveras, é zancarrones puestos con gran concierto, que se podian ver, mas no se podian contar, porque eran muchos, y las calaveras por sí, y los zancarrones en otros rimeros: é allí habia otros ídolos, y en cada casa, ó Cu, y adoratorio, que he dicho, estaban Papas con sus vestiduras largas de mantas prietas, y las capillas, como de Domínicos, que tambien tiraban un poco á las de los Canónigos, y el cabello muy largo, y hecho, que no se podia desparcír ni desenredar: y todos los mas sacrificados las orejas, é en los mismos cabellos mucha sangre. Pasemos adelante, que habia otros Cues apartados un poco de donde estaban las calaveras, que tenian otros ídolos, y sacrificios de otras malas pinturas: é aquellos decian, que eran abogados de los casamientos de los hombres. No quiero detenerme mas en contar de ídolos, sino solamente diré, que en torno de aquel gran patio habia muchas casas, é no altas, é eran adonde estaban y residian los Papas, é otros Indios, que tenian cargo de los ídolos: y tambien tenian otra muy mayor alberca ó estanque de

agua, y muy limpia á una parte del gran Cu; y era dedicada para solamente el servicio de Huichilobos, é Tezcatepuca, y entraba el agua en aquella alberca por caños encubiertos, que venian de Chapultepeque, é allí cerca estaban otros grandes aposentos á manera de Monasterio, adonde estaban recogidas muchas hijas de vecinos Mexicanos, como Monjas, hasta que se casaban: y allí estaban dos bultos de ídolos de mugeres, que eran abogadas de los casamientos de las mugeres, y á aquellas sacrificaban, y hacian fiestas, porque les diesen buenos maridos. Mucho me he detenido en contar deste gran Cu del Tatelulco, y sus patios, pues digo era el mayor templo de sus ídolos de todo México, porque habia tantos, y muy suntuosos, que entre quatro ó cinco barrios tenian un adoratorio y sus ídolos: y porque eran muchos, é yo no sé la cuenta de todos, pasaré adelante, y diré, que en Cholula el gran adoratorio, que en él tenian, era de mayor altor, que no el de México, porque tenia ciento y veinte gradas; y segun dicen, el ídolo de Cholula teníanle por bueno, é iban á él en romería de todas partes de la Nueva España á ganar perdones, y á esta causa le hiciéron tan suntuoso Cu, mas era de otra hechura que el Mexicano; é asimismo los patios muy grandes, é con dos cercas. Tambien digo, que el Cu de la ciudad de Tezcuco era muy alto de ciento y diez y siete gradas, y los patios anchos y bue-

nos, y hecho de otra manera que los demas. Y una cosa de reir es, que tenian en cada provincia sus ídolos, y los de la una provincia ó ciudad no aprovechaban á los otros, é así tenian infinitos ídolos, y á todos sacrificaban. Y despues que nuestro Capitan, y todos nosotros nos cansamos de andar, y ver tantas diversidades de ídolos, y sus sacrificios, nos volvimos á nuestros aposentos, y siempre muy acompañados de Principales y Caciques, que Montezuma enviaba con nosotros. Y quedarse ha aquí, y diré lo que mas hicimos *.

* Las relaciones de Cortés confirman la grandeza de Montezuma, el aparato de su servidumbre, el ceremonial de su palacio, lo populoso de su Corte, el esplendor de los Señores vasallos de Montezuma, que tenian sus casas en Méjico; el concurso á sus mercados y plazas, de las cuales la mayor estaba rodeada de portales, concurriendo á ella cotidianamente á comprar y vender arriba de sesenta mil ánimas. Es curiosa su descripcion, y se omite por escusar repeticion de muchas cosas que refiere Castillo: sin embargo, conducirá para la mayor claridad de los sucesos de que se trata en adelante, la que hace Cortés de la situacion de Méjico, y su provincia: « La qual dicha provincia, *dice,* « es redonda, y está toda cercada de muy altas y ásperas sierras; « y lo llano de ella, terná en tornos fasta setenta leguas; y en el « dicho llano hay dos lagunas, que casi lo ocupan todo: porque « tienen canoas en torno mas de cincuenta leguas. E la una de « estas dos lagunas es de agua dulce, y la otra, que es mayor, es « de agua salada. Divídelas por una parte una quadrillera pequeña de cerros muy altos, que estan en medio de esta llanura; y « al cabo se van á juntar las dichas lagunas en un estrecho de llano, que entre estos cerros, y las sierras altas se hace; el qual

CAPITULO XCIII.

Como hicimos nuestra Iglesia, y altar en nuestro aposento, y una Cruz fuera del aposento, y lo que mas pasamos, y hallamos la sala y racámara del tesoro del padre de Montezuma, y como se acordó prender al Montezuma.

Como nuestro Capitan Cortés, y el Padre de la Merced viéron, que Montezuma no tenia voluntad, que en el Cu de su Huichilobos pusiésemos

« estrecho terná un tiro de ballestas: é por entre la una laguna, « y la otra, é las ciudades, y otras poblaciones, que estan en las « dichas lagunas, contratan las unas con las otras en sus canoas « por el agua, sin haber necesidad de ir por la tierra. E porque « esta laguna salada grande crece, y mengua por sus mareas, se- « gun hace la mar, todas las crecientes, corre el agua de ella á la « otra dulce, tan recio, como si fuese caudaloso rio, y por consi- « guiente á las menguantes va la dulce á la salada. Esta gran ciu- « dad de Temixtitan está fundada en esta laguna salada, y desde « la tierra firme hasta el cuerpo de la dicha ciudad, por qualquie- « ra parte, que quisieren entrar á ella, hay dos leguas. Tiene qua- « tro entradas todas de calzada hecha á mano, tan ancha como « dos lanzas ginetas. Es tan grande la ciudad como Sevilla, y « Córdova. Son las calles de ella, digo las principales, muy an- « chas, y muy derechas, y algunas de estas, y todas las demas, son « la mitad de tierra, y por la otra mitad es agua, por la qual an- « dan en sus canoas; y todas las calles, de trecho á trecho, estan « abiertas por do traviesa el agua de las unas á las otras; é en todas « estas aberturas, que algunas son muy anchas, hay sus puentes « de muy anchas, y muy grandes bigas, juntas, y recias, y bien « labradas, y tales, que por muchas de ellas pueden pasar diez de « caballo juntos á la par. » *Cortés Carta II.*

la cruz, ni hiciésemos la Iglesia : y porque desde que entramos en la ciudad de México quando se decia misa, haciamos un altar sobre mesas, y tornábamos á quitarlo, acordóse, que demandásemos á los Mayordomos del gran Montezuma albañiles, para que en nuestro aposento hiciésemos una Iglesia : y los Mayordomos dixéron, que se lo harian saber al Montezuma, y nuestro Capitan envió á decírselo con Doña Marina, y Aguilar, y con Orteguilla su page, que entendia ya algo la lengua, y luego dió licencia, y mandó dar todo recaudo : é en tres dias teniamos nuestra Iglesia hecha, y la santa Cruz puesta delante de los aposentos, é allí se decia misa cada dia, hasta que se acabó el vino, que como Cortés, y otros Capitanes, y el Frayle estuviéron malos, cuando las guerras de Tlascala, dieron priesa al vino que teniamos para misas. Y desde que se acabó, cada dia estábamos en la Iglesia rezando de rodillas delante del altar é Imágenes ; lo uno, por lo que éramos obligados á Christianos, y buena costumbre ; y lo otro, porque Montezuma, y todos sus Capitanes lo viesen, y se inclinasen á ello, y porque viesen el adoratorio, y vernos de rodillas delante de la Cruz, especial quando tañiamos á la Ave María. Pues estando que estábamos en aquellos aposentos, como somos de tal calidad, é todo lo tracendemos, é queremos saber, quando miramos, á dónde mejor y en mas convenible parte habiamos de hacer el altar, dos

de nuestros soldados, que uno dellos era carpintero de lo blanco, que se decia Alonso Yañez, vió en una pared una como señal, que habia sido puerta, que estaba cerrada, y muy bien encalada, é bruñida; y como habia fama, é teniamos relacion, que en aquel aposento tenia Montezuma el tesoro de su padre Axayaca, sospechóse, que estaria en aquella sala, que estaba de pocos dias cerrada y encalada: y el Yañez le dixo á Juan Velazquez, de Leon, y Francisco de Lugo, que eran Capitanes, y aun deudos mios; el Alonso Yañez se allegaba á su compañía, como criado de aquellos Capitanes, y se lo dixéron á Cortés, y secretamente se abrió la puerta, y cuando fué abierta, Cortés con ciertos Capitanes entráron primero dentro, y viéron tanto número de joyas de oro, é planchas y texuelos muchos, y piedras de chalchihuis, y otras muy grandes riquezas, quedáron elevados, y no supiéron qué decir de tantas riquezas: y luego lo supimos entre todos los demas Capitanes y soldados, y lo entramos á ver muy secretamente, y como yo lo ví, digo que me admiré, é como en aquel tiempo era mancebo, y no habia visto en mi vida riquezas como aquellas, tuve por cierto, que en el mundo no debiera haber otras tantas, é acordóse por todos nuestros Capitanes é soldados, que ni por pensamiento se tocase en cosa ninguna dellas, sino que la misma puerta se tornase luego á poner sus piedras, y cerrase, y en-

calase de la manera que la hallamos, y que no se hablase en ello, porque no lo alcanzase á saber Montezuma, hasta ver otro tiempo. Dexemos esto desta riqueza, y digamos, que como teniamos tan esforzados Capitanes y soldados, y de muchos buenos consejos y pareceres, y primeramente nuestro Señor Jesu-Christo ponia su divina mano en todas nuestras cosas, y así lo teniamos por cierto, apartaron á Cortés quatro de nuestros Capitanes, y juntamente doce soldados, de quien él se fiaba, é comunicaba, é yo era uno dellos, y le diximos, que mirase la red, y garlito donde estábamos, y la fortalez de aquella ciudad; y mirase las puentes, y calzadas, y las palabras y avisos, que en todos los pueblos por donde hemos venido nos han dado, que habia aconsejado el Huichilobos á Montezuma, que nos dexase entrar en su ciudad, y que allí nos matarian: y que mirase que los corazones de los hombres son muy mudables, en especial en los Indios, y que no tuviese confianza de la buena voluntad y amor, que Montezuma nos muestra, porque de una hora á otra la mudaria, y quando se le antojase darnos guerra, que con quitarnos la comida, ó el agua, ó alzar qualquiera puente, que no nos podriamos valer: é que mire la gran multitud de Indios que tiene de guerra en su guarda: é qué podriamos nosotros hacer para ofendellos, ó para defendernos, porque todas las casas tienen en el agua; pues socorro de nuestros

amigos los de Tlascala, por dónde han de entrar? Y pues es cosa de ponderar todo esto que le deciamos, que luego sin mas dilacion prendiésemos al Montezuma, si queriamos asegurar nuestras vidas, y que no se aguardase para otro dia, y que mirase que con todo el oro que nos daba Montezuma, ni el que habiamos visto en el tesoro de su padre Axayaca, ni con quanta comida comiamos, que todo se nos hacia rexalgar en el cuerpo: que ni de noche, ni de dia no dormiamos, ni reposábamos con aquel pensamiento: é que si otra cosa algunos de nuestros soldados ménos que esto, que le deciamos, sintiesen, que serian como bestias, que no tenian sentido, que se estaban al dulzor del oro, no viendo la muerte al ojo. Y como esto oyó Cortés, dixo: No creais, Caballeros, que duermo, ni estoy sin el mismo cuidado, que bien me lo habreis sentido; ¿mas qué poder tenemos nosotros para hacer tan grande atrevimiento, como prender á tan gran Señor en sus mismos palacios, teniendo sus gentes de guarda, y de guerra? ¿qué manera, ó arte se puede tener en querello poner por efeto, que no apellide sus guerreros, y luego nos acometan? Y replicáron nuestros Capitanes, que fué Juan Velazquez de Leon, y Diego de Ordas, é Gonzalo de Sandoval, y Pedro de Alvarado, que con buenas palabras sacalle de su sala, y traello á nuestros aposentos, y decille, que ha de estar preso: que si se alterare, ó diere voces,

que lo pagará su persona; y que si Cortés no lo quiere hacer luego, que les den licencia, que ellos lo prenderán, y lo pondrán por la obra: y que de dos grandes peligros en que estamos, que el mejor, y el mas apropósito es prendelle, que no aguardar que nos diesen guerra: y que si la comenzaba, qué remedio podriamos tener*. Tambien le dixéron ciertos soldados, que nos parecia, que los Mayordomos de Montezuma, que servian en darnos bastimentos, se desvergonzaban, y no lo traian cumplidamente, como los primeros dias: y tambien los Indios Tlascaltecas nuestros amigos, dixéron secretamente á Gerónimo de Aguilar nuestra lengua, que no les parecia bien la voluntad de los Mexicanos de dos dias atrás. Por manera, que estuvimos platicando en este acuerdo bien una hora, si le prendiéramos, ó no, y qué manera terniamos: y á nuestro Capitan bien se le encaxó este postrer consejo, y dexábamoslo para otro dia, que en todo caso lo habiamos de prender, y aun toda la noche estuvimos con el Padre de la Merced rogando á Dios, que lo encaminase para su santo

* Es de creer que la política sagaz de Cortés, que se observa constantemente en todo el progreso de la conquista, hizo ó dispuso que saliese de los soldados una determinacion, que por tan osada exigia una disposicion firme, y resuelta de parte de ellos. Dominar en un imperio, por el medio de hacerse prenda en su Monarca, y asegurar así su propia existencia, es el primer ejemplo de esta especie.

servicio. Despues destas pláticas, otro dia por la mañana viniéron dos Indios de Tlascala muy secretamente con unas cartas de la Villa Rica, y lo que se contenia en ello, decia, que Juan de Escalante, que quedó por Alguacil mayor, era muerto, y seis soldados juntamente con él en una batalla, que le diéron los Mexicanos: y tambien le matáron el caballo, y á nuestros Indios Totonaques, que llevó en su compañía, y que todos los pueblos de la sierra, y Cempoal, y su sujeto, están alterados, y no les quieren dar comida, ni servir en la fortaleza, y que no saben qué se hacer: y que como de ántes los tenian por Teules, que ahora que han visto aquel desbarate, les hacen fieros, así los Totonaques, como los Mexicanos, y que no les tienen en nada, ni saben qué remedio tomar. Y cuando oimos aquellas nuevas, sabe Dios cuanto pesar tuvimos todos. Aqueste fué el primer desbarate, que tuvimos en la Nueva-España: miren los curiosos Lectores la adversa fortuna, como vuelve rodando: quien nos vió entrar en aquella Ciudad con tan solemne recibimiento, y triunfantes, y nos teniamos en posesion de ricos con lo que Montezuma nos daba cada dia, así al Capitan, como á nosotros: y haber visto la casa por mí nombrada llena de oro, y nos tenian por Teules, que son ídolos, y que todas las batallas venciamos; é aora habernos venido tan grande desman, que no nos tuviesen en aquella reputacion que de ántes,

sino por hombres que podiamos ser vencidos, y haber sentido, como se desvergonzaban contra nosotros. En fin de mas razones, fué acordado, que aquel mismo dia de una manera, ú de otra se prendiese á Montezuma, ó morir todos sobre ello. Y porque para que vean los Lectores de la manera que fué esta batalla de Juan de Escalante, y como le mataron á él, y á otros seis soldados, y el caballo, y los amigos Totonaques, que llevaba consigo, lo quiero aquí declarar ántes de la prision de Montezuma, por no dexallo atras, porque es menester dallo bien á entender.

CAPITULO XCIV.

Como fué la batalla que dieron los Capitanes Mexicanos á Juan de Escalante, y como le mataron á él, y al caballo, y á otros seis soldados; y muchos amigos Indios Totonaques, que tambien allí muriéron.

Y es desta manera, que ya me habrán oido decir en el capítulo que dello habla, que quando estábamos en un pueblo, que se dice Quiahuiztlan, que se juntaron muchos pueblos sus confederados, que eran amigos de los de Cempoal, y por consejo, y convocacion de nuestro Capitan, que los atraxó á ello, quitó que no diesen tributo á Montezuma, y se le rebelaron, y fuéron mas de treinta Pueblos: y esto fué quando le pren-

dimos sus recaudadores, segun otras veces dicho tengo en el capítulo que dello habla. Y quando partimos de Cempoal para venir á México, quedó en la Villa Rica por Capitan, y Alguacil mayor de la Nueva-España, un Juan de Escalante, que era persona de mucho sér, y amigo de Cortés, y le mandó, que en todo lo que aquellos pueblos nuestros amigos hubiesen menester, les favoreciese: y parece ser, que como el gran Montezuma tenia muchas guarniciones, y Capitanes de gente de guerra en todas las Provincias, que siempre estaban junto á la raya dellos: porque una tenia en lo de Soconusco por guarda de Guatimala, y Chiapa: y otro tenia en lo de Guazacualco: y otra Capitanía en lo de Mechoacan, y otra á la raya de Panuco, entre Tuzapan, y un pueblo, que le pusimos por nombre Almería, que es en la costa del norte: y como aquella guarnicion, que tenia cerca de Tuzapan, pareció ser demandaron tributo de Indios, é Indias, y bastimentos para sus gentes, á ciertos pueblos que estaban allí cerca, y confinaban con ellos, que eran amigos de Cempoal, y servian á Juan de Escalante, y á los vecinos que quedaron en la Villa Rica, y entendian en hacer la fortaleza: y como les demandaban los Mexicanos el tributo y servicio, dixéron, que no se lo querian dar, porque Malinche les mandó, que no lo diesen, y que el gran Montezuma lo ha tenido por bien: y los Capitanes Mexicanos respondiéron, que si

no lo daban, que los vendrian á destruir sus pueblos, y llevallos cautivos : y que su Señor Montezuma se lo habia mandado de poco tiempo acá.

Y como aquellas amenazas viéron nuestros amigos los Totonaques, viniéron al Capitan Juan de Escalante, é quejáronse reciamente, que los Mexicanos les venian á robar, y destruir sus tierras : y como el Escalante lo entendió, envió, mensageros á los mismos Mexicanos para que no hiciesen enojo, ni robasen aquellos pueblos, pues su señor Montezuma lo habia á bien, que somos todos grandes amigos, sino que irá contra ellos, y les dará guerra : á los Mexicanos no se les dió nada por aquella respuesta, ni fieros, y respondiéron, que en el campo los hallaria : y el Juan de Escalante, que era hombre muy bastante, y de sangre en el ojo, apercibió todos los pueblos nuestros amigos de la sierra, que viniesen con sus armas, que eran arcos, flechas, lanzas, rodelas; y asimismo apercibió los soldados mas sueltos y sanos que tenia, porque ya he dicho otra vez, que todos los mas vecinos que quedaban en la Villa Rica, estaban dolientes, y eran hombres de la mar : y con dos tiros, y un poco de pólvora, y tres ballestas, y dos escopetas, y quarenta soldados, y sobre dos mil Indios Totonaques, fué adonde estaban las guarniciones de los Mexicanos, que andaban ya robando un pueblo de nuestros amigos los Totonaques, y en el

campo se encontraron al quarto del alba: y como los Mexicanos eran mas doblados que nuestros amigos los Totonaques, é como siempre estaban atemorizados de ellos de las guerras pasadas, á la primera refriega de flechas, y varas, y piedras, y gritas huyéron, y dexáron al Juan de Escalante peleando con los Mexicanos, y de tal manera, que llegó con sus pobres soldados hasta un pueblo, que llaman Almería, y le puso fuego, y le quemó las casas: allí reposó un poco, porque estaba mal herido. Y en aquellas refriegas y guerra le llevaron un soldado vivo, que se decia Argüello, que era natural de Leon, y tenia la cabeza muy grande, y la barba prieta, y crespa, y era muy robusto de gesto, y mancebo de muchas fuerzas, y le hirieron muy malamente al Escalante, y otros seis soldados, y le mataron el caballo, y se volvió á la Villa Rica, y dende á tres dias murió él, y los soldados. Y desta manera pasó lo que decimos de la Almería, y no como lo cuenta el Coronista Gomara, que dice en su historia, que iba Pedro de Ircio á poblar á Panuco con ciertos soldados: y para bien velar, no teniamos recaudo, quanto mas enviar á poblar á Panuco; y dice, que iba por Capitan el Pedro de Ircio, que ni aun en aquel tiempo no era Capitan, ni aun quadrillero, ni se le daba cargo, y se quedó con nosotros en México. Tambien dice el mismo Coronista otras muchas cosas sobre la prision del Montezuma: habia de mirar,

que quando lo escribia en su historia, que habia de haber vivos conquistadores de los de aquel tiempo, que le dirian quando lo leyesen, esto pasa desta suerte. Y dexállo he aquí, y volvamos á nuestra materia, y diré, como los Capitanes Mexicanos despues de dalle la batalla, que dicho tengo, al Juan de Escalante, se lo hicieron saber al Montezuma, y aun le lleváron presentada la cabeza del Argüello, que parece se murió en el camino de las heridas, que vivo le llevaban : y supimos que el Montezuma quando se lo mostráron, como era robusto, y grande, y tenia grandes barbas, y crespas, hubo pavor, y temió de la ver, y mandó que no la ofreciesen á ningun Cu de México, sino en otros ídolos de otros pueblos : y preguntó el Montezuma, que siendo ellos muchos millares de guerreros, que como no vencieron á tan pocos Teules ? y respondiéron, que no aprovechaban nada sus varas, y flechas, ni buen pelear, que no les pudieron hacer retraer, porque una gran *Tequeciguata* de Castilla venia delante dellos, y que aquella Señora ponia á los Mexicanos temor, y decia palabras á sus Teules, que los esforzaba : y el Montezuma entónces creyó, que aquella gran Señora, que era Santa María, y la que le habíamos dicho, que era nuestra abogada, que de ántes dimos al gran Montezuma con su precioso Hijo en los brazos. Y porque esto yo no lo ví, porque estaba en México, sino lo que dixéron ciertos

Conquistadores, que se hallaron en ello: y plugüiese á Dios, que así fuese. Y ciertamente, todos los soldados que pasamos con Cortés, tenemos muy creido, é así es verdad, que la misericordia divina, y nuestra Señora la Virgen María siempre era con nosotros: por lo qual le doy muchas gracias. Y dexallo he aquí, y diré lo que pasó en la prision del gran Montezuma.

CAPITULO XCV.

De la prision de Montezuma, y lo que sobre ello se hizo.

E como teniamos acordado el dia ántes de prender al Montezuma, toda la noche estuvimos en oracion con el Padre de la Merced, rogando á Dios, que fuese de tal modo, que redundase para su santo servicio: y otro dia de mañana fué acordado de la manera que habia de ser. Llevó consigo Cortés cinco Capitanes, que fuéron Pedro de Alvarado, y Gonzalo de Sandoval, y Juan Velazquez de Leon, y Francisco de Lugo, y Alonso de Ávila, y con nuestras lenguas Doña Marina, y Aguilar; y todos nosotros mandó que estuviésemos muy á punto, y los caballos ensillados, y enfrenados, y en lo de las armas, no habia necesidad de ponerlo yo aquí por memoria, porque siempre de dia y de noche estábamos armados, y calzados nuestros alpargates, que en aquella sazon era nuestro calzado: y quando so-

liamos ir á hablar al Montezuma, siempre nos veía armados de aquella manera : y esto digo, porque puesto que Cortés con los cinco Capitanes iban con todas sus armas para le prender, el Montezuma no lo tendria por cosa nueva, ni se alteraria dello. Ya puestos á punto todos, envióle nuestro Capitan á hacelle saber, como iba á su palacio, porque así lo tenia por costumbre, y no se alterase viéndole ir de sobresalto : y el Montezuma bien entendió poco mas ó menos, que iba enojado por lo de Almería, y no lo tenia en una castaña, y mandó, que fuese mucho en buen hora : y como entró Cortés, despues de le haber hecho sus acatos acostumbrados, le dixo con nuestras lenguas: Señor Montezuma, muy maravillado estoy de vos, siendo tan valeroso Príncipe, y haberos dado por nuestro amigo, mandar á vuestros Capitanes, que teniades en la costa cerca de Tuzapan, que tomasen armas contra mis Españoles, y tener atrevimiento de robar los pueblos que están en guarda y mamparo de nuestro Rey y Señor, y demandalles Indios , é Indias para sacrificar, y matar un Español hermano mio, y un caballo : no le quiso decir del Capitan, ni de los seis soldados, que murieron luego que llegáron á la Villa Rica, porque el Montezuma no lo alcanzó á saber, ni tampoco lo supieron los Indios Capitanes, que les dieron la guerra ; y mas le dixo Cortés, que teniéndole por tan su amigo, mandé

á mis Capitanes, que en todo lo que posible fuese os sirviesen y favoreciesen, y Vm. por el contrario no lo ha hecho. Y asimismo en lo de Cholula tuviéron vuestros Capitanes gran copia de guerreros, ordenado por vuestro mandado, que nos matasen : helo disimulado lo de entónces por lo mucho que os quiero, y asimismo ahora vuestros vasallos y Capitanes se han desvergonzado, y tienen pláticas secretas, que nos quereis mandar matar : por estas causas no querria comenzar guerra, ni destruir aquesta ciudad : conviene, que para excusarlo todo, que luego callando, y sin hacer ningun alboroto os vais con nosotros á nuestro aposento, que allí sereis servido, y muy bien mirado, como en vuestra propia casa, y que si alboroto, ó voces daba, que luego sereis muerto de aquestos mis Capitanes, que no los traigo para otro efecto. Y quando esto oyó el Montezuma, estuvo muy espantado, y sin sentido : y respondió, que nunca tal mandó que tomasen armas contra nosotros, y que enviaria luego á llamar á sus Capitanes, y sabria la verdad, y los castigaria : y luego en aquel instante quitó de su braza y muñeca el sello y señal de Huichilobos, que aquello era quando mandaba alguna cosa grave, é de peso para que se cumpliese, é luego se cumplia : y en lo de ir preso, y salir de sus palacios contra su voluntad, que no era persona la suya para que tal le mandasen, é que no era su voluntad salir :

y Cortés le replicó muy buenas razones, y el Montezuma le respondia muy mejores, y que no habia de salir de sus casas: por manera, que estuvieron mas de media hora en estas pláticas: y como Juan Velazquez de Leon, y los demás Capitanes vieron que se detenia con él, y no veían la hora de habello sacado de sus casas, y tenelle preso, hablaron á Cortés algo alterados, y dixéron: ¿Qué hace Vm. ya con tantas palabras? ó le llevemos preso, ó le darémos de estocadas, por eso tornadle á decir, que si da voces, ó hace alboroto, que le matareis, porque mas vale que desta vez aseguremos nuestras vidas, ó las perdamos. Y como el Juan Velazquez lo decia con voz algo alta y espantosa, porque así era su hablar, y el Montezuma vió á nuestros Capitanes como enojados, preguntó á Doña Marina, que qué decian con aquellas palabras altas: y como la Doña Marina era muy entendida, le dixo: Señor Montezuma, lo que yo os aconsejo es, que vais luego con ellos á su aposento sin ruido ninguno, que yo sé que os harán mucha honra, como gran Señor que sois, y de otra manera aquí quedareis muerto, y en su aposento se sabrá la verdad: y entónces el Montezuma dixo á Cortés: Señor Malinche, ya que eso quereis que sea, yo tengo un hijo, y dos hijas legítimas, tomadlas en rehenes, y á mí no me hagais esta afrenta: ¿ qué dirán mis Principales si me viesen llevar preso? Tornó á decir

Cortés, que su persona habia de ir con ellos, y no habia de ser otra cosa. Y en fin de muchas mas razones que pasaron, dixo, que él iba de buena voluntad; y entónces nuestros Capitanes le hicieron muchas caricias, y le dixéron, que le pedian por merced, que no hubiese enojo, y que dixese á sus Capitanes, y á los de su guardia, que iba de su voluntad, porque habia tenido plática de su ídolo Huichilobos, y de los Papas que le servian, que convenia para su salud, y guardar su vida, estar con nosotros: y luego le truxéron sus ricas andas en que solia salir con todos sus Capitanes que le acompañáron, y fué á nuestro aposento, donde le pusimos guardas y velas, y todos quantos servicios y placeres le podiamos hacer, así Cortés, como todos nosotros, tantos le haciamos, y no se le echó prisiones ningunas: y luego le viniéron á ver todos los mayores Principales Mexicanos, y sus sobrinos, é hablar con él, y á saber la causa de su prision, y si mandaba que nos diesen guerra: y el Montezuma les respondia, que él holgaba de estar algunos dias allí con nosotros de buena voluntad, y no por fuerza: y quando él algo quisiese que se lo diria, y que no se alborotasen ellos, ni la ciudad, ni tomasen pesar dello, porque aquesto que ha pasado de estar allí, que su Huichilobos lo tiene por bien, y se lo han dicho ciertos Papas, que lo saben, que habláron con su ídolo sobre ello; y desta manera que he dicho

fué la prision del gran Montezuma, y allí donde estaba tenia su servicio, y mugeres, y baños en que se bañaba: y siempre á la contina estaban en su compañía veinte grandes Señores, y Consejeros, y Capitanes, y se hizo á estar preso sin mostrar pasion en ello: y allí venian con pleytos Embaxadores de lejas tierras, y le traian sus tributos, y despachaba negocios de importancia. Acuérdome, que quando venian ánte él grandes Caciques de otras tierras sobre términos, y pueblos, ú otras cosas de aquel arte, que por muy gran Señor que fuese, se quitaba las mantas ricas, y se ponia otras de nequen, y de poca valía, y descalzo habia de venir: y quando llegaba á los aposentos, no entraba derecho, sino por un lado dellos, y quando parecian delante del gran Montezuma, los ojos baxos en tierra, y ántes que á él llegasen, le hacian tres reverencias, y le decian: Señor, mi Señor, gran Señor, y entónces le traian pintado, é dibuxado el pleyto, ó negocio sobre que venian en unos paños ó mantas de nequen, y con unas varitas muy delgadas y pulidas, le señalaban la causa del pleyto, y estaban allí junto al Montezuma dos hombres viejos grandes Caciques: y quando bien habian entendido el pleyto aquellos Jueces, le decian al Montezuma la justicia que tenian, y con pocas palabras los despachaba, y mandaba quien habia de llevar las tierras, ó pueblos: y sin mas replicar en ello, se salian los

pleyteantes sin volver las espaldas, y con las tres reverencias se salian hasta la sala, y quando se veian fuera de su presencia del Montezuma, se ponian otras mantas ricas, y se paseaban por México. Y dexaré de decir al presente desta prision, y digamos como los mensageros que envió el Montezuma con su señal y sello á llamar sus Capitanes, que matáron nuestros soldados, los truxéron ánte él presos, y lo que con ellos habló, yo no lo sé; mas que se los envió á Cortés, para que hiciese justicia dellos, y tomada su confesion, sin estar el Montezuma delante confesáron ser verdad lo atrás ya por mí dicho, é que su Señor se lo habia mandado, que diesen guerra, y cobrasen los tributos, y si algunos Teules fuesen en su defensa, que tambien les diesen guerra, ó matasen. E vista esta confesion por Cortés, envióselo á decir al Montezuma, como le condenaban en aquella cosa, y él se disculpó quanto pudo, y nuestro Capitan le envió á decir, que él así lo creia, que puesto que merecia castigo, conforme á lo que nuestro Rey manda, que la persona que manda matar á otros sin culpa, ó con culpa, que muera por ello; mas que le quiere tanto, y le desea todo bien, que ya que aquella culpa tuviese, que ántes la pagaria el Cortés por su persona, que vérsela pasar al Montezuma: y con todo esto que le envió á decir, estaba temeroso: y sin mas gastar razones, Cortés sentenció á aquellos Capitanes á muerte,

é que fuesen quemados delante de los palacios del Montezuma, é así se executó luego la sentencia: y porque no hubiese algun impedimento, entretanto que se quemaban, mandó echar unos grillos al mismo Montezuma, y quando se los echáron él hacia bramuras; y si de ántes estaba temeroso, entónces estuvo mucho mas: y despues de quemados, fué nuestro Cortés con cinco de nuestros Capitanes á su aposento, y él mismo le quitó los grillos, y tales palabras le dixo, que no solamente lo tenia por hermano, sino en mucho mas, é que como es Señor y Rey de tantos Pueblos, y Provincias, que si él podia, el tiempo andando le haria que fuese Señor de mas tierras de las que no ha podido conquistar, ni le obedecian: y que si quiere ir á sus palacios, que le da licencia para ello: y deciáselo Cortés con nuestras lenguas, y quando se lo estaba diciendo Cortés, parecia se le saltaban las lágrimas de los ojos al Montezuma: y respondió con gran cortesía, que se lo tenia en merced, porque bien entendió Montezuma, que todo era palabras las de Cortés: é que aora al presente que convenia estar allí preso, porque por ventura, como sus Principales son muchos, y sus sobrinos, é parientes, le vienen cada dia á decir, que será bien darnos guerra, y sacallo de prision, que quando lo vean fuera, que le atraerán á ello, é que no querria ver en su ciudad revueltas; é que si no hace su voluntad, por ventura querrán

alzar á otro Señor, y que él les quitaba de aquellos pensamientos, con decílles, que su Dios Huichilobos se lo ha enviado á decir, que esté preso. E á lo que entendimos, é lo mas cierto, Cortés habia dicho á Aguilar la lengua, que le dixese de secreto, que aunque Malinche le mandase salir de la prision, que los Capitanes nuestros, é soldados no queriamos : y como aquello le oyó el Cortés le echó los brazos encima, y le abrazó, y dixo : No en valde, Señor Montezuma, os quiero tanto como á mí mismo, y luego el Montezuma demandó á Cortés un page Español, que le servia, que sabia ya la lengua, que se decia Orteguilla, y fué harto provechoso, así para el Montezuma, como para nosotros, porque de aquel page inquiria y sabia muchas cosas de las de Castilla el Montezuma, y nosotros de lo que decian sus Capitanes : y verdaderamente le era tan buen servicial, que lo queria mucho el Montezuma, Dexemos de hablar, como ya estaba el Montezuma contento con los grandes halagos, y servicios, y conversaciones, que con todos nosotros tenia, porque siempre que ante él pasábamos, y aunque fuese Cortés, le quitábamos los bonetes de armas, ó cascos, que siempre estábamos armados, y él nos hacia gran mesura y honra á todos: y digamos los nombres de aquellos Capitanes de Montezuma que se quemáron por justicia, que se decia el principal Quetzalpopoca, y los otros se decian, el uno Coatl, y el otro

Quiathuitle, y el otro no me acuerdo el nombre, que poco va en saber sus nombres. Y digamos, que como este castigo se supo en todas las Provincias de la Nueva-España, temiéron, y los Pueblos de la costa, adonde matáron nuestros soldados, volviéron á servir muy bien á los vecinos que quedaban en la Villa Rica. E han de considerar los curiosos que esto leyeren, tan grandes hechos que entónces hicimos; dar con los navíos al traves; lo otro osar entrar en tan fuerte ciudad, teniendo tantos avisos, que allí nos habian de matar, quando dentro nos tuviesen; lo otro, tener tanta osadía de osar prender al gran Montezuma, que era Rey de aquella tierra, dentro en su gran ciudad, y en sus mismos palacios, teniendo tan gran número de guerreros de su guarda; y lo otro osar quemar sus Capitanes delante sus palacios, y echalle grillos entre tanto que se hacia la justicia, que muchas veces ahora que soy viejo, me paro á considerar las cosas heróycas, que en aquel tiempo pasamos, que me parece las veo presentes: y digo, que nuestros hechos, que no los haciamos nosotros, sino que venian todos encaminados por Dios, porque, ¿qué hombres ha habido en el mundo, que osasen entrar quatrocientos y cincuenta soldados, y aun no llegábamos á ellos, en una tan fuerte ciudad, como México, que es mayor que Venecia, estando tan apartados de nuestra Castilla sobre mas de mil y qui-

nientas leguas, y prender á un tan gran señor, y hacer justicia de sus Capitanes delante dél? porque hay mucho que ponderar en ello, y no así secamente como yo lo digo. Pasaré adelante, y diré como Cortés despachó luego otro Capitan, que estuviese en la Villa Rica, como estaba el Juan de Escalante que matáron.

CAPITULO XCVI.

Como nuestro Cortés envió á la Villa Rica por Teniente, y Capitan á un hidalgo, que se decia Alonso de Grado, en lugar del Alguacil mayor Juan de Escalante, y el Alguacilazgo mayor se lo dió á Gonzalo de Sandoval, y desde entónces fué Alguacil mayor, y lo que sobre ello pasó diré adelante,

Despues de hecha justicia de Quetzalpopoca, y sus Capitanes, y sosegado el gran Montezuma, acordó de enviar nuestro Capitan á la Villa Rica por Teniente della á un soldado, que se decia Alonso de Grado, porque era hombre muy entendido, y de buena plática, y presencia, y músico y gran escribano. Este Alonso de Grado era uno de los que siempre fué contrario de nuestro Capitan Cortés, porque no fuésemos á México, y nos volviésemos á la Villa Rica, quando hubo en lo de Tlascala ciertos corrillos ya por mí dichos en el capítulo que dello habla, y el Alonso de Grado era el que lo muñia é hablaba: y si como era de buenas gracias, fuera

hombre de guerra, bien le ayudara todo junto: y esto digo, porque cuando nuestro Cortés le dió el cargo, como conocia su condicion, que no era hombre de afrenta, y Cortés era gracioso en lo que decia, le dixo: He aquí, señor Alonso de Grado, vuestros deseos cumplidos, que ireis ahora á la Villa Rica, como lo deseabades, y entendereis en la fortaleza, y mira no vais á ninguna entrada, como hizo Juan de Escalante, y os maten: y quando se lo estaba diciendo, guiñaba el ojo, por que lo viésemos los soldados que allí nos hallamos, y sintiésemos á que fin lo decia, porque sabia dél, que aunque se lo mandara con pena, no fuera. Pues dadas las provisiones é instrucciones de lo que habia de hacer, el Alonso de Grado le suplicó á Cortés, que le hiciese merced de la vara de Alguacil mayor, como la tenia el Juan de Escalante, que matáron los Indios, y le dixo, que ya la habia dado á Gonzalo de Sandoval, é que para él no le faltaria el tiempo andando otro oficio muy honroso, é que se fuese con Dios, y le encargó que mirase por los vecinos, é los honrase, y á los Indios amigos no se les hiciese ningun agravio, ni se les tomase cosa por fuerza: é que dos herreros que en aquella villa quedaban, y les habia enviado á decir, y mandar, que luego hiciesen dos cadenas gruesas del hierro, y anclas que sacáron de los navíos que dimos al través, que con brevedad las enviase, y que diese prie-

sa á la fortaleza que se acabase de enmaderar, y cubrir de teja. Y como el Alonso de Grado llegó á la villa, mostró mucha gravedad con los vecinos, y queriase hacer servir dellos, como gran señor, y á los pueblos que estaban de paz, que fuéron mas de treinta, enviábalos á demandar joyas de oro, é Indias hermosas: y en la fortaleza no se le daba nada de entender en ella, y en lo que gastaba el tiempo, era en bien comer, y en jugar: y sobre todo esto, que fué peor que lo pasado, secretamente convocaba á sus amigos, é á los que no lo eran, para que si viniese á aquella tierra Diego Velazquez de Cuba, ó qualquier su Capitan, de dalle la tierra, é hacerse con él: todo lo qual muy en posta se lo hiciéron saber por cartas á Cortés á México, y como lo supo, hubo enojo consigo mismo por haber enviado á Alonso de Grado, conociéndole sus malas entrañas, é condicion dañada: y como Cortés tenia siempre en el pensamiento, que Diego Velazquez, Gobernador de Cuba, por una parte ó por otra, habia de alcanzar á saber, como habiamos enviado á nuestros Procuradores á Su Magestad, é que no le acudiriamos á cosa ninguna, é que por ventura enviaria armada, y Capitanes contra nosotros, parecióle que seria bien poner hombre de quien fiar el puerto, é la villa, y envió á Gonzalo de Sandoval, que era Alguacil mayor por muerte de Juan de Escalante, y llevó en su compañía á Pedro de Ir-

cio, aquel de quien cuenta el Coronista Gomara, que iba á poblar á Panuco, y entónces el Pedro de Ircio fué á la villa, y tomó tanta amistad Gonzalo de Sandoval con él, porque el Pedro de Ircio, como habia sido mozo de espuelas en la casa del Conde de Ureña, y de Don Pedro Giron, siempre contaba lo que les habia acontecido: y como el Gonzalo de Sandoval era de buena voluntad, y no nada malicioso, y le contaba aquellos cuentos, tomó amistad con él, como dicho tengo, y siempre le hizo subir hasta ser Capitan: y si en este tiempo de ahora fuera, algunas palabras mal dichas que no eran de decir, decia el Pedro de Ircio en lugar de gracias, que se las reprehendia harto Gonzalo de Sandoval; que le castigaran por ellas en muchos Tribunales. Dexemos contar de vidas agenas, y volvamos á Gonzalo de Sandoval, que llegó á la Villa Rica, y luego envió preso á México con Indios que lo guardasen á Alonso de Grado, porque así se lo mandó Cortés: y todos los vecinos querian mucho á Gonzalo de Sandoval, porque á los que halló que estaban enfermos, los proveyó de comida lo mejor que podia; y les mostró mucho amor, y á los pueblos de paz tenia en mucha justicia, y los favorecia en todo lo que se les ofrecia, y en la fortaleza comenzó á enmaderar, y tejar, y hacia todas las cosas, como conviene hacer todo lo que los buenos Capitanes son obligados: y fué harto provechoso á

Cortés, é á todos nosotros, como adelante verán en su tiempo é sazon. Dexemos á Sandoval en la Villa Rica, y volvamos á Alonso de Grado, que llegó preso á México, y queria ir á hablar á Cortés, y no le consintió que pareciese delante dél, ántes le mandó echar preso en un cepo de madera, que entónces hiciéron nuevamente. Acuérdome, que olia la madera de aquel cepo, como á sabor de ajos, y cebollas, y estuvo preso dos dias. Y como el Alonso de Grado era muy plático, y hombre de muchos medios, hizo grandes ofrecimientos á Cortés, que le seria muy servidor, y luego le soltó; y aun desde allí adelante ví, que siempre privaba con Cortés, mas no para que le diese cargos de cosas de guerra, sino conforme á su condicion : y aun el tiempo andando le dió la Contaduría, que solia tener Alonso de Avila, porque en aquel tiempo envió al mismo Alonso de Avila á la Isla de Santo Domingo por Procurador, segun adelante diré en su coyuntura. No quiero dexar de traer aquí á la memoria como quando Cortés envió á Gonzalo de Sandoval á la Villa Rica por Teniente, y Capitan, y Alguacil mayor, le mandó, que así como llegase, le enviase dos herreros con todos sus aderezos de fuelles, y herramientas, y mucho hierro de lo de los navíos que dimos al traves, y las dos cadenas grandes de hierro que estaban ya hechas, y que enviase velas y xarcias, y pez, y estopa, y una aguja de marear, y

todo otro qualquier aparejo para hacer dos vergantines para andar en la laguna de México : lo qual luego se lo envió el Sandoval muy cumplidamente, segun y de la manera que lo mandó.

CAPITULO XCVII.

Como estando el gran Montezuma preso, siempre Cortés, y todos nuestros soldados le festejábamos, y aun se le dió licencia para ir á sus Cues.

Como nuestro Capitan en todo era muy diligente, y vió que el Montezuma estaba preso, y por temor no se congojase con estar encerrado y detenido, procuraba cada dia despues de haber rezado, que entónces no teniamos vino para decir Misa, de irle á tener palacio, é iban con él quatro Capitanes, especialmente Pedro de Alvarado, y Juan Velazquez de Leon, y Diego de Ordas, y preguntaban al Montezuma con mucha cortesía, que que tal estaba, y que mirase lo que mandaba, que todo se haria, y que no tuviese congoja de su prision : y le respondia, que ántes se holgaba de estar preso, y esto que nuestros dioses nos daban poder para ello, ó su Huichilobos lo permitia : y de plática en plática le diéron á entender por medio del Frayle mas por estenso las cosas de nuestra santa Fe, y el gran poder del Emperador, nuestro señor, y aun

algunas veces jugaba el Montezuma con Cortés al totoloque, que es un juego que ellos así le llaman, con unos bodoquillos chicos muy lisos, que tenian hechos de oro para aquel juego, y tiraban con aquellos bodoquillos algo léjos á unos tejuelos que tambien eran de oro, é á cinco rayas ganaban ó perdian ciertas piezas, é joyas ricas que ponian. Acuérdome que tanteaba á Cortés Pedro de Alvarado, é al gran Montezuma un sobrino suyo, gran señor; y el Pedro de Alvarado siempre tanteaba una raya demas de las que habia Cortés, y el Montezuma, como lo vió, decia con gracia y risa, que no queria que le tantease á Cortés el Tonatio, que así llamaban al Pedro de Alvarado; porque hacia mucho ixoxol en lo que tanteaba, que quiere decir en su lengua, que mentia, que echaba siempre una raya de mas; y Cortés, y todos nosotros los soldados que en aquella sazon haciamos guarda, no podiamos estar de risa, por lo que dixo el gran Montezuma. Dirán agora, ¿que por qué nos reimos de aquella palabra? es porque el Pedro de Alvarado, puesto que era de gentil cuerpo, y buena manera, era vicioso en el hablar demasiado, y como le conocimos su condicion, por esto nos reimos tanto: é volvamos al juego, y si ganaba Cortés, daba las joyas á aquellos sus sobrinos, y privados del Montezuma que le servian; y si ganaba Montezuma, nos lo repartia á los soldados que le haciamos guarda: y aun no contento

por lo que nos daba del juego, no dexaba cada dia de darnos presentes de oro y ropa, así á nosotros como al Capitan de la guarda, que entónces era Juan Velazquez de Leon, y en todo se mostraba Juan Velazquez grande amigo, é servidor de Montezuma. Tambien me acuerdo, que era de la vela un soldado muy alto de cuerpo, y bien dispuesto, y de muy grandes fuerzas, que se decia fulano de Truxillo, y era hombre de la mar, y quando le cabia el quarto de la noche de la vela, era tan mal mirado, que hablando aquí con acato de los señores leyentes, hacia cosas deshonestas, que lo oyó el Montezuma, é como era un Rey destas tierras, y tan valeroso, tuvolo á mala crianza, y desacato, que en parte que él lo oyese, se hiciese tal cosa, sin tener respeto á su persona, y preguntó á su page Orteguilla, que quien era aquel mal criado, é sucio, é dixo que era hombre que solia andar en la mar, é que no sabe de policía é buena crianza, y tambien le dió á entender de la calidad de cada uno de los soldados que allí estábamos, qual era caballero, y qual no, y le decia á la contina muchas cosas, que el Montezuma deseaba saber : y volvamos á nuestro soldado Truxillo, que desque fué de dia, Montezuma lo mandó llamar, y le dixo que porque era de aquella condicion, que sin tener miramiento á su persona, no tenia aquel acato debido, que le rogaba que otra vez no lo hiciese, y mandóle dar una joya de oro,

que pesaba cinco pesos : y al Truxillo no se le dió nada por lo que dixo, y otra noche adrede tiró otro traque, creyendo que le daria otra cosa : y el Montezuma le hizo saber á Juan Velazquez, Capitan de la guarda, y mandó luego el Capitan quitar á Truxillo que no velase mas, y con palabras ásperas le respondiéron. Tambien acaeció, que otro soldado que se decia Pedro Lopez, gran ballestero, y era hombre que no se le entendia mucho, y era bien dispuesto, y velaba al Montezuma, y sobre si era hora de tomar el quarto ú no, tuvo palabras con un quadrillero, y dixo : ó pesia tal con este perro, que por velalle á la contina estoy muy malo del estómago, para me morir : y el Montezuma oyó aquella palabra, y pesóle en el alma, y quando vino Cortés á tenelle palacio, lo alcanzó á saber, y tomó tanto enojo dello, que al Pedro Lopez, con ser muy buen soldado, le mandó azotar dentro en nuestros aposentos; y desde allí adelante todos los soldados, á quien cabia la vela, con mucho silencio, y crianza estaban velando, puesto que no habia menester mandarlo á mí, ni á otros soldados de nosotros, que le velábamos, sobre este buen comedimiento, que con aqueste gran Cacique habiamos de tener : y él bien conocia todos, y sabia nuestros nombres, y aun calidades, y era tan bueno, que á todos nos daba joyas, á otros mantas, é Indias hermosas. Y como en aquel tiempo era yo mancebo, y

siempre que estaba en su guarda, ó pasaba delante dél con muy gran acato, le quitaba mi bonete de armas, y aun le habia dicho el page Orteguilla, que vine dos veces á descubrir esta Nueva-España primero que Cortés, é yo le habia hablado al Orteguilla, que le queria demandar á Montezuma, que me hiciese merced de una India hermosa : y como lo supo el Montezuma, me mandó llamar, y me dixo : Bernal Diez del Castillo, hanme dicho que teneis motolinea de oro, y ropa, yo os mandaré dar hoy una buena moza, tratadla muy bien, que es hija de hombre principal, y tambien os darán oro, y mantas. Yo le respondí con mucho acato, que lè besaba las manos por tan gran merced, y que Dios, nuestro Señor, le prosperase : y parece ser, preguntó al page, que qué habia respondido, y le declaró la respuesta : y dixole el Montezuma : De noble condicion me parece Bernal Diez, porque á todos nos sabia los nombres, como tengo dicho : é me mandó dar tres tejuelos de oro, é dos cargas de mantas. Dexemos de hablar desto, y digamos como por la mañana, quando hacia sus oraciones, y sacrificios á los ídolos, almorzaba poca cosa, é no era carne, sino agi, y estaba ocupado una hora en oir pleytos de muchas partes de Caciques, que á él venian de lejas tierras. Ya he dicho otra vez en el capítulo que dello habla, de la manera que entraban á negociar, y el acato que le tenian, y como siempre

estaban en su compañía en aquel tiempo para despachar negocios veinte hombres ancianos, que eran jueces, y porque está ya referido, no lo torno á referir : y entónces alcanzamos á saber, que las muchas mugeres, que tenia por amigas, casaba dellas con sus Capitanes, ó personas principales muy privados, y aun dellas dió á nuestros soldados, y la que me dió á mí, era una señora dellas, y bien se pareció en ella, que se dixo Doña Francisca : y así se pasaba la vida, unas veces riendo, y otras veces pensando en su prision. Quiero aquí decir, puesto que no vaya á propósito de nuestra relacion, porque me lo han preguntado algunas personas curiosas ; que como porque solamente el soldado por mí nombrado llamó perro al Montezuma, aun no en su presencia, le mandó Cortés azotar, siendo tan pocos soldados, como eramos, y que los Indios tuviesen noticia dello? A esto digo, que en aquel tiempo todos nosotros, y aun el mismo Cortés, quando pasábamos delante del gran Montezuma, le haciamos reverencia con los bonetes de armas, que siempre traiamos quitados, y él era tan bueno, y tan bien mirado, que á todos nos hacia mucha honra, que demas de ser Rey desta Nueva-España, su persona y condicion lo merecia. Y demas de todo esto, si bien se considera la cosa, ¿en qué estaban nuestras vidas, sino en solamente mandar á sus vasallos le sacasen de la prision, y darnos luego

guerra? que en ver su presencia, y Real franqueza lo hicieran. Y como viamos que tenia á la contina consigo muchos señores que le acompañaban, y venian de lexas tierras otros muchos mas señores, y el gran palacio que le hacian, y el gran número de gente que á la contina daba de comer, y beber, ni mas ni ménos que quando estaba sin prision; todo esto considerándolo Cortés, hubo mucho enojo de quando lo supo, que tal palabra le dixese, y como estaba airado dello, de repente le mandó castigar, como dicho tengo: y fué bien empleado en él. Pasemos adelante, y digamos que en aquel instante llegáron de la Villa Rica Indios cargados con las cadenas de hierro gruesas, que Cortés habia mandado hacer á los herreros. Tambien truxéron todas las cosas pertenecientes para los vergantines, como dicho tengo: y así como fué traido, se lo hizo saber al gran Montezuma. Y dexallo he aquí, y diré lo que sobre ello pasó.

CAPITULO XCVIII.

Como Cortés mandó hacer dos vergantines de mucho sosten é veleros, para andar en la laguna: y como el gran Montezuma dixo á Cortés, que le diese licencia para ir á hacer oracion á sus templos, y lo que Cortés le dixo, y como le dió licencia.

Pues como hubo llegado el aderezo necesario para hacer los vergantines, luego Cortés se lo

fué á decir, y hacer saber al Montezuma, que queria hacer dos navíos chicos para se andar holgando en la laguna, que mandase á sus carpinteros que fuesen á cortar la madera, y que irian con ellos nuestros maestros de hacer navíos, que se decian Martin Lopez, y un Alonso Nuñez : y como la madera de roble está obra de cuatro leguas de allí, depresto fué traida, y dado el galivo della, y como habia muchos carpinteros de los Indios, fuéron depresto hechos, y calafeteados, y breados, y puestos sus xarcias, y velas á su tamaño y medida, y una tolda á cada uno : y saliéron tan buenos, y veleros, como si estuvieran un mes en tomar los galivos, porque el Martin Lopez era muy estremado maestro, y este fué el que hizo los trece vergantines para ayudar á ganar á México, como adelante diré, y fué un buen soldado para la guerra. Dexemos aparte esto, y diré como el Montezuma dixo á Cortés, que queria salir, é ir á sus templos á hacer sacrificios, y cumplir sus devociones, así para lo que á sus Dioses era obligado, como para que lo conozcan sus Capitanes, y principales, especial ciertos sobrinos suyos, que cada dia le vienen á decir le quieren soltar, y darnos guerra, y que él les da por respuesta, que él se huelga de estar con nosotros, porque crean que es como se lo ha dicho, porque así se lo mandó su Dios Huichilobos, como ya otra vez se lo ha hecho creer. Y cuanto á la licencia que le de-

mandaba, Cortés le dixo que mirase que no hiciese cosa con que perdiese la vida, y que para ver si habia algun descomedimiento, ó mandaba á sus Capitanes, ó Papas, que le soltasen, ó nos diesen guerra, que para aquel efecto enviaba Capitanes é soldados, para que luego le matasen á estocadas en sintiendo alguna novedad de su persona, é que vaya mucho en buen hora, y que no sacrificase ningunas personas, que era gran pecado contra nuestro Dios verdadero, que es el que le hemos predicado, y que allí estaban nuestros altares, y la imágen de nuestra Señora, ante quien podria hacer oracion, sin ir á su templo: y el Montezuma dixo, que no sacrificaria anima ninguna, y fué en sus ricas andas muy acompañado de grandes Caciques, con gran pompa, como solia, y llevaba delante sus insignias, que era como vara, ó baston, que era la señal que iba allí su persona Real, como hacen á los Visoreyes desta Nueva-España, y con él iban para guardalle quatro de nuestros Capitanes, que se decian Juan Velazquez de Leon, y Pedro de Alvarado, y Alonso de Avila, y Francisco de Lugo, con ciento y cincuenta soldados: y tambien iban con nosotros el Padre Fr. Bartolomé de Olmedo de la Orden de la Merced, para le retraer el sacrificio, si le hiciese de hombres: é yendo como íbamos al Cu de Huichilobos, ya que llegábamos cerca del maldito templo, mandó que le sacasen de las andas, y fué

arrimado á hombros de sus sobrinos, y de otros Caciques, hasta que llegó al templo. Ya he dicho otras veces, que por las calles por donde iba su persona, todos los principales habian de llevar los ojos puestos en el suelo, y no le miraban á la cara : y llegado á las gradas del adoratorio, estaban muchos Papas aguardando para le ayudar á subir de los brazos : é ya le tenian sacrificado desde la noche ántes quatro Indios : y por mas que nuestro Capitan le decia, y se lo retraia el Padre Fray Bartolomé de Olmedo de la Orden de la Merced, no aprovechaba cosa ninguna, sino que habia de matar hombres y muchachos para sacrificar, y no podiamos en aquella sazon hacer otra cosa sino disimular con él, porque estaba muy revuelto México, y otras grandes ciudades con los sobrinos de Montezuma, como adelante diré : y quando hubo hecho sus sacrificios, porque no tardó mucho en hacellos, nos volvimos con él á nuestros aposentos, y estaba muy alegre, y á los soldados que con él fuimos, luego nos hizo merced de joyas de oro. Dexémoslo aquí, y diré lo que mas pasó.

CAPITULO XCIX.

Como echamos los dos vergantines al agua, y como el gran Montezuma dixo, que queria ir á caza, y fué en los vergantines, hasta un peñol, donde habia muchos venados, y caza, que no entraba en él al cazar persona ninguna con grave pena.

Como los dos vergantines fueron acabados de hacer, y echados al agua, y puestos y aderezados con sus xarcias y mástiles, con sus vanderas Reales, é Imperiales, y apercibidos hombres de la mar para los marear, fueron en ellos al remo y vela, y eran muy buenos veleros. Y como Montezuma lo supo, dixo á Cortés, que queria ir á caza en la laguna á un peñol, que estaba acotado, que no osaban entrar en él á montear, por muy Principales que fuesen, so pena de muerte : y Cortés le dixo que fuese mucho en buena hora, y que mirase lo que de ántes le habia dicho quando fué á sus ídolos, que no era mas su vida de revolver alguna cosa, y que en aquellos vergantines iria, que era mejor navegacion ir en ellos que en sus canoas y piraguas, por grandes que sean : y el Montezuma se holgó de ir en el vergantin mas velero, y metió consigo muchos Señores y Principales, y el otro vergantin fué lleno de Caciques, y un hijo de Montezuma, y apercibió sus monteros que fuesen en canoas y piraguas. Cortés mandó á Juan Velazquez de

Leon, que era Capitan de la guarda, y á Pedro de Alvarado, y á Christoval de Olí, fuesen con él, y Alonso de Avila, con docientos soldados, que llevasen gran advertencia del cargo que les daba, y mirasen por el gran Montezuma: y como todos estos Capitanes que he nombrado, eran de sangre en el ojo, metieron todos los soldados que he dicho, y quatro tiros de bronce con toda la pólvora que habia con nuestros artilleros, que se decian, Mesa y Arvenga, y se hizo un toldo muy emparamentado, segun el tiempo; y allí entró Montezuma con sus Principales: y como en aquella sazon hizo el viento muy fresco, y los marineros se holgaban de contentar, y agradar al Montezuma, mareaban las velas de arte, que iban volando, y las canoas en que iban sus monteros y Principales, quedaban atras, por muchos remeros que llevaban: holgábase el Montezuma, y decia que era gran maestría la de las velas y remos todo junto, y llegó al peñol, que no era muy léjos, y mató toda la caza que quiso de venados y liebres, y conejos, y volvió muy contento á la ciudad. Y quando llegábamos cerca de México, mandó Pedro de Alvarado, y Juan Velazquez de Leon, y los demás Capitanes que disparasen el artillería, de que se holgó mucho Montezuma, que como le veíamos tan franco y bueno, le teniamos en el acato que se tienen los Reyes destas partes, y él nos hacia lo mismo. Y si hubiese de contar

las cosas, y condicion que él tenia de gran Señor, y el acato y servicio que todos los Señores de la Nueva-España, y de otras Provincias le hacian, es para nunca acabar: porque cosa ninguna que mandaba que le truxesen, aunque fuese volando, que luego no le era traido: y esto dígolo, porque un dia estábamos tres de nuestros Capitanes, y ciertos soldados con el gran Montezuma, y acaso abatióse un gavilan en unas salas, como corredores por una codorniz, que cerca de las casas y palacios donde estaba el Montezuma preso, estaban unas palomas y codornices mansas, porque por grandeza las tenia allí para criar el Indio mayordomo que tenia cargo de barrer los aposentos: y como el gavilan se abatió y llevó presa, viéronlo nuestros Capitanes, y dixo uno de ellos, que se decia Francisco de Acevedo, el pulido, que fué Maestresala del Almirante de Castilla: O qué lindo gavilan, y qué presa hizo, y tan buen vuelo tiene; y respondimos los demás soldados, que era muy bueno, y que habia en estas tierras muchas buenas aves de caza de volatería: y el Montezuma estuvo mirando en lo que hablábamos, y preguntó á su page Orteguilla sobre la plática, y le respondió, que deciamos aquellos Capitanes, que el gavilan que entró á cazar, era muy bueno, é que si tuviésemos otro como aquel, que le mostrarian á venir á la mano, y que en el campo le echarian á qualquier ave, aunque fuese algo grande, y la

mataria. Entónces dixo el Montezuma; pues yo mandaré agora, que tomen aquel mismo gavilan, y verémos si le amansan, y cazan con él. Todos nosotros los que allí nos hallamos, le quitamos las gorras de armas por la merced: y luego mandó llamar sus cazadores de volatería, y les dixo que le truxesen el mismo gavilan, y tal maña se dieron en le tomar, que á horas del Ave María vienen con el mismo gavilan, y le dieron á Francisco de Azevedo, y le mostró al señuelo: y porque luego se nos ofrecieron cosas en que iba mas que la caza, se dexará aquí de hablar en ello. Y helo dicho, porque era tan gran Príncipe, que no solamente le traian tributos de todas las mas partes de la Nueva-España, y señoreaba tantas tierras, y en todas bien obedecido, que aun estando preso, sus vasallos temblaban dél, que hasta las aves que vuelan por el ayre hacia tomar. Dexemos esto aparte, y digamos como la adversa fortuna vuelve de quando en quando su rueda. En aqueste tiempo tenia convocado entre los sobrinos y deudos del gran Montezuma á otros muchos Caciques, y á toda la tierra para darnos guerra, y soltar al Montezuma, y alzarse alguno dellos por Reyes de México, lo cual diré adelante.

CAPITULO C.

Como los sobrinos del grande Montezuma andaban convocando, é trayendo á sí las voluntades de otros señores, para venir á México, y sacar de la prision al gran Montezuma, y echarnos de la ciudad.

Como el Cacamatzin, Señor de la ciudad de Tezcuco, que despues de México era la mayor y mas principal ciudad que hay en la Nueva-España, entendió que habia muchos dias que estaba preso su tio Montezuma, é que en todo lo que nosotros podiamos, nos íbamos señoreando, y aun alcanzó á saber, que habiamos abierto la casa donde estaba el gran tesoro de su abuelo Axayaca, y que no habiamos tomado cosa ninguna dello; é antes que lo tomásemos acordó de convocar á todos los Señores de Tezcuco sus vasallos, é al Señor de Cuyoacan, que era su primo y sobrino del Montezuma, é al Señor de Tacuba, é al Señor de Iztapalapa, é á otro Cacique muy grande, Señor de Matalcingo, que era pariente muy cercano del Montezuma, y aun decian, que le venia de derecho el Reyno y Señorío de México, y este Cacique era muy valiente por su persona entre los Indios: pues andando concertando con ellos, y con otros Señores Mexicanos, que para tal dia viniesen con todos sus

poderes, y nos diesen guerra, parece ser, que el Cacique que he dicho, que era valiente por su persona, que no le sé el nombre, dixo, que si le daban á él el Señorío de México, pues le venia de derecho, que él con toda su parentela, y de una Provincia que se dice Matalcingo, serian los primeros que vendrian con sus armas á nos echar de México, é no quedaria ninguno de nosotros á vida. Y el Cacamatzin parece ser respondió, que á él le venia el Cacicazgo, y él habia de ser Rey, pues era sobrino de Montezuma, y que si no queria venir, que sin él ni su gente haria la guerra. Por manera que ya tenia el Cacamatzin apercebidos los pueblos y señores, por mí ya nombrados, y tenia concertado, que para tal dia viniesen sobre México, é con los señores que dentro estaban de su parte, les darian lugar á la entrada : é andando en estos tratos, lo supo muy bien el Montezuma por la parte de su gran deudo, que no quiso conceder en lo que Cacamatzin queria, y para mejor lo saber, envió Montezuma á llamar todos sus Caciques y Principales de aquella ciudad, y le dixéron como el Cacamatzin los andaba convocando á todos con palabras, é dádivas, para que le ayudasen á darnos guerra, y soltar al tio. Y como Montezuma era cuerdo, y no queria ver su ciudad puesta en armas ni alborotos, se lo dixo á Cortés, segun y de la manera que pasaba : el qual alboroto sabia muy bien nuestro Capitan, y to-

dos nosotros, mas no tan por entero como se lo dixo. Y el consejo que sobre ello tomó era, que nos diese de su gente Mexicana, é iriamos sobre Tezcuco, y que le prenderiamos, ó destruiriamos aquella ciudad, é sus comarcas. E al Montezuma no le quadró este consejo : por manera, que Cortés le envió á decir al Cacamatzin, que se quitase de andar revolviendo guerra, que será causa de su perdicion, é que le quiere tener por amigo, é que en todo lo que hubiere menester de su persona lo hará por él, é otros muchos cumplimientos. É como el Cacamatzin era mancebo, y halló otros muchos de su parecer, que le acudirian en la guerra, envió á decir á Cortés, que ya habia entendido sus palabras de halagos, que no las queria mas oir, sino quando le viese venir, que entonces le hablaria lo que quisiese. Tornó otra vez Cortés á le enviar á decir, que mirase que no hiciese deservicio á nuestro Rey y Señor, que lo pagaria su persona, y le quitaria la vida por ello : y respondió, que ni conocia á Rey, ni quisiera haber conocido á Cortés, que con palabras blandas prendió á su tio. Como envió aquella respuesta, nuestro Capitan rogó á Montezuma, pues era tan gran señor, y dentro en Tezcuco tenia grandes Caciques y parientes por Capitanes, y no estaban bien con el Cacamatzin, por ser muy soberbio y malquisto ; y pues allí en México con el Montezuma estaba un hermano del mismo Cacamatzin, mancebo de buena dis-

posicion, que estaba huido del proprio hermano, porque no le matase, que despues del Cacamatzin heredaba el Reyno de Tezcuco; que tuviese manera y concierto con todos los de Tezcuco, que prendiesen al Cacamatzin, ó que secretamente le enviase á llamar, y que si viniese, que le echase mano, y le tuviesen en su poder, hasta que estuviese mas sosegado: y que pues que aquel su sobrino estaba en su casa huido por temor del hermano, y le sirve, que le alce luego por señor, y le quite el señorío al Cacamatzin, que está en su deservicio, y anda revolviendo todas las ciudades y Caciques de la tierra por señorear su ciudad é Reyno. Y el Montezuma dixo, que le enviaria luego á llamar, mas que sentia dél, que no querria venir: y que si no viniese, que se ternia concierto con sus Capitanes y parientes que le prendan: y Cortés le dió muchas gracias por ello, y aun le dixo: Señor Montezuma, bien podeis creer, que si os quereis ir á vuestros palacios, que en vuestra mano está, que desde que tengo entendido que me teneis buena voluntad, é yo os quiero tanto, que no fuera yo de tal condicion, que luego no os fuera acompañando para que os fuerades con toda vuestra caballería á vuestros palacios, y si lo he dexado de hacer, es por estos mis Capitanes, que os fuéron á prender, porque no quieren que os suelte, y porque v. m. dice, que quiere estar preso por excusar las revueltas que vues-

tros sobrinos traen por haber en su poder esta ciudad, é quitaros el mando : y el Montezuma dixo, que se lo tenia en merced; y como iba entendiendo las palabras halagüeñas de Cortés, é via que lo decia, no por soltalle, sino probar su voluntad, y tambien Orteguilla su page se lo habia dicho á Montezuma, que nuestros Capitanes eran los que le aconsejaron que le prendiesen, é que no creyese á Cortés, que sin ellos no le soltaria; dixo el Montezuma á Cortés, que muy bien estaba preso, hasta ver en qué paraban los tratos de sus sobrinos, y que luego queria enviar mensageros á Cacamatzin, rogándole que viniese ante él, que le queria hablar en amistades entre él y nosotros : y le envió á decir, que de su prision que no tenga el cuidado, que si se quisiese soltar, que muchos tiempos ha tenido para ello; y que Malinche le ha dicho dos veces, que se vaya á sus palacios, y que él no quiere por cumplir el mandado de sus Dioses, que le han dicho, que se esté preso, y que si no lo está, luego será muerto, y que esto que lo sabe muchos dias há de los Papas que estan en servicio de los ídolos : y que á esta causa será bien que tenga amistad con Malinche, y sus hermanos. Y estas mismas palabras envió Montezuma á decir á los Capitanes de Tezcuco; como enviaba á llamar á su sobrino, para hacer las amistades, y que mirase no le trastornase su seso aquel mancebo, para tomar armas contra nosotros. Y

dexemos esta plática, que muy bien la entendió el Cacamatzin, y sus principales entráron en consejo, sobre lo que harian, y el Cacamatzin comenzó á bravear, y que nos habia de matar dentro de quatro dias, é que al tio que era una gallina, por no darnos guerra quando se lo aconsejaba al abaxar la sierra de Chalco, quando tuvo allí buen aparejo con sus guarniciones, y que nos metió él por su persona en su ciudad, como si tuviera conocido que íbamos para hacelle algun bien, y que quanto oro le han traido de sus tributos, nos daba, y que le habiamos escalado y abierto la casa donde está el tesoro de su abuelo Axayaca, y que sobre todo esto le teniamos preso, é que ya le andábamos diciendo, que quitasen los ídolos del gran Huichilobos, é queriamos poner los nuestros: é que porque esto no viniese á mas mal, y para castigar tales cosas é injurias, que les rogaba que le ayudasen; pues todo lo que ha dicho han visto por sus ojos, y como quemamos los mismos Capitanes del Montezuma, y que ya no se puede compadecer otra cosa, sino que todos juntos á una nos diesen guerra, y allí los prometió el Cacamatzin, que si quedaba con el señorío de México, que les habia de hacer grandes señores: y tambien les dió muchas joyas de oro, y les dixo, que ya tenia concertado con sus primos los señores de Cuyoacan, y de Iztapalapa, y de Tacuba, y otros deudos, que le ayudarian; é que en México tenia

de su parte otras personas principales que le darian entrada, é ayuda á qualquiera hora que quisiese, y que unos por las calzadas, y todos los mas en sus piraguas y canoas chicas por la laguna podrian entrar sin tener contrarios que se lo defendiesen, pues su tio estaba preso, y que no tuviesen miedo de nosotros; pues saben que pocos dias habian pasado, que en lo de Almería los mesmos Capitanes de su tio habian muerto muchos Teules, y un caballo: lo qual bien vieron la cabeza de un Teule, é el cuerpo del caballo, é que en una hora nos despacharian, é con nuestros cuerpos harian buenas fiestas, y hartazgas. Y como hubo hecho aquel razonamiento, dicen, que se miraban unos Capitanes á otros, para que hablasen los que solian hablar primero en cosas de guerra, é que quatro ó cinco de aquellos Capitanes le dixéron, que cómo habian de ir sin licencia de su gran señor Montezuma, y dar guerra en su propia casa y ciudad, y que se lo envien primero á hacer saber: é que si es consentidor, que irán con él de muy buena voluntad, é que de otra manera, que no le quieren ser traydores. Y pareció ser, que el Cacamatzin se enojó con los Capitanes, que le diéron aquella respuesta, y mandó echar presos tres dellos: y como habia allí en el consejo, y junta que tenian, otros sus deudos y ganosos de bullicios, dixéron que le ayudarian hasta morir, é acordó de enviar á decir á su tio el gran Montezuma,

que habia de tener empacho de envialle á decir que venga á tener amistad con quien tanto mal y deshonra le ha hecho, teniéndole preso: é que no es posible, sino que nosotros eramos hechiceros, y con hechizos le teniamos quitado su gran corazon y fuerza: ó que nuestros Dioses, y la gran muger de Castilla, que les diximos que era nuestra abogada, nos da aquel gran poder para hacer lo que haciamos: é en esto que dixo á la postre, no lo erraba, que ciertamente la gran misericordia de Dios, y su bendita Madre nuestra Señora nos ayudaba. Y volvamos á nuestra plática, que en lo que se resumió, fué enviar á decir, que él venia á pesar nuestro, y de su tio á nos hablar y matar: y quando el gran Montezuma oyó aquella respuesta tan desvergonzada, recibió mucho enojo, y luego en aquella hora envió á llamar seis de sus Capitanes de mucha cuenta, y les dió su sello, y aun les dió ciertas joyas de oro, y les mandó, que luego fuesen á Tezcuco, y que mostrasen secretamente aquel su sello á ciertos Capitanes y parientes, que estaban muy mal con el Cacamatzin, por ser muy soberbio, é que tuviesen tal órden y manera, que á él, y á los que eran en su consejo los prendiesen, y que luego se los truxesen delante. Y como fuéron aquellos Capitanes, y en Tezcuco entendiéron lo que el Montezuma mandaba, y el Cacamatzin era malquisto, en sus propios palacios le prendieron, que estaba platicando con

aquellos sus confederados en cosas de la guerra: y tambien truxéron otros cinco presos con él. E como aquella ciudad está poblada junto á la gran laguna, aderezan una gran piragua con sus toldos, y les meten en ella, y con gran copia de remeros los traen á México: y quando hubo desembarcado, le meten en sus ricas andas como Rey que era, y con gran acato le llevan ante Montezuma, y parece ser estuvo hablando con su tio, y desvergonzósele mas de lo que ántes estaba, y supo Montezuma de los conciertos en que andaba, que era alzarse por Señor: lo qual alcanzó á saber mas por entero de los demás prisioneros que le truxéron, y si enojado estaba de ántes del sobrino, muy mas lo estuvo entónces. Y luego se lo envió á nuestro Capitan, para que lo echase preso, y á los demás prisioneros mandó soltar: é luego Cortés fué á los palacios é al aposento de Montezuma, y le dió las gracias por tan gran merced: y se dió órden que se alzase por Rey de Tezcuco al mancebo que estaba en su compañía del Montezuma, que tambien era su sobrino, hermano del Cacamatzin que ya he dicho, que por su temor estaba allí retraido al favor del tio, porque no le matase, que era tambien heredero muy propinquo del Reyno de Tezcuco: y para lo hacer solemnemente, y con acuerdo de toda la ciudad, mandó Montezuma que viniesen ante él los mas Principales de toda aquella provincia, y despues de muy bien plati-

cada la cosa, le alzaron por Rey y Señor de aquella gran ciudad, y se llamó Don Carlos. Ya todo esto hecho, como los Caciques y Reyezuelos, sobrinos del gran Montezuma, que eran el Señor de Cuyoacan, y el Señor de Iztapalapa, y el de Tacuba, viéron é oyéron las prisiones de Cacamatzin, y supiéron que el gran Montezuma habia sabido que ellos entraban en la conjuracion para quitalle su Reyno, y dárselo á Cacamatzin, temiéron, y no le venian á ver, ni á hacer palacio como solian: é con acuerdo de Cortés, que le convocó é traxo al Montezuma, para que los mandase prender, en ocho dias todos estuviéron presos en la cadena gorda, que no poco se holgó nuestro Capitan, y todos nosotros. Miren los curiosos lectores en lo que andaban nuestras vidas, tratando de nos matar cada dia, y comer nuestras carnes, si la gran misericordia de Dios, que siempre era con nosotros, no nos socorria: é aquel buen Montezuma á todas nuestras cosas daba buen corte. E miren qué gran Señor era, que estando preso, así era tan obedecido. Pues ya todo apaciguado, é aquellos señores presos, siempre nuestro Cortés con otros Capitanes, é el P. Fr. Bartolomé de Olmedo de la Orden de la Merced, estaban teniéndole palacio, é en todo lo que podian le daban mucho placer, y burlaban, no de manera de desacato, que digo que no se sentaban Cortés, ni ningun Capitan, hasta que el Montezuma les mandaba

dar sus asentaderos ricos, y les mandaba asentar: y en esto era tan bien mirado, que todos le queriamos con gran amor, porque verdaderamente era gran Señor en todas las cosas que le viamos hacer. Y volviendo á nuestra plática, unas veces le daban á entender las cosas tocantes á nuestra santa Fe, y se lo decia el Frayle con el page Orteguilla, que parece que le entraban ya algunas buenas razones en el corazon; pues las escuchaba con atencion, mejor que al principio. Tambien le daban á entender el gran poder del Emperador nuestro Señor, y como le daban vasallage muchos grandes Señores que le obedecian, y de lejas tierras, y decianle otras muchas cosas, que él se holgaba de las oir, y otras veces jugaba Cortés con él al totoloque, y él como no era nada escaso, nos daba cada dia, qual joyas de oro, ó mantas. Y dexaré de hablar en ello, y pasaré adelante.

CAPITULO CI.

Como el gran Montezuma, con muchos Caciques, y Principales de la comarca diéron la obediencia á su Magestad, y de otras cosas que sobre ello pasáron.

Como el Capitan Cortés vió que ya estaban presos aquellos Reyecillos por mí nombrados, y todas las ciudades pacíficas, dixo á Montezuma, que dos veces le habia enviado á decir ántes que

entrásemos en México, que queria dar tributo á su Magestad, y que pues ya habia entendido el gran poder de nuestro Rey y Señor, é que de muchas tierras le dan párias y tributos, y le son sujetos muy grandes Reyes; que será bien que él, y todos sus vasallos le den la obediencia, porque ansí se tiene por costumbre, que primero se da la obediencia, que den las párias é tributos. Y Montezuma dixo, que juntaria sus vasallos, é hablaria sobre ello : y en diez dias se juntáron todos los mas Caciques de aquella comarca, y no vino aquel Cacique pariente muy cercano del Montezuma, que ya hemos dicho, que decian que era muy esforzado, y en la presencia, y cuerpo, y miembros se le parecia; bien era algo atronado, y en aquella sazon estaba en un pueblo suyo, que se decia Tula; y á este Cacique, segun decian, le venia el reyno de México despues del Montezuma : y como le llamáron, envió á decir, que no queria venir, ni dar tributo, que aun con lo que tiene de sus provincias no se puede sustentar. De la qual respuesta hubo enojo Montezuma, y luego envió ciertos Capitanes, para que le prendiesen : é como era gran Señor, y muy emparentado, tuvo aviso dello, y metióse en su provincia, donde no le pudo haber por entónces. Y dexallo he aquí, y diré, que en la plática que tuvo el Montezuma con todos los Caciques de toda la tierra, que habia enviado á llamar; que despues que les habia hecho un

parlamento, sin estar Cortés, ni ninguno de nosotros delante, salvo Orteguilla el page, dicen que les dixo, que mirasen que de muchos años pasados sabian por muy cierto, por lo que sus antepasados les han dicho, é así lo tienen señalado en sus libros de cosas de memorias; que de donde sale el sol, habian de venir gentes, que habian de señorear estas tierras, y que se habia de acabar en aquella sazon el señorío y reyno de los Mexicanos : y que él tiene entendido, por lo que sus Dioses le han dicho, que somos nosotros; é que se lo han preguntado á su Huichilobos los Papas que lo declaren; y sobre ello les hacen sacrificios, y no quieren respondelles como suelen: y lo que mas les da á entender el Huichilobos es, que lo que les ha dicho otras veces, aquello da ahora por respuesta, é que no le pregunten mas; así que bien da á entender, que demos la obediencia al Rey de Castilla, cuyos vasallos dicen estos Teules que son : y porque al presente no va nada en ello, y el tiempo andando, veremos si tenemos otra mejor respuesta de nuestros Dioses, y como viéremos el tiempo así haremos, lo que yo os mando y ruego, que todos de buena voluntad al presente se la demos, y contribuyamos con alguna señal de vasallage, que presto os diré lo que mas nos convenga : y porque ahora soy importunado de Malinche á ello, ninguno le rehuse, é mirá, que en diez y ocho años que ha que soy vuestro Se-

ñor, siempre me habeis sido muy leales, é yo os he enriquecido, é ensanchado vuestras tierras, é os he dado mandos, é hacienda; é si aora al presente nuestros Dioses permiten que yo esté aquí detenido, no lo estuviera, sino que ya os he dicho muchas veces, que mi gran Huichilobos me lo ha mandado. Y desque oyéron este razonamiento, todos diéron por respuesta, que harian lo que mandase, y con muchas lágrimas y suspiros, y el Montezuma muchas mas: y luego envió á decir con un Principal, que para otro dia darian la obediencia, y vasallage á su Magestad. Despues Montezuma tornó á hablar con sus Caciques sobre el caso, estando Cortés delante, é nuestros Capitanes, y muchos soldados, y Pedro Fernandez, Secretario de Cortés, é diéron la obediencia á su Magestad, y con mucha tristeza que mostráron; y el Montezuma no pudo sostener las lágrimas, é queriamoslo tanto, é de buenas entrañas, que á nosotros de verle llorar, se nos enterneciéron los ojos, y soldado hubo que lloraba tanto como Montezuma; tanto era el amor que le teniamos. Y dexallo he aquí, y diré, que siempre Cortés, y el Padre Fray Bartolomé de Olmedo de la Merced, que era bien entendido, estaba en los palacios de Montezuma, por alegralle, atrayéndole á que dexase sus ídolos, y pasaré adelante.

CAPITULO CII.

Como nuestro Cortés procuró de saber de las minas del oro, y de qué calidad eran, y ansimismo en qué rios estaban, y qué puertos para navios, desde lo de Panuco hasta lo de Tabasco, especialmente el rio grande de Guazacualco, y lo que sobre ello pasó.

Estando Cortés, é otros Capitanes con el gran Montezuma, teniéndole palacio, entre otras pláticas, que le decia con nuestras lenguas Doña Marina, é Gerónimo de Aguilar, é Orteguilla, le preguntó, que á qué parte eran las minas, é en qué rios, é cómo, y de qué manera cogian el oro que le traian en granos, porque queria enviar á vello dos de nuestros soldados grandes mineros. Y el Montezuma dixo, que de tres partes, y que de donde mas oro se solia traer, que era de una provincia que se dice Zacatula, que es á la vanda del Sur, que está de aquella ciudad andadura de diez ó doce dias, y que lo cogian con unas xícaras, en que lavan la tierra, é que allí quedan unos granos menudos despues de lavado; é que ahora al presente se lo traen de otra provincia, que se dice Gustepeque, cerca de donde desembarcamos, que es en la vanda del Norte, é que lo cogen de dos rios, é que cerca de aquella provincia hay otras buenas minas, en parte que no son sujetos, que se dicen los Chinatecas

y Capotecas, y que no le obedecen; y que si quiere enviar sus soldados, que él daria Principales que vayan con ellos: y Cortés le dió las gracias por ello, y luego despachó un piloto, que se decia Gonzalo de Umbria, con otros dos soldados mineros á lo de Zacatula. Aqueste Gonzalo de Umbria era al que Cortés mandó cortar los pies, quando ahorcó á Pedro Escudero, é á Juan Cermeño, y azotó los Peñates, porque se alzaban en San Juan de Ulua con el navío, segun mas largamente lo tengo escrito en el capítulo que dello habla. Dexemos de contar mas en lo pasado, y digamos, como fuéron con el Umbria, y se les dió de plazo para ir, é volver, quarenta dias. E por la vanda del Norte despachó para ver las minas á un Capitan, que se decia Pizarro, mancebo de hasta veinte y cinco años; y á este Pizarro trataba Cortés como á pariente. En aquel tiempo no habia fama del Perú, ni se nombraban Pizarros en esta tierra: é con quatro soldados mineros fué, y llevó de plazo otros quarenta dias para ir é volver, porque habia desde México obra de ochenta leguas, é con quatro Principales Mexicanos. Ya partidos para ver las minas, como dicho tengo, volvamos á decir, como le dió el gran Montezuma á nuestro Capitan un paño de Nequen, pintados y señalados muy al natural todos los rios, é ancones que habia en la costa del Norte Panuco, hasta Tabasco, que son obra de ciento

y quarenta leguas, y en ellos venia señalado el rio de Guazacualco : é como ya sabiamos todos los puertos, y ancones que señalaban en el paño, que le dió el Montezuma, de quando veniamos á descubrir con Grijalva, excepto el rio de Guazacualco, que dixéron que era muy poderoso, y hondo; acordó Cortés de enviar á ver qué era, y para hondar el puerto, y la entrada. Y como uno de nuestros Capitanes, que se decia Diego de Ordas, otras veces por mí nombrado, era hombre muy entendido, y bien esforzado, dixo al Capitan, que él queria ir á ver aquel rio, y qué tierras habia, y qué manera de gente era, y que le diese hombres, é Indios Principales que fuesen con él : y Cortés lo rehusaba, porque era hombre de buenos consejos, y tenello en su compañía, y por no le descomplacer, le dió licencia para que fuese : y el Montezuma le dixo al Ordas, que en lo de Guazacualco, no llegaba su señorío, é que eran muy esforzados, é que parase á ver lo que hacia, y que si algo le aconteciese, no le cargasen, ni culpasen á él : y que ántes de llegar á aquella provincia, toparia con sus guarniciones de gente de guerra, que tenia en frontera, y que si los hubiese menester, que los llevase consigo; y dixo otros muchos cumplimientos. Y Cortés, y el Diego de Ordas le diéron las gracias : é así partió con dos de nuestros soldados, y con otros Principales, que el Montezuma les dió. Aquí es donde dice el Co-

ronista Francisco Lopez de Gomara, que iba Juan Velazquez con cien soldados á poblar á Guazacualco, é que Pedro de Ircio habia ido á poblar á Panuco: é porque ya estoy harto de mirar en lo que el Coronista va fuera de lo que pasó, lo dexaré de decir, y diré lo que cada uno de los Capitanes, que nuestro Cortés envió, hizo, é viniéron con muestras de oro.

CAPITULO CIII.

Como volviéron los Capitanes que nuestro Capitan envió á ver las minas, é á hondar el puerto, é rio de Guazacualco.

El primero que volvió á la ciudad de México á dar razon de á lo que Cortés los envió, fué Gonzalo de Umbria, y sus compañeros, y traxéron obra de trecientos pesos en granos, que sacáron delante de los Indios de un pueblo, que se dice Cacatula, que segun contaba el Umbria, los Caciques de aquella provincia lleváron muchos Indios á los rios, y con unas como bateas chicas lavaban la tierra, y cogian el oro, y era de dos rios: y dixéron, que si fuesen buenos mineros, y lo lavasen como en la Isla de Santo Domingo, ó como en la Isla de Cuba, que serian ricas minas: y asimismo truxéron consigo dos Principales que envió aquella provincia, y traxéron un presente de oro, hecho en joyas, que

valdria ducientos pesos, é á darse, é ofrecerse por servidores de su Magestad: y Cortés se holgó tanto con el oro, como si fueran treinta mil pesos, en saber cierto que habia buenas minas; é á los Caciques que traxéron el presente, les mostró mucho amor; y les mandó dar cuentas verdes de Castilla, y con buenas palabras se volviéron á sus tierras muy contentos. Y decia el Umbria, que no muy léjos de México habia grandes poblaciones, y otra provincia, que se decia Matalçingo: y á lo que sentimos, y vimos, el Umbria, y sus compañeros viniéron ricos con mucho oro, y bien aprovechados: que á este efecto le envió Cortés, para hacer buen amigo dél, por lo pasado que dicho tengo, que le mandó cortar los pies. Dexémosle, pues volvió con buen recaudo, y volvamos al Capitan Diego de Ordas, que fué á ver el rio de Guazacualco, que es sobre ciento y veinte leguas de México, y dixo, que pasó por muy grandes pueblos, que allí los nombró; que todos le hacian honra; é que en el camino de Guazacualco topó á las guarniciones de Montezuma, que estaban en frontera, é que todas aquellas comarcas se quejaban dellos, así de robos que les hacian, y les tomaban sus mugeres y les demandaban otros tributos: y el Ordas, con los Principales Mexicanos que llevaba, reprehendió á los Capitanes de Montezuma, que tenian cargo de aquellas gentes, y les amenazáron, que si mas robaban, que se lo ha-

rian saber á su Señor Montezuma, y que enviaria por ellos, y los castigaria, como hizo á Quetzalpopoca, y sus compañeros, porque habian robado los pueblos de nuestros amigos, y con estas palabras les metió temor; é luego fué camino de Guazacualco, y no llevó mas de un Principal Mexicano; y quando el Cacique de aquella provincia, que se decia Tochel, supo que iba, envió sus Principales á le recibir, y le mostráron mucha voluntad, porque aquellos de aquella provincia, y todos tenian relacion y noticia de nuestras personas, de quando venimos á descubrir con Juan de Grijalva, segun largamente lo he escrito en el capítulo pasado, que dello habla: y volvamos ahora á decir, que como los Caciques de Guazacualco entendiéron á lo que iba, luego le diéron muchas grandes canoas, y el mismo Cacique Tochel, y con él otros muchos Principales hondáron la boca del rio, é halláron tres brazas largas sin la de caida en lo mas baxo: y entrados en el rio un poco arriba podian nadar grandes navíos, y miéntras mas arriba mas hondo. Y junto á un pueblo, que en aquella sazon estaba poblado de Indios, pueden estar carracas: y como el Ordas lo hubo ahondado, y se vino con los Caciques al pueblo, le diéron ciertas joyas de oro, y una India hermosa, y se ofreciéron por servidores de su Magestad, y se le quejáron del Montezuma, y de su guarnicion de gente de guerra, y que habia poco

tiempo que tuviéron una batalla con ellos, y que cerca de un pueblo de pocas casas, matáron los de aquella provincia á los Mexicanos muchas de sus gentes, y por aquella causa, llaman hoy en dia, donde aquella guerra pasó, Cuilonemiqui, que en su lengua quiere decir, donde mataron los putos Mexicanos: y el Ordas les dió muchas gracias por la honra que habia recibido, y les dió ciertas cuentas de Castilla, que llevaba para aquel efecto, y se volvió á México, y fué alegremente recbido de Cortés, y de todos nosotros: y decia, que era buena tierra para ganados y grangerías, y el puerto á pique para las Islas de Cuba, y de Santo Domingo, y de Xamaica, excepto que era léjos de México, y habia grandes cienagas. Y á esta causa nunca tuvimos confianza del puerto, para el descargo, y trato de México. Dexemos al Ordas, y digamos del Capitan Pizarro, y sus compañeros, que fuéron en lo de Tustepeque á buscar oro, y ver las minas, que volvió el Pizarro con un soldado solo á dar cuenta á Cortés, y truxéron sobre mil pesos de granos de oro, sacado de las minas: y dixéron, que en la provincia de Tustepeque, y Malinaltepeque, y otros pueblos comarcanos, fué á los rios con mucha gente que le diéron, y cogiéron la tercia parte del oro, que allí traian, y que fuéron en las sierras mas arriba á otra provincia, que se dice los Chinantecas, y como llegáron á su tierra, que saliéron

muchos Indios con armas, que son unas lanzas mayores que las nuestras, y arcos, y flechas, y pavesinas, y dixéron, que ni un Indio Mexicano no les entrase en su tierra, sino que los matarian, y que los Teules que vayan mucho en buen hora: y así fuéron, y se quedáron los Mexicanos, que no pasáron adelante: y quando los Caciques de Chinanta entendiéron á lo que iban, juntáron copia de sus gentes para lavar oro, y le lleváron á unos rios, donde cogiéron el demas oro, que venia por su parte en granos crespillos, porque dixéron los mineros, que aquello era de mas duraderas minas, como de nacimiento: y tambien truxo el Capitan Pizarro dos Caciques de aquella tierra, que viniéron á ofrecerse por vasallos de su Magestad, y tener nuestra amistad: y aun truxéron un presente de oro: y todos aquellos Caciques á una decian mucho mal de los Mexicanos, que eran tan aburridos de aquellas provincias, por los robos que les hacian, que no los podian ver, ni aun mentar sus nombres. Cortés recibió bien al Pizarro, y á los Principales que traia, y tomó el presente que le diéron, y porque ha muchos años ya pasados, no me acuerdo qué tanto era, y se ofreció con buenas palabras, que les ayudaria, y seria su amigo de los Chinantecas, y les mandó que fuesen á su provincia: y porque no recibiesen algunas molestias en el camino, mandó á dos Principales Mexicanos, que los pusiesen en sus tierras, y que

no se quitasen dellos, hasta que estuviesen en salvo, y fueron muy contentos. Volvamos á nuestra plática, que preguntó Cortés por los demas soldados que habia llevado el Pizarro en su compañía, que se decian Barrientos, y Heredia el viejo, y Escalona el mozo, y Cervantes el chocarrero, y dixo, que porque les pareció muy bien aquella tierra, y era rica de minas, y los pueblos por donde fuimos, muy de paz, les mandó que hiciesen una gran estancia de cacaguatales, y maizales, y pusiesen muchas aves de la tierra, y otras grangerias que habia de algodon, y que desde allí fuesen catando todos los rios, y viesen qué minas habia. Y puesto que Cortés calló por entónces, no se lo tuvo á bien á su pariente haber salido de su mandado, y supimos, que en secreto riñó mucho con él sobre ello, y le dixo, que era de poca calidad, querer entender en cosas de criar aves, é cacagutales: y luego envió otro soldado, que se decia Alonso Luis, á llamar los demas que habia dexado el Pizarro, y para que luego viniesen, llevó un mandamiento: y lo que aquellos soldados hiciéron, diré adelante en su tiempo y lugar.

CAPITULO CIV.

Como Cortés dixo al gran Montezuma que mandase á todos los Caciques de toda su tierra, que tributasen á su Magestad, pues comunmente sabian que tenian oro, y lo que sobre ello se hizo.

Pues como el Capitan Diego de Ordas, y los soldados, por mí ya nombrados viniéron con muestras de oro, y relacion, que toda la tierra era rica, Cortés con consejo del Ordas, y de otros Capitanes y soldados, acordó de decir, y demandar al Montezuma, que todos los Caciques y pueblos de la tierra tributasen á Su Magestad, y que él mismo como gran Señor, tambien tributase, é diese de sus tesoros: y respondió, que él enviaria por todos los pueblos á demandar oro, mas que muchos dellos no lo alcanzaban, sino joyas de poca valia, que habian habido de sus antepasados: y de presto despachó Principales á las partes donde habia minas, y les mandó que diese cada uno tantos tejuelos de oro fino, del tamaño y gordor de otros que le solian tributar; y llevaban para muestras dos tejuelos: y de otras partes no le traian sino joyezuelas de poca valía. Tambien envió á la provincia donde era Cacique y Señor aquel su pariente muy cercano, que no le queria obedecer, que estaba de México obra de doce leguas: y la respuesta

que truxéron los mensageros, fué que decia, que no queria dar oro, ni obedecer al Montezuma, y que tambien él era Señor de México, y le venia el señorío como al mismo Montezuma, que le enviaba á pedir tributo. Y como esto oyó el Montezuma, tuvo tanto enojo, que de presto envió su señal y sello, y con buenos Capitanes, para que se lo truxesen preso : y venido á su presencia el pariente, le habló muy desacatadamente, y sin ningun temor, ó de muy esforzado, ó decian que tenia ramos de locura, porque era como atronado : todo lo cual alcanzó á saber Cortés, y envió á pedir por merced al Montezuma, que se lo diese, que él lo queria guardar; porque segun le dixéron, le habia mandado matar el Montezuma : y traido ante Cortés, le habló muy amorosamente, y que no fuese loco contra su Señor, y que lo queria soltar. Y Montezuma quando lo supo dixo, que no lo soltase, sino que lo echasen en la cadena gorda, como á los otros Reyezuelos, por mí ya nombrados. Tornemos á decir, que en obra de veinte dias viniéron todos los Principales, que Montezuma habia enviado á cobrar los tributos del oro, que dicho tengo. Y así como viniéron, envió á llamar á Cortés, y á nuestros Capitanes, y ciertos soldados que conocia, que éramos de guarda, y dixo estas palabras formales, ó otras como ellas. Hago saber, Señor Malinche, y Señores Capitanes y soldados, que á vuestro gran Rey yo le soy

en cargo, y le tengo en buena voluntad así por Señor, y tan grande Señor, como por haber enviado de tan lejas tierras á saber de mí; y lo que mas me pone en el pensamiento, es, que él ha de ser el que nos ha de señorear, segun nuestros antepasados nos han dicho, y aun nuestros Dioses nos dan á entender por las respuestas que dellos tenemos: toma ese oro que se ha recogido, y por ser de priesa, no se trae mas, y lo que yo tengo aparejado para el Emperador, es todo el tesoro que he habido de mi padre, que está en vuestro poder y aposento, que bien sé, que luego que aquí venistes, abristes la casa, y lo vistes, é mirastes todo, y la tornastes á cerrar, como de ántes estaba: y quando se lo enviáredes, decidle en vuestros anales y cartas: Esto os envia vuestro buen vasallo Montezuma, y tambien yo os daré unas piedras muy ricas, que le envieis en mi nombre, que son chalchihuis, que no son para dar á otras personas, sino para ese vuestro gran Emperador, que vale cada una piedra dos cargas de oro. Tambien le quiero enviar tres cerbatanas con sus esqueros, y bodoqueras, que tienen tales obras de pedrería, que se holgará de vellas; y tambien yo quiero dar de lo que tuviere, aunque es poco, porque todo el mas oro y joyas que tenia, os he dado en veces. Y quando aquello le oyó Cortés, y todos nosotros, estuvimos espantados de la gran bondad y liberalidad del gran Montezuma, y con mucho acato le quita-

mos todos las gorras de armas, y le diximos, que se lo teniamos en merced, y con palabras de mucho amor le prometió Cortés que escribiriamos á su Magestad de la magnificencia y franqueza del oro que nos dió en su real nombre. Y despues que tuvimos otras pláticas de buenos comedimientos, luego en aquella hora envió Montezuma sus mayordomos, para entregar todo el tesoro de oro, y riqueza que estaba en aquella sala encalada: y para vello y quitallo de sus bordaduras, y donde estaba engastado, tardamos tres dias; y aun para lo quitar y deshacer, viniéron los plateros de Montezuma de un pueblo que se dice Escapuzalco. Y digo que era tanto, que despues de deshecho eran tres montones de oro, y pesado hubo en ellos sobre seiscientos mil pesos, como adelante diré, sin la plata é otras muchas riquezas. Y no cuento con ello las planchas y tejuelos de oro, y el oro en grano de las minas: y se comenzó á fundir con los plateros Indios, que dicho tengo, naturales de Escapuzalco, é se hiciéron unas barras muy anchas dello, como medida de tres dedos de la mano de anchor de cada una barra. Pues ya fundido, y hecho barras, traen otro presente por sí de lo que el gran Montezuma habia dicho que daria, que fué cosa de admiracion ver tanto oro, y las riquezas de otras joyas que truxo. Pues las piedras chalchihuis, que eran tan ricas algunas dellas, que valian entre los mismos Ca-

ciques mucha cantidad de oro. Pues las tres cerbatanas con sus bodoqueras, los engastes que tenian de piedras y perlas, y las pinturas de pluma, é de paxaritos llenos de aljofar, é otras aves: todo era de gran valor. Dexemos de decir de penachos y plumas, y otras muchas cosas ricas, que es para nunca acabar de traerlo aquí á la memoria: digamos agora como se marcó todo el oro que dicho tengo con una marca de hierro, que mandó hacer Cortés, y los Oficiales del Rey prohibidos por Cortés, y de acuerdo de todos nosotros, en nombre de S. M. hasta que otra cosa mandase: y la marca fué las armas reales, como de un Real, y del tamaño de un toston de á cuatro, y esto sin las joyas ricas, que nos pareció que no eran para deshacer. Pues para pesar todas estas barras de oro y de plata, y las joyas que quedáron por deshacer, no teniamos pesas de marcos ni balanzas, y pareció á Cortés, y á los mismos Oficiales de la hacienda de su Magestad, que seria bien hacer de hierro unas pesas de hasta una arroba, y otras de media arroba, y de dos libras, y de una libra, y de media libra, y de cuatro onzas, y esto no para que viniese muy justo, sino media onza mas ó ménos en cada peso, que pesaba, y de quanto peso. Y dixéron los oficiales del Rey, que habia en el oro, así en lo que estaba hecho arrobas, como en los granos de las minas, y en los tejuelos y joyas, mas de seiscientos mil pesos, sin la plata

é otras muchas joyas que se dexáron de avaluar: y algunos soldados decian, que habia mas. Y como ya no habia que hacer en ello, sino sacar el real quinto, y dar á cada Capitan y soldado nuestras partes, é á los que quedaban en el puerto de la Villa Rica tambien las suyas; parece ser Cortés procuraba de no lo repartir tan presto, hasta que tuviese mas oro, é hubiese buenas pesas y razon, y cuenta de á como salian: y todos los mas soldados y Capitanes diximos que luego se repartiese, porque habiamos visto, que quando se deshacian las piezas del tesoro de Montezuma, estaba en los montones que he dicho mucho mas oro, y que faltaba la tercia parte dello, que lo tomaban y escondian, así por la parte de Cortés, como de los Capitanes, y otros que no se sabia, y se iba menoscabando; é á poder de muchas pláticas se pesó lo que quedaba, y halláron sobre seiscientos mil pesos, sin las joyas y tejuelos: y para otro dia habian de dar las partes. E diré como lo repartiéron, é todo lo mas se quedó con ello el Capitan Cortés, é otras personas, y lo que sobre ello se hizo, diré adelante*.

* Sin pruebas no puede pretender Castillo que se tengan por ciertas sus sospechas contra Hernando Cortés. El propio Castillo es un testigo en el resto de su historia de la liberalidad de su Capitan, de las empresas, en que gastó sus riquezas, todo en honor y gloria de su patria; de la magnificencia de sus presentes á S. M. y de lo que le costó sostener el crédito, méritos, y derechos de

CAPITULO CV.

Como se repartió el oro que hubimos, así de lo que dió el gran Montezuma, como de lo que se recogió de los pueblos, y de lo que sobre ello acaeció á un soldado.

Lo primero se sacó el real quinto, y luego Cortés dixo, que le sacasen á él otro quinto co-

todos los conquistadores, tratados de traidores en la Corte de su Rey. Tengo lo demas por rumores vulgares que corrian entre los soldados quando se trataba de la conservacion, particion ó distribucion del caudal comun. Las prendas heróicas de Cortés, su franqueza, el destino que se sabe dió á sus riquezas, sin que se note en su conducta ni un vestigio de avaricia, le defienden de toda nota. Pero el hombre mas recto no estará libre de quejas si toma el carácter de administrador, ó distribuidor de bienes comunes. Tambien es verdad, y Cortés lo dice en la Carta II que despues del quinto apartó para S. M. muchas joyas de oro, plata, plumages, y piedras, y otras muchas cosas de valor: « Tales, y « tan maravillosas, *son sus palabras*, que consideradas por su « novedad, y extrañeza, no tenian precio, ni es de creer que al- « guno de todos los Príncipes del mundo, de quien se tiene noti- « cia, las pudiese tener tales, y de tal calidad. Y no le parezca á « Vuestra Magestad fabuloso lo que digo, pues es verdad, que « todas las cosas criadas así en la tierra, como en la mar, de que « el dicho Mutezuma pudiese tener conoscimiento, tenia contra- « hechas muy al natural, así de oro, y de plata, como de pedre- « ría, y plumas, en tanta perfeccion, que casi ellas mismas pa- « rescian, de las quales todas me dió para V, Alteza mucha parte, « sin otras que yo le dí figuradas, y él las mandó hacer de oro, « asi como Imágenes, Crucifixos, Medallas, Joyeles y Collares, « y otras muchas cosas de las nuestras que le hice contrafacer.... « Demas de esto, me dió el dicho Mutezuma mucha ropa de la

mo á Su Magestad, pues se lo prometimos en el arenal, quando le alzamos por Capitan General, y Justicia mayor, como ya lo he dicho en el capítulo que dello habla. Luego tras esto dixo, que habia hecho cierta costa en la Isla de Cuba, que gastó en el armada, que lo sacasen de monton: y demas desto, que se apartase del mismo monton la costa que habia hecho Diego Velazquez en los navíos, que dimos al traves con ellos, pues todos fuimos en ello: y tras esto, para los procuradores que fuéron á Castilla. Y demas desto para los que quedáron en la Villa Rica, que

« suya, que era tal, que considerada ser toda de algodon, y sin « seda, en todo el mundo no se podia hacer, ni texer otra tal, ni « de tantas, ni tan diversas, y naturales colores, ni labores; en « que habia ropas de hombres, y de mugeres muy maravillosas, « y habia paramentos para camas, que hechos de seda, no se « podian comparar: é habia otros paños, como de tapicería, que « podian servir en salas, y en Iglesias: habia colchas, y cober- « tores de camas, así de pluma, como de algodon, de diversas « colores, asimismo muy maravillosas, y otras muchas cosas, « que por ser tantas, y tales, no las sé significar á Vuestra Ma- « gestad. Tambien me dió una docena de cerbatanas, de las con « que él tiraba, que tampoco no sabré decir á Vuestra Magestad « su perfeccion, porque eran todas pintadas de muy excelentes « pinturas, y perfectos matices, en que habia figuradas muchas « maneras de avecicas, y animales, y árboles, y flores, y otras « diversas cosas; y tenian los brocales, y puntería tan grandes « como un geme, de oro, y en el medio otro tanto, muy labrado. « Dióme para con ellas un carniel de red de oro, para los Bodo- « ques que tambien me dixo que me habia de dar de oro; é dió- « me unas turquesas de oro, y otras muchas cosas, cuyo núme- « ro es casi infinito. » CORTÉS. *Carta II.*

eran setenta vecinos, y para el caballo que se le murió, y para la yegua de Juan Sedeño, que matáron en lo de Tlascala de una cuchillada; pues para el Padre de la Merced, y el clérigo Juan Diaz, y los Capitanes, y los que traian caballos, dobles partes; escopeteros y ballesteros por el consiguiente, é otras sacaliñas, de manera, que quedaba muy poco de parte, y por ser tan poco, muchos soldados hubo, que no lo quisiéron recibir, y con todo se quedaba Cortés *. Pues en aquel tiempo no podiamos hacer otra cosa, sino callar; porque demandar justicia sobre ello, era por demas, é otros soldados hubo que tomáron sus partes á cien pesos, y daban voces por lo demas: y Cortés secretamente daba á unos y á otros, por via que les hacia merced por contentallos, y con buenas palabras que les decia, sufrian. Pues vamos á las partes que daban á los de la Villa Rica, que se lo mandó llevar á Tlascala, para que allí se lo guardasen: y como ello fué mal repartido, en tal paró todo, como adelante diré en su tiempo. En aquella sazon, muchos de nuestros Capitanes mandáron hacer cadenas de oro muy grandes á los plateros del gran Montezuma, que ya he dicho que tenia un gran pueblo dellos, media legua de México, que se dice Escapuzalco: y asimismo Cortés mandó hacer muchas joyas, y gran servicio de baxilla,

* Primero es sacar las costas, que liquidar. y partir las ganancias.

y algunos de nuestros soldados que habian henchido las manos : por manera, que ya andaban públicamente muchos tejuelos de oro marcado, y por marcar, y joyas de muchas diversidades de hechuras, é el juego largo con unos naypes que hacian de cuero de atambores, tan buenos, y tan bien pintados, como los de España; los cuales naypes hacia un Pedro Valenciano; y desta manera estábamos. Dexemos de hablar en el oro, y de lo mal que se repartió, y peor se gozó, y diré lo que á un Soldado, que se decia fulano de Cárdenas, le acaeció. Parece ser, que aquel soldado era piloto, y hombre de la mar, natural de Triana, y del Condado: el pobre tenia en su tierra muger é hijos; y como á muchos nos acaece, deberia de estar pobre, y vino á buscar la vida para volverse á su muger é hijos, é como habia visto tanta riqueza en oro en planchas, y en granos de las minas é tejuelos, y barras fundidas, y al repartir dello vió que no le daban sino cien pesos, cayó malo de pensamiento y tristeza, y un su amigo, como le veia cada dia tan pensativo y malo, íbale á ver, y decíale, ¿que de qué estaba de aquella manera, y suspiraba tanto? y respondió el piloto Cárdenas: O cuerpo de tal conmigo, ¿yo no he de estar malo viendo que Cortés así se lleva todo el oro, y como Rey lleva quinto, y ha sacado para el caballo que se le murió, y para los navíos de Diego Velazquez, y para otras muchas tranca-

nillas, y que muera mi muger é hijos de hambre, pudiéndolos socorrer quando fuéron los procuradores con nuestras cartas, y le enviamos todo el oro y plata que habiamos habido en aquel tiempo? y respondióle aquel su amigo: ¿Pues qué oro teníades vos para les enviar? el Cárdenas dixo: Si Cortés me diera mi parte de lo que me cabia, con ello se sostuviera mi muger é hijos, y aun les sobrara: mas mirad qué embustes tuvo, hacernos firmar que sirviésemos á Su Magestad con nuestras partes, y sacar del oro para su padre Martin Cortés sobre seis mil pesos, é lo que escondió, é yo y otros pobres, que estemos de noche y de dia batallando como habeis visto en las guerras pasadas de Tabasco y Tlascala, é lo de Cingapacinga, é Cholula, y agora estar en tan grandes peligros como estamos, y cada dia la muerte al ojo, si se levantasen en esta ciudad? ¿é que se alce con todo el oro, é que lleve quinto como Rey? E dixo otras palabras sobre ello, y que tal quinto no le habiamos de dexar sacar, ni tener tantos Reyes, sino solamente á Su Magestad. Y replicó su compañero, y dixo: ¿Pues esos cuidados os matan? y agora veis que todo lo que traen los Caciques, y Montezuma, se consume en él, uno en pago, y otro en saco, é otro so el sobaco, y allá va todo donde quiere Cortés, y estos nuestros Capitanes, que hasta el bastimento todo lo llevan. Por eso, dexaos de esos pensamientos, y

rogad á Dios, que en esta ciudad no perdamos las vidas, y así cesáron sus pláticas; las quales alcanzó á saber Cortés, y como le decian que habia muchos soldados descontentos por las partes del oro, y de lo que habian hurtado del monton, acordó de hacer á todos un parlamento con palabras muy melifluas, y dixo que todo lo que tenia era para nosotros, que él no queria quinto, sino la parte que le cabe de Capitan General, y qualquiera que hubiese menester algo, que se lo daria; y aquel oro que habiamos habido, que era un poco de ayre, que mirásemos las grandes ciudades que hay, é ricas minas, que todos seriamos señores dellas, y muy prósperos é ricos : y dixo otras razones muy bien dichas, que las sabia bien proponer. Y demas desto á ciertos soldados secretamente daba joyas de oro, y á otros hacia grandes promesas, y mandó que los bastimentos que traian los mayordomos de Montezuma, que lo repartiesen entre todos los soldados, como á su persona : y demas desto llamó aparte al Cárdenas, y con palabras le halagó, y le prometió que en los primeros navíos le enviaria á Castilla á su muger é hijos, é le dió trecientos pesos : y así se quedó contento. Y quedarse ha aquí, y diré quando venga á coyuntura, lo que al Cárdenas acaeció quando fué á Castilla, y como le fué muy contrario á Cortés en los negocios que tuvo ánte Su Magestad.

CAPITULO CVI.

Como hubiéron palabras Juan Velazquez de Leon, y el Tesorero Gregorio Mexía, sobre el oro que faltaba de los montones, ántes que se fundiese, y lo que Cortés hizo sobre ello.

Como el oro comunmente todos los hombres lo deseamos, y miéntras unos mas tienen, mas quieren, aconteció que como faltaban muchas piezas de oro conocidas de los montones, ya otra vez por mí dicho, y Juan Velazquez de Leon en aquel tiempo hacia labrar á los Indios de Escapuzalco, que eran todos plateros del gran Montezuma, grandes cadenas de oro, y otras piezas de baxillas para su servicio; y como Gonzalo Mexía, que era Tesorero, le dixo secretamente, que se las diese, pues no estaban quintadas, y eran conocidamente de las que habia dado el Montezuma : y el Juan Velazquez de Leon, que era muy privado de Cortés, dixo que no le queria dar ninguna cosa, y que no lo habia tomado de lo que estaba allegado, ni de otra parte ninguna, salvo que Cortés se las habia dado ántes que se hiciesen barras; y el Gonzalo Mexía respondió, que bastaba lo que Cortés habia escondido y tomado á los compañeros, y todavía como Tesorero demandaba mucho oro, que no se habia pagado el Real quinto, y de palabras en

palabras se desmándaron, y viniéron á echar mano á las espadas, y si de presto no los metiéramos en paz, entrambos á dos acabaran allí sus vidas; porque eran personas de mucho ser, y valientes por las armas, y saliéron heridos cada uno con dos heridas. Y como Cortés lo supo, los mandó echar presos, cada uno en una cadena gruesa : y parece ser, segun muchos soldados dixéron, que secretamente habló Cortés al Juan Velazquez de Leon, como era mucho su amigo, que se estuviese preso dos dias en la misma cadena, y que sacarian de la prision al Gonzalo Mexía, como Tesorero : y esto lo hacia Cortés, porque viésemos todos los Capitanes y soldados, que hacia justicia, que con ser el Juan Velazquez uña y carne del mismo Capitan, le tenia preso. Y porque pasáron otras cosas acerca del Gonzalo Mexía, que dixo á Cortés sobre el mucho oro que faltaba, y que se le quejaban dello todos los soldados, porque no se lo demandaba al mismo Capitan Cortés, pues era Tesorero, é estaba á su cargo : y porque es larga relacion, lo dexaré de decir, y diré, que como el Juan Velazquez de Leon estaba preso en una sala cerca del Montezuma, y su aposento en una cadena gorda, y como el Juan Velazquez era hombre de gran cuerpo, y muy membrudo, y quando se paseaba por la sala, llevaba la cadena arrastrando, y hacia gran sonido, que lo oia el Montezuma, preguntó al page Orteguilla,

¿que á quién tenia preso Cortés en las cadenas? y el page le dixo, que á Juan Velazquez, el que solia tener guarda de su persona, porque ya en aquella sazon no lo era, sino Christóbal de Oli: y preguntó, que por qué causa, y el page le dixo, que por cierto oro que faltaba. Y aquel mismo dia fué Cortés á tener palacio al Montezuma: y despues de las cortesías acostumbradas, y otras palabras que entre ellos pasáron, preguntó el Montezuma á Cortés, que por qué tenia preso á Juan Velazquez, siendo buen Capitan, y muy esforzado; porque el Montezuma, como he dicho otras veces, bien conocia á todos nosotros, y aun nuestras calidades: y Cortés le dixo medio riendo, que porque era tabanillo, que quiere decir loco, y que porque no le dan mucho oro, quiere ir por sus pueblos y ciudades á demandallo á los Caciques: y porque no mate á algunos, por esta causa lo tiene preso: y el Montezuma respondió, que le pedia por merced, que le soltase, y que él enviaria á buscar mas oro, y le daria de lo suyo; y Cortés hacia, como que se le hacia de mal el soltallo, y dixo, que sí haria por complacer al Montezuma: y paréceme, que le sentenció en que fuese desterrado del Real, y fuese á un pueblo, que se decia Cholula, con mensagero del Montezuma á demandar oro, y primero los hizo amigos al Gonzalo Mexía, y al Juan Velazquez: é vi, que dentro de seis dias volvió de cumplir su destier-

ro, y desde allí adelante el Gonzalo Mexía y Cortés no se lleváron bien, y el Juan Velazquez vino con mas oro. He traido esto aquí á la memoria, aunque vaya fuera de nuestra relacion, porque vean que Cortés, socolor de hacer justicia, porque todos le temiésemos, era con grandes mañas. Y dexaremoslo aquí.

CAPITULO CVII.

Como el gran Montezuma dixo á Cortés que le queria dar una hija de las suyas, para que se casase con ella, y lo que Cortés le respondió, y todavía la tomó, y la servian, y honraban como hija de tal Señor.

Como otras muchas veces he dicho, siempre Cortés, y todos nosotros procurábamos de agradar y servir á Montezuma, y tenerle palacio : y un dia le dixo el Montezuma : Mira Malinche, que tanto os amo, que os quiero dar una hija mia muy hermosa, para que os caseis con ella, y la tengais por vuestra legítima muger, y Cortés le quitó la gorra por la merced, y dixo, que era gran merced la que le hacia, mas que era casado, y tenia muger, é que entre nosotros no podemos tener mas de una muger, y que él la ternia en aquel grado que hija de tan gran Señor merece, y que primero quiere se vuelva Christiana, como son otras Señoras hijas de Se-

ñores: y Montezuma lo hubo por bien, y siempre mostraba el gran Montezuma su acostumbrada voluntad: é de un dia en otro no cesaba Montezuma sus sacrificios, y de matar en ellos Indios, y Cortés se lo retraia, y no aprovechaba cosa ninguna, hasta que tomó consejo con nuestros Capitanes, qué hariamos en aquel caso, porque no se atrevia á poner remedio en ello por no revolver la ciudad, é á los Papas que estaban en el Huichilobos: y el consejo que sobre ello se dió por nuestros Capitanes é soldados, que hiciese que queria ir á derrocar los ídolos del alto Cu de Huichilobos: y si viésemos, que se ponian en defendello, ó que se alborotaban, que le demandase licencia para hacer un altar en una parte del gran Cu, é poner un Crucifixo, é una Imagen de nuestra Señora: y como esto se acordó, fué Cortés á los Palacios adonde estaba preso Montezuma, y llevó consigo siete Capitanes y soldados, é dixo al Montezuma: Señor, ya muchas veces he dicho á V. md. que no sacrifiqueis mas ánimas á esos vuestros Dioses, que os traen engañados, y no lo quereis hacer; hágoos Señor saber, que todos mis compañeros, y estos Capitanes que conmigo vienen, os vienen á pedir por merced, que les deis licencia para los quitar de allí, y pornemos á nuestra Señora Santa María, y una Cruz, y que si ahora no les dais licencia, que ellos irán á los quitar, y no querrian que matasen algunos Papas. Y

quando el Montezuma oyó aquellas palabras, y vió ir á los Capitanes algo alterados, dixo: O Malinche, y como nos quereis echar á perder á toda esta ciudad, porque estarán muy enojados nuestros Dioses contra nosotros, y aun vuestras vidas no sé en qué pararán. Lo que os ruego, que ahora al presente os sufrais, que yo enviaré á llamar á todos los Papas, y veré su respuesta. Y como aquello oyó Cortés, hizo un ademan, que queria hablar muy en secreto al Montezuma solo con el Frayle de la Merced, é que no estuviesen presentes nuestros Capitanes que llevaba en su compañía, á los quales mandó, que le dexasen solo, y los mandó salir: y como se saliéron de la sala, dixo al Montezuma, que porque no se hiciese alboroto, ni los Papas lo tuviesen á mal derrocalle sus ídolos, que él trataria con los mismos nuestros Capitanes, que no se hiciese tal cosa, con tal que en un apartamiento del gran Cu hiciésemos un altar para poner la Imágen de nuestra Señora, é una Cruz, é que el tiempo andando verian quan buenos y provechosos son para sus ánimas, y para dalle salud, y buenas sementeras, y prosperidades: y el Montezuma, puesto que con suspiros y semblante muy triste, dixo, que él lo trataria con los Papas. Y en fin de muchas palabras, que sobre ello hubo, se puso nuestro altar apartado de sus malditos ídolos, y la Imágen de nuestra Señora, y una Cruz; y con mucha devo-

cion, y todos dando gracias á Dios, dixéron Misa cantada el Padre de la Merced, y ayudaba á la Misa el Clérigo Juan Diaz, y muchos de los nuestros soldados: y allí mandó poner nuestro Capitan un soldado viejo para que tuviese guarda en ello, y rogó al Montezuma, que mandase á los Papas, que no tocasen en ello, salvo para barrer, y quemar incienso, y poner candelas de cera ardiendo de noche, y de dia, y enramallo, y poner flores. Y dexallo he aquí, y diré lo que sobre ello avino.

CAPITULO CVIII.

Como el gran Montezuma dixo á nuestro Capitan Cortés, que se saliese de México con todos los soldados, porque se querian levantar todos los Caciques, y Papas, y darnos guerra, hasta matarnos, porque así estaba acordado, y dado consejo por sus ídolos, y lo que Cortés sobre ello hizo.

Como siempre á la contina nunca nos faltaban sobresaltos, y de tal calidad, que eran para acabar las vidas en ellos, si nuestro Señor Dios no lo remediara, y fué que como habiamos puesto en el gran Cu en el altar que hicimos la Imagen de nuestra Señora, y la Cruz, y se dixo el santo Evangelio, y Misa; parece ser, que los Huichilobos y el Tezcatepuca habláron con los Papas, y les dixéron, que se querian ir de su provincia, pues tan mal tratados eran de los Teules, é que adonde están aquellas figuras, y Cruz, que

no quieren estar, é que ellos no estarian allí, si no nos mataban, é que aquello les daban por respuesta, é que no curasen de tener otra, é que se lo dixesen á Montezuma, y á todos sus Capitanes, que luego comenzasen la guerra, y nos matasen : y les dixo el ídolo, que mirasen, que todo el oro que solian tener para honrallos, lo habiamos deshecho, y hecho ladrillos; é que mirasen que nos íbamos señoreando de la tierra, y que teniamos presos á cinco grandes Caciques, y les dixéron otras maldades para atraellos á darnos guerra: y para que Cortés, y todos nosotros lo supiésemos, el gran Montezuma le envió á llamar para que le queria hablar en cosas que iba mucho en ellas, y vino el page Orteguilla, y dixo, que estaba muy alterado y triste Montezuma, é que aquella noche, é parte del dia habian estado con él muchos Papas, y Capitanes muy principales, y secretamente hablaban, que no lo pudo entender: y quando Cortés lo oyó, fué depresto al palacio donde estaba el Montezuma, y llevó consigo á Christóbal de Oli, que era Capitan de la guardia, é á otros quatro Capitanes, é á Doña Marina, é á Gerónimo de Aguilar; y despues que le hiciéron mucho acato, dixo el Montezuma, ó señor Malinche, y señores Capitanes, quanto me pesa de la respuesta y mandado, que nuestros Teules han dado á nuestros Papas, é á mí, é á todos mis Capitanes; y es, que os demos guerra

y os matemos, é os hagamos ir por la mar adelante: lo que he colegido dello, y me parece es, que ántes que comiencen la guerra, que luego salgais desta ciudad, y no quede ninguno de vosotros aquí: y esto, señor Malinche, os digo que hagais en todas maneras, que os conviene, si no mataros han, y mira, que os va las vidas. Y Cortés, y nuestros Capitanes sintiéron pesar, y aun se alteráron: y no era de maravillar de cosa tan nueva y determinada, que era poner nuestras vidas en gran peligro sobre ello en aquel instante, pues tan determinadamente nos lo avisaban. Y Cortés le dixo, que él se lo tenia en merced el aviso, y que al presente de dos cosas le pesaba, no tener navíos en que se ir, que mandó quebrar los que truxo; y la otra, que por fuerza habia de ir el Montezuma con nosotros, para que le vea nuestro gran Emperador; y que le pide por merced, que tenga por bien, que hasta que se hagan tres navíos en el arenal, que detenga á los Papas, y Capitanes, porque para ellos es mejor partido, y que si comenzaren la guerra, que todos morirán en ella, si la quisieren dar. E mas dixo, que porque vea Montezuma, que quiere luego hacer lo que le dice, que mande á sus Capitanes, que vayan con dos de nuestros soldados, que son grandes maestros de hacer navíos, á cortar la madera cerca del arenal. El Montezuma estuvo muy mas triste que de ántes, como Cortés le dixo, que habia de ir con nosotros ante

el Emperador, y dixo que le daria los carpinteros, y que luego despachase, y no hubiese mas palabras, sino obras; y que entre tanto, que él mandaria á los Papas, y á sus Capitanes, que no curasen de alborotar la ciudad: é que á sus ídolos Huichilobos, que mandaria aplacasen con sacrificios, é que no seria con muertes de hombres. Y con esta tan alborotada plática se despidió Cortés del Montezuma, y estábamos todos con grande congoja, esperando quando habian de comenzar la guerra. Luego Cortés mandó llamar á Martin Lopez, y á Andres Nuñez, y con los Indios carpinteros, que le dió el gran Montezuma, y despues de platicado el porte de que se podrian labrar los tres navíos, le mandó que luego pusiese por la obra de los hacer, é poner á punto, pues que en la Villa Rica habia todo aparejo de hierro, y herreros, y xarcia, y estopa, y calafates, y brea: y así fuéron, y cortáron la madera en la costa de la Villa Rica, y con toda la cuenta, y galivo della, y con buena priesa comenzó á labrar sus navíos. Lo que Cortés le dixo á Martin Lopez sobre ello, no lo sé: y esto digo, porque dice el Coronista Gomara en su historia, que le mandó que hiciese muestras, como cosa de burla, que los labraba, porque lo supiese el gran Montezuma: remítome á lo que ellos dixeren, que gracias á Dios son vivos en este tiempo; mas muy secretamente me dixo el Martin Lopez, que de hecho, y apriesa los labraba, y

así los dexó en astillero tres navíos. Dexémoslos labrándolos, y digamos quales andábamos todos en aquella gran ciudad tan pensativos, temiendo, que de una hora á otra nos habian de dar guerra en nuestras naborias de Tlascala: é Doña Marina así lo decia al Capitan, y el Orteguilla el page del Montezuma siempre estaba llorando, y todos nosotros muy á punto, y buenas guardas al Montezuma. Digo de nosotros estar á punto, no habia necesidad de decillo tantas veces, porque de dia, y de noche no se nos quitaban las armas, gorjales, y antiparas, y con ello dormiamos. Y dirán ahora, donde dormiamos, de qué eran nuestras camas, sino un poco de paja, y una estera, y el que tenia un toldillo, ponelle debaxo, y calzados y armados, y todo género de armas muy á punto, y los caballos enfrenados y ensillados todo el dia: y todos tan prestos, que en tocando al arma, como si estuviéramos puestos é aguardando para aquel punto; pues de velar cada noche, no quedaba soldado que no velaba. Y otra cosa digo, y no por me jactanciar dello, que quedé yo tan acostumbrado de andar armado, y dormir de la manera que he dicho, que despues de conquistada la Nueva-España, tenia por costumbre de me acostar vestido, y sin cama, é que dormia mejor que en colchones duermo: é ahora quando voy á los pueblos de mi Encomienda, no llevo cama: é si alguna vez la llevo, no es por mi voluntad, sino por algunos

Caballeros que se hallan presentes, porque no vean, que por falta de buena cama la dexo de llevar; mas en verdad que me echo vestido en ella. Y otra cosa digo, que no puedo dormir, sino un rato de la noche, que me tengo de levantar á ver el cielo, y estrellas, y me he de pasear un rato al sereno, y esto sin poner en la cabeza el bonete, ni paño, ni cosa ninguna, y gracias á Dios no me hace mal, por la costumbre que tenia: y esto he dicho, porque sepan de qué arte andábamos los verdaderos Conquistadores, y como estábamos tan acostumbrados á las armas, y á velar. Y dexemos de hablar en ello, pues que salgo fuera de nuestra relacion, y digamos, como nuestro Señor Jesu-Christo siempre nos hace muchas mercedes. Y es, que en la Isla de Cuba Diego Velazquez dió mucha priesa en su armada, como adelante diré, y vino en aquel instante á la Nueva-España un Capitan, que se decia Pámphilo de Narvaez.

CAPITULO CIX.

Como Diego Velazquez, Gobernador de Cuba, dió muy gran priesa en enviar su armada contra nosotros, y en ella por Capitan General á Pámphilo de Narvaez, y como vino en su compañía el Licenciado Lucas Vasquez de Aillon, Oidor de la Real Audiencia de Santo Domingo, y lo que sobre ello se hizo.

Volvamos ahora á decir algo atras de nuestra

relacion, para que bien se entienda lo que ahora diré. Ya he dicho en el capítulo que dello habla, que como Diego Velazquez, Gobernador de Cuba, supo que habiamos enviado nuestros Procuradores á su Magestad con todo el oro que habiamos habido, é el sol, y la luna, y muchas diversidades de joyas, y oro en granos, sacados de las minas, y otras muchas cosas de gran valor, é que no le acudiamos con cosa ninguna; y asimismo supo, como don Juan Rodriguez de Fonseca, Obispo de Burgos, é Arzobispo de Rosano, que así se nombraba, é en aquella sazon era Presidente de Indias, y lo mandaba todo muy absolutamente, porque su Magestad estaba en Flandes, y habia tratado muy mal el Obispo á nuestros Procuradores: y dicen que le envió el Obispo desde Castilla en aquella sazon muchos favores al Diego Velazquez, é avisó é mandó para que nos enviase á prender, y que él le daba desde Castilla todo favor para ello: el Diego Velazquez con aquel gran favor hizo una armada de diez y nueve navios, y con mil y quatrocientos soldados, en que traian sobre veinte tiros, y mucha pólvora, y todo género de aparejos, de piedras, y pelotas, y dos artilleros, que el Capitan de la artillería se decia Rodrigo Martin, y traia ochenta de acaballo, y noventa ballesteros, y sesenta escopeteros: y el mismo Diego Velazquez por su persona, aunque era bien gordo, y pesado, andaba en Cuba de

villa en villa, y de pueblo en pueblo proveyendo la armada, y atrayendo los vecinos que tenian Indios, y á parientes, y amigos, que viniesen con Pámphilo de Narvaez, para que le llevasen preso á Cortés, y á todos nosotros sus Capitanes y soldados, ó á lo ménos no quedásemos algunos con las vidas: y andaba tan encendido de enojo, y tan diligente, que vino hasta Guaniguanico, que es pasada la Habana mas de sesenta leguas. Y andando desta manera, ántes que saliese su armada, pareció ser, alcanzarlo á saber la Real Audiencia de Santo Domingo, y los frayles Gerónimos, que estaban por Gobernadores; el qual aviso y relacion dello les envió desde Cuba el Licenciado Zuazo, que habia venido á aquella Isla á tomar residencia al mismo Diego Velazquez. Pues como lo supiéron en la Real Audiencia, y tenian memoria de nuestros muy buenos y nobles servicios que haciamos á Dios, y á su Magestad, y habiamos enviado nuestros Procuradores con grandes presentes á nuestro Rey y Señor, y que el Diego Velazquez no tenia razon, ni justicia para venir con armada á tomar venganza de nosotros, sino que por justicia lo demandase: y que si venia con la armada era gran estorbo para nuestra conquista; acordaron de enviar á un Licenciado, que se decia Lucas Vazquez de Aillon, que era Oidor de la misma Real Audiencia, para que estorbase la armada al Diego Velazquez, y no la dexase pa-

sar, y que sobre ello pusiese grandes penas: é vino á Cuba el mismo Oidor, y hizo sus diligencias y protestaciones, como le era mandado por la Real Audiencia, para que no saliese con su intencion el Velazquez: y por mas penas, y requirimientos que le hizo é puso, no aprovechó cosa ninguna: porque como el Diego Velazquez era tan favorecido del Obispo de Burgos, y habia gastado quanto tenia en hacer aquella gente de guerra contra nosotros, no tuvo todos aquellos requirimientos que hiciéron en una castañeta, ántes se mostró mas bravoso. Y desque aquello vió el Oidor, vínose con el mismo Narvaez para poner paces, y dar buenos conciertos entre Cortés, y el Narvaez. Otros soldados dixéron, que venia con intencion de ayudarnos, y si no lo pudiese hacer, tomar la tierra en sí por su Magestad, como Oidor, y desta manera vino hasta el puerto de San Juan de Ulua. Y quedarse ha aquí, y pasaré adelante, y diré lo que sobre ello se hizo.

CAPITULO CX.

Como Pámphilo de Narvaez llegó al puerto de San Juan de Ulua, que se dice la Vera Cruz, con toda su armada, y lo que le sucedió.

Viniendo el Pámphilo de Narvaez con toda su flota, que eran diez y nueve navíos por la mar,

parece ser junto á las sierras de San Martin, que así se llaman, tuvo un viento de Norte, y en aquella costa es traviesa, y de noche se le perdió un navio de poco porte, que dió al traves : venia en él por Capitan un hidalgo, que se decia Christóbal de Morante, natural de Medina del Campo, y se ahogó cierta gente, y con toda la mas flota vino á San Juan de Ulua. Y como se supo de aquella grande armada, que para haberse hecho en la Isla de Cuba, grande se puede llamar; tuviéron noticia della los soldados que habia enviado Cortés á buscar las minas, y viénense á los navíos del Narvaez los tres dellos, que se decian Cervantes el chocarrero, y Escalona, y otro que se decian Alonso Hernandez Carretero : y quando se viéron dentro en los navíos, y con el Narvaez, dicen que alzaban las manos á Dios, que los libró del poder de Cortés, y de salir de la gran ciudad de México, donde cada dia esperaban la muerte : y como comian con el Narvaez, y les mandaba dar de beber demasiado, estábanse diciendo los unos á los otros delante del mismo General; mira si es mejor estar aquí bebiendo buen vino, que no cautivo en poder de Cortés, que nos traia de noche, y de dia tan avasallados, que no osábamos hablar, y aguardando de un dia á otro la muerte al ojo : y aun decia el Cervantes, como era truhan, socolor de gracias; ó Narvaez, Narvaez, que bien aventurado que eres, é á que tiempo has venido, que tiene

ese traidor de Cortés allegados mas de setecientos mil pesos de oro, y todos los soldados están muy mal con él, porque les ha tomado mucha parte de lo que les cabia del oro de parte, é no quieren recibir lo que les da. Por manera, que aquellos soldados que se nos huyéron, eran ruines y soeces, y decian al Narvaez mucho mas de lo que queria saber. Y tambien le diéron por aviso, que ocho leguas de allí estaba poblada una villa, que se dice la Villa Rica de la Vera Cruz, y estaba en ella un Gonzalo de Sandoval con sesenta soldados todos viejos y dolientes, y que si enviase á ellos gente de guerra, luego se darian : y le decian otras muchas cosas. Dexemos todas estas pláticas, y digamos como luego lo alcanzó á saber el gran Montezuma, como estaban allí surtos los navíos, y con muchos Capitanes y soldados; y envió sus Principales secretamente, que no lo supo Cortés, y les mandó dar comida, y oro, y ropa, y que de los pueblos mas cercanos les proveyesen de bastimento : y el Narvaez envió á decir al Montezuma muchas malas palabras y descomedimientos contra Cortés, y de todos nosotros, que eramos unas gentes malas, ladrones, que veniamos huyendo de Castilla sin licencia de nuestro Rey y Señor : y que como tuvo noticia el Rey nuestro señor, que estábamos en estas tierras, y de los males, y robos que haciamos, y teniamos preso al Montezuma; para estorbar tantos daños, que le

mandó al Narvaez, que luego viniese con todas aquellas naos, y soldados, y caballos, para que le suelten de las prisiones: y que á Cortés, y á todos nosotros, como malos nos prendiesen, ó matasen, y en las mismas naos nos enviasen á Castilla y que quando allá llegásemos nos mandaria matar; y le envió á decir otros muchos desatinos: y eran los intérpretes para dárselo á entender á los Indios, los tres soldados que se nos fuéron, que ya sabian la lengua. Y demas de estas pláticas, le envió el Narvaez ciertas cosas de Castilla. Y quando Montezuma lo supo, tuvo gran contento con aquellas nuevas, porque como le decian, que tenia tantos navíos, é caballos, é tiros, y escopetas, y ballesteros, y eran mil y trecientos soldados, y dende arriba, creyó que nos prenderia. Y demas desto, como sus Principales viéron á nuestros tres soldados (que traidores vellacos se pueden llamar) con el Narvaez, y veian que decian mucho mal de Cortés, tuvo por cierto todo lo que el Narvaez le envió á decir, y toda la armada se la lleváron pintada en unos paños al natural. Entónces el Montezuma le envió mucho mas oro, y mantas, y mandó, que todos los pueblos de la comarca le llevasen bien de comer: é ya habia tres dias que lo sabia el Montezuma, y Cortés no sabia cosa ninguna. E un dia yéndole á ver nuestro Capitan, y á tenelle palacio, despues de las cortesías que entre ellos se tenian, pareció al Capitan Cortés,

que estaba el Montezuma muy alegre, y de buen semblante, y le dixo, qué tal se sentia, y el Montezuma respondió, que mejor estaba: y tambien, como el Montezuma le vió ir á visitar en un dia dos veces, temió que Cortés sabia de los navíos, y por ganar por la mano, y que no le tuviese por sospechoso, le dixo: Señor Malinche, ahora en este punto me han llegado mensageros de como en el puerto donde desembarcastes, han venido diez y ocho navíos, y mucha gente, y caballos, é todo nos lo traen pintado en unas mantas, y como me visitastes hoy dos veces, creí que me veniades á dar nuevas dello, así que no habreis menester hacer navíos: y porque no me lo deciades, por una parte tenia enojo de vos de tenérmelo encubierto; y por otra me holgaba, porque vienen vuestros hermanos, para que todos os vais á Castilla, é no haya mas palabras. Y quando Cortés oyó lo de los navíos, y vió la pintura del paño, se holgó en gran manera, y dixo: gracias á Dios, que al mejor tiempo provee. Pues nosotros los soldados era tanto el gozo, que no podiamos estar quedos, y de alegría escaramuzáron los caballos, y tiramos tiros: é Cortés estuvo muy pensativo, porque bien entendió que aquella armada que la enviaba el Gobernador Velazquez contra él, y contra nosotros. Y como supo que era, comunicó lo que sentia della con todos nosotros, Capitanes y soldados; y con grandes

dádivas y ofrecimientos, que nos haria ricos á todos, nos atraia para que tuviésemos con él, y no sabia quien venia por Capitan : y estábamos muy alegres con las nuevas, y con el mas oro que nos habia dado Cortés por via de mercedes, como que lo daba de su hacienda, y no de lo que nos cabia de parte, y viendo el gran socorro é ayuda, que nuestro Señor Jesu-Christo nos enviaba. E quedarse aquí, é diré lo que pasó en el Real de Narvaez*.

* Solís se empeña en vindicar á Montezuma de correspondencia con Narvaez : su gran fundamento es que no habia sugetos, ó intérpretes para entenderse; pero ó no leyó Solis este pasage de Castillo, incuria inescusable, ó es una osadía insufrible desmentir á un testigo de tanta escepcion. Cortés confirma el testimonio de Castillo, y hablando de lo que le informó una persona, que envió á saber qué gente era la de la armada, dice : « E tambien « me dixo como habia hallado con el dicho Narvaez á un señor « natural de esta tierra, vasallo del dicho Montezuma, y que le « tenia por Gobernador suyo, en toda su tierra de los puertos « ácia la costa de la mar; y que supo que al dicho Narvaez le ha« bia hablado de parte del dicho Montezuma, y dádole ciertas jo« yas de oro, y el dicho Narvaez le habia dado tambien á él ciertas « cosillas; y que supo que habia despachado de allí ciertos men« sageros para el dicho Montezuma, y enviadole, á decir, que él « le soltaria, y que venia á prenderme á mí, y á los de mi com« pañía, irse luego, y dexar la tierra; y que él no queria oro, « sino, preso yo, y los que conmigo estaban, volverse, y dexar « la tierra, y sus naturales de ella con su libertad. » *Cortés Carta II.*

CAPITULO CXI.

Como Pámphilo de Narvaez envió con cinco personas de su armada, á requerir á Gonzalo de Sandoval, que estaba por Capitan en la Villa Rica, que se diese luego con todos los vecinos, y lo que sobre ello pasó.

Como aquellos tres malos de nuestros soldados, por mí nombrados, que se le pasáron al Narvaez, y le daban aviso de todas las cosas, que Cortés, y todos nosotros habiamos hecho desde que entramos en la Nueva-España, y le avisáron que el Capitan Gonzalo de Sandoval estaba ocho ó nueve leguas de allí, en una villa que estaba poblada, que se decia la Villa Rica de la Vera Cruz, é que tenia consigo sesenta vecinos, y todos los mas viejos y dolientes acordó de enviar á la villa á un Clérigo, que se decia Guevara, que tenia buena expresiva, é á otro hombre de mucha cuenta, que se decia Amaya, pariente del Diego Velazquez, y á un Escribano que se decia Vergara, y tres testigos, los nombres dellos no me acuerdo: los quales envió, que notificasen á Gonzalo de Sandoval, que luego se diesen al Narvaez, y para ello dixéron, que traian unos traslados de las provisiones: é dicen, que ya Gonzalo de Sandoval sabia de los navíos por nuevas de Indios, y de la mucha gente que en ellos venia: y como era muy

varon en sus cosas, siempre estaba muy apercibido él y sus soldados armados : y sospechando que aquella armada era de Diego Velazquez, y que enviaria á aquella Villa de sus gentes para se apoderar della, y por estar mas desembarazados de los soldados viejos y dolientes, los envió luego á un pueblo de Indios, que se dice Papalote, é quedó con los sanos : y el Sandoval siempre tenia buenas velas en los caminos de Cempoal, que es por donde habian de venir á la Villa : y estaba convocando el Sandoval, y atrayendo á sus soldados, que si viniese Diego Velazquez, ó otra persona, que no se le diese la Villa : y todos los soldados dicen, que le respondiéron conforme á su voluntad, y mandó hacer una horca en un cerro. Pues estando sus espias en los caminos, vienen de presto, y le dan noticia que vienen cerca de la Villa donde estaban, seis Españoles é Indios de Cuba, y el Sandoval aguardó en su casa, que no les salió á recibir; y habia mandado que ningun soldado saliese de sus casas, ni les hablasen. Y como el Clérigo, y los demas que traia en su compañía, no topaba á ningun vecino Español con quien hablar, sino eran Indios que hacian la obra de la fortaleza; y como entráron en la Villa, fuéronse á la Iglesia á hacer oracion, y luego se fuéron á la casa de Sandoval, que les pareció que era la mayor de la Villa : é el Clérigo despues del norabuena esteis, que así dizque dixo, y el Sandoval le res-

pondió, que en tal hora buena viniese; dicen, que el Clérigo Guevara (que así se llamaba) comenzó un razonamiento, diciendo que el Señor Diego Velazquez, Gobernador de Cuba, habia gastado muchos dineros en la armada, é que Cortés, é todos los demás que habia traido en su compañía, le habian sido traydores, y que les venia á notificar, que luego fuesen á dar la obediencia al Señor Pámphilo de Narvaez, que venia por Capitan General del Diego Velazquez. E como el Sandoval oyó aquellas palabras y descomedimientos, que el Padre Guevara dixo, se estaba carcomiendo de pesar de lo que oía, y le dixo: Señor Padre, muy mal hablais en decir esas palabras de traydores, aquí somos mejores servidores de su Magestad, que no Diego Velazquez, ni ese vuestro Capitan: y porque sois Clérigo, no os castigo conforme á vuestra mala crianza: andad con Dios á México, que allá está Cortés, que es Capitan General, y Justicia mayor desta Nueva-España, y os responderá; aquí no teneis mas que hablar. Entónces el Clérigo muy bravoso dixo á su Escribano que con él venia, que se decia Vergara, que luego sacase las provisiones que traia en el seno, y las notificase al Sandoval, y á los vecinos que con él estaban: y dixo Sandoval al Escribano, que no leyese ningunos papeles, que no sabia si eran provisiones, ú otras Escrituras: y de plática en plática, ya el Escribano comenzaba á sacar del seno

las escrituras que traia, y el Sandoval le dixo : Mirad, Vergara, ya os he dicho que no leais ningunos papeles aquí, sino id á México : yo os prometo que si tal leyeredes, que yo os haga dar cien azotes, porque si sabemos ni sois Escribano del Rey, ó no; amostrad el título dello, y si le traeis, leedlo : y tampoco sabemos si son originales de las provisiones, ó traslados, ó otros papeles. Y el Clérigo, que era muy soberbio, dixo muy enojado : ¿Qué haceis con esos traydores? Sacad esas provisiones, y notificadselas. Y como el Sandoval oyó aquella palabra, le dixo que mentia como ruin Clérigo, y luego mandó á sus soldados, que los llevasen presos á México, y no lo hubo bien dicho, cuando en amaquillas de redes, como ánimas pecadoras, los arrebatáron muchos Indios de los que trabajaban en la fortaleza, que los llevaron acuestas, y en cuatro dias dan con ellos cerca de México, que de noche y de dia con Indios de remuda caminaban : é iban espantados de que veian tantas ciudades y pueblos grandes que les traian de comer, y unos los dexaban, y otros los tomaban, y andar por su camino. Dicen que iban pensando si era encantamiento, ó sueño : y el Sandoval envió con ellos por Alguacil, hasta que llegase á México, á Pedro de Solis el yerno que fué de Orduña, que ahora llaman Solis de Atras de la puerta. Y así como los envió presos, escribió muy en posta á Cortés, quien era el Capitan de la ar-

mada, y todo lo acaecido : y como Cortés lo supo que venian presos, y llegaban cerca de México, envióles gran banquete, é cabalgaduras para los tres mas Principales, y mandó, que luego los soltasen de la prision, y les escribió, que le pesó de que Gonzalo de Sandoval tal desacato tuviese, é que quisiera que les hiciera mucha honra, y como llegáron á México los salió á recibir, y los metió en la ciudad muy honradamente : y como el Clérigo, y los demas sus compañeros viéron á México ser tan grandísima ciudad, y la riqueza de oro que teniamos, é otras muchas ciudades en el agua de la laguna, é todos nuestros Capitanes, é soldados, y la gran franqueza de Cortés, estaban admirados : y á cabo de dos dias que estuvieron con nosotros, Cortés les habló de tal manera con prometimientos y halagos, y aun les untó las manos de tejuelos, y joyas de oro, y los tornó á enviar á su Narvaez con bastimento que les dió para el camino; que donde venian muy bravosos leones, volviéron muy mansos, y se le ofreciéron por servidores. Y así como llegaron á Cempoal á dar relacion á su Capitan, comenzáron á convocar todo el Real de Narvaez, que se pasasen con nosotros. Y dexallo he aquí : y diré como Cortés escribió al Narvaez, y lo que sobre ello pasó.

CAPITULO CXII.

Como Cortés despues de bien informado de quien era Capitan y quien, y quantos venian en el armada, y de los pertrechos de guerra que traia, y de los tres nuestros falsos soldados, que á Narvaez se pasáron, escribió al Capitan, é á otros sus amigos, especialmente á Andres de Duero, Secretario del Diego Velazquez: y tambien supo, como Montezuma enviaba oro, y ropa al Narvaez, y las palabras que le envió á decir el Narvaez al Montezuma, y de como venia en aquella armada el Licenciado Lucas Vazquez de Aillon, oidor de la Audiencia Real de Santo Domingo, é la instruccion que traian.

Como Cortés en todo tenia cuidado y advertencia, y cosa ninguna se le pasaba, que no procuraba poner remedio: y como muchas veces he dicho ántes de ahora, tenia tan acertados y buenos Capitanes y soldados, que demás de ser muy esforzados, dábamos buenos consejos; acordóse por todos, que se escribiese en posta con Indios que llevasen las cartas al Narvaez ántes que llegase el Clérigo Guevara con muchas caricias y ofrecimientos, que todos á una le hiciésemos, y que hariamos todo lo que su merced mandase: y que le pediamos por merced, que no alborotase la tierra, ni los Indios viesen entre nosotros disensiones. Y esto deste ofrecimiento fué por causa, que como eramos los de Cortés pocos soldados en comparacion de los que el Narvaez traia, porque nos tuviese buena

voluntad, y para ver lo que sucedia : y nos ofrecimos por sus servidores, y tambien debaxo destas buenas palabras, no dexamos de buscar amigos entre los Capitanes de Narvaez, porque el Padre Guevara, y el Escribano Vergara dixéron á Cortés, que Narvaez no venia bien quisto con sus Capitanes, y que les enviase algunos tejuelos, y cadenas de oro, porque dádivas quebrantan peñas : y Cortés les escribió, que se habia holgado en gran manera, él y todos nosotros sus compañeros con su llegada á aquel puerto : y pues son amigos de tiempos pasados, que le pide por merced, que no dé causa á que el Montezuma que está preso, se suelte, y la ciudad se levante, porque será para perderse él, y su gente, y todos nosotros las vidas, por los grandes poderes que tiene : y esto, que lo dice, porque el Montezuma está muy alterado, y toda la ciudad revuelta con las palabras que de allá le han enviado á decir : é que cree y tiene por cierto, que de un tan esforzade y sabio varon, como él es, no habian de salir de su boca cosas de tal arte dichas, ni en tal tiempo, sino que el Cervantes el chocarrero, y los soldados que llevó consigo, como eran ruines, lo dirian. Y demas de otras palabras que en la carta iban, se le ofreció con su persona y hacienda, y que en todo haria lo que mandase. Y tambien escribió Cortés al Secretario Andres de Duero, y al Oidor Lucas Vazquez de Aillon, y con las cartas

envió ciertas joyas de oro para sus amigos : y despues que hubo enviado esta carta secretamente, mandó dar al Oidor cadenas y tejuelos, y rogó al Padre de la Merced, que luego tras la carta fuese al Real de Narvaez, y le dió otras cadenas de oro, y tejuelos, y joyas muy estimadas que diese allá á sus amigos. Y asi como llegó la primera carta, que dicho habemos, que escribió Cortés con los Indios ántes que llegase el Padre Guevara, que fué el que Narvaez nos envió, andábala mostrando el Narvaez á sus Capitanes, haciendo burla della, y aun de nosotros : y un Capitan de los que traia el Narvaez, que venia por Veedor, que se decia Salvatierra, dicen que hacia bramuras desque la oyó, y decia al Narvaez reprehendiéndole, que para que leia la carta de un traydor, como Cortés, é los que con él estaban ? é que luego fuese contra nosotros, é que no quedase ninguno á vida, y juró, que las orejas de Cortés, que las habia de asar, y comer la una dellas : y decia otras liviandades. Por manera, que no quiso responder á su carta, ni nos tenia en una castañeta. Y en este instante llegó el Clérigo Guevara, y sus compañeros á su Real, y hablan al Narvaez, que Cortés era muy buen Caballero, é gran servidor del Rey, y le dice del gran poder de México, y de las muchas ciudades que viéron por donde pasáron : é que entendiéron que Cortés que le será servidor, é haria quanto mandase, é que será

bien, que por paz y sin ruido, haya entre los unos y los otros concierto, y que mire el Señor Narvaez á qué parte quiere ir de toda la Nueva-España con la gente que trae, que allí vaya; é que dexe al Cortés en otras Provincias, pues hay tierras hartas donde se pueden albergar. E como esto oyó el Narvaez, dicen que se enojó de tal manera con el Padre Guevara, y con el Amaya, que no los queria despues mas ver, ni escuchar: y desque los del Real de Narvaez los viéron ir tan ricos al Padre Guevara y al Escribano Vergara, é á los demas, y les decian secretamente á todos los de Narvaez tanto bien de Cortés, é de todos nosotros, é que habian visto tanta multitud de oro, que en el Real andaba en el juego de los Naypes; muchos de los de Narvaez deseaban estar ya en nuestro Real. Y en este instante llegó nuestro Padre de la Merced, como dicho tengo, al Real de Narvaez con los tejuelos que Cortés les dió, y con cartas secretas, y fué á besar las manos al Narvaez, é á decille, como Cortés hará todo lo que mandare, é que tenga paz y amor; é como el Narvaez era cabezudo, y venia muy pujante, no lo quiso oir, ántes dixo delante del mismo Padre, que Cortés, y todos nosotros eramos unos traydores: é porque el Frayle respondia, que ántes eramos muy leales servidores del Rey, le trató mal de palabra, y muy secretamente repartió el Frayle los tejuelos y cadenas de oro á quién Cortés le man-

dó, y convocaba y atraia á sí los mas Principales del Real de Narvaez. Y dexallo he aquí, y diré lo que al Oidor Lucas Velazquez de Aillon, y al Narvaez les aconteció, y lo que sobre ello pasó.

CAPITULO CXIII.

Como hubiéron palabras el Capitan Pámphilo de Narvaez, y el Oidor Lucas Vazquez de Aillon, y el Narvaez le mandó prender, y le envió á un navío preso á Cuba, ó á Castilla, y lo que sobre ello avino.

Parece ser, que como el Oidor Lucas Vazquez de Aillon venia á favorecer las cosas de Cortés, y de todos nosotros, porque así se lo habia mandado la Real Audiencia de Santo Domingo, y los Frayles Gerónimos, que estaban por Gobernadores, como sabian los muchos, y buenos, y leales servicios, que haciamos á Dios primeramente, y á nuestro Rey y Señor, y del gran presente que enviamos á Castilla con nuestros Procuradores. E demás de lo que la Audiencia Real le mandó, como el Oidor vió las cartas de Cortés, y con ellas tejuelos de oro, si de ántes decia que aquella armada que enviaba, era injusta, y contra toda justicia, que contra tan buenos servidores del Rey, como eramos, era mal hecho venir; de allí adelante lo decia muy clara y abiertamente, y decia tanto bien de Cortés, y

de todos los que con él estábamos, que ya en el Real de Narvaez no se hablaba de otra cosa. Y demás desto, como veian y conocian en el Narvaez ser la pura miseria, y el oro y ropa que el Montezuma les enviaba, todo se lo guardaba, y no daba cosa dello á ningun Capitan, ni soldado; ántes decia con voz, que hablaba muy entonado, medio de bóveda á su Mayordomo: mirad, que no falte ninguna manta, porque todas están puestas por memoria: é como aquello conocian dél, é oian lo que dicho tengo del Cortés, y los que con él estábamos, de muy francos, todo su Real estaba medio alborotado, y tuvo pensamiento el Narvaez, que el Oidor entendia en ello, é poner zizaña. Y demas desto, quando Montezuma les enviaba bastimento, que repartia el despensero ó mayordomo de Narvaez, no tenia cuenta con el Oidor, ni con sus criados, como era razon, y sobre ello hubo ciertas cosquillas y ruido en el Real: y tambien, porque el consejo que daban al Narvaez, el Salvatierra que dicho tengo, que venia por Veedor, y Juan Bono Vizcaino, y un Gamarra, y sobre todo los grandes favores que tenia de Castilla de Don Juan Rodriguez de Fonseca, Obispo de Burgos, tuvo tan gran atrevimiento el Narvaez, que prendió al Oidor del Rey, á él y á su Escribano, y ciertos criados, y lo hizo embarcar en un navío, y los envió presos á Castilla, ó á la Isla de Cuba. Y aun sobre todo esto, porque un hidalgo, que se

decia Fulano de Oblanco, y era Letrado, decia al Narvaez, que Cortés era muy servidor del Rey, y todos nosotros los que estábamos en su compañía, eramos dignos de muchas mercedes, y que parecia mal llamarnos traydores, y que era mucho mal prender á un Oidor de su Magestad: y por esto que le dixo, le mandó echar preso: y como el Gonzalo de Oblanco era muy noble, de enojo murió dentro de quatro dias. Tambien mandó echar presos á otros dos soldados de los que traia en su navío, que sabia que hablaban bien de Cortés: y entre ellos fué un Sancho de Barahona, vecino que fué de Guatimala. Tornemos á decir del Oidor, que llevaban preso á Castilla, que con palabras buenas, é con temores que puso al Capitan del navío, y al Maestre, y al Piloto, que le llevaban á cargo, les dixo, que llegados á Castilla, que en lugar de paga de lo que hacen, su Magestad les mandaria ahorcar: y como aquellas palabras oyéron, les dixéron que les pagase su trabajo, y le llevarian á Santo Domingo; y así mudáron la derrota que Narvaez les habia mandado que fuesen: y llegado á la Isla de Santo Domingo, y desembarcado, como la Audiencia Real que allí residia, y los Frayles Gerónimos, que estaban por Gobernadores, oyéron al Licenciado Lucas Vazquez, y viéron tan grande desacato é atrevimiento, sintiéronlo mucho, y con tanto enojo, que luego lo escribiéron á Castilla al Real Consejo de su Magestad:

y como el Obispo de Burgos era Presidente, y lo mandaba todo, y su Magestad no habia venido de Flandes, no hubo lugar de se hacer cosa ninguna de justicia en nuestro favor: ántes el Don Juan Rodriguez de Fonseca dizque se holgó mucho, creyendo que el Narvaez nos habia ya prendido y desbaratado; y quando su Magestad estaba en Flandes, y oyéron á nuestros Procuradores, y lo que el Diego Velazquez, y el Narvaez habian hecho en enviar la armada sin su Real licencia, y haber prendido á su Oidor, les hizo harto daño en los pleytos y demandas que despues le pusiéron á Cortés, y á todos nosotros, como adelante diré, por mas que decian, que tenian licencia del Obispo de Burgos, que era Presidente, para hacer el armada, que contra nosotros enviáron. Pues como ciertos soldados parientes y amigos del Oidor Lucas Vazquez viéron que el Narvaez le habia preso, temiéron no les acaeciese lo que hizo con el Letrado Gonzalo de Oblanco, porque ya les traia sobre los ojos, y estaba mal con ellos; acordáron de se ir desde los arenales huyendo á la villa donde estaba el Capitan Sandoval con los dolientes: y quando llegaron á le besar las manos, el Sandoval les hizo mucha honra, y supo dellos todo lo aquí por mí dicho, y como queria enviar el Narvaez á aquella villa soldados á prenderle. Y lo que mas pasó diré adelante.

CAPITULO CXIV.

Como Narvaez con todo su exército se vino á un pueblo, que se dice Cempoal, é lo que en el concierto se hizo, é lo que nosotros hicimos estando en la ciudad de México, é como acordamos de ir sobre Narvaez.

Pues como Narvaez hubo preso al Oidor de la Audiencia Real de Santo Domingo, luego se vino con todo su fardaxe é pertrechos de guerra á asentar su Real en un pueblo que se dice Cempoal, que en aquella sazon era muy poblado; é la primera cosa que hizo, tomó por fuerza al Cacique gordo (que así le llamábamos) todas las mantas é ropa labrada, é joyas de oro: é tambien le tomó las Indias que nos habian dado los Caciques de aquel pueblo, que se las dexamos en casa de sus padres, é hermanos, porque eran hijas de Señores, é para ir á la guerra muy delicadas. Y el Cacique gordo dixo muchas veces al Narvaez, que no le tomase cosa ninguna de las que Cortés dexó en su poder, así el oro, como mantas, é Indias, porque estaria muy enojado, y le vernia á matar de México, así al Narvaez, como al mismo Cacique, porque se las dexaba tomar. E mas se le quejó el mismo Cacique de los robos que le hacian sus soldados en aquel pueblo, é le dixo, que quando estaba allí Malinche, que así llamaban á Cortés, con sus gentes,

que no les tomaban cosa ninguna, é que era muy bueno él é sus soldados los Teules, porque Teules nos llamaban : é como aquellas palabras le oia el Narvaez, hacia burla dél, é un Salvatierra que venia por Veedor, otras veces por mí nombrado, que era el que mas bravezas é fieros hacia, dixo á Narvaez é á otros Capitanes sus amigos: ¿No habeis visto que miedo que tienen todos estos Caciques desta monada de Cortesillo? Tengan atencion los curiosos Lectores, quán bueno fuera, no decir mal de lo bueno; porque juro amen, que quando dimos sobre el Narvaez, uno de los mas cobardes é para menos fué el Salvatierra, como adelante diré, é no porque no tenia buen cuerpo é membrudo; mas era mal engalibado, mas no de lengua, y decian, que era natural de tierra de Burgos. Dexemos de hablar del Salvatierra, é diré, como el Narvaez envió á requerir á nuestro Capitan, é á todos nosotros, con unas provisiones, que decian, que eran traslados de los originales que traia para ser Capitan por el Diego Velazquez ; las quales enviaba para que nos las notificasen Escribano, que se decia Alonso de Mata: el qual despues el tiempo andando fué vecino de la Puebla, que era ballestero : é enviaba con el Mata á otras tres personas de calidad. E dexallo he aquí, así al Narvaez, como á su Escribano, é volveré á Cortés, que como cada dia tenia cartas é avisos, así de los del Real de Narvaez, como del

Capitan Gonzalo de Sandoval, que quedaba en la Villa Rica, é le hizo saber, que tenia consigo cinco soldados personas muy Principales, é amigos del Licenciado Lucas Vazquez de Aillon, que es el que envió preso Narvaez á Castilla, ó á la Isla de Cuba: é la causa que daban, porque se viniéron del Real de Narvaez, fué, que, pues el Narvaez no tuvo respeto á un Oidor del Rey, que menos se lo ternia á ellos, que eran sus deudos: de los quales soldados supo el Sandoval muy por entero todo lo que pasaba en el Real de Narvaez, é la voluntad que tenia, porque decia, que muy de hecho habia de venir en nuestra busca á México para nos prender. Pasemos adelante, y diré, que Cortés tomó luego consejo con nuestros Capitanes, é todos nosotros, los que sabia que le habiamos de ser muy servidores, é solia llamar á consejo para en casos de calidad, como estos: é por todos fué acordado, que brevemente sin mas aguardar cartas, ni otras razones, fuésemos sobre el Narvaez, é que Pedro de Alvarado quedase en México en guarda del Montezuma con todos los soldados que no tuviesen buena disposicion para ir á aquella jornada: é tambien para que quedasen allí las personas sospechosas, que sentiamos que serian amigos del Diego Velazquez, é de Narvaez: é en aquella sazon, é ántes que el Narvaez viniese, habia enviado Cortés á Tlascala por mucho maiz, porque habia mala sementera en tierra de México

por falta de aguas; porque teniamos muchos Naborias, é amigos del mismo Tlascala, habiamoslo menester para ellos: é truxéron el maís que he dicho, é muchas gallinas, é otros bastimentos, los quales enviábamos al Pedro de Alvarado, é aun le hicimos unas defensas á manera de mamparos é fortalaleza, con arte, ó falconete, é quatro tiros gruesos, é toda la pólvora que teniamos, é diez ballesteros, é catorce escopeteros, é siete caballos: puesto que sabiamos, que los caballos no se podrian aprovechar dellos en el patio donde estaban los aposentos: é quedáron por todos los soldados, contados de acaballo, y escopeteros, é ballesteros, ochenta é tres. Y como el gran Montezuma vió é entendió, que queriamos ir sobre el Narvaez: é como Cortés le iba á ver cada dia, é á tenelle palacio, jamás quiso decir, ni dar á entender, como el Montezuma ayudaba al Narvaez, é le enviaba oro, é mantas, é bastimentos. Y de una plática en otra, le preguntó el Montezuma á Cortés, que dónde queria ir, é para qué habia hecho ahora de nuevo aquellos peltrechos é fortaleza, é que como andábamos todos alborotados: é lo que Cortés le respondió, é en que se resumió la plática, diré adelante.

CAPITULO CXV.

Como el gran Montezuma preguntó á Cortés, que cómo queria ir sobre el Narvaez, siendo los que traia doblados mas que nosotros, y que le pesaria mucho, si nos viniese algun mal.

Como estaba platicando Cortés con el gran Montezuma, como lo tenian de costumbre, dixo el Montezuma á Cortés: Señor Malinche, á todos vuestros Capitanes é compañeros os veo andar desasosegados: é tambien he visto que no me visitais, sino de quando en quando, é Orteguilla el page me dice, que quereis ir de guerra sobre esos vuestros hermanos que vienen en los navíos, é que quereis dexar aquí en mi guarda al Tonatio: hacedme merced, que me lo declareis, para que si yo en algo os pudiere servir é ayudar, lo haré de muy buena voluntad. E tambien, señor Malinche, no queria que os viniese algun desman, porque vos teneis muy pocos Teules, y esos que vienen, son cinco veces mas, é ellos dicen que son Christianos, como vosotros, é vasallos de ese vuestro Emperador, é tienen Imágenes, y ponen Cruz, é les dicen Misa, é dicen é publican, que sois gentes que venistes huyendo de Castilla de vuestro Rey y Señor, é que os vienen á prender, ó á matar: en verdad, que yo no os entiendo. Por tanto, mirad primero lo que haceis. Y Cortés le respondió

con nuestras lenguas Doña Marina, é Gerónimo de Aguilar, con un semblante muy alegre, que si no le ha venido á dar relacion dello, es como le quiere mucho, y por no le dar pesar con nuestra partida: é que por esta causa lo ha dexado, porque así tiene por cierto, que el Montezuma le tiene buena voluntad. E que quanto á lo que dice, que todos somos vasallos de nuestro gran Emperador, que es verdad, é de ser Christianos, como nosotros, que si son: é á lo que dicen, que venimos huyendo de nuestro Rey y Señor, que no es así, sino que nuestro Rey nos envió para velle y hablalle, todo lo que en su Real nombre le ha dicho é platicado: é á lo que dice, que trae muchos soldados, é noventa caballos, é muchos tiros, é pólvora, é que nosotros somos pocos, é que nos vienen á matar é prender; nuestro Señor Jesu-Christo, en quien creemos é adoramos, é nuestra Señora Santa María su bendita Madre, nos dará fuerzas, y mas que no á ellos, pues que son malos, é vienen de aquella manera. E que como nuestro Emperador tiene muchos reynos é señoríos, hay en ellos, mucha diversidad de gentes, unas muy esforzadas, é otras mucho mas; é que nosotros somos de dentro de Castilla, que llaman Castilla la Vieja, é nos nombran por sobrenombre, Castellanos: é que el Capitan que está ahora en Cempoal, y la gente que trae, que es de otra provincia, que llaman Vizcaya, é que tienen la habla muy revesada, como á ma-

nera de decir, como los Otomis tierra de México, é que él verá qual se los traeriamos presos, é que no tuviese pesar por nuestra ida, que presto volveriamos con victoria. E lo que ahora le pide por merced, que mire que queda con él su hermano Tonatio, que así llamaban á Pedro de Alvarado, con ochenta soldados, que despues que salgamos de aquella ciudad, no haya algun alboroto, ni consienta á sus Capitanes, é Papas hagan cosas que sean mal hechas, porque despues que volvamos, si Dios quisiere, no tengan que pagar con las vidas los malos revolvedores: é que todo lo que hubiere menester de bastimentos, que se los diesen: é allí le abrazó Cortés dos veces al Montezuma; é asimismo el Montezuma á Cortés: é Doña Marina, como era muy avisada, se lo decia de arte, que ponia tristeza con nuestra partida. Allí le ofreció, que haria todo lo que Cortés le encargaba, y aun prometió, que enviaria en nuestra ayuda cinco mil hombres de guerra, é Cortés le dió gracias por ello, porque bien entendió, que no los habia de enviar, é le dixo que no habia menester su ayuda, sino era la de Dios nuestro Señor, que es la ayuda verdadera, é la de sus compañeros que con él íbamos: é tambien le encargó, que mirase, que la Imágen de nuestra Señora, é la Cruz, que siempre lo tuviesen muy enramado, é limpia la Iglesia, é quemasen candelas de cera, que tuviesen siempre encendidas de noche y de

dia, é que no consintiesen á los Papas que hiciesen otra cosa, porque en aquesto conoceria muy mejor su buena voluntad, é amistad verdadera. E despues de tornados otra vez á se abrazar, le dixo Cortés, que le perdonase, que no podia estar mas en pláticas con él, por entender en la partida; é luego habló á Pedro de Alvarado, é á todos los soldados que con él quedaban, é les encargó que guardasen al Montezuma con mucho cuidado no se soltase, é que obedeciesen al Pedro de Alvarado, y prometióles, que mediante Dios, que á todos les habia de hacer ricos, é allí quedó con ellos el Clérigo Juan Diaz, que no fué con nosotros, é otros soldados sospechosos, que aquí no declaro por sus nombres, é allí nos abrazamos los unos á los otros : é sin llevar Indias, ni servicio, sino á la ligera, tiramos por nuestras jornadas por la ciudad de Cholula, y en el camino envió Cortés á Tlascala á rogar á nuestros amigos Xicotenga, y Maseescaci, é á todos los mas Caciques, que nos enviasen depresto quatro mil hombres de guerra, y enviáron á decir, que si fueran para pelear con Indios, como ellos, que si hicieran, é aun muchos mas de los que nos demandaban, é que para contra Teules, como nosotros, é contra bombardas é caballos, que les perdonen, que no los quieren dar : é proveyéron de veinte cargas de gallinas, é luego Cortés escribió en posta á Sandoval, que se juntase con todos sus soldados

muy prestamente con nosotros, que íbamos á unos pueblos obra de doce leguas de Cempoal, que se dice Tampaniquita, é Mitalaguita, que ahora son de la Encomienda de Pedro Moreno Medrano, que vive en la Puebla: é que mirase muy bien el Sandoval, que Narvaez no le prendiese, ni hubiese á las manos á él, ni á ninguno de sus soldados. Pues yendo que íbamos de la manera que he dicho con mucho concierto para pelear, si topásemos gente de guerra de Narvaez, ó al mismo Narvaez, y nuestros corredores del campo descubriendo, é siempre una jornada adelante dos de nuestros soldados grandes peones, personas de mucha confianza, y estos no iban por camino derecho, sino por partes que no podian ir á caballo, para saber é inquirir de Indios, de la gente de Narvaez. Pues yendo nuestros corredores del campo descubriendo, viéron venir á un Alonso de Mata, el que decian que era Escribano, que venia á notificar los papeles ó traslados de las provisiones, segun dixe atras en el capítulo que dello habla, é á los quatro Españoles que con él venian por testigos, y luego viniéron los dos nuestros soldados de acaballo á dar mandado, y los otros dos corredores del campo se estuviéron en palabras con el Alonso de Mata, é con los quatro testigos: y en este instante nos dimos priesa en andar, y alargamos el paso, y quando llegáron cerca de nosotros, hiciéron gran reverencia á Cortés, y á

todos nosotros, y Cortés se apeó del caballo, y supo á lo que venian. Y como el Alonso de Mata queria notificar los despachos que traia, Cortés le dixo, que si era Escribano del Rey? y dixo que sí: y mandóle que luego exhibiese el título, é que si le traia, que leyese los recados, é que haria lo que viese que era servicio de Dios, é de su Magestad; y si no le traia, que no leyese aquellos papeles: é que tambien habia de ver los originales de su Magestad. Por manera, que el Mata medio cortado é medroso, porque no era Escribano de su Magestad, y los que con él venian, no sabian qué se decir: y Cortés les mandó dar de comer, y porque comiesen, reparamos allí, y les dixo Cortés: que íbamos á unos pueblos cerca del Real del señor Narvaez, que se decian Tampaniquita, y que allí podia enviar á notificar lo que su Capitan mandase: y tenia Cortés tanto sufrimiento, que nunca dixo palabra mala del Narvaez: é apartadamente habló con ellos, y les untó las manos con tejuelos de oro, y luego se volviéron á su Narvaez diciendo bien de Cortés, y de todos nosotros, y como muchos de nuestros soldados por gentileza en aquel instante llevábamos en las armas joyas de oro, y otros cadenas y collares al cuello; y aquellos que venian á notificar los papeles les viéron, dicen en Cempoal, maravillarse de nosotros: y muchos habia en el Real de Narvaez personas Principales, que querian venir á tratar paces

con Cortés, y su Capitan Narvaez, como á todos nos veian ir ricos. Por manera, que llegamos á Panguaniquita, é otro dia llegó el Capitan Sandoval con los soldados que tenia, que serian hasta sesenta, porque los demas viejos y dolientes, los dexó en unos pueblos de Indios nuestros amigos, que se decian Papalote, para que allí les diesen de comer: y tambien viniéron con él los cinco soldados, parientes y amigos del Licenciado Lucas Vazquez de Aillon, que se habian venido huyendo del Real de Narvaez, y venian á besar las manos á Cortés, á los quales con mucha alegría recibió muy bien, y allí estuvo contando el Sandoval á Cortés de lo que les acaeció con el Clérigo furioso Guevara, y con el Vergara, y con los demas: y como los mandó llevar presos á México, segun y de la manera que dicho tengo en el capítulo pasado. Y tambien dixo, como desde la Villa Rica envió dos soldados, como Indios, puestos mantillas ó mantas, y eran como Indios propios, al Real de Narvaez: é como eran morenos, dixo Sandoval que no parecian sino propios Indios, y cada uno llevó una carguilla de ciruelas á vender, que en aquella sazon era tiempo dellas, quando estaba Narvaez en los arenales, ántes que se pasasen al pueblo de Cempoal, é que fuéron al rancho del bravo Salvatierra, é que les dió por las ciruelas un sartalejo de cuentas amarillas. E quando hubiéron vendido las ciruelas, el Salvatierra

les mandó, que le fuesen por yerba, creyendo que eran Indios, allí junto á un riachuelo, que está cerca de los ranchos para su caballo, é fuéron é cogiéron unas carguillas dello : y esto era á hora del Ave María, quando volviéron con la yerba, y se estuviéron en el rancho en cuclillas, como Indios, hasta que anocheció : y tenian ojo y sentido en lo que decian ciertos soldados de Narvaez, que viniéron á tener palacio é compañía al Salvatierra, y despues les decia el Salvatierra : ó á que tiempo hemos venido, que tiene allegado este traydor de Cortés mas de setecientos mil pesos de oro, y todos seremos ricos; pues los Capitanes, y soldados que consigo trae, no será ménos, sino que tengan mucho oro : y decian por ahí otras palabras. Y desque fué bien escuro, vienen los dos nuestros soldados, que estaban hechos como Indios, y callando salen del rancho, y van adonde tenia el caballo, y con el freno que estaba junto con la silla, le enfrenan y ensillan, y cavalgan en él. Y viniéndose para la villa de camino, topan otro caballo manco cabe el riachuelo, y tambien se lo truxéron. Y preguntó Cortés al Sandoval por los mismos caballos, y dixo que los dexó en el pueblo de Papalote, donde quedaban los dolientes, porque por donde él venia con sus compañeros, no podian pasar caballos, porque era tierra muy fragosa, y de grandes sierras, y que vino por allí por no topar con gente del Narvaez: y quando

Cortés supo, que era el un caballo del Salvatierra, se holgó en gran manera, é dixo: ahora braveará mas quando lo hallé ménos. Volvamos á decir del Salvatierra, que quando amaneció, é no halló á los dos Indios que le truxéron á vender las ciruelas, ni halló su caballo, ni la silla, y el freno, dixéron despues muchos soldados de los del mismo Narvaez, que decia cosas, que los hacia reir, porque luego conoció que eran Españoles de los de Cortés, los que les lleváron los caballos: y desde allí adelante se velaban. Volvamos á nuestra materia, y luego Cortés con todos nuestros Capitanes y soldados estuvimos platicando, cómo y de qué manera dariamos en el Real de Narvaez: é lo que se concertó ántes que fuésemos sobre el Narvaez, diré adelante.

CAPITULO CXVI.

Como acordó Cortés con todos nuestros Capitanes, y soldados, que tornásemos á enviar al Real de Narvaez al Frayle de la Merced, que era muy sagaz, y de buenos medios, y que se hiciese muy servidor del Narvaez, é que se mostrase favorable á su parte, mas que no á la de Cortés: é que secretamente convocase al artillero, que se decia Rodrigo Martin, é á otro artillero, que se decia Usagre: é que hablase con Andres de Duero, para que viniese á verse con Cortés, é que otra carta que escribiésemos al Narvaez, que mirase que se la diese en sus manos, é lo que en tal caso convenia, é que tuviese mucha advertencia: y para esto llevó mucha cantidad de tejuelos, é cadenas de oro para repartir.

Pues como ya estábamos en el pueblo todos juntos, acordamos que con el Padre de la Merced, se escribiese otra carta al Narvaez, que decian en ella así, ó otras palabras formales, como estas que diré, despues de puesto su acato con gran cortesía. Que nos habiamos holgado de su venida, é creiamos, que con su generosa persona hariamos gran servicio á Dios nuestro Señor, y á su Magestad: é que no nos ha querido responder cosa ninguna, ántes nos llama de traydores, siendo muy leales servidores del Rey, é ha revuelto toda la tierra con las palabras que envió á decir á Montezuma: é que le envió Cortés á pedir por merced, que escogiese la provincia en qualquiera parte que él quisiese quedar con la

gente que tiene, ó fuese adelante, é que nosotros iriamos á otras tierras, é hariamos lo que á buenos servidores de su Magestad somos obligados: é que le hemos pedido por merced, que si trae provisiones de su Magestad, que envie los originales para ver y entender si vienen con la Real firma, y ver lo que en ellas se contiene, para que luego que lo veamos, los pechos por tierra para obedecerla, é que no ha querido hacer lo uno, ni lo otro, sino tratarnos mal de palabra, y revolver la tierra: que le pedimos, y requerimos de parte de Dios, y del Rey nuestro Señor, que dentro en tres dias envie á notificar los despachos que trae con Escribano de su Magestad, é que cumplirémos, como mandado del Rey nuestro Señor, todo lo que en las Reales provisiones mandare; que para aquel efeto nos hemos venido á aquel pueblo de Panguenezquita, por estar mas cerca de su Real: é que si no trae las provisiones, y se quisiere volver á Cuba, que se vuelva, y no alborote mas la tierra, con protestacion, que si otra cosa hace, que iremos contra él á le prender, y enviallo preso á nuestro Rey y Señor, pues sin su Real licencia nos viene á dar guerra, é desasosegar todas las ciudades: é que todos los males, é muertes, y fuegos, y menoscabos que sobre esto acaecieren, que sea á su cargo, y no al nuestro: y esto se escribe ahora por carta misiva, porque no osa ningun escribano de su Magestad irselo á notificar, por

temor no le acaezca tan gran desacato, como el que se tuvo con un Oidor de su Magestad, y que ¿donde se vió tal atrevimiento de le enviar preso? y que allende de lo que dicho tiene, por lo que es obligado á la honra y justicia de nuestro Rey, que le conviene castigar aquel gran desacato y delito, como Capitan General, y Justicia mayor que es de aquesta Nueva-España, le cita, y emplaza para ello, y se lo demandará, usando de justicia, pues es crímen *læsæ Magestatis* lo que ha tentado, é que hace á Dios testigo de lo que ahora dice: y tambien le enviamos á decir, que luego volviese al Cacique Gordo las mantas, y ropa, y joyas de oro que le habian tomado por fuerza, y ansimismo las hijas de Señores que nos habian dado sus padres, y mandase á sus soldados que no robasen á los Indios de aquel pueblo, ni de otros. Y despues de puesta su cortesía, y firmada de Cortés, y de nuestros Capitanes, y algunos soldados, iba allí mi firma: y entónces se fué con el mismo Padre fray Bartolomé de Olmedo un soldado que se decia Bartolomé de Usagre, porque era hermano del artillero Usagre, que tenia cargo del artillería de Narvaez: y llegados nuestro Religioso, y el Usagre á Cempoal, adonde estaba el Narvaez, diré lo que dice que pasó.

CAPITULO CXVII.

Como el Padre fray Bartolomé de Olmedo de la Orden de nuestra Señora de la Merced, fué á Cempoal, adonde estaba el Narvaez, é todos sus Capitanes, y lo que pasó con ellos, y les dió la carta.

Como el Padre fray Bartolomé Olmedo de la Orden de la Merced llegó al Real de Narvaez, sin mas gastar yo palabras en tornallo á recitar, hizo lo que Cortés le mandó; que fué, convocar á ciertos caballeros de los de Narvaez, y al artillero Rodrigo Mino, que así se llamaba, é al Usagre, que tenia tambien cargo de los tiros; y para mejor le atraer, fué un su hermano del Usagre con tejuelos de oro, que dió de secreto al hermano: y asimismo el Padre fray Bartolomé de Olmedo repartió todo el oro que Cortés le mandó; y habló al Andres de Duero, que luego se viniese á nuestro real con Cortés, y demas desto, ya el Frayle habia ido á ver, y hablar al Narvaez, y hacérsele muy gran servidor: y andando en estos pasos, tuviéron gran sospecha de lo en que andaba nuestro Frayle, é aconsejaban al Narvaez que luego le prendiese, é así lo querian hacer; y como lo supo Andres de Duero, que era Secretario del Diego Velazquez, y era de Tudela de Duero, y se tenian por deudos

el Narvaez y él; porque el Narvaez tambien era de tierra de Valladolid, ó del mismo Valladolid, y en toda la armada era muy estimado, é preeminente; el Andres de Duero fué al Narvaez, y le dixo, quele habian dicho, que queria prender al Padre Fray Bartolomé de Olmedo, mensagero y embaxador de Cortés, que mirase, que ya que hubiese sospecha que el Frayle hablaba algunas cosas en favor de Cortés, que no es bien prendelle, pues que claramente se ha visto, quanta honra, é dádivas da Cortés á todos los suyos del Narvaez, que hallaban: é que Fray Bartolomé de Olmedo ha hablado con él despues que allí ha venido, é lo que siente dél es, que desea que él, y otros caballeros del real de Cortés, le vengan á recebir, é que todos fuesen amigos: é que mire quanto bien dice Cortés á los mensageros que envia, que no le sale por la boca á él, ni á quantos están con él, sino el Señor Capitan Narvaez, é que seria poquedad prender á un Religioso: é que otro hombre que vino con él, que es hermano de Usagre el artillero, que le viene á ver: que convide á Fray Bartolomé de Olmedo á comer, y le saque del pecho la voluntad que todos los de Cortés tienen. Y con aquellas palabras y otras sabrosas que le dixo, amansó al Narvaez. Y luego desque esto pasó, se despidió Andres de Duero del Narvaez, y secretamente habló al Padre, lo que habia pasado: y luego el Narvaez envió á llamar á Fray Bartolomé de Ol-

medo; y como vino, le hizo mucho acato, y medio riendo (que era el Frayle muy cuerdo, y sagaz) le suplicó que se apartase en secreto; y el Narvaez se fué con él paseando á un patio, y el Frayle le dixo: bien entendido tengo, que v. merced me queria mandar prender, pues hágole saber, señor, que no tiene mejor ni mayor servidor en su Real que yo, y tengo por cierto, que muchos caballeros, y Capitanes de los de Cortés, le querian ya ver en las manos de v. merced, y ansi creo, que vendremos todos: y para mas le atraer á que se desconcierte, le han hecho escribir una carta de desvarios, firmada de los soldados, que me diéron que diese á v. merced, que no la he querido mostrar hasta agora que vine á pláticas, que en un rio la quise echar, por las necedades que en ella trae; y esto hacen todos sus Capitanes, y soldados de Cortés por verle ya desconcertar. Y el Narvaez dixo que se la diese, y el Padre Fray Bartolomé de Olmedo le dixo, que la dexó en su posada, é que iria por ella; é ansi se despidió para ir por la carta: y entretanto vino al aposento de Narvaez el bravoso Salvatierra; y depresto el Padre fray Bartolomé de Olmedo llamó á Duero, que fuese luego en casa del Narvaez, para ver dalle la carta, que bien sabia ya el Duero della, y aun otros Capitanes de Narvaez, que se habian mostrado por Cortés; porque el Frayle consigo la traia, sino porque tuviesen juntos muchos de los de

aquel Real, y le oyesen. E luego como vino el Padre fray Bartolomé de Olmedo con la carta, se la dió al mismo Narvaez, y dixo : No se maraville v. merced con ella, que ya Cortés anda desvariando, y sé cierto, que si v. merced le habla con amor, que luego se le dará él, y todos los que consigo trae. Dexémonos de razones de fray Bartolomé, que las tenia muy buenas, y digamos, que le dixéron á Narvaez los soldados, y Capitanes, que leyese la carta, y quando la oyéron, dice que hacian bramuras el Narvaez, y el Salvatierra, y los demas se reian, como haciendo burla della : y entónces dixo el Andres de Duero : ahora yo no sé como sea esto, yo no lo entiendo, porque este Religioso me ha dicho, que Cortés, y todos se le darán á v. merced, y escribir ahora estos desvarios: y luego de buena tinta tambien le ayudó á la plática al Duero un Agustin Bermudez, que era Capitan, é Alguacil mayor del Real de Narvaez, é dixo : ciertamente tambien he sabido del Padre fray Bartolomé de Olmedo muy en secreto, que como enviase buenos terceros, que el mismo Cortés vernia á verse con v. merced, para que se diese con sus soldados, y será bien que envie á su Real, pues no está muy lejos, al Señor Veedor Salvatierra, é al Señor Andres de Duero, é yo iré con ellos : y esto dixo adrede, por ver qué diria el Salvatierra. Y respondió el Salvatierra, que estaba mal dispuesto, é que no iria á ver un traydor ; y

el Padre Fray Bartolomé de Olmedo le dixo, Señor Veedor, bueno es tener templanza, pues está cierto que le terneis preso ántes de muchos dias. Pues concertada la partida del Andres de Duero, parece ser muy en secreto trató el Narvaez con el mismo Duero, y con otros tres Capitanes, que tuviesen modo con el Cortés, como se viesen en unas estancias, é casas de Indios, que estaban entre el Real de Narvaez, y el nuestro, é que allí se darian conciertos donde habiamos de ir con Cortés á poblar, y partir términos, y en las vistas le prenderia, y para ello tenia ya hablado el Narvaez á veinte soldados de sus amigos: lo qual luego supo Fray Bartolomé del Narvaez, é del Andres de Duero, y avisaron á Cortés de todo. Dexemos al Frayle en el Real de Narvaez, que ya se habia hecho muy amigo, y pariente del Salvatierra, siendo el Frayle de Olmedo, y el Salvatierra de Burgos, y comia con él cada dia. E digamos de Andres de Duero, que quedaba apercibiéndose para ir á nuestro Real, y llevar consigo á Bartolomé de Usagre nuestro soldado, porque el Narvaez no alcanzase á saber dél lo que pasaba: y diré lo que en nuestro Real hicimos.

CAPITULO CXVIII.

Como en nuestro Real hicimos alarde de los soldados que eramos, y como traxéron docientas y cincuenta picas muy largas, con unos hierros de cobre cada una, que Cortés habia mandado hacer en unos pueblos que se dicen los Chichinatecas, y nos imponiamos como habiamas de jugar dellas, para derrocar la gente de á caballo que tenia Narvaez, y otras cosas que en el Real pasaron.

Volvamos á decir algo atras de lo dicho, y lo que mas pasó. Así como Cortés tuvo noticia del armada que traia Narvaez, luego despachó un soldado que habia estado en Italia, bien diestro de todas armas, y mas de jugar una pica, y le envió á una Provincia, que se dice los Chichinatecas, junto donde estaban nuestros soldados los que fueron á buscar minas, porque aquellos de aquella Provincia eran muy enemigos de los Mexicanos, é pocos dias habia que tomaron nuestra amistad, é usaban por armas muy grandes lanzas mayores que las nuestras de Castilla con dos brazas de pedernal, é navajas; y envióles á rogar, que luego le traxesen á do quiera que estuviesen trescientas dellas, é que les quitasen las navajas, é que pues tenian mucho cobre, que les hiciesen á cada una dos hierros, y llevó el soldado la manera como habian de ser los hierros: y como llegó, de presto buscá-

ron las lanzas, é hiciéron los hierros, porque en toda la Provincia á aquella sazon habia quatro ó cinco pueblos, sin muchas estancias, y las recogiéron, é hiciéron los hierros muy mas perfectamente que se los enviamos á mandar: y tambien mandó á nuestro soldado, que se decia Tovilla, que les demandase dos mil hombres de guerra, é que para el dia de Pasqua del Espíritu Santo viniese con ellos al pueblo de Panguenequita, que ansí se decia, ó que preguntase en qué parte estábamos, é que todos dos mil hombres traxesen lanzas: por manera que el soldado se los demandó, é los Caciques dixéron, que ellos vernian con la gente de guerra, y el soldado se vino luego con obra de doscientos Indios, que traxéron las lanzas, y con los demas Indios de guerra quedó para venir con ellos otro soldado de los nuestros, que se decia Barrientos, y este Barrientos estaba en la estancia y minas que descubrian, ya otra vez por mí nombradas, y allí se concertó, que habia de venir de la manera que está dicho á nuestro Real, porque seria de andadura diez ó doce leguas de lo uno á lo otro. Pues venido el nuestro soldado Tovilla con las lanzas, eran muy extremadas de buenas; y allí se daba órden, y nos imponia el soldado, é nos mostraba á jugar con ellas, y cómo nos habiamos de haber con los de á caballo; é ya teniamos hecho nuestro alarde, y copia y memoria de todos los soldados, y Capitanes de

nuestro exército, y hallamos doscientos y sesenta y seis, contados atambor, é pífano, sin el Frayle, y con cinco de á caballo, y dos artilleros, y pocos ballesteros, y menos escopeteros: y á lo que tuvimos ojo para pelear con Narvaez, eran las picas, y fueron muy buenas, como adelante verán: y dexemos de platicar mas en el alarde y lanzas, y diré como llegó Andres de Duero, que envió Narvaez á nuestro Real, é truxo consigo á nuestro soldado Usagre, y dos Indios Naborias de Cuba, é lo que dixéron y concertáron Cortés, y Duero, segun despues alcanzámos á saber.

CAPITULO CXIX.

Como vino Andres de Duero á nuestro Real y el soldado Usagre, y dos Indios de Cuba, Naborias del Duero, y quien era el Duero, y á lo que venia, y lo que tuvimos por cierto, y lo que se concertó.

Y es desta manera, que tengo de volver muy atras á recitar lo pasado. Ya he dicho en los capítulos mas adelante destos, que cuando estábamos en Santiago de Cuba, que se concertó Cortés con Andres de Duero, y con un Contador del Rey, que se decia Amador de Lares, que eran grandes amigos del Diego Velazquez, y el Duero era su Secretario, que tratase con el

Diego Velazquez, que le hiciesen á Cortés Capitan General para venir en aquella armada, y que partiria con ellos todo el oro y plata, y joyas que le cupiese de su parte de Cortés: y como el Andres de Duero vió en aquel instante á Cortés su compañero tan rico y poderoso, y socolor que venia á poner pazes, y á favorecer á Narvaez, y en lo que entendió era demandar la parte de la compañía, porque ya el otro su compañero Amador de Lares era fallecido: y como Cortés era sagaz, y manso, no solamente le prometió de dalle gran tesoro, sino que tambien le daria mando en toda la armada, ni mas ni menos que su propia persona, y que despues de conquistada la Nueva-España, le daria otros tantos pueblos como á él, con tal que tuviese concierto con Agustin Bermudez que era Alguacil mayor del Real de Narvaez, y con otros caballeros, que aquí no nombro, que estaban convocados, para que en todo caso fuesen en desviar al Narvaez, para que no saliese con la vida, é con honra, y le desbaratase: y como á Narvaez tuviese muerto, ó preso, y deshecha su armada, que ellos quedarian por señores, y partirian el oro, y pueblos de la Nueva-España: y para mas le atraer, y convocar lo que dicho tengo, le cargó de oro sus dos Indios de Cuba, y segun pareció, el Duero se lo prometió, y aun ya se lo tenía prometido el Agustin Bermudez por firmas y cartas: y tambien envió Cortés al Bermudez,

y á un Clérigo, que se decia Juan de Leon, y el Clérigo Guevara, que fué el que primero envió Narvaez, y otros sus amigos, muchos tejuelos, y joyas de oro, y les escribió lo que pareció que convenia, para que en todo le ayudasen: y estuvo el Andres de Duero en nuestro Real el dia que llegó, hasta otro dia despues de comer, que era dia de Pasqua de Espíritu Santo, y comió con Cortés, y estuvo hablando con él en secreto buen rato; y quando hubiéron comido, se despidió el Duero de todos nosotros, así Capitanes, como soldados, y luego fué á caballo otra vez adonde Cortés estaba, y dixo: ¿Qué manda v. m.? que me quiero ir: y respondióle, que vaya con Dios, y mire, Señor Andres Duero, que haya buen concierto de lo que tenemos platicado, sino en mi conciencia (que ansí juraba Cortés) que antes de tres dias con todos mis compañeros seré allá en vuestro Real, y al primero que le eche la lanza será á v. m., si otra cosa siento al contrario de lo que tenemos hablado: y el Duero se rió y dixo: No faltaré en cosa que sea contrario de servir á v. m. y luego se fué: y llegado á su Real, dizque dixo al Narvaez, que Cortés, y todos los que estábamos con él, sentia estar de buena voluntad para pasarnos con el mismo Narvaez. Dexemos de hablar desto del Duero, y diré como Cortés luego mandó llamar á un nuestro Capitan, que se dice Juan Velazquez de Leon, persona de mucha

cuenta, y amigo de Cortés, y era pariente muy cercano del Gobernador de Cuba Diego Velazquez, y á lo que siempre tuvimos creido, tambien le tenia Cortés convocado, y atraido á sí con grandes dádivas y ofrecimientos, que le daria mando en la Nueva-España, y le haria su igual, porque el Juan Velazquez siempre se mostró muy gran servidor, y verdadero amigo, como en adelante verán. Y quando hubo venido delante de Cortés, y hecho su acato, le dixo: ¿Qué manda v.m.? Y Cortés como hablaba algunas veces muy meloso, y con la risa en la boca, le dixo medio riendo: A lo que, Señor Juan Velazquez, le hice llamar, es, que me dixo Andres de Duero, que dice Narvaez, y en todo su Real hay fama, que si v. m. va allá, que luego yo soy deshecho y desbaratado, porque creen que se ha de hacer con Narvaez: y á esta causa he acordado, que por mi vida (si bien me quiere) que luego se vaya en su buena yegua rucia, y que lleve todo su oro, y la fanfarrona (que era muy pesada cadena de oro) y otras cositas que yo le daré, que dé allá por mí á quien yo le dixere, y su fanfarrona de oro que pesaba mucho, llevará al hombro, y otra cadena que pesa mas que ella llevará con dos vueltas, y allá verá que le quiere Narvaez; y viniendo que se venga, luego irán allá el Señor Diego de Ordas, que le desean ver en su Real como Mayordomo que era del Diego Velazquez. Y el Juan Velazquez respon-

dió, que él haria lo que su merced mandaba, mas que su oro ni cadenas, que no las llevaria consigo, salvo lo que le diese para dar á quien mandase, porque donde su persona estuviere, es para le siempre servir, mas que quanto oro, ni piedras de diamantes puede haber. Ansí lo tengo yo creido, dixo Cortés, y con esta confianza, Señor, le envió; mas si no lleva todo su oro, y joyas como le mando, no quiero que vaya allá. Y el Juan Velazquez respondió: Hágase lo que v. m. mandare, y no quiso llevar sus joyas: y Cortés allí le habló secretamente, y luego se partió, y llevó en su compañía á un mozo de espuelas de Cortés, para que le sirviese, que se decia Juan del Rio. Y dexemos desta partida de Juan Velazquez, que dixéron que lo envió Cortés para descuidar á Narvaez, y volvamos á decir lo que en nuestro Real pasó: que dende á dos horas que se partió el Juan Velazquez, mandó Cortés tocar el atambor á Canillas, que ansí se llamaba nuestro atambor, y á Benito de Veguer nuestro pífano, que tocase su tamborino, y mandó á Gonzalo de Sandoval, que era Capitan, y Alguacil mayor, que llamase á todos los soldados, y comenzásemos á marchar luego á paso largo camino de Cempoal, é yendo por nuestro camino, se matáron dos puercos de la tierra, que tienen el ombligo en el espinazo, y diximos muchos soldados, que era señal de victoria; y dormimos en un repecho cerca de un

riachuelo, y sendas piedras por almohadas, como lo teniamos de costumbre, y nuestros corredores del campo adelante, y espias y rondas: y quando amaneció, caminamos por nuestro camino derecho, y fuimos á hora de Mediodia á un rio adonde está ahora poblada la Villa Rica de la Vera-Cruz, donde desembarcan las barcas con mercaderías que vienen de Castilla, porque en aquel tiempo estaban pobladas junto al rio unas casas de Indios, y arboledas: y como en aquella tierra hace grandísimo sol, reposamos allí como dicho tengo, porque traiamos nuestras armas y picas. Y dexemos ahora de mas caminar, y digamos lo que al Juan Velazquez de Leon le avino con Narvaez, y con un su Capitan, que tambien se decia Diego Velazquez, sobrino del Velazquez Gobernador de Cuba.

CAPITULO CXX.

Como llegó Juan Velazquez de Leon, y el mozo de espuelas, que se decia Juan del Rio, al Real de Narvaez, y lo que en él pasó.

Ya he dicho como envió Cortés al Juan Velazquez de Leon, y al mozo de espuelas, para que le acompañase á Cempoal, y á ver lo que Narvaez queria, que tanto deseo tenia de tene-

llo en su compañía: por manera que ansí como partiéron de nuestro Real, se dió tanta priesa en el camino, y fué amanecer á Cempoal, y se fué á apear el Juan Velazquez en casa del Cacique Gordo, porque el Juan del Rio no tenia caballo, y desde allí se van á pie á la posada de Narvaez. Pues como los Indios de Cempoal le conociéron, holgáron de le ver y hablar; y decian á voces á unos soldados de Narvaez, que allí posaban en casa del Cacique Gordo, que aquel era Juan Velazquez de Leon, Capitan de Malinche: y ansí como lo oyéron los soldados, fuéron corriendo á demandar albricias á Narvaez, como habia venido Juan Velazquez de Leon: y ántes que el Juan Velazquez llegase á la posada del Narvaez, que ya le iba á le hablar, como de repente supo el Narvaez su venida, le salió á recibir á la calle, acompañado de ciertos soldados, donde se encontráron el Juan Velazquez, y el Narvaez, y se hiciéron muy grandes acatos, y el Narvaez abrazó al Juan Velazquez, y le mandó sentar en una silla (que luego traxéron sillas cerca de sí) y le dixo, que por qué no se fué á apear á su posada, y mandó á sus criados, que le fuesen luego por el caballo, y fardaxe, si le llevaba, porque en su casa, y caballeriza y posada estaria: y Juan Velazquez dixo, que luego se queria volver, que no venia sino á besalle las manos, y á todos los caballeros de su Real, y para ver si podia dar concier-

to, que su merced y Cortés tuviesen paz y amistad. Entónces dicen, que el Narvaez apartó al Juan Velazquez, y le comenzó á decir airado: ¿cómo que tales palabras le habia de decir de tener amistad ni paz con un traydor que se alzó á su primo Diego Velazquez con la armada? Y el Juan Velazquez respondió, que Cortés no era traydor, sino buen servidor de su Magestad, y que ocurrir á nuestro Rey y Señor, como envió, é ocurrió, no se le ha de atribuir á traycion; y que le suplica, que delante dél no se diga tal palabra. Y entónces el Narvaez le comenzó á hacer grandes prometimientos, que se quedase con él: y que concierte con los de Cortés que se le den, y vengan luego á se meter en su obediencia, prometiéndole con juramento, que seria en todo su Real el mas preeminente Capitan, y en el mando segunda persona: y el Juan Velazquez respondió, que mayor traycion haria él en dexar al Capitan que tiene jurado en la guerra, y desampararllo, conociendo que todo lo que ha hecho en la Nueva-España, es en servicio de Dios nuestro Señor, y de su Magestad; que no dexará de acudir Cortés, como acudia á nuestro Rey y Señor: y que le suplica, que no hable mas en ello. En aquella sazon habian venido á ver al Juan Velazquez todos los mas Principales Capitanes del Real de Narvaez, y le abrazaban con gran cortesía, porque el Juan Velazquez era muy de Palacio, y de buen cuerpo,

membrudo, y de buena presencia y rostro, y la barba bien puesta: y llevaba una cadena muy grande de oro echada al hombro, que le daba vueltas debaxo el brazo, y pareciale muy bien, como bravoso y buen Capitan. Dexemos de este buen parecer de Juan Velazquez, y como le estaban mirando todos los Capitanes de Narvaez, y aun nuestro Padre Fray Bartolomé de Olmedo tambien le vino á ver, y en secreto hablar, y ansimismo el Andres de Duero, y el Alguacil mayor Bermudez: y pareció ser, que en aquel instante ciertos Capitanes de Narvaez, que se decian Gamarra, y un Juan Yuste, y un Juan Bono de Quexo, Vizcaino, y Salvatierra el bravoso, aconsejáron al Narvaez, que luego prendiese al Juan Velazquez, porque les pareció que hablaba muy sueltamente en favor de Cortés: é ya que habia mandado el Narvaez secretamente á sus Capitanes, y Alguaciles, que le echasen preso, súpolo Agustin Bermudez, y el Andres de Duero, y el Padre Fray Bartolomé de Olmedo, y un Clérigo, que se decia Juan de Leon, y otras personas que se habian dado por amigos de Cortés: y dicen al Narvaez, que se maravillan de su merced, querer mandar prender al Juan Velazquez de Leon: ¿que qué puede hacer Cortés contra él, aunque tenga en su compañía otros cien Juan Velazquez? Y que mire la honra y acatos que hace Cortés á todos los que en su Real han ido, que les sale á recibir, y á todos

les da oro, y joyas, y vienen cargados como abejas á las colmenas, y de otras cosas de mantas, y mosqueadores; y que á Andres de Duero, y al Clérigo Guevara, y Amaya, y á Vergara el Escribano, y á Alonso de Mata, y otros que han ido á su Real, bien los pudiera prender, y no lo hizo, ántes, como dicho tienen, les hace mucha honra, y que será mejor que le torne á hablar al Juan Velazquez con mucha cortesía, y le convide á comer para otro dia: por manera que al Narvaez le pareció buen consejo, y luego le tornó á hablar con palabras muy amorosas, para que fuese tercero en que Cortés se le diese con todos nosotros, y le convidó para otro dia á comer; y el Juan Velazquez respondió, que él haria lo que pudiese en aquel caso, mas que tenia á Cortés por muy porfiado, y cabezudo en aquel negocio; y que seria mejor que partiesen las Provincias, y que escogiese la tierra que mas su merced quisiese: y esto decia el Juan Velazquez por le amansar: y entre aquellas pláticas, llegóse al oido de Narvaez el Padre Fray Bartolomé de Olmedo, y le dixo, como su privado y consejero, que ya le habia hecho: Mande v. md. hacer alarde de toda su artillería, y caballos, y escopeteros, y ballesteros, y soldados, para que lo vea el Juan Velazquez de Leon, y el mozo de espuelas Juan del Rio, para que Cortés tema vuestro poder é gente, é se venga á v. md. aunque le pese: y esto le dixo el Fray Bartolomé

de Olmedo como por via de su muy gran servidor, y amigo, y por hacelle que trabajasen todos los de á caballo, y soldados en su Real. Por manera que por el dicho de nuestro Frayle, hizo hacer alarde delante el Juan Velazquez de Leon, y el Juan del Rio, estando presente nuestro Religioso: y quando fué acabado de hacer, dixo el Juan Velazquez á Narvaez: Gran pujanza trae v. md. Dios se lo acreciente. Entónces dixo el Narvaez: Ahí verá v. md., que si quisiera haber ido contra Cortés, lo hubiera traido preso, y á quantos estais con él. Entónces respondió el Juan Velazquez, y dixo: Téngale v. md. por tal, y á los soldados que con él estamos, que sabremos muy bien defender nuestras personas, y ansí cesaron las pláticas: y otro dia llevóle convidado á comer al Juan Velazquez, como dicho tengo, y comia con el Narvaez un sobrino del Diego Velazquez, Gobernador de Cuba, que tambien era su Capitan, y estando comiendo, tratóse plática de como Cortés no se daba al Narvaez, y de la carta, y requerimientos que le enviamos; y de unas palabras á otras, desmandóse el sobrino de Diego Velazquez, que tambien se decia Diego Velazquez como el tio, y dixo: que Cortés, y todos los que con él estábamos, eramos traydores, pues no se venian á someter al Narvaez: y el Juan Velazquez quando lo oyó, se levantó en pie de la silla en que estaba, y con mucho acato dixo: Señor Capitan Narvaez, ya

he suplicado á v. md., que no se consienta que se digan palabras tales como estas que dicen de Cortés, ni de ninguno de los que con él estamos; porque verdaderamente son mal dichas, decir mal de nosotros, que tan lealmente hemos servido á su Magestad: y el Diego Velazquez respondió: que eran bien dichas, y pues volvia por un traydor, que traydor debia de ser, y otro tal como él, y que no era de los Velazquez buenos: y el Juan Velazquez, echando mano á su espada dixo, que mentia, que era mejor caballero que no él, y de los buenos Velazquez, mejores que no él, ni su tio: y que se lo haria conocer, si el Señor Capitan Narvaez les daba licencia: y como habia allí muchos Capitanes, ansí de los del Narvaez, y algunos de los de Cortés, se metiéron en medio, que de hecho le iba á dar el Juan Velazquez una estocada; y aconsejáron al Narvaez, que luego le mandase salir de su Real, ansí á él, como al Padre Fray Bartolomé de Olmedo, é á Juan del Rio, porque á lo que sentian, no hacian provecho ninguno: y luego sin mas dilacion les mandáron, que se fuesen; y ellos que no veian la hora de verse en nuestro Real, lo pusiéron por obra. E dicen, que el Juan Velazquez, yendo á caballo en su buena yegua, y cota puesta, que siempre andaba con ella, y con su capacete, y gran cadena de oro, se fué á despedir del Narvaez, y estaba allí con el Narvaez el mancebo Diego Velazquez el de la brega,

y dixo al Narvaez : ¿Qué manda v. md. para nuestro Real? Y respondió el Narvaez muy enojado, que se fuese, é que valiera mas que no hubiera venido: y dixo el mancebo Diego Velazquez palabras de amenaza, é injuriosas á Juan Velazquez y le respondió á ellas el Juan Velazquez de Leon, que es grande su atrevimiento, y digno de castigo por aquellas palabras que le dixo, y echándose mano á la barba, le dixo: Para estas, que yo vea ántes de muchos dias, si vuestro esfuerzo es tanto como vuestro hablar.: y como venian con el Juan Velazquez seis ó siete de los del Real de Narvaez, que ya estaban convocados por Cortés, que le iban á despedir, dicen, que trabáron dél como enojados; y le dixéron: Vayase ya, y no cure de mas hablar; y así se despidiéron: y á buen andar de sus caballos se van para nuestro Real, porque luego les avisáron á Juan Velazquez, que el Narvaez los queria prender, y apercebia muchos de á caballo que fuesen tras ellos, é viniendo su camino, nos encontráron al rio que dicho tengo, que está ahora cabe la Vera-Cruz: y estando que estábamos en el rio por mí ya nombrado, teniendo la siesta, porque en aquella tierra hace mucha calor y muy recia, porque como caminábamos con todas nuestras armas á cuestas, y cada uno con una pica, estábamos cansados: y en este instante vino uno de nuestros corredores del campo, á dar mandado á Cortés, que vian venir buen rato

de allí dos ó tres personas de á caballo, y luego presumimos, que serian nuestros Embaxadores, Juan Velazquez de Leon, y Fr. Bartolomé de Olmedo, y Juan del Rio: y como llegáron adonde estábamos, qué regocijos y alegrías tuvimos todos, y Cortés quantas caricias, y buenos comedimientos hizo al Juan Velazquez, y á Fr. Bartolomé de Olmedo; y tenia mucha razon, porque le fuéron muy servidores: y allí contó el Juan Velazquez paso por paso todo lo atras por mí dicho, que les acaeció con Narvaez, y como envió secretamente á dar las cadenas, y tejuelos de oro á las personas que Cortés mandó. Pues oir de nuestro Frayle, como era muy regocijado, sabíalo muy bien representar; como se hizo muy servidor del Narvaez, y que por hacer burla dél, le aconsejó, que hiciese el alarde, y sacase su artillería, y con qué astucia y mañas le dió la carta: pues quando contaba lo que le acaeció con el Salvatierra, y se le hizo muy pariente, siendo el Frayle de Olmedo, y el Salvatierra adelante de Burgos, y de los fieros que le decia el Salvatierra, que habia de hacer y acontecer en prendiendo á Cortés, y á todos nosotros, y aun se le quejó de los soldados que le hurtáron su caballo, y el de otro Capitan, y todos nosotros nos holgamos de lo oir, como si fuéramos á bodas y regocijo, y sabiamos, que otro dia habiamos de estar en batalla, y que habiamos de vencer, ó morir en ella, siendo como

hermanos, docientos y sesenta y seis soldados, y los de Narvaez cinco veces mas que nosotros. Volvamos á nuestra relacion : y es que luego caminamos todos para Cempoal, y fuimos á dormir á un riachuelo, adonde estaba en aquella sazon una puente, obra de una legua de Cempoal, adonde está ahora una estancia de vacas. Y dexallo he aquí, y diré lo que se hizo en el Real de Narvaez despues que viniéron el Juan Velazquez, y el Frayle, y Juan del Rio, y luego volveré á contar lo que hicimos en nuestro Real, porque en un instante acontecen dos ó tres cosas, y por fuerza he de dexar las unas, por contar lo que mas viene apropósito desta relacion.

CAPITULO CXXI.

De lo que se hizo en el Real de Narvaez despues que de allí saliéron nuestros Embaxadores.

Pareció ser, que como se viniéron el Juan Velazquez, y el Frayle, é Juan del Rio, dixéron al Narvaez sus Capitanes, que en su Real sentian que Cortés habia enviado muchas joyas de oro, y que tenia de su parte amigos en el mismo Real, y que seria bien estar muy apercebido, y avisar á todos sus soldados, que estuviesen con sus armas, y caballos prestos : y demas desto el Cacique Gordo, otras veces por mí nombrado,

temia mucho á Cortés, porque habia consentido que Narvaez tomase las mantas, y oro, é Indias que le tomó; y siempre espiaba sobre nosotros, en qué parte dormiamos, porqué camino veniamos, porque así se lo habia mandado por fuerza el Narvaez : y como supo que ya llegábamos cerca de Cempoal, lo dixo al Narvaez el Cacique Gordo : ¿qué haceis, que estais muy descuidado? ¿pensais que Malinche, y los Teules que trae consigo, que son así como vosotros? Pues yo os digo, que quando no os cataredes, será aquí, y os matará : y aunque hacian burla de aquellas palabras que el Cacique Gordo les dixo, no dexáron de se apercebir : y la primer cosa que hiciéron, fué pregonar guerra contra nosotros á fuego, y sangre, y á toda ropa franca: lo qual supimos de un soldado, que llamaban el Galleguillo, que se vino huyendo aquella noche del Real de Narvaez, ó le envió el Andres de Duero, y dió aviso á Cortés de lo del pregon, y de otras cosas que convino saber. Volvamos á Narvaez, que luego mandó sacar toda su artillería, y los de á caballo, escopeteros, y ballesteros, y soldados á un campo obra de un quarto de legua de Cempoal, para allí nos aguardar, y no dexar ninguno de nosotros que no fuese muerto ó preso: y como llovió mucho aquel dia, estaban ya los de Narvaez hartos de estar aguardándonos al agua, y como no estaban acostumbrados á aguas, ni trabajos, y no nos tenian en nada sus

Capitanes, le aconsejáron, que se volviesen á los aposentos, y que era afrenta estar allí como estaban aguardando á dos, tres, y as, que decian que eramos, y que asestase su artillería delante de sus aposentos, que era diez y ocho tiros gruesos; y que estuviesen toda la noche quarenta de á caballo esperando en el camino por do habiamos de venir á Cempoal, y que tuviese al paso del rio, que era por donde habiamos de pasar, sus espías, que fuesen buenos hombres de á caballo, y peones ligeros para dar mandado, y que en los patios de los aposentos de Narvaez anduviesen toda la noche veinte de á caballo: y este concierto que le diéron, fué por hacelle volver á los aposentos: y mas le decian sus Capitanes: pues cómo, señor, por tal tiene á Cortes, que se ha de atrever con unos gatos que tiene á venir á este Real, por el dicho deste Indio Gordo? no lo crea v. md. sino que echa aquellas algaradas, y muestras de venir, porque v. md. venga á buen concierto con él. Por manera que así como dicho tengo, se volvió Narvaez á su Real, y despues de vuelto, públicamente prometió, que quien matase á Cortés, ó á Gonzalo de Sandoval, que daria dos mil pesos: y luego puso espías al rio á un Gonzalo Carrasco, que vive ahora, en la Puebla, y al otro que se decia fulano Hurtado: el nombre y apellido, y señal secreta que dió quando batallasen contra nosotros en su Real habia de ser, Santa María, Santa María: y de-

mas deste concierto que tenian hecho, mandó Narvaez que en su aposento durmiesen muchos soldados, así escopeteros, como vallesteros, y otros con partesanas, y otros tantos mandó que estuviesen en el aposento del Veedor Salvatierra, y Gamarra, y de Juan Bono. Ya he dicho el concierto que tenia Narvaez en su Real, y volveré á decir la órden que se dió en el nuestro.

CAPITULO CXXII.

Del concierto y órden que se dió en nuestro Real para ir contra Narvaez, y el razonamiento que Cortés nos hizo, y lo que respondimos.

Llegados que fuimos al riachuelo que ya he dicho, que estará obra de una legua de Cempoal, y habia allí unos buenos prados, despues de haber enviado nuestros corredores del campo, personas de confianza, nuestro Capitan Cortés á caballo nos envió á llamar, así á Capitanes, como á todos los soldados; y de que nos vió juntos dixo, que nos pedia por merced, que callásemos, y luego comenzó un parlamento por tan lindo estilo, y plática, tambien dichas cierto otras palabras mas sabrosas, y llenas de ofertas, que yo aquí no sabré escribir, en que nos traxo á la memoria desde que salimos de la Isla de

Cuba, con todo lo acaecido por nosotros hasta aquella sazon, y nos dixo : bien saben vs. mercedes, que Diego Velazquez, Gobernador de Cuba, me eligió por Capitan General, no porque entre vs. mercedes no habia muchos caballeros que eran merecedores dello : y saben que creistes que veniamos á poblar, y así se publicaba y pregonó ; y segun han visto, enviaba á rescatar : y saben lo que pasamos sobre que me queria volver á la Isla de Cuba, á dar cuenta á Diego Velazquez del cargo que me dió conforme á su instruccion : vs. mercedes me mandastes, y requeristes, que poblásemos esta tierra en nombre de su Magestad, como gracias á nuestro Señor la tenemos poblada : y fué cosa cuerda, y demas desto me hicistes vuestro Capitan General, y Justicia mayor della, hasta que su Magestad otra cosa sea servido mandar: é como ya he dicho, entre algunos de vs. mercedes hubo algunas pláticas de tornar á Cuba, que no lo quiero mas declarar, pues á manera de decir, ayer pasó, y fué muy santa y buena nuestra quedada, y hemos hecho á Dios, y á su Magestad gran servicio, que esto claro está: ya saben lo que prometimos en nuestras cartas á su Magestad despues de le haber dado cuenta y relacion de todos nuestros hechos, que punto no quedó, é que aquesta tierra es de la manera que hemos visto, y conocido della, que es quatro veces mayor que Castilla, y de grandes pueblos, y muy rica

de oro, y minas, y tiene cerca otras provincias: y como enviamos á suplicar á su Magestad, que no la diese en gobernacion, ni de otra qualquiera manera á persona ninguna, y porque creiamos, y teniamos por cierto, que el Obispo de Burgos Don Juan Rodriguez de Fonseca, que era en aquella sazon Presidente de Indias, y tenia mucho mando, que la demandaria á su Magestad para el Diego Velazquez, ó algun pariente ó amigo del Obispo; porque esta tierra es tal, y tan buena para dar á un Infante, ó gran Señor, que teniamos determinado, de no dalle á persona ninguna, hasta que su Magestad oyese á nuestros Procuradores, y nosotros viésemos su Real firma; é vista, que con lo que fuere servido mandar, los pechos por tierra: y con las cartas ya sabian que enviábamos y servimos á su Magestad con todo el oro, y plata, joyas, é todo quanto teniamos habido: y mas dixo: bien se les acordará, señores, quantas veces hemos llegado á punto de muerte en las guerras, y batallas que hemos habido; pues no hay que traellas á la memoria, que acostumbrados estamos de trabajos, y aguas, y vientos, y algunas veces hambres, y siempre traer las armas á cuestas, y dormir por los suelos, así nevando, como lloviendo; que si miramos en ello, los cueros tenemos ya curtidos de los trabajos. No quiero decir de mas de cincuenta de nuestros compañeros que nos han muerto en las guerras, ni de

todos vs. mercedes como estais entrapajados, y mancos de heridas, que aun estan por sanar: pues qué, les queria traer à la memoria los trabajos que traximos por la mar, y las batallas de Tabasco, y los que se halláron en lo de Almería, y lo de Cingapacinga, y quantas veces por las sierras, y caminos, nos procuraban quitar las vidas. Pues en las batallas de Tlascala, en qué punto nos pusiéron, y quáles nos traian: pues la de Cholula, ya tenian puestas las ollas para comer nuestros cuerpos: pues á la subida de los puertos no se les habrá olvidado los poderes que tenia Montezuma, para no dexar ninguno de nosotros, y bien viéron los caminos todos llenos de pinos, y árboles cortados: pues los peligros de la entrada y estada en la gran ciudad de México: ¡quántas veces teniamos la muerte al ojo! ¿quien los podrá ponderar? Pues vean los que han venido de vs. mercedes dos veces primero que no yo, la una con Francisco Hernandez de Córdova, y la otra con Juan de Grijalva, los trabajos, hambres, y sedes, heridas y muertes de muchos soldados, que en descubrir aquestas tierras pasastes, y todo lo que en aquellos dos viages habeis gastado de vuestras haciendas: y dixo, que no queria contar otras muchas cosas que tenia por decir por menudo, y no habria tiempo para acaballo de platicar, porque era tarde, y venia la noche, y mas dixo: digamos ahora Señores: Pámphilo de Narvaez viene contra nosotros con

mucha rabia, y deseo de nos haber á las manos, y no habian desembarcado, y nos llamaban de traydores, y malos: y envió á decir al gran Montezuma, no palabras de sabio Capitan, sino de alborotador: y demas desto tuvo atrevimiento de prender á un Oidor de su Magestad, que por solo este delito es digno de ser castigado. Ya habrán oido, como han pregonado en su Real guerra contra nosotros á ropa franca, como si fuéramos Moros. Y luego despues de haber dicho esto Cortés, comenzó á sublimar nuestras personas, y esfuerzos en las guerras y batallas pasadas, y que entónces peleábamos por salvar nuestras vidas, y que ahora hemos de pelear con todo vigor por vida, y honra; pues nos vienen á prender, y echar de nuestras casas, y robar nuestras haciendas: y demas desto, que no sabemos si trae provisiones de nuestro Rey y Señor, salvo favores del Obispo de Burgos nuestro contrario: y si por ventura caemos debaxo de sus manos de Narvaez (lo qual Dios no permita) todos nuestros servicios que hemos hecho á Dios primeramente, y á su Magestad, tornarán en deservicios: y harán procesos contra nosotros, y dirán que hemos muerto, y robado, y destruido la tierra, donde ellos son los robadores, y alborotadores, y deservidores de nuestro Rey y Señor; dirán que le han servido: y pues vemos por los ojos, todo lo que he dicho, y como buenos caba-

lleros somos obligados á volver por la honra de su Magestad, y por las nuestras, y por nuestras casas, y haciendas, y con esta intencion salí de México, teniendo confianza en Dios, y de nosotros, que todo lo ponia en las manos de Dios primeramente, y despues en las nuestras, que veamos lo que nos parece. Entónces respondimos, y tambien juntamente con nosotros Juan Velazquez de Leon, y Francisco de Lugo, y otros Capitanes, que tuviese por cierto, que mediante Dios habiamos de vencer ó morir sobre ello, y que mirase no le convenciesen con partidos; porque si alguna cosa hacia fea, le dariamos de estocadas. Entónces como vió nuestras voluntades, se holgó mucho, y dixo, que con aquella confianza venia: y allí hizo muchas ofertas, y prometimientos, que seriamos todos muy ricos, y valerosos. Hecho esto, tornó á decir, que nos pedia por merced que callásemos, y que en las guerras y batallas es menester mas prudencia, y saber, para bien vencer los contrarios, que no demasiada osadía: y que porque tenia conocido de nuestros grandes esfuerzos, que por ganar honra cada uno de nosotros se queria adelantar de los primeros á encontrar con los enemigos, que fuésemos puestos en ordenanza, y Capitanías: y para que la primera cosa que hiciésemos, fuese tomalles el artillería, que eran diez y ocho tiros que tenian asestados delante de sus aposentos de Narvaez, mandó que fuese

por Capitan suyo de Cortés, uno que se decia Pizarro, que ya he dicho otras veces, que en aquella sazon no habia fama de Perú, ni Pizarros, que no era descubierto : y era el Pizarro suelto mancebo : y le señaló sesenta soldados mancebos, y entre ellos me nombráron á mí : y mandó que despues de tomada la artillería acudiésemos todos á los aposentos de Narvaez, que estaba en un muy alto Cu, y para prender á Narvaez señaló por Capitan á Gonzalo de Sandoval, con otros sesenta compañeros : y como era Alguacil mayor, le dió un mandamiento, que decia así: *Gonzalo de Sandoval, Alguacil mayor desta Nueva-España por su Magestad, yo os mando que prendais el cuerpo de Pámphilo de Narvaez, é si se os defendiere, matadle, que así conviene al servicio de Dios, y de su Magestad, y le prendió á un Oidor, Dado en este Real.* y la firma, *Hernando Cortés,* y refrendado de su Secretario Pedro Hernandez. Y despues de dado el mandamiento, prometió, que al primer soldado que le echase la mano, le daria tres mil pesos, y al segundo dos mil, y al tercero mil, y dixo, que aquello que prometia, que era para guantes : que bien viamos la riqueza que habia entre nuestras manos : y luego nombró á Juan Velazquez de Leon, para que prendiese á Diego Velazquez, con quien habia tenido la brega, y le dió otros sesenta soldados. Narvaez estaba en su fortaleza, é altos Cues : y el mismo Cortés, por sobresaliente, con otros

veinte soldados para acudir adonde mas necesidad hubiese, y donde él tenia el pensamiento de asistir, era para prender á Narvaez, y á Salvatierra. Pues ya dadas las copias á los Capitanes, como dicho tengo, dixo: bien sé que los de Narvaez son por quatro veces mas que nosotros, mas ellos no son acostumbrados á las armas, y como estan la mayor parte dellos mal con su Capitan, y muchos dolientes, les tomaremos de sobresalto: tengo pensamiento que Dios nos dará victoria, que no porfiarán mucho en su defensa; porque mas bienes les harémos nosotros, que no su Narvaez: así, Señores, pues nuestra vida y honra está despues de Dios en vuestros esfuerzos, é vigorosos brazos, no tengo mas que os pedir por merced, ni traer á la memoria, sino que en esto está el toque de nuestras honras y famas para siempre jamas; y mas vale morir por buenos, que vivir afrentados: y porque en aquella sazon llovia, y era tarde, no dixo mas. Una cosa he pensado despues acá, que jamas nos dixo, tengo tal concierto en el Real hecho, ni fulano, ni zutano es en nuestro favor, ni cosa ninguna destas, sino que peleásemos como varones: y esto de no decirnos, que tenia amigos en el Real de Narvaez, fué de muy cuerdo Capitan, que por aquel efecto no dexásemos de batallar como esforzados, y no tuviésemos esperanza en ellos, sino despues de Dios, en nuestros grandes ánimos. Dexemos desto, y

digamos como cada uno de los Capitanes por mí nombrados estaban con los soldados señalados, poniéndose esfuerzo unos á otros. Pues mi Capitan Pizarro, con quien habiamos de tomar la artillería, que era la cosa de mas peligro, y habiamos de ser los primeros que habiamos de romper hasta los tiros, tambien decia con mucho esfuerzo, como habiamos de entrar, y calar nuestras picas, hasta tener la artillería en nuestro poder, y quando se la hubiésemos tomado, que con ella misma mandó á nuestros artilleros, que se decian Mesa, y el Siciliano Aruega, que con las pelotas que estuviesen por descargar, se diese guerra á los del aposento de Salvatierra. Tambien quiero decir la gran necesidad que teniamos de armas, que por un peto, ó capacete, ó casco, ó babera de hierro, diéramos aquella noche quanto nos pidieran por ello, y todo quanto habiamos ganado: y luego secretamente nos nombráron el apellido que habíamos de tener estando batallando, que era *Espíritu Santo, Espíritu Santo,* que esto se suele hacer secreto en las guerras, porque se conozcan, y apelliden por el nombre, que no lo sepan unos contrarios de otros: y los de Narvaez tenian su apellido, y voz, *Santa María, Santa María.* Ya hecho todo esto, como yo era gran amigo y servidor del Capitan Sandoval, me dixo aquella noche, que me pedia por merced, que quando hubiésemos tomado el artillería, si quedaba con la vida,

siempre me hablase con él, y le siguiese, é yo se lo prometí, é así lo hice, como adelante verán. Digamos ahora en qué se entendió un rato de la noche, sino en aderezar, y pensar en lo que teniamos por delante, pues para cenar no teniamos cosa ninguna; y luego fuéron nuestros corredores del campo, y se puso espías y velas á mí, y á otros dos soldados: y no tardó mucho, quando viene un corredor del campo á me preguntar, que si he sentido algo, é yo dixe que no: y luego vino un quadrillero, y dixo, que el Galleguillo que habia venido del Real de Narvaez, no parecia, y que era espía echada del Narvaez, é que mandaba Cortés, que luego marchásemos camino de Cempoal, é oimos tocar nuestro pífano, y atambor, y los Capitanes apercibiendo sus soldados, y comenzamos á marchar; y al Galleguillo halláron debaxo de unas mantas durmiendo, que como llovió, y el pobre no era acostumbrado á estar al agua, ni frios, metióse allí á dormir. Pues yendo nuestro paso tendido, sin tocar pífano, ni atambor, que luego mandó Cortés, que no tocasen, y nuestros corredores del campo descubriendo la tierra, llegamos al rio, donde estaban las espías de Narvaez, que ya he dicho, que se decian Gonzalo Carrasco, é Hurtado; y estaban descuidados, que tuvimos tiempo de prender al Carrasco, y el otro fué dando voces al Real de Narvaez, y diciendo al arma que viene Cortés. Acuérdome, que quando

pasábamos aquel rio, como llovia, venia un poco hondo, y las piedras resbalaban algo, y como llevábamos á cuestas las picas, y armas, nos hacia mucho estorbo: y tambien me acuerdo quando se prendió á Carrasco, decia á Cortés á grandes voces: mira, Señor Cortés, no vayas allá, que juro á tal, que está Narvaez esperándoos en el campo con todo su exército: y Cortés le dió en guarda á su Secretario Pedro Hernandez: y como vimos que el Hurtado fué á dar mandado, no nos detuvimos cosa, sino que el Hurtado iba dando voces, y mandando dar al arma, y el Narvaez, llamando sus Capitanes, y nosotros calando nuestras picas, y cerrando con su artillería, todo fué uno, que no tuviéron tiempo sus artilleros de poner fuego sino á quatro tiros, y las pelotas algunas dellas pasáron por alto, é una dellas mató á tres de nuestros compañeros. Pues en este instante llegáron todos nuestros Capitanes, tocando al arma nuestro pífano, y atambor: y como habia muchos de los de Narvaez á caballo, detuviéronse un poco con ellos, porque luego derrocáron seis ó siete dellos. Pues nosotros los que tomamos el artillería, no osábamos desampararla, porque el Narvaez desde su aposento nos tiraba saetas, y escopetas: y en aquel instante llegó el Capitan Sandoval, y sube depresto las gradas arriba, y por mucha resistencia que le ponia el Narvaez, y le tiraban saetas, y escopetas, y con partesanas, y lanzas,

todavía las subió él, y sus soldados: y luego como vimos los soldados que ganamos el artillería, que no habia quien nos la defendiese, se la dimos á nuestros artilleros por mí nombrados: y fuimos muchos de nosotros, y el Capitan Pizarro á ayudar al Sandoval, que les hacian los de Narvaez venir seis ó siete gradas abaxo, retrayéndose, y con nuestra llegada tornó á las subir: y estuvimos buen rato peleando con nuestras picas, que eran grandes, y quando no me cato, oimos voces del Narvaez, que decia: Santa María váleme, que muerto me han, y quebrado un ojo: y quando aquello oimos, luego dimos voces, vitoria, vitoria por los del nombre del Espíritu Santo, que muerto es Narvaez: y con todo esto no les pudimos entrar en el Cu donde estaban, hasta que un Martin Lopez el de los vergantines, como era alto de cuerpo, puso fuego á las pajas del alto Cu, y viniéron todos los de Narvaez rodando las gradas abaxo: entónces prendimos á Narvaez, y el primero que le echó mano, fué un Pedro Sanchez Farfan, é yo se lo dí al Sandoval, y á otros Capitanes del mismo Narvaez, que con él estaban, todavía dando voces, y apellidando, viva el Rey, viva el Rey, y en su real nombre Cortés: vitoria, vitoria, que muerto es Narvaez. Dexemos este combate, é vamos á Cortés, y á los demas Capitanes, que todavía estaban batallando cada uno con los Capitanes de Narvaez, que aun no se habian da-

do, porque estaban en muy altos Cues: y con los tiros que les tiraban nuestros artilleros, y con nuestras voces, é muerte del Narvaez, como Cortés era muy avisado, mandó depresto pregonar, que todos los de Narvaez se vengan luego á someter debaxo de la bandera de su Magestad, y de Cortés en su real nombre, sopena de muerte; y aun con todo esto no se daban los de Diego Velazquez el Mozo, ni los de Salvatierra, porque estaban en muy altos Cues, y no los podian entrar, hasta que Gonzalo de Sandoval fué con la mitad de nosotros los que con él estábamos, y con los tiros, y con los pregones, les entramos, y se prendiéron así al Salvatierra, como los que con él estaban, y al Diego Velazquez el Mozo: y luego Sandoval vino con todos nosotros los que fuimos en prender al Narvaez, á ponelle mas en cobro, puesto que le habiamos echado dos pares de grillos, y quando Cortés, y el Juan Velazquez, y el Ordas, tuviéron presos á Salvatierra, y al Diego Velazquez el Mozo, y á Gamarra, y á Juan Yuste, y á Juan Bono Vizcayno, y á otras personas principales, vino Cortés desconocido, acompañado de nuestros Capitanes, adonde teniamos á Narvaez, y con el calor que hacia grande, y como estaba cargado con las armas, é andaba de una parte á otra, apellidando á nuestros soldados, y haciendo dar pregones, venia muy sudando, y cansado, y tal que no le alcan-

canzaba un huelgo á otro, é dixo á Sandoval dos veces, que no lo acertaba á decir del trabajo que traia : é dixo : ¿ qué es de Narvaez ? ¿ qué es de Narvaez ? E dixo Sandoval, aquí está, aquí está, é á muy buen recaudo : y tornó Cortés á decir muy sin huelgo, mira, hijo Sandoval, que no os quiteis dél vos, y vuestros compañeros, no se os suelte, miéntras yo voy á entender en otras cosas, é mirad esos Capitanes que con él teneis presos, que en todo haya recaudo, y luego se fué, y mandó dar otros pregones, que sopena de muerte, que todos los de Narvaez luego en aquel punto se vengan á someter debaxo de la bandera de su Magestad, y en su Real nombre de Hernando Cortés su Capitan General, y Justicia mayor, é que ninguno traxese ningunas armas, sino que todos las diesen y entregasen á nuestros Alguaciles : y todo esto era de noche, que no amanecia, y aun llovia de rato en rato, y entónces salia la Luna, que quando allí llegamos hacia muy escuro, y llovia, y tambien la escuridad ayudó, que como hacia tan escuro, habia muchos cocayos (ansi los llaman en Cuba) que relumbraban de noche, é los de Narvaez creyéron que eran muchas de las escopetas. Dexemos esto, y pasemos adelante, que como el Narvaez estaba muy mal herido, y quebrado el ojo, demandó licencia á Sandoval para que un su cirujano que traia en su armada, que se decia Maestre Juan, le curase el ojo á él, y otros Capitanes

que estaban heridos, y se la dió : y estándole curando, llegó allí cerca Cortés disimulado, que no le conociesen, á le ver curar : dixéronle al Narvaez, que estaba allí Cortés, y como se lo dixéron, dixo el Narvaez : Señor Capitan Cortés, tened en mucho esta victoria que de mí habeis habido, y en tener presa mi persona : y Cortés le respondió, que daba muchas gracias á Dios que se la dió, y por los esforzados caballeros, y compañeros que tenia, que fuéron parte para ello. E que una de las menores cosas que en la Nueva-España ha hecho, es prendelle, y desbaratalle : y que si le ha parecido bien tener atrevimiento de prender á un Oidor de su Magestad. Y quando hubo dicho esto, se fué de allí, que no le habló mas, y mandó á Sandoval, que le pusiese buenas guardas, y que él no se quitase dél, con personas de recaudo : ya le teniamos echado dos pares de grillos, y le llevábamos á un aposento, y puestos soldados que le habiamos de guardar, y á mí me señaló Sandoval por uno dellos, y secretamente me mandó, que no dexase hablar con él á ninguno de los de Narvaez, hasta que amaneciese, que Cortés le pusiese mas en cobro. Dexemos desto, y digamos, como Narvaez habia enviado quarenta de á caballo, para que nos estuviesen aguardando en el paso del rio, cuando viniésemos á su Real, como dicho tengo en el capítulo que dello habla, y supimos que andaban todavía en el campo : tuvi-

mos temor no nos viniesen á acometer, para nos quitar sus Capitanes, é al mismo Narvaez, que teniamos presos, y estábamos muy apercebidos; y acordó Cortés de les enviar á pedir por merced, que se viniesen al Real, con grandes ofrecimientos que á todos prometió; y para los traer, envió á Christóbal de Oli, que era nuestro Maestre de Campo, é á Diego de Ordas, y fuéron en unos caballos, que tomáron de los de Narvaez, que de todos los nuestros no traximos ningunos, que atados quedáron en un montecillo junto á Cempoal, que no traximos sino picas, espadas, y rodelas, y puñales; y fuéron al campo con un soldado de los de Narvaez, que les mostró el rastro por donde habian ido, y se topáron con ellos, y en fin tantas palabras de ofertas y ofrecimientos les dixéron por parte de Cortés: y ántes que llegasen á nuestro Real, ya era de dia claro, y sin decir cosa ninguna Cortés, ni ninguno de nosotros á los atabaleros que el Narvaez traia, comenzáron á tocar los atabales, y á tañer sus pífanos, y tambores, y decian: viva, viva la gala de los Romanos, que siendo tan pocos han vencido á Narvaez, y á sus soldados: é un negro, que se decia, Guidela, que fué muy gracioso truhan, que traia el Narvaez, daba voces, que decia: mirad que los Romanos no han hecho tal hazaña: y por mas que les deciamos, que callasen y no tañesen sus atabales, no querian, hasta que Cortés mandó que prendiesen al

atabalero, que era medio loco, que se decia Tapia : y en este instante vino Christóbal de Oli, y Diego de Ordas, y traxéron á los de á caballo, que dicho tengo, y entre ellos venia Andres de Duero, y Agustin Bermudez, y muchos amigos de nuestro Capitan, y así como venian, iban á besar las manos á Cortés, que estaba sentado en una silla de caderas, con una ropa larga de color como naranjada, con sus armas debaxo, acompañado de nosotros. Pues ver la gracia con que les hablaba, y abrazaba, y las palabras de tantos cumplimientos que les decia, era cosa de ver qué alegre estaba : y tenia mucha razon de verse en aquel punto tan señor, y pujante : y así como le besaban la mano, se fuéron cada uno á su posada. Digamos ahora de los muertos, y heridos que hubo aquella noche. Murió el Alferez de Narvaez, que se decia fulano de Fuentes, que era un hidalgo de Sevilla : murió otro Capitan de Narvaez, que se decia Roxas, natural de Castilla la Vieja : muriéron otros dos de Narvaez : murió uno de los tres soldados que se le habian pasado, que habian sido de los nuestros, que llamábamos Alonso Garcia el Carretero; y heridos de los de Narvaez hubo muchos : y tambien muriéron de los nuestros otros quatro, y hubo mas heridos : y el Cacique Gordo tambien salió herido, porque como supo que veniamos cerca de Cempoal, se acogió al aposento de Narvaez, y allí le hiriéron, y luego

Cortés le mandó curar muy bien, y le puso en su casa, y que no se le hiciese enojo. Pues Cervantes el Loco, y Escalonilla, que son los que se pasáron al Narvaez, que habian sido de los nuestros, tampoco libráron bien, que Escalona salió bien herido, y el Cervantes bien apaleado: é ya he dicho que murió el Carretero. Vamos á los del aposento del Salvatierra, el muy fiero, que dixéron sus soldados, que en toda su vida viéron hombre para ménos, ni tan cortado de muerte quando nos oyó tocar al arma, y quando deciamos, vitoria, vitoria, que muerto es Narvaez, dicen, que luego dixo, que estaba muy malo del estómago, é que no fué para cosa ninguna. Esto lo he dicho por sus fieros, y bravear: y de los de su compañía tambien hubo heridos. Digamos del aposento del Diego Velazquez, y otros Capitanes que estaban con él, que tambien hubo heridos, y nuestro Capitan Juan Velazquez de Leon prendió al Diego Velazquez, aquel con quien tuvo las bregas, estando comiendo con el Narvaez, y le llevó á su aposento, y le mandó curar, y hacer mucha honra. Pues ya he dado cuenta de todo lo acaecido en nuestra batalla, digamos agora lo que mas se hizo.

CAPITULO CXXIII.

Como despues de desbaratado Narvaez, segun, y de la manera que he dicho, viniéron los Indios de Chinanta, que Cortés habia enviado á llamar, y de otras cosas que pasáron.

Ya he dicho en el capítulo que dello habla, que Cortés envió á decir á los pueblos de Chinanta, donde traxéron las lanzas, é picas, que viniesen dos mil Indios dellos con sus lanzas, que son mucho mas largas, que no las nuestras, para nos ayudar, é viniéron aquel mismo dia, y algo tarde despues de preso Narvaez, y venian por Capitanes los Caciques de los mismos pueblos, é uno de nuestros soldados, que se decia Barrientos, que habia quedado en Chinanta para aquel efecto: y entráron en Cempoal con muy gran ordenanza, de dos en dos, y como traian las lanzas muy grandes y de buen cuerpo, y tienen en ellas una braza de cuchilla de pedernales, que cortan tanto como navajas, segun ya otras veces he dicho, y traia cada Indio una rodela como pavesina, y con sus banderas tendidas, y con muchos plumages, y atambores, y trompetillas, y entre cada lancero é lancero un flechero, y dando gritos y silvos, decian, viva el Rey, viva el Rey, y Hernando Cortés en su Real nombre, y entráron bravosos, que era cosa de

notar, y serian mil y quinientos, que parecian de la manera y concierto que venian, que eran tres mil, y quando los de Narvaez los viéron, se admiráron, é dicen, que dixéron unos á otros, que si aquella gente les tomara en medio, ó entraran con nosotros, que tal que les pararan: y Cortés habló á los Indios Capitanes muy amorosamente, agradeciéndoles su venida, y les dió cuentas de Castilla, y les mandó, que luego se volviesen á sus pueblos, y que por el camino no hiciesen daño á otros pueblos, y tornó á enviar con ellos al mismo Barrientos. Y quedarse ha aquí, y diré lo que mas Cortés hizo.

CAPITULO CXXIV.

Como Cortés envió al puerto al Capitan Francisco de Lugo, y en su compañía dos soldados, que habian sido Maestres de hacer navíos, para que luego traxese allí á Cempoal todos los Maestres, y Pilotos de los navíos, y flota de Narvaez, y que les sacasen las velas, y timones, é agujas, porque no fuesen á dar mandado á la isla de Cuba á Diego Velazquez, de lo acaecido, y como puso Almirante de la mar.

Pues acabado de desbaratar al Pámphilo de Narvaez, é presos él, y sus Capitanes, é á todos los demas tomado sus armas, mandó Cortés al Capitan Francisco de Lugo, que fuese al puerto donde estaba la flota de Narvaez, que eran diez y ocho navíos, y mandase venir allí á Cempoal á todos los pilotos, y maestres de los navíos, y que les sacasen velas y timones,

é agujas, porque no fuesen á dar mandado á Cuba á Diego Velazquez: é que si no le quisiesen obedecer, que les echase presos: y llevó consigo el Francisco de Lugo dos de nuestros soldados, que habian sido hombres de la mar, para que le ayudasen: y tambien mandó Cortés, que luego le enviasen á un Sancho de Barahona, que le tenia preso el Narvaez, con otros soldados. Este Barahona fué vecino de Guatimala, hombre rico: y acuérdome, que quando llegó ante Cortés, que venia muy doliente, y flaco, y le mandó hacer honra. Volvamos á los Maestres y Pilotos; que luego viniéron á besar las manos al Capitan Cortés, á los cuales tomó juramento, que no saldrian de su mandado, é que le obedecerian en todo lo que le mandase; y luego les puso por Almirante, y Capitan de la mar, á un Pedro Caballero, que habia sido Maestre de un navío de los de Narvaez, persona de quien Cortés se fió mucho, al qual dicen que le dió primero buenos tejuelos de oro, y á este mandó, que no dexase ir de aquel puerto ningun navío á parte ninguna, y mandó á todos los maestres, y Pilotos, y Marineros, que todos le obedeciesen, y que si de Cuba enviase Diego Velazquez mas navíos (porque tuvo aviso Cortés, que estaban dos navíos para venir) que tuviese modo que á los Capitanes que en él viniesen, les echase presos, y le sacase el timon, é velas y agujas, hasta que otra cosa en ello Cortés mandase. Lo qual

así lo hizo Pedro Caballero, como adelante diré. Y dexemos ya los navíos, y el puerto seguro, y digamos lo que se concertó en nuestro Real, é los de Narvaez, y es que luego se dió órden, que fuesen á conquistar, y poblar á Juan Velazquez de Leon á lo de Panuco, y para ello Cortés le señaló ciento y veinte soldados, los ciento habian de ser de los de Narvaez, y los veinte de los nuestros entremetidos; porque tenian mas experiencia en la guerra: y tambien habia de llevar dos navíos, para que desde el Rio de Panuco fuesen á descubrir la costa de adelante: y tambien á Diego de Ordas dió otra Capitanía de otros ciento y veinte soldados, para ir á poblar á lo de Guazacualco, y los ciento habian de ser de los de Narvaez, y los veinte de los nuestros, segun y de la manera que á Juan Velazquez de Leon, y habia de llevar otros dos navíos, para desde el rio de Guazacualco enviar á la Isla de Jamayca por ganados de yeguas, y becerros, puercos, y ovejas, y gallinas de Castilla, y cabras para multiplicar la tierra; porque la provincia de Guazacualco era buena para ello. Pues para ir aquellos Capitanes con sus soldados, y llevar todas sus armas, Cortés se las mandó dar, y soltar todos los prisioneros Capitanes de Narvaez, excepto al Narvaez, y el Salvatierra, que decia que estaba malo del estómago. Pues para dalles todas las armas, algunos de nuestros soldados les teniamos ya tomado caballos, y espa-

das, y otras cosas, y mandó Cortés, que luego se las volviésemos, y sobre no dárselas hubo ciertas pláticas enojosas, y fuéron: que diximos los soldados que las teniamos muy claramente, que no se las queriamos dar, pues que en el Real de Narvaez pregonáron guerra contra nosotros á ropa franca, y con aquella intencion venian á nos prender, y tomar lo que teniamos, é que siendo nosotros tan grandes servidores de su Magestad, nos llamaban traydores, é que no se las queriamos dar: y Cortés todavía porfiaba á que se las diésemos, é como era Capitan General, hubose de hacer lo que mandó, que yo les dí un caballo que tenia ya escondido, ensillado, y enfrenado, y dos espadas, y tres puñales, y una adarga, y otros muchos de nuestros soldados diéron tambien otros caballos, y armas: y como Alonso de Avila era Capitan, y persona que osaba decir á Cortés cosas que convenian, é juntamente con él el Padre Fray Bartolomé de Olmedo, habláron aparte á Cortés, y le dixéron, que parecia que queria remedar á Alexandro Macedonio, que despues que con sus soldados habia hecho alguna gran hazaña, que mas procuraba de honrar, y hacer mercedes á los que vencia, que no á sus Capitanes, y soldados, que eran los que lo vencian: y esto, que lo decian, porque lo han visto en aquellos dias que allí estábamos, despues de preso Narvaez, que todas las joyas de oro que le presentaban los Indios de

aquellas comarcas, y bastimentos, daba á los Capitanes de Narvaez, é que como si no nos conociera, ansi nos obligaba: y que no era bien hecho, sino muy grande ingratitud, habiéndole puesto en el estado en que estaba. A esto respondió Cortés, que todo quanto tenia, ansi persona, como bienes, era para nosotros, é que al presente no podia mas, sino con dádivas, y palabras, y ofrecimientos honrar á los de Narvaez, porque como son muchos, y nosotros pocos, no se levanten contra él, y contra nosotros, y le matasen. A esto respondió el Alonso de Avila, y le dixo ciertas palabras algo soberbias, de tal manera, que Cortés le dixo, que quien no le quisiese seguir, *que las mugeres han parido, y paren en Castilla soldados:* y el Alonso de Avila dixo con palabras muy soberbias, y sin acato, que así era verdad, que soldados, y Capitanes, é Gobernadores; é que aquello mereciamos que dixese. Y como en aquella sazon estaba la cosa de arte, que Cortés no podia hacer otra cosa, sino callar, y con dádivas y ofertas le atraxó á sí: y como conoció dél ser muy atrevido, y tuvo siempre Cortés temor, que por ventura un dia, ó otro no hiciese alguna cosa en su daño, disimuló: y dende allí adelante siempre le enviaba á negocios de importancia, como fué á la Isla de Santo Domingo, y despues á España, quando enviamos la recámara, y tesoro del gran Montezuma, que robó Juan Florin, gran corsario Frances, lo qual diré

en su tiempo, y lugar : y volvamos ahora al Narvaez, y á un negro que traia lleno de viruelas, que harto negro fué en la Nueva-España, que fué causa que se pegase é hinchese toda la tierra dellas; de lo qual hubo gran mortandad, que segun decian los Indios, jamas tal enfermedad tuviéron, y como no la conocian, lavábanse muchas veces : y á esta causa se muriéron gran cantidad dellos. Por manera, que negra la ventura de Narvaez, y mas prieta la muerte de tanta gente, sin ser Christianos. Dexemos ahora todo esto, y digamos, como los vecinos de la Villa Rica, que habian quedado poblados, que no fuéron á México, demandáron á Cortés las partes del oro que les cabia, y dixéron á Cortés, que puesto que allí les mandó quedar en aquel puerto, y villa, que tambien servian allí á Dios, y al Rey, como los que fuimos á México, pues entendian en guardar la tierra, y hacer la fortaleza, y algunos dellos se halláron en lo de Almería, que aun no tenian sanas las heridas, y que todos los mas se halláron en la prision de Narvaez, y que les diesen sus partes : y viendo Cortés, que era muy justo lo que decian, dixo, que fuesen dos hombres principales vecinos de aquella villa con poder de todos, y que lo tenian apartado, y que se lo darian : y paréceme que les dixo, que en Tlascala estaba guardado, que esto no me acuerdo bien : é así luego despacháron de aquella villa dos vecinos por el oro y sus partes, y el

principal se decia Juan de Alcántara el Viejo. Y dexemos de platicar en ello, y despues diremos lo que sucedió al Alcántara, y al oro: y digamos, como la adversa fortuna vuelve depresto su rueda, que á grandes bonanzas, y placeres siguen las tristezas. Y es, que en este instante vienen nuevas, que México está alzado, y que Pedro de Alvarado está cercado en su fortaleza, y aposento, y que le ponian fuego por todas partes en la misma fortaleza, y que le han muerto siete soldados, y que estaban otros muchos heridos, y enviaba á demandar socorro con mucha instancia, y priesa: y esta nueva truxéron dos Tlascaltecas, sin carta ninguna, y luego vino una carta con otros Tlascaltecas, que envió el Pedro de Alvarado, en que decia lo mismo. Y quando aquella tan mala nueva oimos, sabe Dios quanto nos pesó, y á grandes jornadas comenzamos á caminar para México, y quedó preso en la Villa Rica el Narvaez, y el Salvatierra, y por teniente y Capitan, paréceme que quedó Rodrigo Rangre, que tuviese cargo de guardar al Narvaez, y de recoger muchos de los de Narvaez, que estaban enfermos. Y tambien en este instante, ya que queriamos partir, viniéron quatro grandes Principales, que envió el gran Montezuma ante Cortés á quejarse del Pedro de Alvarado, y lo que dixéron llorando con muchas lágrimas de sus ojos, fué que Pedro de Alvarado salió de su aposento con todos los

soldados que le dexó Cortés, y sin causa ninguna dió en sus Principales, y Caciques, que estaban baylando, y haciendo fiesta á sus ídolos Huichilobos, y Tezcatepuca, con licencia que para ello les dió el Pedro de Alvarado, é que mató é hirió muchos dellos, y que por se defender le matáron seis de sus soldados. Por manera, que daban muchas quejas del Pedro de Alvarado; y Cortés les respondió á los mensageros algo desabrido, é que él iria á México, y pornía remedio en todo: y así fuéron con aquella respuesta á su gran Montezuma, y dicen la sintió por muy mala, y hubo enojo della. Y asimismo luego despachó Cortés cartas para Pedro de Alvarado, en que le envió á decir: que mirase que el Montezuma no se soltase, é que íbamos á grandes jornadas: y le hizo saber de la vitoria que habiamos habido contra Narvaez; lo qual ya sabia el gran Montezuma. Y dexallo he aquí, y diré lo que mas adelante pasó.

CAPITULO CXXV.

Como fuimos grandes jornadas, así Cortés con todos sus Capitanes, como todos los de Narvaez, excepto Pámphilo de Narvaez, y Salvatierra, que quedaban presos.

Como llegó la nueva referida, como Pedro de Alvarado estaba cercado, y México rebelado,

cesaron las Capitanías, que habian de ir á poblar á Panuco, y á Guazacualco, que habian dado á Juan Velazquez de Leon, y á Diego de Ordas, que no fué ninguno dellos, que todos fuéron con nosotros: y Cortés habló á los de Narvaez, que sintió que no irian con nosotros de buena voluntad á hacer aquel socorro, y les rogó que dexasen atras enemistades pasadas por lo del Narvaez, ofreciéndoles de hacerlos ricos, y dalles cargos, y pues venian á buscar la vida, y estaban en tierra donde podrian hacer servicio á Dios, y á su Magestad, y enriquecer, que ahora les venia lance: y tantas palabras les dixo, que todos á una se le ofreciéron que irian con nosotros: y si supieran las fuerzas de México, cierto está que no fuera ninguno. Y luego caminamos á muy grandes jornadas, hasta llegar á Tlascala, donde supimos, que hasta que Montezuma, y sus Capitanes habian sabido como habiamos desbaratado á Narvaez, no dexáron de darle guerra á Pedro de Alvarado, y le habian ya muerto siete soldados, y le quemáron los aposentos: y quando supiéron nuestra victoria, cesáron de dalle guerra: mas dixéron, que estaban muy fatigados por falta de agua y bastimento, lo qual nunca se lo habia mandado dar Montezuma: y esta nueva truxéron Indios de Tlascala en aquella misma hora que hubimos llegado. Y luego Cortés mandó hacer alarde de la gente que llevaba, y halló sobre mil y

trescientos soldados, así de los nuestros, como de los del Narvaez, y sobre noventa y seis caballos, y ochenta ballesteros, y otros tantos escopeteros; con los quales le pareció á Cortés, que llevaba gente para poder entrar muy á su salvo en México: y demas desto, en Tlascala nos diéron los Caciques dos mil hombres Indios de guerra: y luego fuimos á grandes jornadas hasta Tezcuco, que es una gran ciudad, y no se nos hizo honra ninguna en ella, ni pareció ningun Señor, sino todo muy remontado y de mal arte: y llegamos á México dia de Señor San Juan de Junio de mil y quinientos y veinte años, y no parecian por las calles Caciques, ni Capitanes, ni Indios conocidos, sino todas las casas despobladas. Y como llegamos á los aposentos que soliamos posar, el gran Montezuma salió al patio para hablar y abrazar á Cortés, y dalle el bien venido, y de la victoria con Narvaez: y Cortés como venia victorioso, no le quiso oir, y el Montezuma se entró en su aposento muy triste y pensativo. Pues ya aposentados cada uno de nosotros donde soliamos estar ántes que saliésemos de México para ir á lo de Narvaez, y los de Narvaez en otros aposentos, é ya habiamos visto é hablado con el Pedro de Alvarado, y los soldados que con él quedáron, y ellos nos daban cuenta de las guerras que los Mexicanos nos daban, y trabajo en que les tenian puesto, y nosotros les dábamos relacion de la vito-

ria contra Narvaez. Y dexaré esto, y diré, como Cortés procuró saber, qué fué la causa de se levantar México, porque bien entendido teniamos, que á Montezuma le pesó dello, que si se pluguiera, ó fuera por su consejo, dixéron muchos soldados de los que se quedáron con Pedro de Alvarado en aquellos trances, que si Montezuma fuera en ello, que á todos les mataran, y que el Montezuma los aplacaba que cesasen la guerra: y lo que contaba el Pedro de Alvarado á Cortés sobre el caso era, que por libertar los Mexicanos al Montezuma, é porque su Huichilobos se lo mandó, porque pusimos en su casa la imágen de nuestra Señora la Virgen Santa María, y la Cruz. Y mas dixo, que habian llegado muchos Indios á quitar la Santa Imágen del Altar donde la pusimos, y que no pudiéron quitalla, y que los Indios lo tuviéron á gran milagro, y que se lo dixéron al Montezuma, é que les mandó que la dexasen en el mismo lugar y Altar, y que no curasen de hacer otra cosa, y así la dexáron. Y mas dixo el Pedro de Alvarado, que por lo que el Narvaez les habia enviado á decir al Montezuma, que le venia á soltar de las prisiones, y á prendernos, y no salió verdad: y como Cortés habia dicho al Montezuma, que en teniendo navíos nos habiamos de ir á embarcar, y salir de toda la tierra, é que no nos íbamos, é que todo eran palabras, é que ahora habian visto venir muchos mas Teules; ántes que todos los de

Narvaez, y los nuestros tornásemos á entrar en México, que seria bien matar al Pedro de Alvarado, y á sus soldados, y soltar al gran Montezuma, y despues no quedará á vida ninguno de los nuestros, é de los de Narvaez; quanto mas, que tuviéron por cierto, que nos venciera el Narvaez. Estas pláticas y descargo dió el Pedro de Alvarado á Cortés, y le tornó á decir Cortés, que á qué causa les fué á dar guerra estando baylando, y haciendo sus fiestas y bayles, y sacrificios que hacian á su Huichilobos, y á Tezcatepuca. Y el Pedro de Alvarado dixo, que luego le habian de venir á dar guerra, segun el concierto tenian entre ellos hecho; y todo lo demas, que lo supo de un Papa, y de dos Principales, y de otros Mexicanos : y Cortés le dixo : Pues hanme dicho, que os demandáron licencia para hacer el areito bayles : é dixo, que así era verdad, é que fué por tomalles descuidados, é porque temiesen, y no viniesen á dalle guerra, que por esto se adelantó á dar en ellos: y como aquello Cortés le oyó, le dixo muy enojado, que era muy mal hecho, y grande desatino, y poca verdad: é que pluguiera á Dios que el Montezuma se hubiera soltado, é que tal cosa no la oyera á sus ídolos : y así le dexó, que no le habló mas en ello. Tambien dixo el mismo Pedro de Alvarado, que quando andaba con ellos en aquella guerra, que mandó poner á un tiro que estaba cevado, fuego, con una pelota,

y muchos perdigones, é que como venian muchos esquadrones de Indios á le quemar los aposentos, que salió á pelear con ellos, é que mandó poner fuego al tiro, é que no salió, y que hizo una arremetida contra los esquadrones que le daban guerra, y cargaban muchos Indios sobre él, é que venia retrayéndose á la fuerza y aposento, é que entónces sin poner fuego al tiro salió la pelota, y los perdigones, y mató muchos Indios, y que si aquello no acaeciera, que los enemigos los mataran á todos, como en aquella vez le llevaron dos de sus soldados vivos. Otra cosa dixo el Pedro de Alvarado, y esta sola cosa la dixéron otros soldados, que las demas pláticas solo el Pedro de Alvarado lo contaba: y es, que no tenia agua para beber, y cabáron en el patio, é hiciéron un pozo, y sacáron agua dulce, siendo todo salado tambien. Todo fué muchos bienes, que nuestro Señor Dios nos hacia. E á esto del agua, digo yo que en México estaba una fuente, que muchas veces, y todas las mas manaba agua algo dulce, que lo demas que dicen algunas personas, que el Pedro de Alvarado por codicia de haber mucho oro, y joyas de gran valor con que baylaban los Indios, les fué á dar guerra, yo no lo creo, ni nunca tal oí: ni es de creer que tal hiciese, puesto que lo dice el Obispo Fr. Bartolomé de las Casas, aquello y otras cosas que nunca pasáron, sino que verdaderamente dió en

ellos por metelles temor, é que con aquellos males que les hizo, tuviesen harto que curar y llorar en ellos, porque no le viniesen á dar guerra, y como dicen que quien acomete vence, y fué muy peor, segun pareció. Y tambien supimos de mucha verdad, que tal guerra nunca el Montezuma mandó dar: é que quando combatian al Pedro de Alvarado, que el Montezuma les mandaba á los suyos, que no lo hiciesen, y que le respondian, que ya no era cosa de sufrir tenelle preso, y estando baylando irles á matar, como fuéron, y que le habian de sacar de allí, y matar á todos los Teules que le defendian. Estas cosas y otras sé decir que lo oí á personas de fe, y que se hallaron con el Pedro de Alvarado quando aquello pasó. Y dexallo he aquí, y diré la gran guerra que luego nos diéron, y es desta manera.

CAPITULO CXXVI.

Como nos diéron guerra en México, y los combates que nos daban, y otras cosas que pasamos.

Como Cortés vió que en Tezcuco no nos habian hecho ningun recibimiento, ni aun dado de comer, sino mal y por mal cabo, y que no hallamos Principales con quien hablar, y lo vió todo rematado y de mal arte, y venido á Méxi-

co lo mismo : y vió que no hacian tianguez, sino todo levantado, é oyó al Pedro de Alvarado de la manera, y desconcierto con que les fué á dar guerra : y parece ser habia dicho Cortés en el camino á los Capitanes, alabándose de sí mismo, el gran acato y mando que tenia : é que por los pueblos é caminos le saldrian á recebir y hacer fiestas, y que en México mandaba tan absolutamente, así al gran Montezuma, como á todos sus Capitanes, é que le darian presentes de oro, como solian *, y viendo que todo estaba muy al contrario de sus pensamientos, que aun de comer no nos daban, estaba muy airado y soberbio con la mucha gente de Españoles que traia, y muy triste y mohino : y en este instante envió el gran Montezuma dos de sus Principales á rogar á nuestro Cortés, que le fuese á ver, que le queria hablar, y la respuesta que le dió, fué : Vaya para perro, que aun tianguez no quiere hacer, ni de comer nos manda dar : y entónces como aquello le oyéron á Cortés nuestros Capitanes, que fué Juan Velazquez de Leon, y Christoval de Oli, y Alonso de Avila, y Francisco de Lugo, dixéron : Señor, temple su ira, y mire

* Todo lo que dice Castillo de Cortés en este Capítulo, disuena mucho de su conducta, que se repara igual en toda la conquista : por lo mismo creo que Castillo no escribe aquí sino rumores nacidos quizá de algunos de los de Narvaez. Se debe suspender el ascenso sobre hechos que no tienen pruebas bastantes, y contradicen con el caracter, principios, y política de Cortés.

quanto bien y honra nos ha hecho este Rey destas tierras, que es tan bueno, que si por él no fuese, ya fueramos muertos, y nos habrian comido, é mire que hasta las hijas le han dado. Y como esto oyó Cortés, se indignó mas de las palabras que le dixéron, como parecian de reprehension, é dixo: ¿Qué cumplimiento tengo yo de tener con un perro, que se hacia con Narvaez secretamente, é ahora veis, que aun de comer no nos da? Y dixéron nuestros Capitanes: Esto nos parece que debe hacer, y es buen consejo. Y como Cortés tenia allí en México tantos Españoles, así de los nuestros, como de los de Narvaez, no se le daba nada por cosa ninguna, é hablaba tan airado y descomedido. Por manera, que tornó á hablar á los Principales, que dixesen á su Señor Montezuma, que luego mandase hacer tianguez y mercados, sino que hará é que acontecerá: y los Principales bien entendiéron las palabras injuriosas, que Cortés dixo de su Señor, y aun tambien la reprehension que nuestros Capitanes diéron á Cortés sobre ello, porque bien los conocian que habian sido los que solian tener en guarda á su Señor, y sabian que eran grandes servidores de su Montezuma: y segun y de la manera que lo entendiéron, y se lo dixéron al Montezuma, y de enojo, ó porque ya estaba concertado que nos diesen guerra, no tardó un quarto de hora que vino un soldado á gran priesa muy mal

herido, que venia de un pueblo que está junto á México, que se dice Tacuba, y traia unas Indias que eran de Cortés, é la una hija del Montezuma, que parece ser las dexó á guardar allí al Señor de Tacuba, que eran sus parientes del mismo Señor, quando fuimos á lo de Narvaez. Y dixo aquel soldado, que estaba toda la ciudad y camino por donde venia, lleno de gente de guerra con todo género de armas, y que le quitáron las Indias que traia, y le diéron dos heridas, é que si no se les soltara, que le tenian ya asido para le meter en una canoa, y llevalle á sacrificar, y habian deshecho una puente. Y desque aquello oyó Cortés, y algunos de nosotros, ciertamente nos pesó mucho, porque bien entendido teniamos los que soliamos batallar con Indios, la mucha multitud que dellos se suelen juntar, que por bien que peleásemos, y aunque mas soldados truxésemos ahora, que habiamos de pasar gran riesgo de nuestras vidas, y hambres y trabajos, especialmente estando en tan fuerte ciudad. Pasemos adelante, y digamos, que luego mandó á un Capitan, que se decia Diego de Ordas, que fuese con quatrocientos soldados, y entre ellos los mas ballesteros, y escopeteros, y algunos de á caballo, é que mirase qué era aquello que decia el soldado que habia venido herido, y traxo las nuevas: é que si viese, que sin guerra y ruido se pudiese apaciguar, lo pacificase: y como fué el Diego de Ordas de la manera que le

fué mandado, con sus quatrocientos soldados, aun no hubo bien llegado á media calle por donde iba, quando le salian tantos esquadrones Mexicanos de guerra, y otros muchos que estaban en las azuteas, y les diéron tan grandes combates, que le matáron á las primeras arremetidas ocho soldados, y á todos los mas hiriéron, y al mismo Diego de Ordas le diéron tres heridas. Por manera, que no pudo pasar un paso adelante, sino volverse poco á poco al aposento: y al retraer le matáron otro buen soldado, que se decia Lezcano, que con un montante habia hecho cosas de muy esforzado varon: y en aquel instante, si muchos esquadrones saliéron al Diego de Ordas, mucho mas viniéron á nuestros aposentos, y tiran tanta vara y piedra con hondas y flechas, que nos hiriéron de aquella vez sobre quarenta y seis de los nuestros, y doce muriéron de las heridas. Y estaban tantos sobre nosotros, que el Diego de Ordas que se venia retrayendo, no podia llegar á los aposentos, por la mucha guerra que le daban, unos por detras, y otros por delante, y otros desde las azuteas. Pues quizá aprovechaban mucho nuestros tiros y escopetas, ni ballestas, ni lanzas, ni estocadas que les dábamos, ni nuestro buen pelear, que aunque les matábamos y heriamos muchos dellos, por las puntas de las picas y lanzas se nos metian; con todo esto cerraban sus esquadrones, y no perdian punto de su buen pelear, ni les

podiamos apartar de nosotros. Y en fin, con los tiros y escopetas, y ballestas, y el mal que les haciamos de estocadas, tuvo lugar el Ordas de entrar en el aposento, que hasta entónces, aunque queria, no podia pasar, y con sus soldados bien heridos, y veinte y tres menos, y todavía no cesaban muchos esquadrones de nos dár guerra, y decirnos que eramos como mugeres, y nos llamaban de vellacos, y otros vituperios. Y aun no ha sido nada todo el daño que nos han hecho hasta ahora, á lo que despues hiciéron: y es, que tuviéron tanto atrevimiento, que unos dándonos guerra por una parte, y otros por otra, entráron á ponernos fuego en nuestros aposentos, que no nos podiamos valer con el humo y fuego, hasta que se puso remedio en derrocar sobre él mucha tierra, y atajar otras salas por donde venia el fuego, que verdaderamente allí dentro creyéron de nos quemar vivos : y duráron estos combates todo el dia, y aun la noche, y aun de noche estaban sobre nosotros tantos esquadrones, y tiraban varas y piedras, y flechas á bulto, y piedra perdida, que entónces estaban todos aquellos patios y suelos hechos parvas dellos. Pues nosotros aquella noche en curar heridos, y en poner remedio en los portillos que habian hecho, y en apercebirnos para otro dia, en esto se pasó. Pues desque amaneció acordó nuestro Capitan, que con todos los nuestros, y los de Narvaez saliésemos á pelear con ellos, y

que llevásemos tiros y escopetas, y ballestas, y procurásemos de los vencer, á lo menos que sintiesen mas nuestras fuerzas y esfuerzo, mejor que el dia pasado. Y digo, que si nosotros teniamos hecho aquel concierto, que los Mexicanos tenian concertado lo mismo, y peleábamos muy bien; mas ellos estaban tan fuertes, y tenian tantos esquadrones, que se mudaban de rato en rato, que aunque estuvieran allí diez mil Hetores Troyanos, y otros tantos Roldanes, no les pudieran entrar: porque sabello ahora yo aquí decir como pasó, y vimos este teson en el pelear, digo, que no lo sé escribir; porque ni aprovechaban tiros, ni escopetas, ni ballestas, ni apechugar con ellos, ni matalles treinta ni quarenta de cada vez que arremetiamos, que tan enteros, y con mas vigor peleaban, que al principio: y si algunas veces les íbamos ganando alguna poca de tierra, ó parte de calle, y hacian que se retraian, era para que les siguiésemos por apartarnos de nuestra fuerza y aposento, para dar mas á su salvo en nosotros, creyendo que no volveriamos con las vidas á los aposentos; porque al retraernos hacian mucho mal*. Pues para pasar á quemalles las casas, ya he di-

* Cortés hablando de la cantidad de combatientes de Mejicanos, dice: « Porque estaba tanta cantidad de ellos, que los Ar« tilleros no tenian necesidad de puntería, sino asestar en los es« quadrones de los Indios ..... » *Cortés Carta II.*

cho en el capítulo que dello habla, que de casa á casa tenian una puente de madera levadiza, alzábanla, y no podiamos pasar, sino por agua muy honda. Pues desde las azuteas los cantos y piedras, y varas, no lo podiamos sufrir. Por manera que nos maltrataban é herian muchos de los nuestros; é no sé yo para que lo escribo asi tan tibiamente, porque unos tres ó quatro soldados que se habian hallado en Italia, que allí estaban con nosotros, juráron muchas veces á Dios, que guerras tan bravosas jamas habian visto en algunas que se habian hallado entre Christianos, y contra la artillería del Rey de Francia, ni del gran Turco, ni gente, como aquellos Indios, con tanto ánimo cerrar los esquadrones viéron, y porque decian otras muchas cosas y causas que daban á ello, como adelante verán. Y quedarse ha aquí, y diré como con harto trabájo nos retruximos á nuestros aposentos: y todavía muchos esquadrones de guerreros sobre nosotros, con grandes gritos é silvos, y trompetillas y atambores, llamándonos de vellacos, y para poco, que no sabiamos atendelles todo el dia en batalla, sino volvernos retrayendo. Aquel dia matáron diez ó doce soldados, y todos volvimos bien heridos, y lo que pasó de la noche, fué en concertar para que de ahí á dos dias saliésemos todos los soldados quantos sanos habia en todo el Real, y con quatro ingenios á manera de torres, que se hiciéron de ma-

dera bien recios, en que pudiesen ir debaxo de qualquiera dellos veinte y cinco hombres: y llevaban sus ventanillas en ellos, para ir los tiros, y tambien iban escopeteros y ballesteros: y junto con ellos habiamos de ir otros soldados escopeteros y ballesteros, y los tiros, y todos los demas de á caballo, hacer algunas arremetidas. Y hecho este concierto, como estuvimos aquel dia que entendiamos en la obra, y fortalecer muchos portillos que nos tenian hechos, no salimos á pelear aquel dia: no sé como lo diga, los grandes esquadrones de guerreros que nos viniéron á los aposentos á dar guerra, no solamente por diez ó doce partes, sino por mas de veinte: porque en todo estábamos repartidos, y otros en muchas partes: y entretanto que los adobábamos, y fortaleciamos, como dicho tengo, otros muchos esquadrones procuráron entrarnos enlos aposentos á escala vista, que por tiros, ni ballestas, ni escopetas, ni por muchas arremetidas y estocadas les podian retraer. Pues lo que decian, que en aquel dia no habia de quedar ninguno de nosotros, y que habian de sacrificar á sus Dioses nuestros corazones y sangre, y con las piernas y brazos, que bien tendrian para hacer hartazgas y fiestas, y que los cuerpos echarian á los tigres, y leones, y vívoras y culebras que tienen encerrados, que se harten dellos: é que á aquel efecto ha dos dias que mandáron que no les diesen de comer: y que

el oro que teniamos, que habriamos mas gozo dél, y de todas las mantas : y á los de Tlascala que con nosotros estaban, les decian que les meterian en jaulas á engordar : y que poco á poco harian sus sacrificios con sus cuerpos. Y muy afectuosamente decian, que les diésemos su gran Señor Montezuma, y decian otras cosas: y de noche asimismo siempre silvos y voces, y rociadas de vara y piedra, y flecha : y quando amaneció, despues de nos encomendar á Dios, salimos de nuestros aposentos con nuestras torres, que me parece á mí, que en otras partes donde me he hallado en guerras en cosas que han sido menester, las llaman buros y mantas, y con los tiros, y escopetas, y ballestas delante, y los de á caballo, haciendo algunas arremetidas : é como he dicho, aunque les matábamos muchos dellos, no aprovechaba cosa para les hacer volver las espaldas, sino que si siempre muy bravamente habian peleado los dos dias pasados, muy mas fuertes y con mayores fuerzas y esquadrones estaban este dia : y todavía determinamos, que aunque á todos costase la vida, de ir con nuestras torres é ingenios, hasta el gran Cu del Huichilobos. No digo por extenso los grandes combates que en una casa fuerte nos diéron; ni diré como á los caballos los herian, ni nos aprovechábamos dellos, porque aunque arremetian á los esquadrones para rompellos, tirábanles tanta flecha, y vara, y piedra, que

no se podian valer por bien armados que estaban, y si los iban alcanzando, luego se dexaban caer los Mexicanos á su salvo en las acequias y laguna, donde tenian hechos otros reparos para los de á caballo : y estaban otros muchos Indios con lanzas muy largas para acabar de matarlos; así que no aprovechaba cosa ninguna dellos. Pues apartarnos á quemar, ni á deshacer ninguna casa, era por demas : porque como he dicho, estan todas en el agua, y de casa á casa una puente levadiza; pasalla á nado era cosa muy peligrosa, porque desde las azuteas tiraban tanta piedra y cantos, que era cosa perdida ponernos en ello. Y demas desto, en algunas casas que les poniamos fuego, tardaba una casa en se quemar un dia entero, y no se podia pegar fuego de una casa á otra : lo uno, por estar apartadas la una de otra el agua en medio : y lo otro, por ser de azuteas; así que eran por demas nuestros trabajos en aventurar nuestras personas en aquello. Por manera que fuimos al gran Cu de sus ídolos, y luego de repente suben en él mas de quatro mil Mexicanos, sin otras Capitanías que en ellos estaban con grandes lanzas, y piedra, y vara, y se ponen en defensa, y nos resistiéron la subida un buen rato, que no bastaban las torres, ni los tiros, ni ballestas, ni escopetas, ni los de á caballo; porque aunque querian arremeter los caballos, habia unas losas muy grandes, empedrado todo el patio, que se iban

á los caballos los pies y manos : y eran tan lisas, que caian : é como desde las gradas del alto Cu nos defendian el paso, é á un lado é otro teniamos tantos contrarios, aunque nuestros tiros llevaban diez, ó quince dellos, é á estocadas y arremetidas matábamos otros muchos, cargaba tanta gente, que no les podiamos subir al alto Cu, y con gran concierto tornamos á porfiar sin llevar las torres, porque ya estaban desbaratadas, y les subimos arriba. Aquí se mostró Cortés muy varon, como siempre lo fué. ¡O qué pelear y fuerte batalla que aqui tuvimos! era cosa de notar vernos á todos corriendo sangre y llenos de heridas, é mas de quarenta soldados muertos. E quiso nuestro Señor, que llegamos adonde soliamos tener la Imágen de nuestra Señora, y no la hallamos, que pareció, segun supimos, que el gran Montezuma tenia ó devocion en ella, ó miedo, y la mandó guardar; y pusimos fuego á sus ídolos, y se quemó un pedazo de la sala con los ídolos Huichilobos, y Tezcatepuca. Entónces nos ayudáron muy bien los Tlascaltecas. Pues ya hecho esto, estando que estábamos, unos peleando, y otros poniendo el fuego, como dicho tengo, ver los Papas que estaban en este gran Cu, y sobre tres ó quatro mil Indios todos Principales, y que nos baxábamos, qual nos hacian venir rodando seis gradas, y aun diez abaxo : y hay tanto que decir de otros esquadrones que estaban en los petriles,

y concavidades del gran Cu, tirándonos tantas varas y flechas, que así á unos esquadrones, como á los otros, no podíamos hacer cara ni sustentarnos: acordamos con mucho trabajo y riesgo de nuestras personas de nos volver á nuestros aposentos, los castillos deshechos, y todos heridos, y muertos quarenta y seis: y los Indios siempre apretándonos, y otros esquadrones por las espaldas, que quien no nos vió, aunque aquí mas claro lo diga, yo no lo sé significar: pues aun no digo lo que hiciéron los esquadrones Mexicanos que estaban dando guerra en los aposentos, en tanto que andábamos fuera, y la gran porfia, y teson que ponian de les entrar á quemallos. En esta batalla prendimos dos Papas principales, que Cortés nos mandó que los llevasen á buen recaudo. Muchas veces he visto pintada entre los Mexicanos y Tlascaltecas esta batalla y subida que hicimos en este gran Cu; y tiénenlo por cosa muy heróyca, que aunque nos pintan á todos nosotros muy heridos corriendo sangre, y muchos muertos en retratos que tienen dello hechos; en mucho lo tienen esto de poner fuego al Cu, y estar tanto guerrero, guardándolo en los pedriles y concavidades, y otros muchos Indios abaxo en el suelo, y patios llenos, y en los lados otros muchos, y deshechas nuestras torres, como fué posible subille *. Dexemos de hablar dello, y digamos co-

* Y crea V. Magestad, *refiere Cortés*, que fué tanto ganalles

mo con gran trabajo tornamos á los aposentos : y si mucha gente nos fuéron siguiendo, y dando guerra, otros muchos estaban en los aposentos, que ya les tenian derrocadas unas paredes para entralles, y con nuestra llegada cesáron ; mas no de manera, que en todo lo que quedó del dia dexaban de tirar vara y piedra, y flecha, y en la noche grita, y piedra, y vara. Dexemos de su gran teson, y porfia, que siempre á la contina tenian de estar sobre nosotros, como he dicho *.

« esta torre, que si Dios no les quebrara las alas, bastaban veinte « de ellos para resistir la subida á mil hombres, como quiera que « peleáron muy valientemente, hasta que muriéron ; é fice poner « fuego á la torre. » *Cortés Carta II.*

* El corage de los Mejicanos, y la presuncion en sus fuerzas, se conoce por la respuesta que dieron á un requerimiento de paz que les hizo Cortés. « Los quales me respondiéron que bien « veian, que recebian de nos mucho daño, y que morian mu- « chos de ellos ; pero, que ellos estaban ya determinados de mo- « rir todos por nos acabar. Y que mirase yo por todas aquellas « calles, y plazas, y azoteas quán llenas de gente estaban ; y que « tenian hecha cuenta, que á morir veinte y cinco mil de ellos, « y uno de los nuestros, nos acabariamos nosotros primero, por- « que eramos pocos, y ellos muchos ; y que me hacian saber, que « todas las calzadas de las entradas de la ciudad eran deshe- « chas, como de hecho pasaba, que todas las habian deshe- « cho, excepto una : é que ninguna parte teniamos por do salir, « sino por el agua ; é que bien sabian, que teniamos pocos man- « tenimientos, y poca agua dulce, que no podiamos durar mu- « cho, que de hambre no nos muriésemos, aunque ellos no nos « matasen. Y de verdad, que ellos tenian mucha razon, que aun- « que no tuvieramos otra guerra, sino la hambre, y necesidad de « mantenimientos, bastaba para morir todos en breve tiempo, é

E digamos que aquella noche se nos fué en curar heridos, y enterrar los muertos, y en aderezar para salir otro dia á pelear, y en poner fuerzas y mamparos á las paredes que habian derrocado, é á otros portillos que habian hecho, y tomar consejo, cómo, y de qué manera podriamos pelear, sin que recibiésemos tantos daños, ni muertes : y en todo lo que platicamos, no hallábamos remedio ninguno. Pues tambien quiero decir las maldiciones que los de Narvaez echaban á Cortés, y las palabras que decian, que renegaban dél, y de la tierra, y aun de Diego Velazquez que acá les envió, que bien pacíficos estaban en sus casas en la Isla de Cuba; y estaban embelesados, y sin sentido. Volvamos á nuestra plática, que fué acordado de demandalles paces para salir de México, y desque amaneció vienen muchos mas esquadrones de guerreros, y muy de hecho nos cercan por todas partes los aposentos : y si mucha piedra y flecha tiraban de ántes, mucho mas espesas, y con mayores alaridos, y silvos viniéron este dia : y otros esquadrones por otras partes procuraban de nos entrar, que no aprovechaban tiros, ni escopetas, aunque les hacian harto mal. Y viendo todo esto, acordó Cortés, que el gran Montezuma les hablase desde una azutea, y les

« pasamos otras muchas razones, favoreciendo cada uno sus par-
« tidos. » *Cortés Carta II.*

dixesen que cesasen las guerras, y que nos queriamos ir de su ciudad: y quando al gran Montezuma se lo fuéron á decir de parte de Cortés, dicen que dixo con gran dolor: ¿qué quiere de mí ya Malinche, que yo no deseo vivir, ni oille, pues en tal estado por su causa mi ventura me ha traido? y no quiso venir: y aun dicen que dixo, que ya no le querian ver, ni oir, á él ni á sus falsas palabras, ni promesas y mentiras: y fué el Padre de la Merced, y Christóbal de Oli, y le habláron con mucho acato, y palabras muy amorosas. Y díxoles el Montezuma: yo tengo creido, que no aprovecharé cosa ninguna para que cese la guerra, porque ya tienen alzado otro señor, y han propuesto de no os dexar salir de aquí con la vida; y así creo que todos vosotros habeis de morir en esta ciudad. Y volvamos á decir de los grandes combates que nos daban, que Montezuma se puso á un petril de una azutea con muchos de nuestros soldados, que le guardaban, y les comenzó á hablar á los suyos con palabras muy amorosas, que dexasen la guerra, que nos iriamos de México: y muchos Principales Mexicanos, y Capitanes bien le conociéron, y luego mandáron que callasen sus gentes, y no tirasen varas, ni piedras, ni flechas; y quatro dellos se allegáron en parte que Montezuma les podia hablar, y ellos á él, y llorando le dixéron: ó Señor, é nuestro gran Señor, y como nos pesa de todo vuestro mal y daño, y de

vuestros hijos y parientes. Hacemos os saber, que ya hemos levantado á un vuestro primo por Señor, y allí le nombró como se llamaba, que se decia Coadlabacan, Señor de Iztapalapa, que no fué Guatemuz; el qual desde á dos meses fué Señor. Y mas dixéron, que la guerra que la habian de acabar: y que tenian prometido á sus ídolos de no lo dexar, hasta que todos nosotros muriésemos: y que rogaban cada dia á su Huichilobos y á Tezcatepuca, que le guardase libre, y sano de nuestro poder, é como saliese como deseaban, que no lo dexarian de tener muy mejor que de ántes por Señor, y que les perdonase. Y no hubiéron bien acabado el razonámiento, quando en aquella sazon tiran tanta piedra, y vara, que los nuestros le arrodelaban, y como viéron que entre tanto que hablaba con ellos, no daban guerra, se descuidáron un momento del rodelar, y le diéron tres pedradas, é un flechazo, una en la cabeza, y otra en un brazo, y otra en una pierna: y puesto que le rogaban que se curase, y comiese, y le decian sobre ello buenas palabras, no quiso; ántes quando no nos catamos, viniéron á decir que era muerto, y Cortés lloró por él, y todos nuestros Capitanes, y soldados: é hombres hubo entre nosotros de los que le conociamos y tratábamos, que tan llorado fué, como si fuera nuestro padre: y no nos hemos de maravillar dello, viendo que tan bueno era: y decian que habia diez y siete años que

reynaba, y que fué el mejor Rey que en México habia habido, y que por su persona habia vencido tres desafios que tuvo sobre las tierras que sojuzgó.

CAPITULO CXXVII.

Desque fué muerto el gran Montezuma, acordó Cortés de hacello saber á sus Capitanes, y Principales que nos daban guerra, y lo que mas sobre ello pasó.

Pues como vimos á Montezuma que se habia muerto, ya he dicho la tristeza que todos nosotros hubimos por ello, y aun al Frayle de la Merced, que siempre estaba con él, y no le pudo atraer á que se volviese Christiano, y el Frayle le dixo, que creyese, que de aquellas heridas moriria, á que él respondia, que él debia de mandar que le pusiesen alguna cosa. En fin de mas razones, mandó Cortés á un Papa, é á un Principal de los que estaban presos, que soltamos para que fuesen á decir al Cacique que alzáron por Señor, que se decia Coadlavaca, y á sus Capitanes, como el gran Montezuma era muerto, y que ellos lo viéron morir, y de la manera que murió, y heridas que le diéron los suyos, y dixesen como á todos nos pesaba dello, y que lo enterrasen como gran Rey que era, y que alzasen á su primo del Montezuma, que con nosotros estaba por Rey, pues le pertenecia

de heredar, ó á otros sus hijos, é que al que habian alzado por Señor, que no le venia de derecho, é que tratasen paces para salirnos de México, que si no lo hacian ahora que era muerto Montezuma, á quien teniamos respeto, y que por su causa no les destruiamos su ciudad, que saldriamos á dalles guerra, y á quemalles todas las casas, y les hariamos mucho mal: y porque lo viesen como era muerto el Montezuma, mandó á seis Mexicanos muy principales, y los mas Papas que teniamos presos, que lo sacasen á cuestas, y lo entregasen á los Capitanes Mexicanos, y les dixesen lo que Montezuma mandó al tiempo que se queria morir, que aquellos que le lleváron á cuestas, se halláron presentes á su muerte: y dixéron al Coadlavaca toda la verdad, como ellos propios le matáron de tres pedradas y un flechazo. Y quando así le viéron muerto, vimos que hiciéron muy gran llanto, que bien oimos las gritas y aullidos que por él daban: y aun con todo esto no cesó la gran batería que siempre nos daban, que era sobre nosotros de vara, y piedra, y flecha, y luego la comenzáron muy mayor, y con gran braveza nos decian: ahora pagareis muy de verdad la muerte de nuestro Rey, y el deshonor de nuestros ídolos: y las pazes que nos enviais á pedir, salid acá, y concertaremos cómo, y de qué manera han de ser: y decian tantas palabras sobre ello, y de otras cosas, que ya no se me acuerda, y las

dexaré aquí decir, y que ya tenian elegido buen Rey, y que no era de corazon tan flaco, que le podiais engañar con palabras falsas, como fué al buen Montezuma: y del enterramiento que no tuviesen cuidado, sino de nuestras vidas, que en dos dias no quedarian ningunos de nosotros, para que tales cosas enviemos á decir: y con estas pláticas muy grandes gritas y silvos, y rociadas de piedra, vara, y flecha, y otros muchos esquadrones, todavía procurando de poner fuego á muchas partes de nuestros aposentos. Y como aquello vió Cortés, y todos nosotros, acordamos que para otro dia saliésemos del Real, y diésemos guerra por otra parte, adonde habia muchas casas en tierra firme, y que hiciésemos todo el mal que pudiésemos, y fuésemos hácia la calzada, y que todos los de á caballo rompiesen con los esquadrones, y los alanceasen, ó echasen en la laguna, y aunque les matasen los caballos: y esto se ordenó para ver si por ventura con el daño y muerte que les hiciésemos, cesaria la guerra, y se trataria alguna manera de paz, para salir libres sin mas muertes, y daños. Y puesto que otro dia lo hicimos todos muy varonilmente, y matamos muchos contrarios, y se quemáron obra de veinte casas, y fuimos hasta cerca de tierra firme, todo fué nonada para el gran daño, y muertes de mas de veinte soldados, y heridas que nos diéron, y no pudimos ganalles ninguna puente, porque

todas estaban medio quebradas, y cargáron muchos Mexicanos sobre nosotros, y tenian puestas albarradas y mamparos, en parte adonde conocian que podian alcanzar los caballos. Por manera, que si muchos trabajos teniamos hasta allí, muchos mayores tuvimos adelante. Y dexallo he aquí, y volvamos á decir como acordamos de salir de México. En esta entrada, y salida, que hicimos con los de á caballo, que era un Jueves, acuérdome que iba allí Sandoval, y Lares el buen ginete, y Gonzalo Dominguez, Juan Velazquez de Leon, y Francisco de Morla, y otros buenos hombres de á caballo de los nuestros, y de los de Narvaez: é asimismo iban otros buenos ginetes; mas estaban espantados, y temerosos los de Narvaez, como no se habian hallado en guerras de Indios, como nosotros los de Cortés.

CAPITULO CXXVIII.

Como acordamos de nos ir huyendo de México, y lo que sobre ello se hizo.

Como vimos que cada dia iban menguando nuestras fuerzas, y las de los Mexicanos crecian, y viamos muchos de los nuestros muertos, y todos los mas heridos, é que aunque peleábamos muy como varones, no los podiamos hacer reti-

rar, ni que se apartasen los muchos esquadrones, que de dia, y de noche nos daban guerra, y la pólvora apocada, y la comida, y agua por el consiguiente, y el gran Montezuma muerto, las pazes que les envíamos á demandar, no las quisiéron aceptar : en fin viamos nuestras muertes á los ojos, y las puentes que estaban alzadas; y fué acordado por Cortés, y por todos nuestros Capitanes, y soldados, que de noche nos fuésemos, quando viésemos que los esquadrones guerreros estuviesen mas descuidados : y para mas les descuidar, aquella tarde les enviamos á decir con un Papa de los que estaban presos, que era muy Principal entre ellos, y con otros prisioneros, que nos dexen ir en paz de ahí á ocho dias, y que les dariamos todo el oro, y esto por descuidarlos, y salirnos aquella noche. Y demas desto, estaba con nosotros un soldado, que se decia Botello, al parecer muy hombre de bien, y latino, y habia estado en Roma, y decian que era negromántico, otros decian que tenia familiar, algunos le llamaban Astrólogo : y este Botello habia dicho quatro dias habia, que hallaba por sus suertes, y astrologías, que si aquella noche que venia no saliamos de México, y si mas aguardábamos, que ningun soldado podria salir con la vida : y aun habia dicho otras veces, que Cortés habia de tener muchos trabajos, y habia de ser desposeido de su ser, y honra, y que despues habia de volver á

ser gran Señor, y de mucha renta: y decia otras muchas cosas deste arte. Dexemos al Botello, que despues tornaré á hablar en él, y diré como se dió luego órden, que se hiciese de maderos, y ballestas muy recias una puente que llevásemos para poner en las puentes que tenian quebradas: y para ponella, y llevalla, y guardar el paso, hasta que pasase todo el fardaxe, y los de á caballo, y todo nuestro exército, señaláron, y mandáron á quatrocientos Indios Tlascaltecas, y ciento y cincuenta soldados: y para llevar el artillería, señaláron doscientos y cincuenta Indios Tlascaltecas, y cincuenta soldados: y para que fuesen en la delantera peleando, señaláron á Gonzalo de Sandoval, y á Francisco de Azevedo el pulido, y á Francisco de Lugo, y á Diego de Ordas, é Andres de Tapia; y todos estos Capitanes, y otros ocho ó nueve de los de Narvaez, que aquí no nombró, y con ellos para que les ayudasen, cien soldados mancebos sueltos: y para que fuesen entre medias del fardaxe, y Naborias, y prisioneros, y acudiesen á la parte que mas conviniese de pelear, señaláron al mismo Cortés, y á Alonso de Avila, y á Christóbal de Olí, é á Bernardino Vazquez de Tapia, y á otros Capitanes de los nuestros, que no me acuerdo ya sus nombres, con otros cincuenta soldados: y para la retaguarda señaláron á Juan Velasquez de Leon, y á Pedro de Alvarado, con otros muchos de á caballo, y mas de cien soldados, y to-

dos los mas de los de Narvaez: y para que llevasen á cargo los prisioneros, y á Doña Marina, y á Doña Luisa señaláron trescientos Tlascaltecas, y treinta soldados. Pues hecho este concierto, ya era noche, y para sacar el oro, y llevallo, y repartillo, mandó Cortés á su Camarero, que se decia Christóbal de Guzman, y á otros sus criados, que todo el oro y plata, y joyas, lo sacasen de su aposento á la sala con muchos Indios de Tlascala, y mandó á los oficiales del Rey, que era en aquel tiempo Alonso de Avila, y Gonzalo Mexia, que pusiesen en cobro todo el oro de su Magestad, y para que lo llevasen les dió siete caballos heridos, y coxos, y una yegua, y muchos Indios Tlascaltecas, que segun dixéron, fuéron mas de ochenta, y cargáron dello lo que mas pudiéron llevar, que estaba hecho todo lo mas dello en barras muy anchas, y grandes, como dicho tengo en el capítulo que dello habla, y quedaba mucho mas oro en la sala hecho montones. Entónces Cortés llamó su Secretario, que se decia Pedro Hernandez, y á otros Escribanos del Rey, y dixo: dadme por testimonio, que no puedo mas hacer sobre guardar este oro. Aquí tenemos en esta casa, y sala sobre setecientos mil pesos por todo, y veis que no lo podemos pasar, ni poner cobro mas de lo puesto: los soldados que quisieren sacar dello, desde aquí se lo doy, como se ha de quedar aquí perdido entre estos perros: y desque aquello oyé-

ron muchos soldados de los de Narvaez, y aun algunos de los nuestros cargáron dello. Yo digo, que nunca tuve codicia del oro, sino procurar salvar la vida, porque la teniamos en gran peligro; mas no dexé de apañar de una petaquilla que allí estaba, quatro chalchihuis, que son piedras muy preciadas entre los Indios, que de presto me eché entre los pechos entre las armas: y aun entónces Cortés mandó tomar la petaquilla con los chalchihuis que quedaban para que la guardase su Mayordomo: y aun los quatro chalchihuis que yo tomé, si no me los hubiera echado entre los pechos, me los demandara Cortés; los quales me fuéron muy buenos para curar mis heridas, y comer del valor dellos. Volvamos á nuestro cuento, que desque supimos el concierto que Cortés habia hecho de la manera que habiamos de salir, y llevar la madera para las puentes, y como hacia algo escuro, que habia neblina é lloviznaba, y era ántes de media noche, comenzáron á traer la madera é puente, y ponella en el lugar que habia de estar, y á caminar el fardaxe y artillería, y muchos de á caballo, y los Indios Tlascaltecas con el oro: y despues que se puso en la puente, y pasáron todos así como venian, y pasó Sandoval, é muchos de á caballo, tambien pasó Cortés con sus compañeros de á caballo tras de los primeros, y otros muchos soldados. Y estando en esto, suenan los cornetas, y gritas y silvos de los Me-

xicanos: y decian en su lengua: Taltelulco, Taltelulco, salí presto con vuestras canoas, que se van los Teules, atajadlos en las puentes: y quando no me cato, vimos tantos esquadrones de guerreros sobre nosotros, y toda la laguna cuaxada de canoas, que no nos podiamos valer, y muchos de nuestros soldados ya habian pasado. Y estando desta manera, carga tanta multitud de Mexicanos á quitar la puente, y á herir y matar á los nuestros, que no se daban á manos unos á otros: y como la desdicha es mala, y en tales tiempos ocurre un mal sobre otro, como llovia resbaláron dos caballos, y se espantáron, y caen en la laguna, y la puente quitada, y caida, y carga tanto guerrero Mexicano para acaballa de quitar, que por bien que peleábamos, y matábamos muchos dellos, no se pudo mas aprovechar della. Por manera, que aquel paso y abertura de agua presto se hinchó de caballos muertos, y de los caballeros cuyos eran, que no podian nadar, y mataban muchos dellos, y de los Indios Tlascaltecas, é Indias Naborias, y fardaxe, y petacas y artillería; y de los muchos que se ahogaban, ellos y los caballos, y de otros muchos soldados que allí en el agua mataban, y metian en las canoas, que era muy gran lástima de lo ver y oir. Pues la grita y lloros, y lástimas que decian demandando socorro: Ayudadme que me ahogo: otros, Socorredme, que me matan: otros demandando

ayuda á nuestra Señora Santa María, y á Señor Santiago: otros demandaban ayuda para subir á la puente, y estos eran ya que escapaban nadando, y asidos á muertos, y á petacas para subir arriba, adonde estaba la puente: y algunos que habian subido, y pensaban que estaban libres de aquel peligro, habia en las calzadas grandes esquadrones guerreros, que los apañaban é amorrinaban con unas macanas: y otros que flechaban y alanceaban. Pues quizá habia algun concierto en la salida, como lo habiamos concertado? maldito aquel; porque Cortés, y los Capitanes y soldados que pasáron primero á caballo por salvar sus vidas, y llegar á tierra firme, aguijáron por las puentes y calzadas adelante, y no aguardáron unos á otros, y no lo erráron, porque los de á caballo no podian pelear en las calzadas, porque yendo por la calzada, ya que arremetian á los esquadrones Mexicanos, echábanseles al agua, y de la una parte la laguna, y de otra azuteas, y por tierra les tiraban tanta flecha, y vara, y piedra, y con lanzas muy largas, que habian hecho de las espadas que nos tomáron, como partesanas, mataban los caballos con ellas: y si arremetia alguno de á caballo, y mataba algun indio, luego le mataban el caballo; y así no se atrevian á correr por la calzada. Pues vista cosa es, que no podian pelear en el agua; y puestos, sin escopetas, ni ballestas, y de noche, qué podiamos hacer, sino lo

que haciamos? Que era, que arremetiésemos treinta y quarenta soldados, que nos juntábamos, y dar algunas cuchilladas á los que nos venian á echar mano, y andar y pasar adelante, hasta salir de las calzadas: porque si aguardáramos los unos á los otros, no saliéramos ninguno con la vida, y si fuera de dia, peor fuera: y aun los que escapamos, fué, que nuestro Señor Dios fué servido darnos esfuerzo para ello, y para quien no lo vió aquella noche la multidud de guerreros, que sobre nosotros estaban, y las canoas que de los nuestros arrebataban y llevaban á sacrificar, era cosa de espanto. Pues yendo que íbamos cincuenta soldados de los de Cortés, y algunos de Narvaez, por nuestra calzada adelante, de quando en quando salian esquadrones Mexicanos á nos echar manos. Acuérdome que nos decian: O, ó, ó luilones, que quiere decir: O putos! aun aquí quedais vivos, que no os han muerto los tiacanes? Y como les acudimos con cuchilladas y estocadas, pasamos adelante: é yendo por la calzada cerca de tierra firme, cabe el pueblo de Tacuba, donde ya habian llegado Gonzalo de Sandoval, y Christoval de Oli, y Francisco de Salcedo el pulido, y Gonzalo Dominguez, y Lares, y otros muchos de á caballo, y soldados de los que pasáron adelante, ántes que desamparasen la puente, segun y de la manera que dicho tengo: é ya que llegábamos cerca, oiamos voces, que daba Christoval de Oli, y

Gonzalo de Sandoval, y Francisco de Morla, y decian á Cortés, que iba adelante de todos. Aguardad, Señor Capitan, que dicen estos soldados, que vamos huyendo, y los dexamos morir en las puentes y calzadas á todos los que quedan atras, tornémoslos á amparar y recoger, porque vienen algunos soldados muy heridos, y dicen que los demas quedan todos muertos, y no salen, ni vienen ningunos. Y la respuesta que dió Cortés, que los que habiamos salido de las calzadas era milagro; que si á las puentes volviesen, pocos escaparian con las vidas, ellos y los caballos: y todavía volvió el mismo Cortés, y Christoval de Oli, y Alonso de Avila, y Gonzalo de Sandoval, y Francisco de Morla, y Gonzalo Dominguez, con otros seis ó siete de á caballo, y algunos soldados que no estaban heridos; mas no fuéron mucho trecho, porque luego encontráron con Pedro de Alvarado bien herido con una lanza en la mano á pie, que la yegua alazana ya se la habian muerto, y traia consigo siete soldados, los tres de los nuestros, y los quatro de Narvaez, tambien muy heridos, y ocho Tlascaltecas, todos corriendo sangre de muchas heridas: y entretanto volvió Cortés por la calzada con los Capitanes y soldados, que dicho tengo. Reparamos en los patios junto á Tacuba, y ya habian venido de México, como está cerca, dando voces, y á dar mandado á Tacuba, y á Escapuzalco, y á Teneyuca, para que nos sa-

liesen al encuentro. Por manera, que nos comenzáron á tirar vara, y piedra, y flecha, y con sus lanzas grandes engastonadas en ellas de nuestras espadas que nos tomáron en este desbarate; y haciamos algunas arremetidas, en que nos defendiamos dellos, y les ofendiamos. Volvamos á Pedro de Alvarado, que como Cortés, y los demas Capitanes y soldados le encontráron de aquella manera que he dicho, y como supiéron que no venian mas soldados, se les saltáron las lágrimas de los ojos: porque el Pedro de Alvarado, y Juan Velazquez de Leon, con otros mas de veinte de á caballo, y mas de cien soldados habian quedado en la retaguarda: y preguntando Cortés por los demas, dixo, que todos quedaban muertos, y con ellos el Capitan Juan Velazquez de Leon, y todos los mas de á caballo que traia, así de los nuestros, como de los de Narvaez, y mas de ciento y cincuenta soldados que traia: y dixo el Pedro que despues que les matáron los caballos, y la yegua, que se juntáron para se amparar, obra de ochenta soldados, y que sobre los muertos, y petacas, y caballos que se ahogáron, pasáron la primera puente: en esto no se me acuerda bien si dixo, que pasó sobre los muertos, y entónces no miramos lo que sobre ello dixo á Cortés, sino que allí en aquella puente le matáron á Juan Velazquez, y mas de docientos compañeros que traia, que no les pudiéron valer. Y

asimismo á esta otra puente, que les hizo Dios mucha merced en escapar con las vidas: y decia que todas las puentes y calzadas estaban llenos de guerreros. Dexemos esto, y diré que en la triste puente, que dicen ahora qué fué el salto del Alvarado, yo digo, que en aquel tiempo ningun soldado se paró á vello, si saltaba poco ómucho, que harto teniamos en mirar y salvar nuestras vidas, porque eran muchos los Mexicanos que contra nosotros habia: porque en aquella coyuntura no lo podiamos ver, ni tener sentido en salto, si saltaba ó pasaba poco, ó mucho; y así seria quando el Pedro de Alvarado llegó á la puente, como él dixo á Cortés que habia pasado asido á petacas, y caballos, y cuerpos muertos: porque ya que quisiera saltar, y sustentarse en la lanza en el agua, era muy honda, y no pudiera allegar al suelo con ella para poderse sustentar sobre ella, y demas desto la abertura muy ancha y alta, que no la podria saltar por muy mas suelto que era. Tambien digo, que no la podia saltar, ni sobre la lanza ni de otra manera: porque despues desde cerca de un año que volvimos á poner cerco á México, y la ganamos, me hallé muchas veces en aquella puente peleando con esquadrones Mexicanos, y tenian allí hechos reamparos y albarradas, que se llama ahora la puente del salto de Alvarado, y platicábamos muchos soldados sobre ello, y no hallábamos razon, ni soltura de un hombre

que tal saltase. Dexemos este salto, y digamos, que como viéron nuestros Capitanes que no acudian mas soldados, y el Pedro de Alvarado dixo, que todo quedaba lleno de guerreros, y que ya que algunos quedasen rezagados, que en las puentes los matarian, volvamos á decir desto del salto de Alvarado: digo, que para que porfian algunas personas que no lo saben, ni lo viéron, que fué cierto que la saltó el Pedro de Alvarado la noche que salimos huyendo, aquella puente y abertura del agua: otra vez digo, que no la pudo saltar en ninguna manera: y para que claro se vea, hoy dia está la puente y la manera del altor del agua que solia venir, y que tan alta estaba la puente, y el agua muy honda, que no podia llegar al suelo con la lanza. Y porque los Lectores sepan, que en México hubo un soldado, que se decia Fulano de Ocampo, que fué de los que viniéron con Garay, hombre muy plático, y se preciaba de hacer libelos infamatorios, y otras cosas á manera de masepasquines: y puso en ciertos libelos á muchos de nuestros Capitanes cosas feas, que no son de decir, no siendo verdad: y entre ellos, demas de otras cosas que dixo de Pedro de Alvarado, que habia dexado morir á su compañero Juan Velazquez de Leon con mas de docientos soldados, y los de á caballo que les dexamos en la retaguarda, y se escapó él, y por escaparse dió aquel gran salto, como suele decir el refran: Saltó, y escapó la

vida. Volvamos á nuestra materia : é porque los que estábamos ya en salvo en lo de Tacuba, no nos acabásemos del todo de perder, é porque habian venido muchos Mexicanos, y los de Tacuba, y Escapuzalco, y Teneyuca, y de otros pueblos comarcanos sobre nosotros, que todos enviáron mensageros desde México, para que nos saliesen al encuentro en las puentes y calzadas, y desde los maizales nos hacian mucho daño, y matáron tres soldados, que ya estaban heridos : acordamos lo mas presto que pudiésemos salir de aquel pueblo y sus maizales, y con seis ó siete Tlascaltecas, que sabian ó atinaban el camino de Tlascala, sin ir por camino derecho, nos guiaban con mucho concierto, hasta que saliésemos á unas caserías que en un cerro estaban, y allí junto á un Cu, é adoratorio, y como fortaleza, adonde reparamos : que quiero tornar á decir, que seguidos que íbamos de los Mexicanos, y de las flechas, y varas, y piedras, con sus hondas nos tiraban, y como nos cercaban dando siempre en nosotros, es cosa de espantar : y como lo he dicho muchas veces, estoy harto de decirlo, los Lectores no lo tengan por cosa de prolixidad, por causa que cada vez ó cada rato que nos apretaban y herian, y daban recia guerra, por fuerza tengo de tornar á decir de los esquadrones que nos seguian y mataban muchos de nosotros. Dexémoslo ya de traer tanto á la memoria, y digamos cómo nos defen-

diamos en aquel Cu y fortaleza: nos albergamos, y se curáron los heridos, y con muchas lumbres que hicimos*. Pues de comer no lo habia, y en aquel Cu y adoratorio despues de ganada la gran ciudad de México, hicimos una Iglesia, que se dice nuestra Señora de los Remedios, muy devota, é van ahora allí en romería, y á tener novenas muchos vecinos, y Señoras de México. Dexemos esto, y volvamos á decir, qué lástima era de ver curar y apretar con algunos paños de mantas nuestras heridas; y como se habian resfriado, y estaban hinchadas, dolian. Pues mas de llorar fué los caballos, y esforzados soldados que faltaban: que es de Juan Velazquez de Leon, Francisco de Salcedo, y Francisco de Morla, y un Lares el buen ginete, y otros muchos de los nuestros de Cortés. ¿Para qué cuento yo estos pocos? Porque para escribir los nombres de los muchos que de los nuestros faltáron, es no acabar tan presto. Pues de los de Narvaez, todos los mas en las puentes quedáron cargados de oro. Digamos ahora, que es de muchos Tlas-

* Quando Cortés llega en su relacion á este cerro y aposento que habia en él, dice: « Dios sabe el trabajo y fatiga que allí se « recibió, porque ya no habia caballo de veinte y quatro que nos « habian quedado, que pudiese correr, ni caballero que pudiese « alzar el brazo, ni peon sano, que pudiese menearse; y llegados « al aposento nos fortalecimos en él, y allí nos cercaron, y tu- « viéron cercados fasta noche, sin nos dexar descansar una ho- « ra. » *Cortés Carta II.*

caltecas, que iban cargados de barras de oro, y otros que nos ayudaban. Pues el Astrólogo Botello no le aprovechó su Astrología, que tambien allí murió. Volvamos á decir, como quedáron muertos, así los hijos de Montezuma, como los prisioneros que traiamos, y el Cacamatzin, y otros Reyezuelos. Dexemos ya de contar tantos trabajos, y digamos como estábamos pensando en lo que por delante teniamos : y era, que todos estábamos heridos, y no escapáron sino veinte y tres caballos. Pues los tiros y artillería, y pólvora, no sacamos ninguna, las ballestas fuéron pocas, y esas se remediáron luego, é hicimos saetas. Pues lo peor de todo era, que no sabiamos la voluntad que habiamos de hallar en nuestros amigos los de Tlascala. Y demas desto, aquella noche siempre cercados de Mexicanos, y grita y vara y flecha, con hondas sobre nosotros, acordamos de nos salir de allí á media noche, y con los Tlascaltecas nuestras guias por delante con muy gran concierto, llevábamos los muy heridos en el camino en medio, y los coxos con bordones, y algunos que no podian andar, y estaban muy malos, á ancas de caballos de los que iban coxos, que no eran para batallar, y los de á caballo sanos, delante, y á un lado y á otro repartidos : y por este arte, todos nosotros los que mas sanos estábamos haciendo rostro y cara á los Mexicanos, y los Tlascaltecas que estaban heridos, iban

dentro en el cuerpo de nuestro esquadron : y los demas que estaban sanos, hacian cara juntamente con nosotros : porque los Mexicanos nos iban siempre picando con grandes voces y gritos, y silvos diciendo : Allá ireis donde no quede ninguno de vosotros á vida : y no entendiamos á qué fin lo decian, segun adelante verán. Olvidado me he escribir el contento que recibimos de ver viva á nuestra Doña Marina, y á Doña Luisa hija de Xicotenga, que las escapáron en las puentes unos Tlascaltecas, hermanos de la Doña Luisa, que saliéron de los primeros, y quedáron muertas todas las mas Naborias que nos habian dado en Tlascala, y en México : allí quedáron en las puentes con los demas. Y volvamos á decir, como llegamos aquel dia á un pueblo grande, que se dice Gualquitan; el qual pueblo fué de Alonso de Avila : y aunque nos daban grita y voces, y tiraban piedra, y vara, y flecha, todo lo soportábamos. Y desde allí fuimos por unas caserías y pueblezuelos, y siempre los Mexicanos siguiéndonos, y como se juntaban muchos, procuraban de nos matar, y nos comenzaban á cercar, y tiraban tanta piedra con hondas, y vara, y flecha, que matáron á dos de nuestros soldados en un paso malo, que iban mancos, y tambien un caballo, é hiriéron á muchos de los nuestros : y tambien nosotros á estocadas les matamos algunos dellos, y los de á caballo á lanzadas los mataban, aunque pocos :

y así dormimos en aquellas casas, y allí comimos el caballo que mataron *. Y otro dia muy de mañana comenzamos á caminar con el concierto que de ántes, y aun mejor, y siempre la mitad de los de á caballo adelante : y poco mas de una legua en un llano, ya que creimos ir en salvo, vuelven tres de los nuestros de á caballo, y dicen que están los cuerpos llenos de guerreros Mexicanos aguardándonos** : ¿quando lo oi-

* No es de omitir la relacion que hace Cortés del estado deplorable del ejército en este dia. « E de allí salí yo muy mal he-
« rido en la cabeza de dos pedradas, y despues de me haber ata-
« do las heridas, hice salir dos Españoles de el Pueblo, porque
« me pareció, que no era seguro aposento para nosotros. E asi
« caminando, siguiéndonos todavía los Indios en harta cantidad,
« los quales pelearon con nosotros tan reciamente, que hirieron
« quatro, ó cinco Españoles, y otros tantos caballos, y nos mata-
« taron un caballo, que aunque Dios sabe quanta falta nos hizo,
« y quanta pena recibimos, con habérnosle muerto, porque no
« teniamos despues de Dios, otra seguridad, sino la de los caba-
« llos, nos consoló su carne, porque le comimos, sin dexar cuero,
« ni otra cosa de él segun la grande necesidad, que traiamos :
« porque despues, que de la gran Ciudad salimos, ninguna otra
« cosa comimos, sino maiz tostado, y cocido, y esto no todas ve-
« ces, ni abasto; y yerbas, que cogiamos de el campo. E viendo
« que de cada dia sobrevenia mas gente, y mas recia, y nosotros
« ibamos enflaqueciendo, hice aquella noche, que los heridos, y
« dolientes que llevábamos á las ancas de los caballos, y acuestas,
« hiciesen maletas, y otras maneras de ayudas como se pudiesen
« sostener, y andar, porque los caballos, y Españoles sanos estu-
« viesen libres para pelear. *Cortés Carta II.*

** Junto á Otumba donde se dió la célebre batalla, que va á describir Castillo.

mos, bien que tuvimos temor é grande, mas no para desmayar del todo, ni dexar de encontrarnos con ellos, y pelear hasta morir, y allí reparamos un poco, y se dió órden, cómo habian de entrar y salir los de á caballo á media rienda, y que no se parasen á lancear, no las lanzas por los rostros, hasta romper sus esquadrones y que todos los soldados las estocadas que diésemos, que les pasásemos las entrañas, y que todos hiciésemos de manera, que vengásemos muy bien nuestras muertes y heridas, por manera, que si Dios fuese servido, que escapásemos con las vidas : y despues de nos encomendar á Dios y á Santa María muy de corazon, é invocando el nombre del Señor Santiago, desque vimos que nos comenzaban á cercar, de cinco en cinco de á caballo rompieron por ellos, y todos nosotros juntamente *. ¡ O qué cosa de ver era esta tan temerosa, y rompida batalla ! Cómo andábamos pie con pie, y con qué furia los perros peleaban, y qué herir y matar hacian en nosotros con sus lanzas y macanas, y espadas de dos manos ** : y los de á caballo, como era el campo llano, como alanzea-

* « Salieron al encuentro mucha cantidad de Indios, y tanta « que por la delantera, lados, ni rezaga, ninguna cosa de los cam- « pos, que se podian ver, habia de ellos vacia. » *Cortés Carta II.*

** « Los quales pelearon con nosotros tan fuertemente por to- « das partes, que casi no nos conociamos unos á otros, tan jun- « tos, y envueltos andaban con nosotros. » *Cortés Carta. II.*

ban á su placer, entrando y saliendo á media rienda: y aunque estaban heridos ellos y sus caballos, no dexaban de batallar muy como varones esforzados. Pues todos nosotros los que teniamos caballos parece ser, que á todos se nos ponia esfuerzo doblado, que aunque estábamos heridos, y de refresco teniamos mas heridas, no curábamos de las apretar, por no nos parar á ello, que no habia lugar, sino con grandes ánimos apechugábamos á les dar de estocadas. Pues quiero decir, cómo Cortés, y Christoval de Oli, y Pedro de Alvarado, que tomó otro caballo de los de Narvaez, porque su yegua se la habian muerto, como dicho tengo, y Gonzalo de Sandoval, qual andaban de una parte á otro rompiendo esquadrones, aunque bien heridos: y las palabras que Cortés decia á los que andábamos envueltos con ellos, que la estocada y cuchillada que diésemos, fuese en Señores señalados, porque todos traian grandes penachos con oro, y ricas armas y divisas. Pues oir como nos esforzaba el valiente y animoso Sandoval, y decia: Ea, señores, que hoy es el dia que hemos de vencer, tened esperanza en Dios, que saldremos de aquí vivos, para algun buen fin nos guarda Dios. Y tornaré á decir los muchos de nuestros soldados, que nos mataban y herian. Y dexemos esto, y volvamos á Cortés, y Christoval de Oli, y Sandoval, y Pedro de Alvarado, y Gonzalo Dominguez, y otros muchos que aquí

no nombro : y todos los soldados poniamos grande ánimo para pelear, y esto nuestro Señor Jesu Christo, y nuestra Señora la Vírgen Santa María nos lo ponia, y Señor Santiago, que ciertamente nos ayudaba : y así lo certificó un Capitan de Guatemuz, de los que se halláron en la batalla : y quiso Dios que allegó Cortés con los Capitanes por mí nombrados, en parte donde andaba el Capitan General de los Mexicanos con su bandera tendida, con ricas armas de oro, y grandes penachos de argentería, y como lo vió Cortés al que llevaba la bandera, con otros muchos Mexicanos, que todos traian grandes penachos de oro, dixo á Pedro de Alvarado, y á Gonzalo de Sandoval, y á Christoval de Oli, y á los demas Capitanes : Ea, Señores, rompamos con ellos. Y encomendándose á Dios, arremetió Cortés, y Christoval de Oli, y Sandoval, y Alonso de Avila, y otros caballeros, y Cortés dió un encuentro con el caballo al Capitan Mexicano, que le hizo abatir su bandera, y los demas nuestros Capitanes acabáron de romper el esquadron, que eran muchos Indios: y quien siguió al Capitan que traian la bandera, que aun no habia caido del encuentro que Cortés le dió, fué un Juan de Salamanca, natural de Ontiveros, con una buena yegua overa, que le acabó de matar, y le quitó el rico penacho que traia, y se le dió á Cortés, diciendo, que pues él le encontró primero, y le hizo abatir la bandera, y hizo perder el brio, le daba el

plumage; mas dende á ciertos años su Magestad se le dió por armas al Salamanca : y así las tienen en sus reposteros sus descendientes. Volvamos á nuestra batalla, que nuestro Señor Dios fué servido, que muerto aquel Capitan que traia la bandera Mexicana, y otros muchos que allí muriéron, afloxó su batallar de arte, que se iban retrayendo, y todos los de á caballo siguiéndoles y alcanzándoles. Pues á nosotros no nos dolian las heridas, ni teniamos hambre, ni sed, sino que parecia que no habiamos habido ni pasado ningun mal trabajo. Seguimos la vitoria matando é hiriendo. Pues nuestros amigos los de Tlascala estaban hechos unos leones, y con sus espadas y montantes, y otras armas que allí apañaron, hacianlo muy bien y esforzadamente. Ya vueltos los de á caballo de seguir la vitoria, todos dimos muchas gracias á Dios, que escapamos de tan gran multitud de gente, porque no se habia visto, ni hallado en todas las Indias, en batalla que se haya dado, tan gran número de guerreros juntos; porque allí estaba la flor de México, y de Tezcuco, y Saltocan, ya con pensamiento que de aquella vez no quedara roso ni velloso de nosotros *. Pues qué armas tan ricas

* « Y cierto creimos ser aquel el último de nuestros dias, se-
« gun el mucho poder de los Indios, y la poca resistencia, que
« en nosotros hallaban, por ir, como íbamos muy cansados, y casi
« todos heridos, y desmayados de hambre. Pero quiso nuestro
« Señor mostrar su gran poder, y misericordia con nosotros,

que traian con tanto oro y penachos y divisas, y todos los mas Capitanes y personas principales: y allí junto, donde fué esta reñida y nombrada, y temerosa batalla (para en estas partes así se puede decir, pues Dios nos escapó con las vidas) habia cerca un pueblo que se dice Obtumba: la qual batalla tienen muy bien pintada, y en retratos entallada los Mexicanos y Tlascaltecas, entre otras muchas batallas, que con los Mexicanos hubimos, hasta que ganamos á México. Y tengan atencion los curiosos Lectores, que esto leyeren, que quiero traer aquí á la memoria, que quando entramos al socorro de Pedro de Alvarado en México, fuimos por todos sobre mas de mil y trecientos soldados con los de á caballo, que fuéron noventa y siete, y ochenta ballesteros, y otros tantos escopeteros, y mas de dos mil Tlascaltecas, y metimos mucha artillería, y fué nuestra entrada en México dia de Señor San Juan de Junio de mil y quinientos y veinte años, y fué nuestra salida huyendo á diez del mes de Julio del año siguiente: y fué esta nombrada batalla de Otumba á catorce del mes de Julio. Digamos ahora, ya que escapamos de todos los trances por mí atrás di-

« que con toda nuestra flaqueza quebrantamos su gran orgullo, y
« soberbia, en que muriéron muchos de ellos, y muchas perso-
« nas muy principales, y señaladas, porque eran tantos, que los
« unos á los otros se estorbaban, que no podian pelear, ni huir.
« *Cortés Carta II.*

chos, quiero dar otra cuenta que tantos matá-ron, así en México, en puentes y calzadas, como en todos los reencuentros, y en esta de Otumba, y los que matáron por los caminos. Digo, que en obra de cinco dias fuéron muertos y sacrificados sobre ochocientos y sesenta soldados, con setenta y dos que matáron en un pueblo, que se dice Tustepeque, y á cinco mugeres de Castilla, y estos que matáron en Tustepeque eran de los de Narvaez, y matáron sobre mil y docientos Tlascaltecas. Tambien quiero decir, como en aquella sazon matáron á un Juan de Alcantara el viejo, con otros tres vecinos de la Villa Rica, que venian por las partes del oro que les cabia: de lo qual tengo hecha relacion en el capítulo que dello trata. Por manera que tambien perdiéron las vidas, y aun el oro: y si miramos en ello, todos comunmente hubimos mal gozo de las partes del oro que nos diéron: y si de los de Narvaez muriéron muchos mas, que de los de Cortés en las puentes, fué por salir cargados de oro, que con el peso dello no podian salir, ni nadar. Dexemos de hablar en esta materia, y digamos como íbamos muy alegres, y comiendo unas calabazas, que llaman allotes, y comiendo y caminando hácia Tlascala, que por salir de aquellas poblaciones, por temor no se tornasen á juntar esquadrones Mexicanos, que aun todavía nos daban grita en partes, que no podiamos ser señores dellos, y nos tiraban mu-

cha piedra con hondas, y vara, y flecha, hasta que fuimos á otras caserías y pueblo chico, porque estaba todo poblado de Mexicanos, y allí estaba un buen Cu y casa fuerte donde reparamos aquella noche, y nos curamos nuestras heridas, y estuvimos con mas reposo: y aunque siempre teniamos esquadrónes de Mexicanos que nos seguian, mas ya no se osaban llegar: y aquellos que venian, era, como quien dice: Allá ireis fuera de nuestra tierra. Y desde aquella poblacion y casa donde dormimos, se parecian las sierrezuelas que están cabe Tlascala, y como las vimos, nos alegramos, como si fueran nuestras casas. Pues quizá sabiamos cierto, que nos habian de ser leales, ó qué voluntad ternian? ó qué habia acontecido á los que estaban poblados en la Villa Rica, si eran muertos, ó vivos? Y Cortés nos dixo, que pues eramos pocos, que no quedamos sino quatrocientos y quarenta, con veinte caballos, y doce ballesteros, y siete escopeteros, y no teniamos pólvora, y todos heridos, y coxos y mancos, que mirásemos muy bien, como nuestro Señor Jesu-Christo fué servido escaparnos con las vidas, por lo qual siempre le hemos de dar muchas gracias y loores, y que volvimos otra vez á disminuirnos en el número y copia de los soldados que con él pasámos desde Cuba, y que primero entramos en México, quatrocientos y cincuenta soldados, y que nos rogaba, que en Tlascala no les hiciésemos enojo,

ni se les tomase ninguna cosa. Y esto dió á entender á los de Narvaez, porque no estaban acostumbrados á ser sujetos á Capitanes en las guerras como nosotros; y mas dixo, que tenia esperanza en Dios que los hallariamos buenos, y leales: é que si otra cosa fuese, lo que Dios no permita, que nos han de tornar á andar los puños con corazones fuertes, y brazos vigorosos, y que para eso fuésemos muy apercibidos. Y nuestros corredores del campo adelante, llegamos á una fuente que estaba en una ladera, y allí estaban unas como cercas, y reamparos de tiempos viejos, y dixéron nuestros amigos los Tlascaltecas, que allí partian términos entre los Mexicanos, y ellos: y de buen reposo nos paramos á lavar, y á comer de la miseria que habiamos habido, y luego comenzamos á marchar, y fuimos á un pueblo de los Tlascaltecas, que se dice Gualiopar, donde nos recibiéron, y nos daban de comer, mas no tanto, que si no se lo pagábamos con algunas piecezuelas de oro, y chalchihuis que llevábamos algunos de nosotros, no nos lo daban de valde, y allí estuvimos un dia reposando, curando nuestras heridas; y ansimismo curamos los caballos. Pues quando lo supiéron en la cabecera de Tlascala, luego vino Masseescaci, y Principales, y todos los mas sus vecinos, y Xicotenga el viejo, y Chichimeclatecle, y los de Guaxocingo: y como llegáron á aquel pueblo donde estábamos, fuéron á abrazar

á Cortés, y á todos nuestros Capitanes, y soldados; y llorando algunos dellos, especial el Masescaci, y Xicotenga, y Chichimeclatecle, y Tecapanenca, dixéron á Cortés: O Malinche, Malinche, y como nos pesa de vuestro mal, y de todos vuestros hermanos, y de los muchos de los nuestros que con vosotros han muerto: ya os lo habiamos dicho muchas veces que no os fiasedes de gente Mexicana: porque de un dia á otro os habian de dar guerra, no me quisistes creer: ya es hecho, al presente no se puede hacer mas de curaros, y daros de comer: en vuestras casas estais, descansad, é iremos luego á nuestro pueblo, y os aposentaremos, y no pienses, Malinche, que habeis hecho poco en escapar con las vidas de aquella tan fuerte ciudad, y sus puentes: é yo digo, que si de ántes os teniamos por muy esforzados, ahora os tenemos en mucho mas: bien sé que lloran muchas mugeres, é Indios destos nuestros pueblos las muertes de sus hijos, y maridos, y hermanos y parientes; no te congojes por ello, y mucho debes á tus Dioses, que te han aportado aquí, y salido de entre tanta multitud de guerreros que os aguardaban en lo de Ostumba, que quatro dias habia que lo supe que os esperaban para os matar: yo queria ir en vuestra busca con treinta mil guerreros de los nuestros, y no pude salir, á causa que no estábamos juntos, y los andaba juntando. Cortés, y todos nuestros Capitanes y

soldados los abrazamos, y les diximos, que se lo teniamos en merced, y Cortés les dió á todos los Principales joyas de oro y piedras que todavía se escapáron, cada qual soldado lo que pudo: y ansimesmo dimos algunos de nosotros á nuestros conocidos de lo que teniamos. Pues qué fiesta y alegría mostráron con Doña Luisa, y con Doña Marina quando las viéron en salvamento, y qué llorar, y qué tristeza tenian por los demas Indios que no venian, que se quedáron muertos, en especial el Maseescaci por su hija Doña Elvira, y lloraba la muerte del Juan Velazquez de Leon, á quien la dió. Y desta manera fuimos á la cabeza de Tlascala, con todos los Caciques, y á Cortés aposentáron en las casas de Maseescaci; y Xicotenga dió sus aposentos á Pedro de Alvarado, y allí nos curamos, y tornamos á convalecer, y aun se muriéron quatro soldados de las heridas, y á otros soldados no se les habian sanado. Y dexallo he aquí, y diré lo que mas pasó.

CAPITULO CXXIX.

Como fuimos á la cabecera y mayor pueblo de Tlascala, y lo que allí pasamos.

Pues como habia un dia que estábamos en el pueblezuelo de Gualipar, y los Caciques de Tlascala, por mí nombrados, nos hiciéron aquellos

ofrecimientos, que son dignos de no olvidar, y de ser gratificados, y hechos en tal tiempo, y coyuntura: despues que fuimos á la cabeza y pueblo mayor de Tlascala, nos aposentáron como dicho tengo. Parece ser, que Cortés preguntó por el oro que habian traido allí, que eran quarenta mil pesos, el qual oro fuéron las partes de los vecinos que quedaban en la Villa Rica: y dixo Masseescaci, y Xicotenga el viejo, y un soldado de los nuestros, que se habia allí quedado doliente, que no se halló en lo de México quando nos desbaratáron, que habian venido de la Villa Rica un Juan de Alcantara, y otros dos vecinos, é que lo lleváron todo, porque traian cartas de Cortés, para que se lo diesen, la qual carta mostró el soldado, que habia dexado en poder del Masseescaci, quando le diéron el oro, y preguntando cómo, y quándo, y en qué tiempo lo llevó, y sabido que fué, por la cuenta de los dias, quando nos daban guerra los Mexicanos, luego entendimos como en el camino habian muerto, y tomado el oro, y Cortés hizo sentimiento por ello: y tambien estábamos con pena, por no saber de los de la Villa Rica no hubiesen corrido algun desman: y luego por la posta escribió con tres Tlascaltecas, en que les hizo saber los grandes peligros que en México nos habiamos visto, y cómo y de qué manera escapamos con las vidas, y no se les dió relacion de quantos faltaban de los nuestros: y que

mirasen que siempre estuviesen muy alertos, y se velasen, y que si hubiese algunos soldados sanos, se los enviasen; y que guardasen muy bien al Narvaez, y al Salvatierra: y si hubiese pólvora, ó ballestas, porque queria tornar á correr los rededores de México. Y tambien escribió al Capitan que quedó por guarda y Capitan de la mar, que se decia Caballero, y que mirase no fuese ningun navío á Cuba, ni Narvaez se soltase: y que si viese que dos navíos de los de Narvaez que quedaban en el puerto, no estaban para navegar, que diese con ellos al través, y le enviase los marinos, con todas las armas que tuviesen, y por la posta fuéron, y volviéron los mensageros, y traxéron cartas que no habian tenido guerras: que un Juan de Alcantara, y los dos vecinos que enviáron por el oro, que los deben de haber muerto en el camino: y que bien supiéron la guerra que en México nos diéron, porque el Cacique Gordo de Cempoal se lo habia dicho; y ansimismo escribió el Almirante de la mar, que se decia Pedro Caballero: y dixéron, que harian lo que Cortés les mandaba, é enviaria los soldados, é que el un navío estaba bueno, y que al otro daria al través, y enviaria la gente, é que habia pocos marineros, porque habian adolescido, y se habian muerto, y que agora escribian las respuestas de las cartas: y luego viniéron con el socorro que enviaban de la Villa Rica, que fuéron quatro hombres, con

tres de la mar, que todos fuéron siete, y venia por Capitan dellos un soldado, que se decia Lencero, cuya fué la venta que ahora dicen de Lencero. Y quando llegáron á Tlascala, como venian dolientes, y flacos, muchas veces por nuestro pasatiempo, y burlar dellos, deciamos, el socorro del Lencero, que venian siete soldados, y los cinco llenos de bubas, y los dos hinchados, con grandes barrigas. Dexemos burlas, y digamos lo que allí en Tlascala nos aconteció con Xicotenga el mozo, y de su mala voluntad, el qual habia sido Capitan de toda Tlascala, quando nos diéron las guerras por mí otras veces dichas en el capítulo que dello habla. Y es el caso, que como se supo en aquella su ciudad, que salimos huyendo de México, y que nos habian muerto mucha copia de soldados, ansí de los nuestros, como de los Indios Tlascaltecas que habian ido de Tlascala en nuestra compañía, y que veniamos á nos socorrer é amparar en aquella Provincia; el Xicotenga el mozo andaba convocando á todos sus parientes, y amigos, y á otros que sentia que eran de su parcialidad, y les decia, que en una noche, ó de dia, quando mas aparejado tiempo viesen, que nos matasen, y que haria amistades con el Señor de México, que en aquella sazon habian alzado por Rey á uno que se decia, Coadlavaca: y que demas desto, que en las mantas y ropas que habiamos dexado en Tlascala á guardar, y el oro que ahora

sacamos de México, tendrian que robar, y quedarian todos ricos con ello: lo qual alcanzó á saber el viejo Xicotenga su padre, y se lo riñó, y le dixo, que no le pasase tal por el pensamiento, que era mal hecho, y que si lo alcanzase á saber Maseescasi, y Chichimeclatecle, que por ventura le matarian, y al que en tal concierto fuese: y por mas que el padre se lo riñó, no curaba de lo que le decia, y todavía entendia en su mal propósito: y vino á oidos de Chichimeclatecle, que era su enemigo mortal del mozo Xicotenga, y lo dixo á Maseescaci, y acordáron entrar en acuerdo, y como Cabildo, y sobre ello llamáron al Xicotenga el viejo, y los Caciques de Guaxocingo, y mandáron traer preso ante sí á Xicotenga el mozo, y Masseescaci propuso un razonamiento delante de todos, y dixo: que si se les acordaba, ó habian oido decir de mas de cien años hasta entónces, que en toda Tlascala habian estado tan prósperos y ricos, como despues que los Teules viniéron á sus tierras, ni en todas sus Provincias habian sido en tanto tenidos, y que tenian mucha ropa de algodon, y oro, y comian sal lo que hasta allí no solian comer, y por do quiera que iban de sus Tlascaltecas con los Teules, les hacian honra por su respeto, puesto que ahora les habian muerto en México muchos dellos; y que tengan en la memoria lo que sus antepasados les habian dicho muchos años atras, que de adonde

sale el Sol, habian de venir hombres que les habian de señorear: ¿é que á qué causa agora andaba Xicotenga en aquellas traiciones, y maldades, concertando de nos dar guerra, y matarnos? que era mal hecho, é que no podia dar ninguna disculpa de sus bellaquerías, y maldades que siempre tenia encerradas en su pecho: y agora que los veia venir de aquella manera desbaratados, que nos habia de ayudar, para en estando sanos, volver sobre los pueblos de México sus enemigos, queria hacer aquella traicion. Y á estas palabras que el Masseescaci, y su padre Xicotenga el ciego le dixéron, el Xicotenga el mozo respondió, que era muy bien acordado lo que decia, por tener paces con Mexicanos, y dixo otras cosas que no las pudiéron sufrir: y luego se levantó el Masseescaci, y el Chichimeclatecle, y el viejo de su padre, ciego como estaba, y tomáron al Xicotenga el mozo por los cabezones, y de las mantas, y se las rompiéron, y á empujones, y con palabras injuriosas que le dixéron, le echáron de las gradas abaxo donde estaba, y las mantas todas rompidas; y aun si por el padre no fuera, le querian matar, y á los demas que habian sido en su Consejo echáron presos: y como estábamos allí retraidos, y no era tiempo de le castigar, no osó Cortés hablar mas en ello. He traido esto aquí á la memoria, para que vean de quánta lealtad, y buenos fuéron los de Tlascala, y quanto les de-

bemos, y aun al buen viejo Xicotenga, que á su hijo dicen que le habia mandado matar luego que supo sus tramas, y traicion. Dexemos esto, y digamos como habia veinte y dos dias que estábamos en aquel pueblo curándonos nuestras heridas, y convaleciendo: y acordó Cortés, que fuésemos á la provincia de Tepeaca, que estaba cerca, porque allí habian muerto muchos de nuestros soldados, y de los de Narvaez, que se venian á México, y en otros pueblos que estan junto de Tepeaca, que se dice Cachula: y como Cortés lo dixo á nuestros Capitanes, y apercebian á los soldados de Narvaez para ir á la guerra, y como no eran tan acostumbrados á guerras, y habian escapado de la rota de México, y puentes, de lo de Obtumba, y no vian la hora de se volver á la Isla de Cuba á sus Indios, é minas de oro, renegaban de Cortés, y de sus conquistas, especial el Andres de Duero, compañero de nuestro Cortés, porque ya lo habrán entendido los curiosos Lectores en dos veces que lo he declarado en los capítulos pasados, cómo y de qué manera fué la compañía: maldecian el oro que le habia dado á él, y á los demas Capitanes, que todo se habia perdido en las puentes, como habian visto las grandes guerras que nos daban, y con haber escapado con las vidas, estaban muy contentos: y acordáron de decir á Cortés, que no querian ir á Tepeaca, ni á guerra ninguna, sino que se querian volver á sus

casas, que bastaba lo que habian perdido en haber venido de Cuba: y Cortés les habló muy mansa y amorosamente, creyendo de los atraer para que fuesen con nosotros á lo de Tepeaca; y por mas pláticas, y reprehensiones que les dió, no querian: y como viéron los de Narvaez, que con Cortés no aprovechaban sus palabras, le hiciéron requerimiento en forma, delante de un Escribano del Rey, para que luego se fuese á la Villa Rica, poniéndole por delante, que no teniamos caballos, ni escopetas, ni vallestas, ni pólvora, ni hilo para hacer cuerdas, ni almacen, que estábamos todos heridos, y que no habian quedado por todos nuestros soldados, y los de Narvaez, sino quatrocientos y quarenta soldados: que los Mexicanos nos tomarian todos los puertos, y sierras, y pasos, é que los navíos si mas aguardaban, se comerian de broma, y dixéron en el requerimiento otras muchas cosas. Y cuando se le hubiéron dado, y leido el requerimiento á Cortés, si muchas palabras decian en él, muy muchas mas contrariedades respondió: y de mas desto todos los mas de nosotros de los que habiamos pasado con Cortés, le diximos, que mirase, que no diese licencia á ninguno de los de Narvaez, ni á otras personas para volver á Cuba, sino que procurásemos todos de servir á Dios, é al Rey, é que esto era lo bueno, y no volverse á Cuba. Quando Cortés hubo respondido al requirimiento, como viéron

las personas que le estaban requeriendo, que muchos de nosotros ayudábamos el intento de Cortés, y que les estorbábamos sus grandes importunaciones, que sobre ello le hablaban, y requerian, con no mas de que deciamos, que no es servicio de Dios, ni de su Magestad, que dexen desamparado su Capitan en las guerras, en fin de muchas razones que pasáron, obedeciéron para ir con nosotros á las entradas que se ofreciesen: mas fué, que les prometió Cortés, que en habiendo coyuntura, los dexaria volver á su isla de Cuba : y no por aquesto dexáron de murmurar dél, y de su Conquista, que tan caro les habia costado, en dexar sus casas, y reposo, y haberse venido á meter adonde no estaban seguros de las vidas : y mas decian, que si en otra guerra entrásemos con el poder de México, que no se podria escusar tarde, ó temprano de tenella, que creian, é tenian por cierto, que no nos podriamos sustentar contra ellos en las batallas, segun habian visto lo de México, y puentes, y en la nombrada de Obtumba : y mas decian, que nuestro Cortés, por mandar, y siempre ser Señor, y nosotros los que con él pasábamos, no tener que perder, sino nuestras personas, asistiamos con él : y decian otros muchos desatinos, y todo se les disimulaba, por el tiempo en que lo decian; mas no tardáron muchos meses que no les dió licencia para que se volviesen á sus casas, lo qual diré en su tiempo, y sazon. Y

dexémoslo de repetir, y digamos de lo que dice el Coronista Gomara, que yo estoy muy harto de declarar sus borrones, que dice que le informáron, las quales informaciones no son así como él lo escribe: y por no me detener en todos los capítulos, á tornallos á recitar, y traer á la memoria cómo, y de qué manera pasó, lo he dexado de escribir: y ahora pareciéndome, que en esto deste requirimiento que escribe que hiciéron á Cortés, no dice quien fuéron los que lo hiciéron, si eran de los nuestros, ó de los de Narvaez: y en esto que escribe, es por sublimar á Cortés, y abatir á nosotros los que con él pasamos: y sepan que hemos tenido por cierto los Conquistadores verdaderos, que esto vemos escrito, que le debiéron de grangear al Gomara con dádivas, porque lo escribiese desta manera, porque en todas las batallas, y rencuentros eramos los que sosteniamos á Cortés, y ahora nos aniquila en lo que dice este Coronista, que le requeriamos. Tambien dice, que decia Cortés en las respuestas del mismo requirimiento, que para animarnos y esforzarnos, que enviar á llamar á Juan Velazquez de Leon, y al Diego de Ordas, que el uno dellos dixo estaba poblando en lo de Panuco, con trescientos soldados, y el otro en lo de Guazacualco con otros soldados: y no es ansi, porque luego que fuimos sobre México al socorro de Pedro de Alvarado, cesáron los conciertos que estaban he-

chos, que Juan Velazquez de Leon habia de ir á lo de Panuco, y el Diego de Ordas á lo de Guazacualco, segun mas largamente lo tengo escrito en el capítulo pasado, que sobre ello tengo hecho relacion : porque estos dos Capitanes fuéron á México con nosotros al socorro de Pedro de Alvarado : y en aquella derrota el Juan Velazquez de Leon quedó muerto en las puentes, y el Diego de Ordas salió muy mal herido de tres heridas, que le diéron en México, segun ya lo tengo escrito como, y quando, y de que arte pasó. Por manera que el Coronista Gomara, si como tiene buena retórica en lo que escribe, acertara á decir lo que pasó, muy bien fuera. Tambien he estado mirando quando dice en lo de la batalla de Obtumba, que dice, que si no fuera por la persona de Cortés, que todos fuéramos vencidos, y que él solo fué el que la venció en el dar como dió el encuentro al que traia el estandarte, y señala México. Ya he dicho, y lo torno agora á decir, que á Cortés toda la honra se le debe, como bueno, y esforzado Capitan, mas sobre todo hemos de dar gracias á Dios, que él fué servido poner su divina misericordia, con que siempre nos ayudaba, y sustentaba : y Cortés en tener tan esforzados y valerosos Capitanes, y valientes soldados como tenía : é despues de Dios con nosotros, le dábamos esfuerzo, y rompiamos los esquadrones, y le sustentábamos, para que con nuestra ayu-

da, y de nuestros Capitanes, guerreasen de la manera que guerreamos, como en los capítulos pasados sobre ello dicho tengo, porque siempre andaban juntos con Cortés todos los Capitanes por mí nombrados, y aun agora los tornó á nombrar, que fuéron Pedro de Alvarado, Christóbal de Oli, Gonzalo de Sandoval, Francisco de Morla, Luis Marin, Francisco de Lugo, y Gonzalo Dominguez, y otros muy buenos, y valientes soldados, que no alcanzábamos caballos, porque en aquel tiempo diez y seis caballos, y yeguas fuéron lo que pasáron desde la Isla de Cuba con Cortés, y no los habia, aunque nos costaran á mil pesos: y como el Gomara dice en su historia, que solo la persona de Cortés fué el que venció lo de Obtumba, ¿por qué no declaró los heróycos hechos que estos nuestros Capitanes, y valerosos soldados hicimos en esta batalla? Ansi que por estas causas tenemos por cierto, que por ensalzar á Cortés solo lo dixo: porque de nosotros no hace mencion: sino pregúnteselo á aquel muy esforzado soldado, que se decia Christóbal de Olea: quántas veces se halló en ayudar á salvar la vida á Cortés hasta que en las puentes quando volvimos sobre México, perdió la vida él, y otros muchos soldados por le salvar. Olvidado se me habia de otra vez que le salvó en lo de Suchimileco, que quedó mal herido el Olea: é para que bien se entienda esto que digo, uno fué Christóbal de Olea, y otro Christóbal

de Oli. Tambien lo que dice el Coronista, en lo del encuentro con el caballo, que dió al Capitan Mexicano, y le hizo abatir la bandera, ansí es verdad, mas ya he dicho otra vez, que un Juan de Salamanca, natural de la villa de Ontiveros, que despues de ganado México, fué Alcalde mayor de Guazacualco, es el que le dió una lanzada, y le mató, y quitó el rico penacho que llevaba, y se le dió el Salamanca á Cortés : y su Magestad el tiempo andando lo dió por armas al Salamanca. Y esto he traido aquí á la memoria, no por dexar de ensalzar, y tenelle en mucha estima á nuestro Capitan Cortés, y debésele todo honor, y prez, é honra de todas las batallas, é vencimientos, hasta que ganamos esta Nueva-España, como se suele dar en Castilla á los muy nombrados Capitanes, y como los Romanos daban triunfos á Pompeyo, y Julio César, y á los Cipiones, mas digno es de loores nuestro Cortés, que no los Romanos. Tambien dice el mismo Gomara, que Cortés mandó matar secretamente á Xicotenga el mozo en Tlascala, por las traiciones que andaba concertando para nos matar, como ántes he dicho. No pasa ansí como dice : que donde le mandó ahorcar, fué en un pueblo junto á Tezcuco, como adelante diré, sobre que fué : y tambien dice este Coronista, que iban tantos millares de Indios con nosotros á las entradas, que no tiene cuenta ni razon en tantos como pone : y tambien dice de las ciu-

dades, y pueblos, y poblaciones, que eran tantos millares de casas, no siendo la quinta parte: que si se suma todo lo que pone en su Historia, son mas millones de hombres, que en toda Castilla estan poblados, y eso se le da poner mil, que ochenta mil, y en esto se jacta, creyendo que va muy apacible su Historia á los oyentes, no diciendo lo que pasó: miren los curiosos Lectores, quando va de su Historia á esta mi relacion, en decir letra por letra lo acaecido, y no miren la Retórica, ni ornato, que ya cosa vista es, que es mas apacible, que no está tan grosera mia: mas suple la verdad la falta de plática, y corta Retórica. Dexemos ya de contar, ni de traer á la memoria los borrones declarados: y como yo soy mas obligado á decir la verdad de todo lo que pasa, que no á lisonjas: y de mas del daño que hizo con no ser bien informado ha dado ocasion que el Doctor Illescas, y Pablo Jobio, se sigan por sus palabras. Volvamos á nuestra Historia, y digamos como acordamos ir sobre Tepeaca, y lo que pasó en la entrada diré adelante.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.



TABLA

DE LOS CAPITULOS DE ESTE SEGUNDO TOMO.

Pag.

Pag.

FIN DE LA TABLA DEL TOMO SEGUNDO.





